



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

B 1,370,008



Estudios Literarios

3

**LA VIDA Y LA CULTURA EN MEXICO
AL TRIUNFO DE LA REPUBLICA EN 1867**

**INSTITUTO NACIONAL
DE BELLAS ARTES**

SECRETARIO DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Lic. Agustín Yáñez

SUBSECRETARIO DE ASUNTOS CULTURALES

Mauricio Magdaleno

DIRECTOR GENERAL DEL

INSTITUTO NACIONAL DE BELLAS ARTES

José Luis Martínez

JEFE DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA

Antonio Acevedo Escobedo

**S E C R E T A R Í A D E
E D U C A C I Ó N P Ú B L I C A**

Ediciones de



Bellas Artes

**SALVADOR NOVO, ANDRÉS HENESTROSA, JUSTINO FERNÁNDEZ, VICENTE
MAGDALENO, MARÍA DEL CARMEN MILLÁN, HUBERTO BATIS, ALICIA
PERALES DE MERCADO, GUSTAVO PÉREZ TREJO, MARÍA DEL CARMEN
RUIZ CASTAÑEDA, CLEMENTINA DÍAZ Y DE OVANDO Y MARÍA DEL
CARMEN SORDO SODI**

LA VIDA Y LA CULTURA EN MÉXICO AL TRIUNFO DE LA REPÚBLICA EN 1867



**[Texto de las conferencias conmemorativas organizadas por el
Departamento de Literatura del INBA y presentadas en la Sala
Ponce del Palacio de Bellas Artes, de junio a octubre de 1967]**

**Instituto Nacional de Bellas Artes
Departamento de Literatura
México**

F
1210
V65

on 6.5
15.25
11.2
9-10-69
1933.9-128

LA CIUDAD DE MÉXICO EN JUNIO Y JULIO DE 1867

Salvador Novo

Señoras y señores:

Agradezco y aprecio en todo lo mucho que vale el honor que recibo al inaugurar con la indocta mía, la serie de conferencias que sobre el tema de la restauración de la República ha tenido el Departamento de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes el acierto de organizar en conmemoración respetuosa de aquel fasto, hace un siglo consolidado.

Muchos y muy interesantes son los aspectos que han de exponer aquí los distinguidos escritores que, al seguirme en el tiempo, atemperen con el buen uso de la palabra el abuso que hoy haga yo, a la vez, de ella y de la paciencia de ustedes. Debo en consecuencia precaverme de invadir sus terrenos —persuadido como los patriotas cuyas hazañas recordamos, de que toda invasión es reprobable. Ellos hablarán de las letras, las obras, los autores, las instituciones. A ellos, si deciden arrancar de tan lejos, les corresponderá invocar la Academia de San Juan de Letrán con su Nigromante, o evocar el efímero Liceo Artístico y Literario en el que ya asoman José Tomás de Cuéllar, Francisco González Bocanegra, Marcos Arróniz y Emilio Rey, fundadores a su vez del primer Liceo Hidalgo; hablar de la Sociedad Literaria de 1854 y su revista *La Verdad*; del Círculo Juvenil de Letrán, redondeado en la habitación que en ese Colegio ocupaba Altamirano en 1857 y 1858; omitir, si así lo estiman prudente, toda alusión a la Academia Imperial de Ciencias y Literatura inaugurada por Maximiliano el 6 de julio de 1865, presidida por don José Fernando Ramírez, y en la que figuraron Manuel Orozco y Berra, Leopoldo Río de la Loza, Luis G. Cuevas, Alejandro Arango y Escandón, José Sebastián Segura, Francisco Pimentel, Joaquín García Icazbalceta: Academia que se proponía (y disponía de miembros así de capaces de lograrlo) regir en todo el país el cultivo de las ciencias y la literatura; pero cuyos trabajos suspendió en 1866 la situación política de la Capital.

Hablarán sobre todo, supongo, del Liceo Mexicano convocado en agosto de 1867 por José Tomás de Cuéllar con la perdurable ambición de formar las bases de un teatro nacional; hablarán de las Veladas Literarias (si me lees, te leo) convocadas por Luis G. Ortiz y celebradas en número de doce entre noviembre de 1867 y abril de 1868; de la Bohemia Literaria que prosiguió las reuniones de las Veladas hasta 1872; de la reconciliación literaria de imperialistas y liberales; de los dioses mayores y menores tan longevos, del xix y de la Reforma: Riva Palacio, Prieto, Ramírez, Zarco, Iglesias... El material abunda, y aguardan a ustedes muchas gratísimas Veladas Literarias. A partir de 1867: apenas ocho años más tarde, pudo ya recogerse una impresionante estadística de las asociaciones que en México se empeñaban en cultivar las ciencias, las artes y la literatura. Pimentel sumó en 1875 nada menos que 73, de las que 29 eran científicas, 21 literarias y 3 mixtas. Entre ellas, por supuesto, la Sociedad de Geografía y Estadística; y la definitivamente resucitada Academia Mexicana de la Lengua, que fundada por decreto de 22 de marzo de 1835, al mismo tiempo que la de la Historia, empezó realmente a moverla en 1875. Ya ven ustedes cuán poco falta para que nuestra Academia —y algunos de sus miembros— cumplan los cien años.

A mí mismo se me ha invitado a hablar de Inclán más adelante, y lo haré a su tiempo. Pero ahora no me incumbe más que trazar el marco: disponer el escenario; evocar o invocar los perfiles de la ciudad en que hace un siglo iba a ocurrir un doble Renacimiento: el de la República —y el de las letras nacionales.

Es lo propio de quien aspira a merecer el título de cronista de la ciudad: conocer y describir la de su tiempo: pero también amar y recordar su pasado. Y cuando lo evoque, tratar de conducir a sus contemporáneos al disfrute, a la resurrección, de la vida ordinaria, cotidiana, sin conciencia de que fuera a devenir histórica, de aquella ciudad: a sus zozobras, a sus placeres; a sus temores y a sus esperanzas.

Me ceñiré, por ello, ni siquiera a todo el año de 1867: sino a dos de sus meses, o en realidad, al mes y días que van del ocho de junio de 1867, al 15 de julio del mismo año. No les usurpo pues mucho tiempo a los demás conferenciantes. Mi cámara irá del Long Shot de establecimiento, a la disolvencia que nos instale suavemente cien años atrás; para luego iniciar un ritmo en cortes a Full Shots, acercamientos, pannings, zooms acaso y close ups. Más que una continuidad, trataré de ofrecer una simultaneidad de acontecimientos, datos, síntomas y culminaciones. A ello me obliga la estrechez del tiempo casi aristotélico que me he fijado para encerrar en él la acción de la República recobrada; pero de que esas instantáneas hallarán congruencia y alcanzarán interpretación y unidad allí donde deben, que es en el espíritu del espectador, me asegura la sabiduría y la inteligencia de este distinguido auditorio.

LA CAPITAL EN 1867

Habitantes de una ciudad congestionada en los 300 kilómetros cuadrados que le suman las antiguas delegaciones hoy absorbidas por su núcleo original; sardinas en sus autobuses o enfadados manejadores de coches que enchorizan la lentitud de su espasmódica circulación regulada por el robot de los semáforos; en aptitud de acumularse a consumir sus enlatados alimentos espirituales en la tiniebla de cines enormes; informados tan al minuto de lo que sucede en el mundo en la ciudad por decenas de periódicos matutinos, cuyas noticias perecen en horas para ser otras en los del mediodía y otras más por la noche; moradores de condominios hasta los cuales penetran el radio y la televisión su múltiple acicate visual y auditivo; clientes de gigantescas tiendas de descuento, comensales en cientos o miles de restaurantes, fondas, cafés; aptos a desplazarnos en horas y por el aire a las ciudades más distantes; ciudadanos, en fin, de 1967, se requiere un gran esfuerzo de abstracción; una rápida, deliberada, concentrada cura de reposo, para que imaginemos cómo eran la ciudad y su vida hace exactamente un siglo.

Hagamos ese esfuerzo. Configure nuestra imaginación una ciudad pequeña, a escala humana, aún contenida, prácticamente, en la "traza" que Cortés delineó como habitación de los españoles.

Doscientos mil pacíficos moradores de 4,200 casas de uno o dos pisos, agrupadas en 245 manzanas; dividida la ciudad para su mejor administración en 8 cuarteles mayores, cada uno a cargo de un regidor, y 32 menores al de un inspector. Las propias manzanas tenían sendos subinspectores, y aun las aceras, un ayudante responsable en ellas del orden y el aseo.

CONVENTOS DE RELIGIOSOS

18 conventos de religiosos y 23 de monjas —41 en total— habían sobrevivido al salto mortal de la Independencia; pero eran ya sólo 21 en los momentos de la exclaustación. De 1859 a 1861, el gobierno de don Benito Juárez se aplicó a perfeccionar la estructura liberal de la Constitución de 1857 con expedir una serie de leyes que hoy conocemos por las Leyes de Reforma: la de 12 de julio de 1859, que nacionalizaba los bienes eclesiásticos; la del 28 de julio de 1859 que establecía el Registro Civil, y la de tres días después, que secularizaba los cementerios; la de 4 de diciembre de 1860 sobre libertad de cultos —y la de 2 de febrero de 1861, que secularizaba, ya con la Intervención encima, los hospitales y los establecimientos de beneficencia.

Tan necesario en el sentido kantiano era en el tiempo histórico aquel paso social, que resulta curioso comprobar que Maximiliano confirmara, una por una, estas disposiciones liberales: la nacionalización de los

bienes eclesiásticos, el 26 de febrero de 1865; ese mismo año, la ley del Registro Civil; la secularización de los cementerios, el 12 de marzo de 1865; y aun la libertad de cultos, el 26 de febrero de 1865.

Así le iba a ir con la Iglesia; pero no nos desviemos de la escueta descripción de una ciudad que a la hora en que la evocamos, lleva ya unos años de ver que los conventos empezaban a abrirse en calles.

DERRIBO Y TASAJEO

El 16 de septiembre de 1856, el C. Ignacio Comonfort, Presidente Substituto de la República Mexicana, hacía saber a sus habitantes que en uso de las facultades que le concedía el artículo 3º del Plan de Ayutla, reformado en Acapulco; y con acuerdo unánime de la junta de ministros, decretaba: 1º para la mejora y embellecimiento de la Capital de la República, en el término de 15 días contados desde la fecha de este decreto, quedaría abierta la calle llamada callejón de Dolores, hasta salir y comunicar con la calle de San Juan de Letrán, y se denominaría calle de la Independencia; 2º: que se demolerían los edificios y se ocuparían los terrenos necesarios por causa de utilidad pública...

Como resultado de ese decreto, al día siguiente, a las diez de la noche, 400 barreteros, vencidos sus supersticiosos temores por la canción de los Cangrejos —especie de Marsellesa local—, dieron sensacional principio a la moderna urbanización de la capital.

A aquel primer derribo y tasajeo del convento de San Francisco seguirían otros, que el diligente y reincidente Gobernador del Distrito Federal don Juan José Baz acometiera con fruición, pericia y si hacía falta (como la hizo para destruir en el breve término de la noche del 19 de junio de 1868 el templo de San Andrés para abrir la calle de Xicoténcatl), rapidez.

CALLES NUEVAS

El convento de Santo Domingo cedió su panteón a la calle de los Sepulcros de Santo Domingo, hoy Brasil; su hermosa capilla del Rosario a la inútil de Leandro Valle; su atrio a una Plaza, como San Fernando y como tantas otras iglesias; el Convento de la Concepción, se vería hendido en cruz como su gemelo el de San Francisco, para abrir las calles del Progreso, hoy República de Cuba en memoria de la República de Cuba —y del 57. Desaparecería el de Capuchinas, y su iglesia para ligar con otra la calle de la Palma, originalmente llamada de Lerdo en ese tramo. El decreto de 5 de febrero de 1861 reducía el número de monasterios mediante una transfusión de monjas por grupos sanguíneos u ordinales homogéneos, y dejaba sólo en pie los de Re-

gina, San Lorenzo, San José de Gracia, San Jerónimo, Enseñanza Antigua, San Juan de la Penitencia, Santa Teresa la Nueva, Capuchinas de Guadalupe, y Santa Teresa la Antigua; y disponía rematar los restantes o suprimirlos.

Y a muy buen precio: de “oferta”, como hoy se dice: por los 17,765 metros cuadrados del Convento de San Francisco, se pedían 400,747 pesos. No es de sorprender que don Vicente Escandón y socios hicieran proposiciones para adquirir el templo grande de San Francisco con la hermosa sacristía y antesacristía, así como el templo de San Agustín, tercer orden, sacristías, atrio y casa del capellán, por la suma de 60,000 pesos que se comprometían a pagar mediante un enganche de 3,000 en efectivo, 27,000 en títulos de capitales en vías de pago, y los 30,000 restantes en papel de la deuda común. Lo que sí sorprende un poco es que el gobierno haya comunicado, con fecha 28 de octubre de 1862, su aceptación de semejante trato. “No he podido —confiesa García Cubas— investigar las razones que haya habido para que dichos edificios volvieran al poder de la Nación.” Se habrán atrasado, digo yo, con algún abono.

EXCLAUSTRACIÓN

Pero con motivo de la invasión francesa, el gobierno de Juárez decretó el 26 de febrero de 1863 la exclaustación de todos los religiosos, y que se enajenaran o destinaran a hospitales de sangre o asilos —con la única excepción de las Hermanas de la Caridad, cuyo edificio ocupaba la contraesquina del convento de la Concepción en Santa María la Ribera— convertido en Escuela de Artes y Oficios para señoritas al irse, años después, las Hermanas. Poco después del año que nos ocupa, en 1869, se dio destino civil a monasterios como el de San Lorenzo, Escuela de Artes y Oficios para varones y germen, como ESIME, del Politécnico; la Enseñanza Antigua fue dedicada, parte a Palacio de Justicia (por Donceles, entonces Cordobanes), y parte a Escuela de Ciegos —donde hoy se ejerce la muy buena pupila de los miembros del Colegio Nacional. La Encarnación llegaría en nuestros tiempos, después de haber sido escuela, a Secretaría de Educación; Corpus Christi, a Escuela de Sordomudos antes que a Museo de Arte Popular; San Pablo se volvería Hospital Juárez, Santa Teresa la Antigua, bodega; San Agustín, Biblioteca Nacional. Como del de Capuchinas, no quedó huella del convento de Santa Isabel, cuyas religiosas se habían concentrado en una casa de la calle de San Cosme al reducirse el número de conventos. El de Santa Isabel fue allanado. Sobre sus ruinas, rodeados de mármoles y de intelectuales, nos encontramos ahora mismo alojados.

La Casa Profesa al sur y las huertas del Convento de Santa Clara al norte, habían al separarse abierto el paréntesis urbano que permitiera la prolongación de la calle de la Alcaicería, engendrada en el vientre

del palacio que Cortés se apropió, desde el Arquillo que daba acceso a aquel mercado interior, más allá de San José el Real, y darle el nombre victorioso de 5 de Mayo.

No más allá, sin embargo, erguía su neoclásica majestad el teatro que Su Alteza Serenísima le encargó construir a su consentido arquitecto don Lorenzo de la Hidalga.

PROFESIONISTAS, TIENDAS Y TEATROS

Pero en el año a que contraemos nuestras evocaciones, Su Alteza Serenísima andaba ausente, de capa definitivamente caída. Habían sido otras Altezas —menos serenas, aunque más reales— las que esta Ciudad recibió en jubiloso triunfo, con los consabidos arcos, el 12 de junio de 1864. Maximiliano y Carlota llegaban a una ciudad ocupada desde un año antes por el ejército francés; una ciudad inclinada a la buena vida y al lujo: en la que siempre —bendito sea Dios— ha habido de todo y para todos. Del total de 4,527 tiendas y establecimientos que he tenido la paciencia de contar, clasificados como en la sección amarilla de nuestro directorio telefónico, en *El Viagero en México* de Juan N. Valle, para el año de 1864, unos cuantos nos darán, por su número relativo, clara idea de la vida en la ciudad por aquellos años: 538 tiendas de abarrotes; un poco más que las 523 pulquerías, pero bastante menos que los 624 tendejones; 174 carnicerías, 81 tocinerías; 339 tabaquerías, 44 panaderías; pero 111 bizcocherías y chocolaterías, 10 pastelerías de lujo, 38 dulcerías y 12 azucarerías y melerías; 23 fondas, 110 figones, 84 cafés y neverías, 11 cantinas, 27 lecherías, 186 vacas de ordeña; 141 maicerías y pajerías (por supuesto, ni una sola tortillería. Eso se hacía en casa. Nadie habría comido de la Conasupo), 16 molinos de trigo, 14 hoteles con restaurant, 3 posadas, 19 mesones, 29 corrales; 63 baños, ocho más para caballos; 97 barberías y 15 peluquerías, que no es lo mismo barba que peluca; 87 sastrerías; 59 sombrererías, y seis más de sombreros de palma; 22 fotografías; 176 casas de empeño.

14 librerías, 14 imprentas (entre las cuales, las de Cumplido, Inclán, Murguía), 7 litografías (entre las cuales, Decaen); y por cuanto a las profesiones, la aterradora cifra de 1,079 abogados matriculados, más 19 notarios públicos y 21 escribanos de diligencias; la modesta de 20 arquitectos (De la Hidalga entre ellos), 17 ingenieros civiles, 9 maestros de obras; 147 médicos cirujanos aparte 4 solamente médicos y 14 solamente cirujanos; 34 farmacéuticos; 6 flebotomianos; 23 parteras; 15 médicos extranjeros autorizados y 9 farmacéuticos en el mismo caso —y 29 boticas. Había también 25 retratistas de profesión: uno era Juan N. Cordero, otro Pelegrín Clavé; y 2 paisajistas: uno era Eugenio Landesio.

No faltaban teatros: el Imperial (camaleón rápido en mudar de

nombre conforme conviniera: ex-Santa Anna; Nacional; Imperial; Nacional), el Iturbide, el Principal, el de Oriente, el de Nuevo México, el del Pabellón, el de Hidalgo; funcionaba la plaza de toros del Paseo Nuevo, y había cuatro palenques de gallos. Por cuanto a Paseos propiamente dicho, el de moda era el Nuevo de Bucareli; los antiguos, el de la Viga y la Alameda.

MISCELÁNEA

Los emperadores descubrieron, hermosearon y disfrutaron la belleza de Chapultepec. Trazó Maximiliano la comunicación directa entre el alcázar y el palacio imperial que acabaría por bautizarse como Paseo de la Reforma; obsequió a Bazaine como regalo de sus bodas con doña Josefa Peña y Azcárate el palacio llamado de Buenavista, inauguró una estatua de Morelos en la Plaza Guardiola en septiembre de 1865, dispuso en 1866 la instalación del Museo Nacional en el edificio de Moneda en que duró un siglo, dio en el primer semestre de 1865 veinte comidas y 16 tertulias —para deleite y ostentación y educación de las buenas familias; nombró lector de cámara al verboso Zorrilla, y cantarina imperial al Ruiseñor Mexicano Ángela Peralta. Descubrió —como antes Cortés, como más tarde otros gobernantes— el buen clima de Cuernavaca y el descanso que proporcionan allá los “week-ends”. Por su parte, fuera de tolerar a sus melosas y obesas damas de honor, poco pudo hacer Carlota por la ciudad —aparte fundar una Casa de Maternidad e Infancia, o embellecer, aseándola, la Alameda. Dos años después de su llegada: el 13 de julio de 1866, se embarcó en Veracruz en el Imperatrice Eugenie— para servir en lo sucesivo de tema fácil a más de un dramaturgo y novelista.

JUÁREZ PEREGRINO

Entretanto, Juárez ha peregrinado, desde el 31 de mayo de 1863 en que deja la ciudad de México, por San Luis Potosí, Saltillo, Monterrey, Chihuahua, Paso del Norte. En la emergencia, prolonga un mandato que habría concluido el 8 de noviembre de 1865, o recaído en el Presidente de la Suprema Corte, González Ortega. Su tenacidad no es estéril. Por todos los ámbitos del país repercute y encuentra eco su prédica. Otro oaxaqueño que desde los 16 años de su edad se había alistado en la Guardia Nacional para combatir la invasión norteamericana; un simpatizador del Plan de Ayutla, que durante la guerra de Tres Años combatió al lado de los liberales, y ascendió a general de brigada en 1861; que luchó como jefe de una brigada en Acultzinco contra la intervención francesa en abril de 1862, y participó en la batalla del 5 de mayo en Puebla, y en 1863 en la defensa de esa ciudad:

Porfirio Díaz escapa de prisión, vence a los imperialistas en Tehuiztín, Puebla, en septiembre de 1865; triunfa en Tlaxiaco el 6 de enero de 1866, en Lo de Soto el 25 de febrero; en Pinotepa el 28 de septiembre; en Nochistlán el 23 de septiembre; en Miahuatlán y La Carbonera el 3 y el 18 de octubre.

Nos acercamos ya, velozmente, con la aceleración de un derrumbe, al del Imperio: a 1867. Porfirio Díaz sitia a Puebla y la toma el 8 de abril; da la batalla de San Lorenzo, persigue a Márquez, y...

LEONARDO MÁRQUEZ

Los franceses habían evacuado la Capital el 5 de febrero de 1867, con Bazaine y Castelnau a la cabeza. Ocho días después, Maximiliano había salido a refugiarse en Querétaro una dispersa resistencia, a afrontar un sitio próximo a un ominoso Cerro de las Campanas. Querétaro cae en las manos de los liberales el 15 de mayo.

La Capital se hallaba (desde su apresurado y sigiloso regreso del Querétaro en que Maximiliano, con disgusto de Miramón, había accedido a nombrarlo primer jefe del ejército del Imperio, y en seguida Jefe del Estado Mayor) en manos y al sangriento cuidado de Leonardo Márquez: el famoso Tigre de Tacubaya, asesino del joven poeta Juan Díaz Covarrubias, y fusilador de Melchor Ocampo y de Leandro Valle. Había llegado a la Capital el 27 de marzo, salido a enfrentarse infructuosamente a Díaz en Puebla el 2 de abril, y retachado aquí para salvar el pellejo ocultándose durante la entrada de los republicanos. A los seis meses lograría fugarse disfrazado de arriero, llegar a Veracruz y embarcarse hacia Estados Unidos. No podemos detenernos a biografiar a este complejo personaje que nacido desde 1820, es de una pasta tan durable que sobrevive a su exilio de 1867 todos los años necesarios para residir en La Habana hasta 1895, ser entonces perdonado por Díaz a instancias de Romero Rubio; regresar a México viejo ya de 75 años —y volver a ausentarse a Cuba para morir allá cuando, en 1913, le faltaban apenas 7 años para el siglo de vida.

LA PRENSA

Hasta el jueves 20 de junio de 1867, el Boletín de Oriente —publicado ya en Guadalupe Hidalgo, ya en Tacubaya— fue en sus 41 números el vocero de la República. Hojear sus páginas solemnes, ahora suavizadas por el tiempo en la hemeroteca, nos depara una impresión de truenos que anuncian una ya muy próxima, refrescante tormenta. Tan cerca ya de la Capital como en Tacubaya, Porfirio Díaz comandaba el cuartel general de la línea de Oriente, y ejecutaba las órdenes

que recibía del Cuartel General de Querétaro, comandado por Mariano Escobedo.

Asomémonos al número 37 de aquel periódico: al que lleva la fecha del sábado 8 de junio de 1867 —ayer hizo exactamente un siglo—; y en él, a las horas de angustia y privaciones que vivía la Ciudad de México:

“Triste es la idea que dan los periódicos de Méjico sobre las dificultades estremas que se experimentan ya para el abasto de la población. Se han cerrado ya, según leemos en la Unión, las casillas en que ordinariamente se ha espendido el pan, y las pocas fábricas de este interesante artículo que aún permanecen abiertas, están asediadas todo el día por una inmensa muchedumbre de gentes que después de perder muchas horas, suelen regresar a casa sin haberse provisto. Mayores dificultades se experimentan relativamente al combustible, no obstante de haber sido derribados todos los árboles de la calzada de la Viga... Todos los artículos de ordinario consumo están sujetos al máximo, y esta medida, como siempre sucede, no ha hecho más que exacerbar el mal en vez de remediarlo. La miseria es suma. Estraídos por la fuerza, según se nos informa, los fondos del Montepío, las clases pobres no tienen ni el recurso habitual de aquel establecimiento... En dos de estos establecimientos ya no se reciben prendas; y en otro no se admiten ciertos objetos como muebles etc. porque se dice no tener en donde guardarlos; y en los que se reciben de ropa, alhajas u otra especie, se presta tan poco respecto de su valor, que no cubre ni muy pobremente la subsistencia para un día de una familia decente; por último, que en el otro que es la sucursal 1, donde todavía se socorre el público con alguna más amplitud, es tanta la gente que acude, que no se puede ni entrar; hay el mismo tumulto que en las maicerías y panaderías... La gente pobre y aun la de algunas proporciones, resiente ya demasiado la escasez de víveres. Con increíble afán subsisten ya ciertas familias. El gobierno, el ayuntamiento, el digno alcalde municipal, la junta de beneficencia, las conferencias de San Vicente de Paul, las conferencias de señoras y muchas gentes benéficas, procuran aliviar en vano la suerte y la indigencia de los pobres, proporcionándoles trabajo, ministrándoles socorros, cuidando que se les reparta con equidad, evitando monopolios y poniendo tasa a los vendedores... Los que tenían existencias de este artículo (maíz) que forma una parte principal de la subsistencia del pueblo, desde antes del sitio lo han encarecido extraordinariamente. Es evidente que no se ha introducido maíz en la plaza desde que sentó sus reales Porfirio en Guadalupe...”

La antigua México Tenochtitlan —ahora diversamente imperial, volvía pues a sufrir como en 1521, el sitio por hambre. Y era, como entonces, cercada y atacada por las orillas, ya secas, de su lago: por Atlacuihuayan, por Tepeyácac.

EL 19 DE JUNIO

Arranquemos unas cuantas hojas del calendario; del 8, saltemos al 20 de junio de 1867 para leer el número 41 —último del Boletín de Oriente impreso en Tacubaya: “Suspendemos el tiro de nuestro boletín para insertar el siguiente telegrama: República Mexicana, Cuartel general de Oriente, sección telegráfica, Querétaro, junio 19 de 1867. Recibido en Tacubaya a las 3 y 11 minutos de la tarde. Sr. Gral. Díaz: con esta fecha digo al C. Ministro de la Guerra lo que sigue: “El día 14 del presente a las once de la noche han sido condenados por el consejo de guerra Fernando Maximiliano de Habsburgo, D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía a sufrir la última pena. Confirmada la sentencia por este Cuartel General, se señaló el 16 para su ejecución; la que se suspendió hasta hoy por disposición del Supremo Gobierno. Son las siete de la mañana, hora en que acaban de ser pasados por las armas los citados Maximiliano, Miramón y Mejía. Sírvasse usted comunicarlo al C. Presidente de la República. Firmado: Escobedo”.

Al día siguiente, viernes 21 de junio, aparecía, ya en México, el primer número de *El Republicano*. Era una sola hoja, a tres columnas en sus dos caras. Traía la primera, sin titularlo así, un editorial noticioso o noticia editorializada cuyas cabezas exclamaban en mayúsculas: ¡VIVA LA REPÚBLICA! ¡VIVA LA INDEPENDENCIA!

“A las seis de la mañana de hoy, los repiques a vuelo y los cohetes que llenaban el aire, avisaron a los habitantes de la Capital que habían quedado libres de las estoraciones de los representantes del llamado Imperio. El júbilo se retrataba en todos los semblantes; los pobres iban a tener pan, los ricos podían salir de sus escondites sin temor de que los plagiaran de orden suprema para ser encerrados en Santiago Tlatelolco, privados de alimentos y comodidades y espuestos a los proyectiles que el ejército libertador enviaba contra el cuartel general de Márquez.

“El día 21 de junio de 1867 es un día de júbilo para el pueblo mexicano; en él ha concluido la ridícula farsa de la intervención y del imperio, cayendo los principales actores de ella como han caído siempre los partidarios del crimen, llenos de lodo y de vergüenza, bajo el peso de la animadversión pública y no despertando al caer simpatías algunas.

“El sangriento episodio de Querétaro, necesario y justo, debía haber puesto fin a la guerra civil y a los padecimientos que ella impone a los pueblos; pero la observación y el capricho de Lacunza, Márquez, O’Horán y consocios, el deseo de salvar sus cabezas condenadas, aun a costa de las tribulaciones y de los sufrimientos de miles de personas, aumentaron el inmenso charco de sangre mexicana que clama por una venganza contra los que han sido causa de que se derramara.

“La cuchilla de la ley levantada sobre esos criminales deberá caer de un momento a otro para satisfacer a la vindicta pública y las exi-

gencias del porvenir que tiene el gobierno republicano, estamos seguros que una amnistía amplia y completa coronará dignamente nuestros triunfos. Así acabarán de una vez esas dos categorías que ha habido siempre en nuestra patria de perseguidos y perseguidores; todos se confundirán en una sola; en la de mexicanos amantes de su patria y de la independencia nacional.

“Los extranjeros, escarmentados con la severa lección que han recibido, respetarán nuestros fueros y derechos de pueblo libre y soberano, y la patria marchará rápidamente hacia el grandioso porvenir que le está reservado. Los sufridos y valientes soldados del pueblo, defensores de un principio santo y noble, han conquistado con sus gloriosas victorias sobre los extranjeros y los traidores, no solamente lauros inmarcesibles para sus sienes, sino también la felicidad, el engrandecimiento y la independencia de México. ¡Gloria a tan denodados campeones! La República les debe enormes y heroicos sacrificios, ella sabrá recompensarlos. Con hijos semejantes, una nación libre puede alzar orgullosa y erguida su frente; ellos son su gloria y ella su amor y su esperanza.

“El día de la consumación de la victoria se deponen en el altar de la patria los odios de partido y las pasiones políticas; un grito solo debe resonar en todos los ámbitos de nuestra patria: ¡VIVA LA REPÚBLICA! ¡VIVA LA INDEPENDENCIA!”

BAZ

Es de imaginar la trémula emoción con que los lectores de aquella hoja habrán absorbido este perdurable modelo de elocuencia y de periodismo. Pero había que tomar inmediatas, enérgicas medidas de gobierno. De ello se encargaba el diligente Jefe Político de la capital de la República, don Juan José Baz —el inquieto tapatío que anda en la bola desde los 18 años, con Gómez Farías, quien lo hace gobernador del Distrito en 1846, puesto en el cual se ensaña contra el clero; defiende a la capital contra los yanquis, trashuma como jefe político en Taxco, como asesor de artillería en Querétaro; lo destierra Santa Anna en 1853; vuelve de Europa al triunfo del Plan de Ayutla, asesora al gobernador de Colima, Álvarez le designa de nuevo Gobernador del D. F.; derriba conventos, abre calles, encarcela al Cabildo Metropolitano; se distancia de Comonfort, renuncia, participa en el Congreso Constituyente; escapa de situaciones difíciles, se une al ejército de los Estados coligados; regresa a México, Zuloaga lo hace prisionero, huye a Morelia, es nuevamente gobernador del D. F. poco antes de la ocupación francesa; y desde Nueva York, forma parte de la junta de auxilios para la defensa del país contra la intervención francesa. Llega por fin a Matamoros, se une a Díaz, asiste a los sitios de Puebla y México. Ahora, 21 de junio de 1867, está en sus manos el orden de una Capital que ya ha gobernado muchas veces. Dicta pues sus prime-

ras disposiciones. Tienen 24 horas todos los que hayan desempeñado cualquier empleo o comisión del llamado imperio, recibiendo sueldo de él, para presentarse en la jefatura política. Los que no se presentaren dentro de este término, serán considerados como aprehendidos con las armas en la mano y castigados con la pena de muerte con arreglo al art. 28 de la ley de 25 de enero de 1862.

¿Qué iba a hacer con ellos? “Los que desempeñaron el papel de notables, de consejeros, de jefes de oficina y de comisarios imperiales... permanecerán en prisión sujetos a lo que respecto de ellos disponga el Supremo Gobierno”.

Por las páginas de los diarios, fechas adelante, iremos descubriendo, reconociendo, a los “notables” que desfilen cabizbajos y a su merced frente al Jefe Político. En orden alfabético. Veremos, por ejemplo, el nombre humilde y sabio de Manuel Orozco y Berra.

Diez artículos contenía aquel nervioso, enérgico, emergente Decreto: autorizaba el cateo, penaba a quienes ocultaren a los que se debían presentar de acuerdo con los 4 primeros artículos; obligaba a devolver el dinero, alhajas, muebles u otros objetos pertenecientes a la nación, así como en 24 horas munición y parque los que lo tuvieran.

Otro breve decreto prohibía por tres días la introducción y venta de pulque, aguardiente y cerveza, para evitar desórdenes, aunque al cuarto día autorizaba su venta, pero sólo de seis de la mañana a tres de la tarde. En el mismo decreto se prohibía maltratar los edificios públicos, se vedaban los juegos de azar y la portación de armas. Otro más castigaba con la pena de muerte el homicidio, el incendio, el estupro con violencia y el robo, y aclaraba: “Se reputa por robo cualquiera ocupación de bienes ejecutada sin orden previa del General en jefe, sea cual fuere el pretexto que para ello se alegue”. Los ladrones o forzadores aprehendidos infraganti, serían ejecutados inmediatamente por los jefes políticos de los distritos en que se hubiese cometido el crimen”.

EL CERRO DE LAS CAMPANAS

El Boletín Republicano informaba: “El día 19 del actual, a las siete de la mañana, dejó de existir el archiduque de Austria Fernando Maximiliano. Aunque pocos, ponemos en conocimiento de nuestros lectores los pormenores que hemos podido recoger sobre su juicio y la ejecución de la sentencia. El archiduque se sentó frente a sus jueces, en uno de los banquillos que habían servido de asiento a los desgraciados que caían en las feroces garras de las cortes marciales. Contestó como reo al sargento relator del consejo ordinario que le juzgó, y pidió como una gracia especial que se sepultara su cadáver en el mismo lugar que el de su esposa, y que para evitar una honda conmoción a su madre, no se le disparase al fusilarlo, a la cara. Este último deseo está cumplido, y el otro se cumplirá también. Murió con entereza y

serenidad, lo mismo que Miramón y Mejía que le acompañaron al suplicio. Napoleón III debe estar satisfecho de su obra. Las víctimas del asesino del 2 de diciembre se multiplican incesantemente y el pabellón de Francia sigue cubriéndose de cieno y de sangre por dondequiera que tremola. La muerte del archiduque y de los que se adhirieron a su causa debe pesar sobre el farsante que desde el solio imperial de Francia quiere gobernar al mundo. La República se ha hecho justicia.”

Una hoja suelta, anexa a este primer número del Boletín Republicano, publicaba el texto de la Capitulación de México —firmada en Chapultepec el 20 de junio de 1867 por el general de brigada Ignacio Alatorre, nombrado por Díaz para ajustar la ocupación de la plaza, y por los generales imperialistas Miguel Piña, Carlos Palafox y Manuel Díaz de la Vega, designados por Ramón Tavera. Cinco breves incisos: cesaban las hostilidades; y las vidas, propiedades y libertad de los habitantes pacíficos de la plaza, quedaban bajo la garantía y protección del C. Gral. D. Porfirio Díaz.

“La población —cuenta el fehaciente testigo don Enrique de Olavarría y Ferrari—, contenta y satisfecha con aquel otorgamiento de garantías, abrió poco a poco balcones y puertas y fue de ver cómo a lo largo de las calles se estableció un activísimo comercio de toda clase de comestibles, que a exagerados precios realizaban los cientos de vendedores ambulantes, a quienes permitió libre entrada el jefe republicano. Semanas hacía que los sitiados tenían casi en olvido el pan, la leche, la carne de res, las verduras, la fruta, los tamales y las tortillas, y excusado parece decir con cuánta ansia sería todo ello buscado y devorado por estómagos ahitos de tortillas de almidón y de garbanzo, pastas de frijoles, galletas, carne de caballo, de perro y gato, y cien inmundicias o indigestas o repugnantes.”

PORFIRIO DÍAZ

El sábado 22 de junio aparecía en el 2º número del Boletín Republicano el primer decreto expedido por don Porfirio Díaz el 11 de marzo, todavía frente a Puebla de Zaragoza; pero ahora, para conocimiento y obediencia de los capitalinos: el que imponía por una sola vez una contribución de un centavo por peso a todo capital raíz o mobiliario, a cubrir en tres plazos: a los cinco días, a los treinta y a los treinta del segundo. ¡Qué lejos estaban entonces los mexicanos de la cédula personal que sobre revelar indiscretamente la fecha exacta de su natalicio, los depositaría en las implacables máquinas electrónicas que hoy nos vigilan para darnos, en vez del romántico nombre de ciudadanos, la práctica y fea denominación de causantes!

Por su parte, el Jefe Político Baz daba un plazo de 48 horas para que las comunidades religiosas desocuparan los conventos y los entre-

garan. Le urgía, como lo hizo en seguida, prolongar la calle del 5 de Mayo. Libraba por 15 días de toda alcabala los víveres, y nombraba una comisión municipal que atendiera las necesidades locales de la Capital. Entre los 12 miembros de aquella comisión reconocemos los nombres de Rafael Dondé, José María Lafragua, Agustín del Río y el poeta (recordado por un soneto) Pantaleón Tovar.

PRENSA LIBRE

Pronto empiezan a anunciar su reaparición los periódicos: la famosa *Orquesta* para el 26 de junio; *El Pájaro Rojo*, que sallía de los talleres en que se había impreso el *Mexican Times* pagado por los imperialistas, en el mismo patio de la casa de Cordobanes 8 en que se hacía ahora el *Boletín Republicano*; la *Conciencia Pública* para el 1º de julio, lo mismo que *La Sombra*, que ya anunciaba suscripciones a 1.50 el año; *Don Gregorito*, periódico redactado por Pantaleón Tovar; y *La Cuchara*. Todo un repentino florecimiento de prensa libre, con tarifas de avisos a 6 centavos línea y a 3 centavos las repeticiones.

La ciudad se reanima. De esta manera lo comenta un periódico: "La ciudad sigue de enhorabuena; el comercio recobra su actividad, la gente ocupada vuelve a sus trabajos, y las empresas de diversiones públicas se apresuran a abrir sus locales. Los modestos cuanto aplicados y llenos de mérito, actores del Teatro Principal, no podían quedarse atrás, y han decidido comenzar a dar sus funciones en la presente semana. . . Preciso es que nuestros lectores se apresuren a abonarse y a conquistar localidades, para sacudir cuanto antes el fastidio en que nos tenía el imperio, y para que se desvanezca el horror que nos inspiraron los últimos días de la traición". Y el Principal se abrió, en efecto, el 28 de junio, viernes, con *La Africana*; y el Gran Circo Chiarini, instalado con puerta a Gante en terrenos que fueron del convento de San Francisco, el sábado 29, con una función dedicada a don Porfirio Díaz.

El acreditado Colegio de Pedro Dalcour anunciaba la reanudación de sus clases para el día 25; y lo francés andaba tan de capa caída, que la Cristalería de la Monterilla 11 abría una barata de porcelana y cristal cortado a 18 reales docena; a 2 pesos docena de platos, y a 25 pesos vajilla de 60 piezas.

D. Vicente Riva Palacio, gobernador del 1er. distrito del Estado de México, consideraba cumplida su misión y pedía licencia para retirarse a la vida privada. Y los periódicos excitaban a la comisión municipal para que aun a costa de grandes sacrificios, estableciera cuanto antes el servicio de limpia, porque era mucho lo que la población padecía con la falta de los carros diurno y nocturno.

No escaseaban las noticias telegráficamente recibidas. Una informaba, por ejemplo, que Santa Anna había tenido la desfachatez de regresar, llegado hasta Sisal, sido aprehendido y despachado a Campeche;

otra, que Guillermo Prieto, “este atornasolado poeta”, “comienza a establecer sus baterías para batir en brecha la administración general. Después de haber sido sucesivamente Dobladista y Juarista, para tener en el peor tiempo posible la peregrina idea de convertirse en Orteguista, hoy vuelve contrito a su patria en busca del empleo que ha declarado su legítimo patrimonio”. Sin éxito por entonces. Lerdo no lo tragaba.

Los capitalinos empiezan a cuidar nuevamente de su atildamiento. Se anuncian productos tan importantes como el tinte para el pelo Batchelor —el mejor del mundo, inofensivo, seguro e instantáneo, pues produce un color natural e inalterable— y el extracto regenerador de Mil Flores, que establece, conserva y hermosea el pelo, impide su decadencia y evita la calvicie.

Pero el anuncio que a mi juicio mejor describe al público a quien se dirigía, es el que el lector puede, si lo apetece, leer como apéndice a este texto. [Se ha omitido en el presente volumen.]

LA REPÚBLICA RECUPERADA

Entretanto, a fines de junio se supo en la Ciudad de México que el Presidente Juárez se disponía, desde San Luis, a llegar a la Capital.

El C. General don Porfirio Díaz, que había entrado en ella sin mayor ruido, gozaba de una premonitoria popularidad, evidente en las funciones que le ofrecían, ya en el Circo Chiarini, ya en el Teatro Principal. En éste y durante una memorable como ninguna, “las damas mexicanas, que han tenido lágrimas para llorar las desventuras de su patria, creen ser hoy fieles intérpretes de los buenos mexicanos premiando con una sencilla ofrenda el honor, el civismo y la fidelidad del que, como el C. Porfirio Díaz, ha salvado de la deshonra y de la ruina la Independencia nacional”. Y, en efecto, las damas le fajaron a don Porfirio una faja de honor, antes que como el 4º y último número de una función en que se había representado, previa obertura por la orquesta, el drama “Por derecho de Conquista”, y la señorita Ana Cejudo declamando una poesía especialmente confeccionada para la ocasión, por el poeta español don Sebastián de Mobellán, y de la que doy un fragmento:

General: al verte ahí,
libre late el corazón
porque tu nombre es aquí
emblema que lleva en sí
las glorias de esta nación.

Oaxaca te vio temido
y Puebla te vio venciendo,
y vencedor o vencido,
tu bandera es la que ha ido
o conquistando o rindiendo.

México vio tus legiones
en sus afanes prolijos,
y al saludar tus pendones,
exclamó: con tales hijos
no se pierden las naciones.

Ciñe esta faja de honor
que las damas mexicanas
ofrecen a tu valor,
y sea el blasón mejor
que honre a la vejez tus canas.

Como "gran finale", don Isidoro Márquez ejecutó el baile inglés con doce cuchillos en los pies. Prueba adicional y sintomática de la popularidad del héroe, era que se empezaran a vender sus retratos al óleo, a cinco pesos, en la esquina del Coliseo Viejo y el Colegio de Niñas.

Desde el 4 de julio, con una concurrencia de más de cien personas, sesionó una entusiasta Junta Patriótica. El 9, resuelve declarar Benemérito de la Patria al C. Benito Juárez, pedir al Congreso que así lo consagre, y reconocer que han merecido bien de la Patria los CC. Ministros de Estado Sebastián Lerdo de Tejada, José María Iglesias —y los generales, oficiales y soldados; y con toda anticipación, programa la Junta las celebraciones patrióticas del 15, 16 y 17 del septiembre próximo, con sendos oradores entre los que figurarán Zarco, Tovar y Riva Palacio, en cada teatro, en la Alameda y en el Zócalo.

EL PROGRAMA CÍVICO

Pero también se anuncia ya que el día 15, a las 8 de la mañana, verificará el C. Presidente Benito Juárez su entrada en la Capital, por la garita de Belén y Paseo de Bucareli, deteniéndose en la tribuna erigida en la glorieta donde está la estatua ecuestre. En dicho lugar lo esperarán las autoridades civiles y militares invitadas. Las salvas de artillería y repique anunciarán su llegada, un grupo de niñas vestidas de blanco, coronadas de flores, presentarán al ilustre republicano Juárez una corona de oro que le dedican varios de sus conciudadanos, y otras para los caudillos de la libertad.

El C. Presidente de la junta municipal pronunciará un discurso cívico de bienvenida. A continuación, el C. Presidente, las autoridades invitadas y personas del pueblo allí presentes, depositarán coronas de flores en el ara de la Patria preparada al efecto. Después de esta ceremonia, el C. Presidente continuará su marcha por las calles de la Acordada, Corpus Christi, San Francisco y Plateros hasta Palacio, enarbolándose en este momento el pabellón nacional, y presenciando desde el balcón principal del edificio el desfile de la columna de honor.

A las 12 recibirá las felicitaciones de las autoridades civiles y militares, en el orden en que se les comunicará.

A la una de la tarde se servirá el almuerzo popular en la Alameda para 3000 personas de la clase de tropa, obreros y artesanos del país. Los CC. inspectores de los cuarteles repartirán las invitaciones entre sus vecinos.

A las 3 de la tarde habrá una función de circo en el de Chiarini, cuya entrada será gratis. A la misma hora, se dará una función de maroma y acróbatas en la Plaza de Toros, también gratis. En la noche, habrá una iluminación feérica en la Plaza, inaugurándose para esta fiesta el alumbrado de gas hidrógeno. Desde las 8 hasta las 10 de la noche, cada media hora, habrá iluminación en la citada Plaza, de luz eléctrica y fuegos de bengala, desprendiéndose para concluir un ramillete de luces desde las torres de Catedral.

Músicas militares se colocarán en la plaza citada para tocar serenatas, y un alegre gallo recorrerá la carrera desde la plaza principal hasta el punto donde esté colocada el ara de la Patria.

Las personas que quieran pronunciar en esta noche y durante el día discursos cívicos y poesías análogas, se servirán pasar a inscribirse en la 2ª calle de S. Francisco número 2, en donde se recibirá su nombre y se les designará el lugar que les corresponda.

El G. Presidente, sus ministros, autoridades civiles y militares, concurrirán a las siete de la noche a una comida de obsequio en el edificio de la Minería.

La Junta Municipal espera del patriotismo e ilustración de los habitantes de la capital, que contribuirán con sus esfuerzos personales para celebrar el gran día de la restauración de la República. 13 de julio de 1867, Antonio Martínez de Castro.

EL GRAN DÍA

Amanece, por fin, el gran día. Las oportunas previsiones de don Juan José Baz han aseado y regado las calles, asegurado que los carruajes se abstengan de circular, que nadie trueque cohetes; las mamás conmovidas visten de blanco a las niñas, se escuchan los últimos martillazos en las tribunas próximas al ara de la Patria; ha llegado de Xochimilco profusión de flores, ramos, coronas; sus zaguanes bien cerrados, las familias osan espiar por los visillos de los balcones que han debido engalanar, no todas de muy buena gana.

Juárez ha permanecido en Chapultepec desde el día 13 —como el gran actor que aguarda el pie para su entrada en escena. “Excusado es decir —escribe a su familia— que mi camino ha sido una constante ovación que los pueblos han tributado al gobierno hasta mi llegada a este pueblo. Lo del lunes será una cosa extraordinaria, según los preparativos que se hacen”. “Y lo fue, de hecho y por derecho” —describe Ralph Roeder. “Díaz prodigó los gastos para solemnizar la ocasión dignamente. Dos días más tarde, el Presidente hizo su entrada

triumfal, con sobrio fasto republicano, atravesando las calles empavadas de la ciudad capital, entre las aclamaciones reales que hacían gala de su regreso marcial”.

Rivera Cambas nos conserva esta descripción minuciosa:

“El ejército de ocupación de la capital formó de la manera siguiente: la primera división de infantería desde la garita de Belem hasta Corpus Christi, la división de Michoacán en la plazuela de Guardiola y calles de San Francisco; continuando la valla formada por otras fuerzas hasta el Palacio, por el frente del portal de Mercaderes; la artillería estuvo en la calzada que va del Paseo a la Ciudadela, y la caballería formó también en la columna de honor. En toda la línea se veían multitud de flámulas, banderas y pabellones, arcos de triunfo, pebeteros, columnas, guirnaldas y coronas cívicas. El altar a la Patria levantado cerca de la estatua ecuestre era lo que más llamaba la atención; en la plazuela de Guardiola un arco de heno y laurel, sustentaba a la diosa de la Paz que protegía a la industria y a las artes, otro arco aparecía en la esquina de Plateros y Mercaderes con figuras alegóricas entre las cuales se veían la Victoria y la Clemencia dándose las manos, el comercio y la agricultura derramando la abundancia sobre un pueblo protegido por la libertad e inspirado por el progreso y la reforma; en toda la carrera había óvalos en los que estaban inscritos los nombres de los que habían trabajado por la independencia, la libertad, la reforma y la restauración de la República, escritos con letras de oro los de los caudillos, con encarnadas los de los otros jefes y con negras los de aquellos que habían dejado de existir.

“El Presidente Juárez entró en carretela abierta acompañado de tres ministros: Lerdo, Iglesias y Mejía; se detuvieron ante el altar de la Patria, mientras se pronunciaron algunos discursos y en seguida continuó para Palacio precedido de vítores y de los carruajes en que iba la Junta Municipal, acompañándole las autoridades civiles y militares; marcharon más de doce mil soldados. El coche en que iba el Sr. Juárez estaba ya desde la calle de Corpus Christi, literalmente cubierto de flores, coronas y ramilletes.”

Y en esa fecha, Juárez expidió la histórica Proclama:

LA PROCLAMA

Mexicanos:

El gobierno nacional vuelve hoy a establecer su residencia en la ciudad de México de la que salió hace cuatro años. Llevó entonces la resolución de no abandonar jamás el cumplimiento de sus deberes, tanto más sagrados, cuanto mayor era el conflicto de la nación. Fue con la segura confianza de que el pueblo mexicano lucharía sin cesar contra la inicua invasión extranjera, en defensa de sus derechos y de su libertad. Salió el gobierno para seguir sosteniendo la bandera de la

patria por todo el tiempo que fuera necesario, hasta obtener el triunfo de la causa santa de la Independencia y de las instituciones de la República.

Lo han alcanzado los buenos hijos de México, combatiendo solos, sin auxilio de nadie, sin recursos ni los elementos necesarios para la guerra. Han derramado su sangre con sublime patriotismo, arrojando todos los sacrificios, antes que consentir en la pérdida de la República y de la libertad.

En nombre de la patria agradecida, tributo el más alto reconocimiento a los buenos mexicanos que la han defendido y a sus dignos caudillos. El triunfo de la patria, que ha sido el objeto de sus nobles aspiraciones, será siempre su mayor título de gloria y el mejor premio de sus heroicos esfuerzos.

Lleno de confianza en ellos procuró el gobierno cumplir sus deberes, sin concebir jamás un solo pensamiento de que le fuera lícito menoscabar ninguno de los derechos de la nación. Ha cumplido el gobierno el primero de sus deberes, no contrayendo ningún compromiso en el exterior ni en el interior que pudiera perjudicar en nada la Independencia y soberanía de la República, la integridad de su territorio o el respeto debido a la constitución y a las leyes. Sus enemigos pretendieron establecer otro gobierno y otras leyes, sin haber podido consumar su intento criminal. Después de cuatro años, vuelve el gobierno a la ciudad de México con la bandera de la constitución y con las mismas leyes, sin haber dejado de existir un solo instante dentro del territorio nacional.

¡No ha querido, ni ha debido antes el gobierno, y menos debiera en la hora del triunfo completo de la República, dejarse inspirar por ningún sentimiento de pasión contra los que lo han combatido! Su deber ha sido y es, pesar las exigencias de la justicia con todas las consideraciones de la benignidad. La templanza de su conducta en todos los lugares donde ha residido, ha demostrado su deseo de moderar en lo posible el rigor de la justicia, conciliando la indulgencia con el estrecho deber de que se apliquen las leyes, en lo que sea indispensable para afianzar la paz y el porvenir de la nación.

Mexicanos: Encaminemos ahora todos nuestros esfuerzos a obtener y a consolidar los beneficios de la paz. Bajo sus auspicios, será eficaz la protección de las leyes y de las autoridades para los derechos de todos los habitantes de la República.

Que el pueblo y el gobierno respeten siempre los derechos de todos. Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz.

Confiemos en que todos los mexicanos, aleccionados por la prolongada y dolorosa experiencia de las calamidades de la guerra, cooperaremos en lo de adelante al bienestar y a la prosperidad de la nación, que sólo pueden conseguirse con un inviolable respeto a las leyes y con la obediencia a las autoridades elegidas por el pueblo.

En nuestras libres instituciones, el pueblo mexicano es el árbitro de su suerte. Con el único fin de sostener la causa del pueblo durante la guerra, mientras no podía elegir sus mandatarios, he debido conformarme al espíritu de la constitución, conservar el poder que me había conferido. Terminada ya la lucha, mi deber es convocar desde luego al pueblo para que sin ninguna presión de la fuerza y sin ninguna influencia ilegítima, elija con absoluta libertad a quienes quiera confiar sus destinos.

Mexicanos: Hemos alcanzado el mayor bien que podíamos desear, viendo consumada por segunda vez la Independencia de nuestra patria. Cooperemos todos para poder legarle a nuestros hijos un camino de prosperidad, amando y sosteniendo siempre nuestra independencia y nuestra libertad.—México, Julio 15 de 1867.—Benito Juárez.

ZORRILLA EN MÉXICO

[Versión taquigráfica]

Andrés Henestrosa

Vamos a hacer una charla sobre la presencia de José Zorrilla en México. En rigor, después de la presentación ruidosa de Salvador Novo, estas conferencias debían haberse dado por concluidas, pero puesto que no ocurrió así, voy a tratar de presentar a ustedes una imagen de un poeta que al llegar a México hace cien años fue nuestro gran amigo, y que aunque después dejó de serlo, jamás nos olvidó. Hablo del ingrato, veleidoso, inconstante José Zorrilla y del Moral. Como el Marqués de Bradomín de la *Sonata de estío*, José Zorrilla quería olvidar unos amores desgraciados y pensó recorrer el mundo en romántica peregrinación y dejándose llevar por un impulso romántico, vino a México y como un aventurero más de otros tiempos, sin meditarlo mucho, resolvió atravesar los mares y venir a perderse en la vastedad del viejo imperio azteca. Porque así fue: más que de la muerte de sus padres y el desbarajuste de su hacienda, Zorrilla huye de España para poner tierra entre él y una mujer, una viuda rica que le llevaba varios años. “Aquella mujer tiene en la historia de mi vida un recuerdo galante, cruel y glorioso”, pudo decir como el Marqués, digo, Ramón María del Valle Inclán.

Va primero a Francia, pero no es en Francia donde quiere José Zorrilla estar. Va a Francia por la imantación que siempre ejercieron sobre él la cultura francesa y los poetas y escritores franceses. Lo que él quiere en rigor es venir a México, es “hacer América”, es armarse, como él mismo dijo, en más de un lugar y de una ocasión. Quiere hacer fortuna o quiere morir, “porque Dios me llevó mis pesares a llorar a tierra extraña”. Quería ganar dinero, le atormentaba la certeza de que de quedarse en España, acabaría sus días en un hospital o en un manicomio. Sus amigos mexicanos de París, entre ellos Bartolomé Muriel, lo deciden a que cuanto antes venga a América. Muriel, a quien dedicó *Granada*; “Tú que del infortunio en los azares

/ apoyo generoso me has prestado”, dice la dedicatoria. Y así es, porque Zorrilla, como Cervantes, estuvo a punto de ir a parar a la cárcel por no saber manejar dineros extraños, ajenos, y como no los tuvo propios nunca pudo aprenderlo. Y es el dinero de Muriel el que lo salva, por eso hace muy bien al dedicarle el poema *Granada*. Abandona París; ahora huye de otra mujer, ahora más en busca de la muerte que de la fortuna. La mujer es Emilia Serrano, la Leida o Leila de sus poemas. Atrás se quedan París y una mujer llorosa que en la madrugada fría, sin abrigo y escaso pan, lo despide en la estación, mientras un niño tiritita entre sus brazos.

El 27 de noviembre de 1854 se despide de Bartolomé Muriel y de José María Torres Caicedo, escritor colombiano, que le da unas cartas para Sudamérica como el mexicano se las da para México. Acaso a Zorrilla le ocurriera como al portugués que al despedir a un amigo suyo que venía a México le dijo: “Cuando pases por Brasil me saludas a un amigo que allá tengo.” Tal vez Zorrilla creía que antes de llegar a México tuviera que pasar por Sudamérica. Por eso aceptó las cartas que le dio Torres Caicedo. Entre las cartas que trae para México se encuentra una para el poeta José María Esteva, apodado “el Jarocho”. Esteva —escribió Zorrilla— era un feliz pintor de las costumbres de la costa muy semejantes a las andaluzas, opinión ésta que luego repitió Victoriano Agüeros sin acreditarla a su autor. Porque esta suerte ha corrido el pobre José Zorrilla. Muchos han entrado a saco en sus libros sin citarlo, aprovechando que estaba proscrito de nuestra amistad. Se detuvo en Jamaica, llegó a La Habana, se le recibió con los honores a que lo hacía acreedor su larga fama extendida por toda la extensión de América. Al día siguiente se embarca rumbo a las playas mexicanas; el *Paraná* que lo trajo a Cuba, lo trae a México. Tuvo nuevas peripecias por unos versos que escribió contra la tripulación que estuvo a punto de lincharlo. Llegó a Veracruz en los últimos días de enero de 1855, como tres siglos antes, dispuesto a recorrer la tierra y conquistarla, la imagen de Cortés, de Sandoval, se levanta ante los ojos del poeta no por romántico, menos osado.

Presentó a Esteva la carta de Muriel. No dejó de extrañarle a “El Jarocho” que así se dirigiera a él Zorrilla, recordando las quintillas contra los mexicanos atribuidas a Zorrilla, pero en rigor de Antonio García Gutiérrez, que las compuso años antes, más por desdén a Santa-Anna que por desamor a México, y como resultado del resquemor que produjeron entre mexicanos y españoles otras quintillas de Manuel Bretón de los Herreros en el álbum de Isabel Luna, actriz española que en 1846 estuvo aquí. El asunto salió a relucir y Zorrilla protestó a Esteva, uno de los que habían participado en aquella escaramuza literaria con unos versos muy graciosos y desenfadados, su inocencia, y siguió el viaje a la capital, dispuesto a vencer.

Es el 14 de enero de 1855. Los escritores liberales, conservadores moderados, lo reciben en la garita de San Lázaro; al frente de la co-

mitiva va José Gómez, Conde de la Cortina, para quien Zorrilla trae una carta y se da rienda suelta a las fiestas en su honor, una cena en el Hotel del Bazar, todavía existente en Isabel la Católica, una comida en el Tívoli de San Cosmé, con la concurrencia de los mejores: Sánchez de Tagle, Casimiro del Collado, Anselmo de la Portilla, José María Roa Bárcena, Luis Gonzaga Ortiz, Francisco González Bocanegra, José Tomás de Cuéllar, Francisco Zarco, Arróniz, Pesado, que leen composiciones entusiastas, ya en verso, ya en prosa. Zorrilla contesta; sin embargo, no logra sino balbuceos, sino falsos reflejos de los sentimientos que quisiera expresar, él que tan pronto y fácil es en esas expansiones. Pero brinda por la prosperidad de las letras mexicanas y por la perpetua fraternidad entre mexicanos y españoles. Lástima —dijo después Olavarría y Ferrari— que hiciera todo lo contrario. “Confío en Dios que México; esta madre patria adoptiva, no se avergonzará jamás de haberme tenido como un hijo”, logró decir por fin.

Todos los periódicos y las revistas de la ciudad de México y de los Estados se aprestaron a festejarlo: Juan Valle “El Ciego”, Dolores Cándamo de Roa, Hilarión Frías y Soto, Ignacio Escalante, Vicente Segura Argüelles, Guillermo Prieto, le dedican composiciones laudatorias, firmes y ciertos de que saludan al poeta más grande del idioma y a un nuevo amigo que México ha conquistado. Arrecian aún más las fiestas; Zorrilla no puede quedarse callado, escribe entonces para las mexicanas balsámicas, gentiles, incomparables flores, huries, gacelas, palomas, perlas del mar, la *serenata morisca* “Las rosas mexicanas”: “De las flores preciosas americanas / dicen que sois las rosas, las mexicanas; / pues si sois tales, / yo soy la mariposa de los rosales.” Serenata que incluida en *La flor de los recuerdos*, comenzado a publicarse por aquellos días, alcanzó resonante éxito en un medio ya trabado por tanto ruido y por la aparición en volumen de los cien sonetos compuestos en su honor. Zorrilla vive feliz, concurre a actos oficiales compartiendo la tribuna de honor con los poetas nacionales y hasta cubriendo números del programa. Pero no todo iba a ser siempre un lecho de rosas; las famosas quintillas llegaron a manos de Santa Anna, que como era natural no podía salir bien parado de aquella andanada de versos, si chispeantes no por eso menos injuriosos para el pueblo mexicano y para el dictador, “y detesta a nuestro trono nuestro regio pabellón / quien tiene por dueño un mono / vestido de Napoleón.” Zorrilla es llamado a Palacio; truena el dictador; Zorrilla resiste a pie firme la tempestad, y cuando puede habla con vehemencia, se justifica ante Santa-Anna con pareja eficacia que lo hiciera ante Esteva. Cesa la borrasca, el poeta se vuelve a su rincón deseoso de trabajar, de escribir, porque ése fue su único consuelo, aunque otra cosa dijera. Vive en la hacienda de José Adalid, en los Llanos de Apan, o en la quinta de Goicochea en San Ángel, precisamente en donde ahora se encuentra el restaurante San Ángel Inn, o en Tacubaya en la casa del Conde de la Cortina. Así pasa los mejores años de su estancia en Mé-

xico. "El paraíso" llama a la quinta de Goicochea. En los *Recuerdos del tiempo viejo* revive la afición de aquel sitio de delicias, rememora el balcón al que solía asomarse y a cuyos pies crecen los hermosos cactus, que producen según cree el hule de noche y encumbran y festonan las campánulas y las begonias, la hiedra y el jazmín, la madreSelva y las pasionarias. Bajo él, entre magnolias, en cien planteles regados por mil caños, dábanse anémonas, junquillos, lises, cantuesos, geranios, amarantos, plúmbagos, luisas, alelíes, acantos y minutitas, garbosas espiguelas, nardos galanes, renúnculos, camelias y tulípanes.

Zorrilla vive feliz, olvida a ratos sus amargos días, tiene carruajes que tiran dos caballos canelos; la bodega y la cocina de Goicochea son ricos, come bien, bebe mejor, monta a caballo, viene a la ciudad de México, visita a su amigo el impresor Cipriano de las Cagigas, un astur terrible. Por aquel tiempo viene a México en misión diplomática José de los Santos Alvarez, aquel que lo empuja al borde de la tumba de Larra para que diga aquellos versos, arranque de su fama. Alvarez, fracasada su misión, se prepara a volver a España e invita a Zorrilla para que lo acompañe. Zorrilla rehusa y prefiere quedarse a gozar de la cortesía mexicana y sobre todo la española, tan bien representada en Tort, Adalid, Goicochea, Cagigas, Madrid, Gómez de la Cortina. Cipriano de las Cagigas, mezclado en política, editor de periódicos conservadores, enemigo de Juárez, lo invita a un viaje a Cuba en donde Zorrilla daría unos recitales muy bien pagados mientras él, Cagigas, arreglaba un fantástico negocio que los haría ricos de la noche a la mañana. Zorrilla acepta, atolondrado. En La Habana hace seis lecturas; pero aquel sueño se desvaneció. Cipriano de las Cagigas murió de vómito negro, dejando al poeta en la más negra soledad y desesperación. Era a fines de 1858; dio tierra al cuerpo de su amigo, apuró las diligencias para la publicación del segundo tomo de *La flor de los recuerdos*, y se dispuso a volver a México, él que se había marchado quizá con la secreta esperanza de quedarse para siempre en Cuba. Cuando entierra a su amigo De las Cagigas, observa que flota en un costado de la caja mortuoria un mechón de cabello, y entonces, en un ademán idéntico a aquél que llevó a José de los Santos a cortar el mechón de Larra, Zorrilla corta el de Cipriano de las Cagigas. "Flotante rizo, recuerdo y prenda que parecía ofrecerme mi pobre amigo muerto", dice.

En marzo de 1859 se halla de vuelta en México. México vive días de angustia, Juárez está cercado en Veracruz; Miramón no lo ataca pero pone sitio al puerto. Zorrilla pierde en el viaje del puerto a la capital sus papeles, sus joyas, sus retratos. Pero no renuncia al fabuloso negocio de los barcos-correo planeado por Cagigas, y tiene empeño en volver a Cuba para realizarlo, hasta que se convence de que Dios no lo llama por ese lado. Sobreviene entonces un nuevo temporal de silencio; escribe, se refugia en la hacienda de Apan, monta a caballo, caza *techalotes*, unas ardillas grises muy sabrosas, según él, pero muy

difíciles de cazar; recorre los pueblos, se asoma a los ranchos, habla con las gentes; así, cierta noche lo sorprende una tempestad y busca refugio en una hacienda; resulta que es el 2 de noviembre y van a representar el *Don Juan Tenorio*; el patrón lo invita a que se quede, no obstante que ya ha pasado el temporal; Zorrilla se queda y ve representar su obra maestra, la que encuentra irreconocible (porque nosotros hemos hecho muchas versiones del Juan Tenorio) y en ésta que el pobre Zorrilla ve, se cuegan voces del idioma otomí y mexicano; con lo cual los indios se vengan un poco de él, que pasa muchas veces a caballo sin saludarlos.

Sale poco Zorrilla de la ciudad de México, de Tacubaya donde vive. Así pasan tres años; en 1863 piensa en regresar a España, pero algo que está por encima de él lo retiene de nuevo. En junio de 1864 entran a la ciudad de México Maximiliano y Carlota. Zorrilla sale a ver la recepción; los poetas escriben odas, aleluyas en lengua azteca. Roa Bárcena, Faustino Chimalpopoca Galicia; los pobres, los léperos, la Chinaca, salen a retozar. Un poeta anónimo, un poeta del pueblo, compone a la última hora de la mañana del 14 de junio una cuarteta que escribe con tinta colorada en los muros de la ciudad. No hay tiempo de borrar todas las inscripciones, de tacharlas. Es una lástima que por haber aquí señoras no pueda decirla, pero empieza así: "*Viniste Maximiliano y te irás Maximill / pues lo que trajiste de ano / lo vas a dejar aquí*". Y lo dejó.

Zorrilla ha pintado con vivos colores en *El drama del alma* la entrada triunfal de los emperadores:

¡Quién sabe si la raza mexicana
Que a su segundo emperador espera,
Su segunda corona va mañana
En la sangre a arrojar con la primera!
Mas retumba el cañón: ya la campana
La comitiva anuncia, y la carrera
Despejan por las filas circulando
Señales de atención, voces de mando.

Zorrilla conoce el país, ha visto a los mexicanos batirse bravamente en defensa de sus creídos, algo sabe de su historia, y no puede evitar que en el júbilo de aquella mañana de luz y de sol se mezcle un pensamiento pesimista, que un mal augurio venga a ensombrecer su corazón de por sí inclinado a los presagios; en el desfile del séquito imperial un color predomina, el rojo:

El uniforme rojo y la librea
Roja imperial; cuyo color domina
De aquel dorado grupo entre las olas,
Como entre rubia mies las amapolas.
Y... ¡qué delirios la aprensión inventa!
El rojo que, apagando los colores
Todos, al avanzar rojos ostentan

Pajes, guardias, aurigas, picadores...
 De su manto imperial cauda sangrienta
 Parece tras los dos Emperadores.
 ¡Color siniestro, cuyos visos rojos
 Vértigo da al alma y a los ojos!

 El sangriento color de su librea
 Fue el último de todos los colores
 Que vio la multitud que vitorea:
 Y el séquito imperial dejó en mis ojos
 Del siniestro color los visos rojos.

Mantenia contacto con muchos miembros del partido conservador, desde luego con Adrián Wolf, con quien había viajado a la vuelta de Cuba cinco años antes. Alguno de esos amigos sugirió su nombre para que participara en una fiesta de distribución de premios a los alumnos del Colegio de Minería, en la cual estarían presentes los emperadores. Zorrilla aceptó, y el día señalado, que fue el 8 de noviembre de 1864, se presentó en escena con una composición muy hermosa en verdad, en honor de Maximiliano y Carlota. "Ave, César", exclama, al saludar al emperador. Cortés, sin servil palabrería, recuerda que es la segunda vez que habla a la juventud mexicana; la primera en homenaje al autor Antonio Castro. "Como al venir, al irme voy a darte / en vez de una canción un buen consejo"... Y en efecto, en muy briosas y sonoras rimas, aconseja a la juventud que eche a tierra el rencor de odios vulgares y abra su corazón y las puertas de su casa a la verdad y a la razón. "Ley, justicia, equidad, paz duradera, / es el porvenir de nuestra era". Postula que es un desdoro carecer de dignidad nacional, pero que el orgullo nacional no se convierta en pueril y quisquilloso patriotismo, que tenga leyes, libertades, instituciones que hagan grande a la patria y sin rival en el mañana, pero que se sienta hermana y no enemiga de otros pueblos. "Juventud mexicana, tuyo es el porvenir, / Dios te lo entrega". Y termina: "Mexicana nación, Dios te proteja, / augusto emperador, Dios te bendiga". Leyó Zorrilla como sabía; Zorrilla, ustedes lo saben, inauguró un nueva manera de leer y de decir los versos. Los emperadores quedaron encantados; al día siguiente él y los participantes en el acto de Minería fueron invitados a comer a Palacio; así fue como el viaje anunciado en sus versos se aplazó indefinidamente. El poeta, ya preso en las redes de una corte que se caracterizó por la liberalidad y generosidad con que repartió lo ajeno entre amigos y partidarios, no pudo permanecer en la sombra como quería o decía querer, porque hasta Apan le hace llegar Maximiliano sus expresiones de admiración y su deseo de hablar con él de poesía, pues el Habsburgo era hombre sensible a la poesía y a las artes.

Maximiliano visita por aquel tiempo la zona de Zempoala, recorre a la hacienda de Adalid, quien sale a recibirlo y después del recorrido lo invita a su casa. Zorrilla se sienta a la mesa con ellos; lee versos durante la charla de sobremesa que se prolonga hasta el atardecer. Ma-

ximiliano encarga a Zorrilla entonces la creación de un Teatro Nacional, así como el particular de Palacio; el teatro cuya fecha de inauguración se fijó para el 4 de noviembre de 1875, no llegó a crearse. Los dos premios establecidos quedaron desiertos. Zorrilla se conformó, pues, con improvisar un pequeño teatro en Palacio estrenado con su *Don Juan Tenorio*. Al ofrecer la obra, leyó una composición en honor de los emperadores: "Augusto emperador: por dondequiera / me lleve mi instinto vagabundo, / llevaré un buen recuerdo hasta que muera, / de nuestro buen encuentro en este mundo".

Fue cuando los mejores escritores de México, que eran a la vez los mejores ciudadanos, renegaron de la amistad que le habían brindado diez años antes al llegar precedido de fama y de renombre. Altamirano, Riva Palacio, Frías y Soto no perdieron oportunidad para afearle aquel paso. Más tarde Sierra, Gutiérrez Nájera, hicieron otro tanto. Altamirano escribió: "Nos ahogáramos antes de recibir el salario de Zorrilla, teniendo que divertir a un mandarín desvelado y antojadizo", sin detrimento de que en otra parte reconozca la deuda que las letras mexicanas tenían contraída con él, que fue maestro de muchos, señaladamente de Manuel M. Flores. Sierra, en quien se advierte una lejana influencia del trovador español ["La playera", la canción de pájaro, hija de los trinos de Zorrilla, escribe Alfonso Reyes]. Pero hay algo más: si Zorrilla aparece al borde de la tumba de Larra, Sierra aparece al borde de la tumba de Manuel Acuña, otro suicida: soles que nacen, mientras otros mueren. Sierra calificó de viles aquellos renglones en que Zorrilla recuerda sus inicios:

Nací como una planta corrompida
al borde de la tumba de un malvado...

Cuando Vicente Riva Palacio pinta el retrato de Manuel Peredo, crítico teatral, dice para elogiarlo: "Quien aguanta el *Sancho García* de Zorrilla, ya tiene para reir en los ratos de mal humor de Nerón y Domiciano. Quien escuche versos tan ramplones y no tenga voluntad y gusto para irse a la cama, es un héroe tan grande como Leónidas, a quien Zorrilla da tumba en Platea y no en las Termópilas, que es donde todos los autores de la antigüedad lo declaran muerto, dice Riva Palacio. Y exclama en seguida: "Qué cosas las de Zorrilla. ¿Acaso se puede olvidar cómo puso a los mexicanos al volver a su patria?", se pregunta. Para cantar al Imperio sólo habían quedado los poetastros, escribió Hilarión Frías y Soto. Cuando coronan a Zorrilla en España, Gutiérrez Nájera escribe: "Nodriz amable y cariñosa de mi generación a quien no se puede olvidar ni escatimarle gratitud, pensando en sus regaños necios, en sus cicaterías de vieja y en sus rezongos de beata solterona". Pero le perdona sus pecados. Algunos de "aquellos pecados tienen la circunstancia de haber sido cometidos en verso, y quien comete un delito por una consonante, es como quien lo comete por hambre", expresó "El Duque".

Por emitir una nota alta, dijo Zorrilla que Larra era un malvado y llamó imbéciles a los toledanos, recuerda también Gutiérrez Nájera. La verdad es que de todo eso se arrepintió, cuando escribió las *Memoorias del tiempo viejo*; sólo de una cosa no pidió perdón: de los agravios a México. Cuando el barco comenzó a hacer agua, Zorrilla huyó; el miércoles 2 de junio de 1866 se despidió de Maximiliano; el 13 se embarcó en Veracruz.

Once años había vivido aquí, salvo la breve temporada de Cuba; nunca olvidó del todo a México, ni todo lo que escribiera después nos fue adverso; abundan en sus obras las alusiones amables, plenas de añoranzas, a nuestras cosas. En *Drama del alma* alternan los más rencoresos sentimientos con las más tiernas afecciones, andan revueltas espinas y flores, se suceden las diatribas y los elogios, sin que se muestren en conflicto. Cuando abandona México, conviene con Maximiliano, en caso de muerte o de abdicación, escribir la historia y la leyenda de Miramar. Y esa promesa es la que mueve al poeta a escribir el *Drama del alma*:

[Miramar]

Castillo ayer tan risueño,
hoy triste mansión mortuoria,
ayer pensaba tu dueño
que escribiera yo tu historia...
¡la suya me quita el sueño!

Y como no pudo,

no la historia que él pensó
sino el drama de su alma
vengo a revelarte yo.

País desleal, llama a México, traidora la mano que destruyó la corona, maldita la libertad del lema juarista, y se pregunta de qué Dios puede hablarse en ese lema; como en infierno se tornó el paraíso que fuera para Carlota, bendice al Creador que le quitara el juicio a la emperatriz:

Mas bendigo al juicio Eterno
que el suyo quitarle quiso:
pues sin juicio hoy de lo externo,
no comprenderá en qué infierno
se tornó su paraíso.

Dediquemos, ahora, unas palabras a *La flor de los recuerdos*, que Zorrilla comenzó a escribir tan pronto como llegó a México, y cuando nada podía enturbiar la linfa de sus palabras. Entre sus capítulos se encuentra la *Carta* que Zorrilla escribió a Ángel de Saavedra, Duque de Rivas, y que tituló "México y los mexicanos". Pocos mencionan esa carta, pero muchos han abrevado en su contenido: Urbina, Gon-

zález Peña, Jiménez Rueda, entre otros. Su autor no se propuso un libro acerca de la literatura mexicana, sino una impresión general del país. Hay indicios de que citaba de memoria, sin libros, lejos de la ciudad, en la hacienda donde redactó la carta al Duque. Abunda su trabajo en observaciones generales sobre nuestras costumbres, nuestras fiestas, nuestra manera de ser, nuestra habla, muy penetrantes y a ratos teñidas de una entrañable simpatía humana. Excepto cuando alude al “monomaniaco odio de los mexicanos a los españoles”, todo ese capítulo de *La flor de los recuerdos* es un encendido canto a México. ¿No estuvo a punto de decir que era el valle mexicano “la región más transparente del aire”? Sus observaciones sobre el español hablado por los mexicanos, sobre el andar del indio, más un trotar que un caminar; sobre las deficiencias métricas de nuestros poetas, por virtud de sus defectos de pronunciación y que tanta gracia le hacían y del que algo se le había pegado, según dijo; todo eso denuncia una inteligencia despierta, directa, buena para cazar al vuelo un matiz de nuestra manera de ser como pueblo. Él nos habla del genio natural de los mexicanos, de su instinto para el epigrama, de su carácter burlesco y decidor, de su oído musical y de su decidida afición a la poesía. Lo enamoraba el pie pequeño y el color apiñonado de nuestras mujeres. ¿No encontramos en Pedro Henríquez Ureña, en Reyes, en Urbina, una consonancia de esas reflexiones de Zorrilla, sobre todo cuando se refiere al don epigramático del mexicano, y a su genio para resumir en una frase aguda e inesperada todo un estado de alma, ya advertido desde los días de Alarcón?

Reunir las alusiones a México dispersas en sus libros, los versos que escribió en los álbumes de las damas mexicanas, los sonetos laudatorios, los dísticos —mucho de ello perdido en la prensa mexicana del siglo pasado— daría un libro que redujera las injurias que nos dirigió el pobre, el doliente, el inconstante, el veleidoso, el ingrato, el que sin dejar de ser un niño llegó a viejo: don José Zorrilla y del Moral.

Muy tristes, muy largos, muy lentos fueron los últimos días de José Zorrilla. Porque la muerte tarda para quien quiere morir. Vivía en Madrid solo, apenas asistido por su mujer y alguno que otro amigo que de tarde en tarde caía a saludarlo. La gloria, la ilusión, sin las cuales nada es la vida, ni hay nada dulce y halagüeño, según dijo, habían pasado desde hacía mucho tiempo. En los muros de antaño ya no había rosas, sino cicatrices y harapos. Ahora la dicha había cambiado de nombre: se llamaba nostalgia, murria, esplín, saudade.

La melena romántica, undosa; aquellas guedejas como las de Larra y Cagigas, es cierto, no habían perdido su brillo y esplendor, pero, ay, más que para detener la corona de laurel, servían para disimular los lipomas que a esas horas le habían crecido desmesuradamente.

Muy pobre está Zorrilla. Ya nadie lo lee; los jóvenes, como siempre ocurre, se han apresurado a negarlo, a cavarle la sepultura, ahora sí en su connotación de infierno. Es cierto que no ha mucho lo han co-

ronado, pero su escarcela está vacía. Y como cuando se inició en las letras, tiene gloria, pero no pan. Los días en que su fama de poeta es pareja a sus éxitos pecuniarios han pasado. Los de México, que fueron los mejores, están ya tan lejos. Aquí, hábilmente, se acomodó con los españoles ricos, pero sobre todo, con Maximiliano. Olvidó su promesa de ser leal a México del que por su propio impulso se declaró un hijo; desertó de sus amigos liberales, que lo colmaron de aplausos, cantos y homenajes. Puso de manifiesto que como tenía letras sabía tretas. Más valen letras que tretas, pudo decir.

Pero ahora todo está tan cambiado. Cuando llega noviembre, mes que se identifica con su *Don Juan Tenorio*, sus tristezas suben de punto, a tal grado que tiene impulsos de situarse en la puerta de los teatros en que su obra se representa, con una banda en el pecho con esta leyenda: "Éste es José Zorrilla, autor del Tenorio. Dadle una limosna, por Dios."

Hace un cuarto de siglo que está en España, adonde volvió después de once años de ausencia. Su amigo y protector, a quien prometió una biografía, ha muerto fusilado en el Cerro de las Campanas. José Zorrilla no la ha escrito, pero ha compuesto el *Drama del alma*, un torrente de desahogos contra México y una exaltación de Maximiliano; ha escrito los poemas "Cabalgata mexicana" y "Jarabe mexicano"; sólo flores, como en el drama, sólo espinas. Ya ha redactado los *Recuerdos del tiempo viejo* en que alternan flores y cardos: la roja flor del elogio y la amarilla espina del vituperio.

Y como no hay cosa que mejor alivie la tristeza que el recuerdo de los días felices, Zorrilla no puede evitar el de México; a él vuelve frecuentemente. Tararea el jarabe loco, que a los muertos resucita; recurre a los diminutivos, adorno de nuestro hablar; dice ufano que no le espantan los temblores, a los que se acostumbró cuando vivió aquí. Pero la muerte le ha puesto cerco, lo tiene sitiado. La más clara señal de esa situación es que el suceso más sencillo, si adverso, provoca en su corazón verdaderas catástrofes. Sus últimas cartas rebozan tristura, están pobladas de flores negras, de cirios, de rezos. Y lo mismo que luz sin aceite, "poquico a poquico su vida se apaga".

Un día recibe la noticia de que un amigo suyo, hijo del actor que mejor representó sus obras, ha muerto. Y José Zorrilla, que sabía cien palabras y mil maneras de expresar sus dolores, no encontró una palabra mejor para traducir su estado de alma que una que se le había quedado en lo más recóndito, de sus días mexicanos:

—Estoy *achicopalado*, dijo. Y tal vez ésa fuera su última alusión a México.

EL ARTE EN MÉXICO EN TORNO A 1867

Justino Fernández

Celebramos el centenario del triunfo de la República, en 1867, con esta serie de conferencias organizadas por el Departamento de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes. Y me ha tocado en suerte hablar aquí sobre "El arte en la época", lo que agradezco debidamente. Pero salta a la vista que "la época" se puede extender en más o en menos y que es necesario fijar algunos límites.

Referirse al arte en México en torno a aquella fecha clave, 1867, es evocar, de manera principal, aunque no exclusiva, al arte académico que se producía por entonces. Mas tal arte no hubiera sido posible de no existir esa noble institución que se había llamado Academia de San Carlos, cuando fue fundada por Carlos III en 1785, y que después fue Academia de Bellas Artes, y Academia Imperial. Al triunfo de la República el Presidente don Benito Juárez, por ley expedida en 1867, decretó que las carreras de Ingeniero Civil y de Arquitecto se hicieran por separado, la primera en el Colegio de Minería y la segunda en la Escuela Nacional de Bellas Artes, nombre que se dio desde esa fecha a la antigua Academia y que perduró por casi medio siglo.

No vamos a remontarnos hasta la Academia de San Carlos, que agonizaba desde la consumación de la Independencia, debido a las condiciones por las que atravesaba el país y por falta de presupuesto, pero sí parece conveniente recordar que la Institución fue reorganizada gracias a que el estudio de las artes formó parte de un vasto programa progresista del gobierno del general Santa Anna, quien dio un decreto en tal sentido. La Academia renovada abrió sus puertas, con una planta de distinguidos maestros contratados en Europa, en otro año clave en nuestra historia, 1847.

En verdad el arte académico, que propiamente podemos llamar romántico, floreció en México a lo largo de dos décadas, de 1847 a 1867, si bien, ciertamente, no acabó entonces; por el contrario, los artistas mexicanos formados por los maestros extranjeros continuaron la ense-

ñanza en la Academia y también sus propias producciones de creación, de manera que el arte romántico se prolongó prácticamente hasta el final del siglo. Así, los artistas y las obras a que he de referirme, corresponden al periodo que va desde la reorganización de la Academia hasta 1887, año en que se erige el monumento a Cuauhtémoc, en el Paseo de la Reforma, llamado éste así bien significativamente. En cuatro décadas, pues, debemos centrar nuestra atención.

Esta conferencia no tendrá gran novedad para muchos de mis oyentes, puesto que unos y otros, artistas, críticos e historiadores del arte, hemos procurado desde hace años dar a conocer el legado artístico del siglo XIX y, sin embargo, aún queda mucha historia por investigar. Por otra parte, con el advenimiento de los nuevos conceptos del arte, de la historia y de la vida social y económica, en nuestro tiempo ha habido una corriente de desestimación del arte académico, que por fortuna se ha debilitado en nuestros días. Tal negación de los valores del arte del siglo romántico es explicable, ya que las nuevas generaciones y sus actitudes tienden siempre a desvalorizar las obras del pasado inmediato. Mas, hoy por hoy no se trata ya de discusiones estériles sino de comprensión, única forma de enriquecer nuestra historia. Así, la revalorización del arte del siglo XIX comienza a rendir sus frutos, si bien queda en espera de que algún día no lejano se dedique un museo al acervo de obras que puedan reunirse.

Pero no todo ha sido desestima u olvido del pasado, ni mucho menos; por el contrario, con la Revolución Mexicana vino un deseo, y una curiosidad creadora, de investigar y descubrir muchos aspectos de nuestras artes que anteriormente se habían ignorado. Tal sucedió, por ejemplo, con las expresiones populares en la pintura, en el grabado y las artesanías. Artistas como Roberto Montenegro y otros, nos descubrieron nuevos caminos, y Diego Rivera, a más de ser un amante de las obras mexicanas antiguas y modernas, contribuyó a la revalorización de José María Velasco, como asimismo lo ha hecho el poeta Carlos Pellicer. Mas, en fin, vengamos a considerar algunos aspectos de nuestro arte en torno a 1867.

Dos pintores, dos figuras de primera importancia, dominan el ambiente artístico en la parte central del siglo, el maestro español Pellegrín Clavé y el maestro mexicano Juan Cordero. Ambos se habían formado en Italia en la escuela clásica, mas fue en México donde produjeron lo mejor de su obra. Aquí surgió una rivalidad entre ellos, fomentada por la crítica, pues la conservadora reconocía más bien los méritos de Clavé, mientras la liberal ensalzaba los de Cordero. Hoy día podemos ver que la discusión era en gran parte extra-artística, pues las obras de uno y de otro tienen sus propios valores.

Clavé vino contratado para impartir sus enseñanzas en la Academia, y cumplió admirablemente con su cometido por espacio de veinte años.

Pintó excelentes retratos, a la manera clásica de Ingres, de personalidades de su tiempo, entre ellos uno de don Benito Juárez, que se conserva en el Museo de Chapultepec, y otro de gran calidad de don Andrés Quintana Roo; los de las damas de la época son todos imágenes dignas de estudio, pues además de sus valores artísticos tienen el encanto de los ricos atuendos. También introdujo la pintura de historia, por medio de su cuadro "Isabel de Portugal". Clavé era un admirador de Overbeck, la figura más importante de la escuela idealista llamada de "los nazarenos", porque los artistas llevaban el pelo largo y usaban barba; era una corriente del romanticismo alemán. Por ella condujo a sus discípulos, quienes produjeron grandes cuadros con escenas del Antiguo Testamento, que llamaron la atención y que gustaron por su sentimentalismo, cuando fueron exhibidos en las exposiciones anuales que desde 1852 tuvieron lugar en la Academia y que eran una novedad. Una obra de Sagredo, "Jesús en camino de Emaús", fue muy celebrada por la crítica. También Clavé estimuló a sus discípulos para que produjeran obras con temas del antiguo mundo indígena; un buen ejemplo es "El descubrimiento del pulque", de José Obregón. Pero era imposible que la belleza ideal clásica sirviera para expresar el carácter y la belleza de nuestros indios; para que esto se descubriera y fuera posible expresarla adecuadamente era necesario otro concepto del arte y tuvo que esperar el nuevo siglo.

Cuando Maximiliano llegó a México Clavé pensó que lo elegiría como pintor de cámara, pero no fue así porque el Archiduque prefirió a un artista mexicano, Santiago Rebull. Decepcionado, Clavé realizó, junto con sus discípulos, la decoración de la cúpula de La Profesa, hoy desaparecida, y, al terminarla, regresó a España justamente al triunfo de la República.

Por su parte, Cordero había cultivado la pintura de historia, profana y sagrada, y cuando aún estaba en Roma pintó un cuadro: "Colón ante los Reyes Católicos", el primero con tema de historia de América, y otro más, de grandes dimensiones: "La mujer adúltera", que se conserva en el Museo de la Colegiata de Guadalupe. Ambos fueron exhibidos en la Academia al regreso del pintor a México y estimularon a la crítica, poniendo a Clavé en la balanza. También fue Cordero excelente retratista y realizó los retratos del "General Santa Anna", a caballo, y de su esposa "Doña Dolores Tosta" en atuendo imperial; más adelante pintó el del filósofo "Doctor Gabino Barreda", quien estudió en Europa y estableció en México la filosofía positivista.

Pero Cordero tenía grandes vuelos y revivió en México la pintura mural, primero en la iglesia del Señor de Santa Teresa (1857), después en la cúpula de la iglesia de San Fernando (1859). No obstante su personalidad, su capacidad para la composición y su sentido del color, esas obras resultan tradicionalistas, por la concepción plástica y por el tema religioso.

Por su amistad con Barreda, nuestro pintor realizó años después de

las anteriores obras un mural con tema filosófico, hoy desaparecido, correspondiente a los ideales de la filosofía positivista, en la Escuela Nacional Preparatoria (1874). El tema era "La Ciencia, la Industria y el Comercio desterrando a la Ignorancia y a la Envidia", y significaba el ideal del tiempo: el Progreso. Debe reconocerse en Cordero al artista que revivió en México, antes que Clavé y otros, la pintura monumental.

Es necesario recordar a otros pintores, quienes fueron discípulos de Clavé en los inicios de sus carreras, y que después se formaron en Europa. Me refiero a José Salomé Pina, a Santiago Rebull y a Felipe Gutiérrez, entre otros. Los dos primeros, a su regreso al país, se incorporaron a la Escuela de Bellas Artes como profesores y allí impartieron sus enseñanzas hasta finales del siglo. De Rebull hay que considerar un cuadro de historia que es obra de excepción: "La muerte de Marat" (1875), que fue muy celebrado en su tiempo y al que el entonces joven crítico José Martí le dedicó grandes y justificadas alabanzas. Rebull también pintó una imagen de "Cristo en la Cruz", la única del siglo, sentimental como toda la pintura romántica. Como artista elegido por Maximiliano pintó su retrato de cuerpo entero, que más tarde fue llevado a Miramar, donde se conserva; el Museo de Historia de Chapultepec guarda una copia de ese retrato —el único del natural que se hizo en pintura al Archiduque— de mano de Joaquín Ramírez. También comenzó Rebull el retrato de Carlota, pero a ella no le simpatizó el artista y la obra quedó sin concluir; como el de Maximiliano, se encuentra en Miramar. Maximiliano, como hombre culto que era, tenía sus gustos especiales en materia de pintura; así, concibió una decoración pompeyana para las terrazas del Castillo de Chapultepec y allí pintó Rebull una serie de "Bacantes", de refinado idealismo.

Felipe Gutiérrez fue un espíritu inquieto y poseía una lúcida mente. Son obras suyas un "San Jerónimo" y un "San Andrés", que muestran su capacidad para el realismo, y en otro cuadro más moderno, "La amazona de los Andes", recuerda a Courbet; fue el único desnudo femenino que produjo el siglo. Años después la pintura romántica tuvo otro representante en Manuel Ocaranza, sentimental y delicado como pocos según se muestra en su cuadro "La flor marchita", inspirado por la muerte de su hermana, quien había sido novia de José Martí.

Mas, si todo lo evocado hasta aquí es interesante para nuestra historia del arte, la figura de mayor importancia en el periodo que tratamos es José María Velasco.

La pintura de paisaje era la corriente moderna, desde Turner en Inglaterra y Corot en Francia, desde Teodoro Rousseau y otros pintores de la escuela de Barbison. También en Italia se desarrolló una escuela de pintura paisajista de la que provenía Eugenio Landesio, el maestro que vino a impartir sus enseñanzas en la Academia y quien, por su parte, pintó una serie de excelentes cuadros, impresionado por

la naturaleza monumental de América y por la vida en las haciendas mexicanas. Velasco fue su mejor discípulo y quien había de dar gloria a nuestro país. Ya en 1866 exhibió su precioso cuadro "Un paseo en los alrededores de México", que le valió recibir un premio de manos de Maximiliano. Pero su gran creación, la que había de hacerlo famoso, fue "El Valle de México" (1875), que pintó repetidas veces desde distintos puntos de vista. A mi entender su obra maestra es la que tituló simplemente "México" (1877), que es al mismo tiempo una grandiosa vista del Valle y una alegoría que combina sutilmente los símbolos de la fundación de Tenochtitlán con otros aspectos de nuestra historia. Otra obra monumental de Velasco es "El puente de Metlac" (1881), en la que además del paisaje se incluye lo que constituía la novedad, el símbolo del Progreso, el ferrocarril de Veracruz. Con la inclusión en su obra de sitios arqueológicos y de monumentos coloniales, como "La Catedral de Oaxaca" (1887), Velasco completa una visión de nuestra historia. Maximiliano le encomendó la pintura de unos paisajes para el Castillo de Chapultepec, pero nunca los realizó. La obra de Velasco fue novedosa en su tiempo por su personalidad y por sus temas; cuando fue exhibida en Europa, la crítica le tributó grandes elogios. Su "realismo", u objetivismo, es una creación artísticamente elaborada, no simple copia, y su idealismo resulta, a la postre, de la más elevada poesía. Insisto en que Velasco es lo central e importante de nuestro siglo romántico.

Ahora bien, como dije más arriba, nuestro tiempo abrió nuevos intereses y se hicieron descubrimientos en zonas del arte antes no puestas en relieve. En cuanto al grabado, Francisco Díaz de León nos dio a conocer la obra de Gabriel Vicente Gahona, conocido por *Picheta*, publicada en Mérida en el curioso periódico titulado *Don Bullebulle*, "redactado por una sociedad de bulliciosos", que apareció y murió justamente el año de 1847, y en el que se encuentran los grabados, con sentido de crítica social, de Picheta, interesantes tanto por su técnica como por sus formas y temas. En espíritu es un antecedente de Manilla y de Posada.

Por otra parte, en diversas regiones del país floreció, en las décadas que nos interesan, un tipo de pintura llena de encanto por su espontaneidad y candor e independiente de la pintura académica. Sus autores dependían más de sus propias habilidades que de sus conocimientos, pero justo es por las libertades que se tomaban respecto de los modelos, por lo que el gusto y el concepto moderno del arte pudo estimarlos. Son principalmente retratos, llenos de sentimiento, que nos dan una visión de la sociedad provinciana de entonces, pero también se produjeron alegorías. Y en esta corriente de la pintura entran por propio derecho los asuntos religiosos en los "retablos" o ex-votos, hoy tan estimados.

Roberto Montenegro nos dio a conocer un buen filón de este tipo

de pintura cuando publicó un libro (1933) con obras de Jalisco, entre las que son principales las de José María Estrada, artista de inconfundible personalidad. No es la perfección anatómica lo que hay que buscar en ellas, sino el carácter y el sentimiento para las formas y el color.

A su vez, Francisco Orozco Muñoz nos descubrió la obra de Hermenegildo Bustos, de Guanajuato, más naturalista que la de Estrada, más formal y acabada, pero no menos atractiva. Bustos fue un autodidacto, pero alcanzó en ciertos retratos gran calidad y severidad.

Cómo no considerar a Agustín Arrieta, de Puebla, artista de gran sabiduría y delicadeza para el color, como es patente en sus hoy famosos "Bodegones", que evocan todas las delicias del gusto del siglo romántico. También José Justo Montiel, de Orizaba, dejó obras interesantes, aunque eclécticas, y en parte tendientes a un **academismo**; pero su obra es sólo un jirón de la que ha sido llamada "escuela veracruzana".

La escultura de la época que nos interesa tuvo un representante de primer orden, el maestro Manuel Vilar, español formado en Roma en la escuela clásica, quien vino a enseñar en la Academia junto con Clavé y de quien aprendió un grupo de distinguidos discípulos. Vilar modeló estatuas para varios monumentos, pero tuvo mala fortuna pues casi todas quedaron en yeso, y no fue sino muchos años después de su muerte, en México, cuando se fundió en bronce su "Colón", en la Plaza de Buenavista. El maestro fue el primero en introducir en la escultura temas del México indígena antiguo y modeló una espléndida estatua del guerrero tlaxcalteca "Tlahuicole", de la que pronto podrá admirar el público un vaciado en bronce, que dará cabal idea de las grandes cualidades del escultor. Su discípulo Felipe Sojo modeló del natural un busto de Maximiliano, que fue vaciado en bronce y que se conserva en el Museo de Historia de Chapultepec; es obra espléndida, tratada a la manera clásica. También otro discípulo, Martín Soriano, labró en mármol la excelente estatua de "San Lucas", para la Escuela de Medicina. Cuando se conozca más ampliamente la escultura del siglo XIX se podrán apreciar los valores que tiene. Pero, sin duda, la obra maestra de la escultura académica es el "Cuauhtémoc", de Miguel Noreña, en la que todavía resuenan las buenas enseñanzas clásicas de Vilar. El monumento fue obra de Francisco M. Jiménez y se completó con los bajorrelieves de Gabriel Guerra. Otra obra de Noreña, de la mayor importancia, es la estatua sedente de don Benito Juárez, fundida con metal de cañones tomados a los conservadores, que se encuentra en el Palacio Nacional; en ella campean el vigor y la nobleza de formas propias del artista.

La arquitectura del periodo que nos ocupa tiene menor interés, pero la figura de mayor relieve es Lorenzo de la Hidalga, arquitecto español de excelente formación a quien se debieron tres obras importantes: el

ciprés de la Catedral Metropolitana, destruido en años pasados; la cúpula de la iglesia del Señor de Santa Teresa, que decoró Cordero; y el antiguo Teatro Nacional (1844), que cerraba la hoy Avenida 5 de Mayo, a la altura de las calles de Bolívar, y que desapareció en 1900 al prolongar aquélla hasta la Alameda. El Teatro que se llamó sucesivamente: de Santa Anna, Nacional, Imperial y de nuevo Nacional, fue obra de primera categoría y a la altura de los mejores de Europa. Por el empeño de De la Hidalga se contrató en Europa al maestro que vino a la Academia Javier Cavallari, arquitecto italiano, quien dejó discípulos; suya es la fachada de la hoy Escuela de Artes Plásticas de la Universidad, única obra que realizó y que aún está en pie.

Por último, hemos de recordar, siquiera, la significativa obra de los grabadores y litógrafos. Mencionar el álbum *México y sus alrededores*, con litografías de Casimiro Castro y de otros, es evocar el encanto de los tiempos que no han de volver. La corriente de crítica social y política tuvo representantes en los maestros del dibujo litográfico Iriarte, Villasana, Salazar, Blanco y Escalante; sus obras incluyen la caricatura, y otras ilustraciones son de un agudo romanticismo.

Espero que el breve resumen hecho hasta aquí no haya resultado demasiado fastidioso; quedan fuera muchos aspectos del arte y de la historia del tiempo. Algo quizá haya llamado su atención y es lo siguiente: ¿Cómo es que el arte del siglo XIX, tan ideal y equilibrado, no refleje más directamente los vaivenes de nuestra historia en esa época? Porque no se puede decir que ésta haya sido calmada. Pensar en los tiempos de centralistas y federalistas, de Santa Anna, de don Benito Juárez, de Maximiliano y del triunfo de la República, es tener a la vista agitadas circunstancias que son el trasfondo social y político del arte a que me he referido. El idealismo estético, el romanticismo se ocupó de dar forma a otros aspectos sentimentales de la realidad y apenas si los temas históricos asoman. Sin embargo, para comprender a fondo ese arte es necesario tener completo el panorama. Los maestros de la Academia pasaron más de un mal rato con los cambios de gobierno. Velasco fue quien supo sintetizar la época, a su manera, por medio de la pintura de paisaje en la que incluyó la historia y los ideales del tiempo.

Por otra parte, el interesado encontrará en el arte litográfico la crítica social. En verdad el arte del siglo XIX supo elevarse sobre los vaivenes de la realidad y mantuvo un idealismo que merece a todas luces, su estudio y comprensión, pues no por idealista deja de ser menos arte, ni de expresar otros aspectos de la realidad, aquellos que apelaban más al gusto y los intereses del tiempo. No sucedía así con la crítica de arte, que muestra una conciencia que va más allá de cuanto se producía. José Martí pidió que se pintasen "...la luz en el Xinantécatl y el dolor en el rostro de Cuauhtemotzin... y las amargas lágrimas

que ponían en el rostro de Marina el amor invencible de Cortés y la lástima de sus míseros hermanos... porque hay grandeza y originalidad en nuestra historia". Por su parte, Ignacio Manuel Altamirano lamentaba no ver pintados "...ni un solo héroe de la Independencia, ni un solo mártir de la Reforma", y Felipe López López, dirigiéndose a los artistas jóvenes, escribió: "...buscad inspiración gloriosa en la adversidad misma; pintad el hambre y la calamidad". Y cual si fuera profeta, dijo: "...muchas cúpulas os esperan; muchos edificios públicos piden a vuestros pinceles obras maestras que transmitan a las generaciones futuras los rasgos heroicos de nuestra historia". Esos anhelos habían de venirse a cumplir en nuestro tiempo con la nueva pintura mural que alcanzaría los más altos vuelos; pero fue necesario que cambiara el concepto del arte y que México abriera los ojos para verse a sí mismo y se proyectara en el horizonte universal. Mas no hay que sacar las cosas de su sitio, y al arte de las distintas épocas hay que estimarlo en lo que fue y en lo que es; no es necesario negar el pasado para valorizar el presente, y por ahora, detengámonos un momento y aproximémonos al arte romántico que, de una manera u otra, nos comunica su espiritualidad.

CUÉLLAR Y LA NOVELA DEL XIX

Vicente Magdaleno

¿Qué sabe el hombre del hombre? Toda vida es, por esencia, insondable. Asoma la creatura desde unos ojos que no enturbian las experiencias, y el silencio expresa más, mucho más que todas las palabras. Imaginad a un niño nacido un 18 de septiembre en esta ciudad capital. México ya había enderezado sus pasos hacia la República, pero ésta tropieza con el ambicioso Iturbide cuyo efímero imperio, al rodar, después de un breve interregno republicano, abre plaza finalmente al santanismo desleído y mimético, cínico y oportunista. Sabemos que José Tomás de Cuéllar estudia, entra a estudiar muy joven en los colegios de San Gregorio y San Ildefonso, plantel éste último que dará albergue, más tarde, a la Preparatoria de Gabino Barreda. Humanidades y filosofía son las materias que conquistan, desde el primer instante, la imaginación del muchacho.

El siglo XIX es un siglo determinante en la historia mexicana. Muchos intelectuales se tapan aún las narices ante lo que consideran su ambiente descompuesto. Esta centuria, empero, este siglo desgarrado, acaba por plantar sobre bases modernas la realidad nacional. Si México no hubiera padecido aquellas décadas, hoy las estaría viviendo más dramáticamente. Dos extraordinarios hombres del espíritu —Goethe el poeta y Marx el ideólogo— volvieron un día los ojos hacia nuestras realidades. Hablando Goethe de la necesidad de un canal en la zona de Tehuantepec, declaró a su biógrafo Eckermann que indudablemente los Estados Unidos no dejarían pasar la oportunidad de construirlo. Esta conversación tuvo lugar el año de 1827 y, en ella, el poeta para nada menciona a México, a pesar de aludir a nuestra geografía. Lo cual nos indica que para muchas personas no existía, entonces, nuestra patria. Marx, por otro lado, anota en las páginas de una de sus obras, que los Estados Unidos acabarán por absorber la caótica situación mexicana. ¡Al menos en esta profecía se equivocó el profeta del materialismo histórico!

Sí, tan terrible era la situación del país, que veinte años después de

la conversación de Goethe con Eckermann —esto es, en 1847— México vive el drama de una invasión norteamericana que le segrega una gran extensión territorial. Se sabe que el joven Cuéllar, que el niño José Tomás de Cuéllar, en su honrosa categoría de alumno del Colegio Militar, fue uno de los defensores del Castillo en la gesta de Chapultepec, episodio inmaculado para la República. Quedan por cierto unos versos suyos al respecto:

...Era yo un chiquitín, barbilampiño,
y ya estudiaba de la guerra el arte,
y entretenía el maternal cariño
con mi fusil de niño...
Alcé la vista y sorprendí, bajando
la pequeña escalera que daba a mi glorieta,
el primer yankee que miré en mi vida!
Me pareció un gigante o un atleta...
Caímos prisioneros
los niños entre aquellos soldadazos;
pero antes de entregarnos,
contra una dura piedra
mi pequeño fusil hice pedazos...

Vive el país más tarde el drama de dos corrientes en pugna que anhelan la reorganización nacional. Una pretende hacer regresar a la patria al aherramiento de la Colonia; otra habla de fletar sobre bases modernas y legales a la República para la gran travesía de su historia. Cuéllar, profundamente lastimado en su juventud heroica, se consagra desde el año 48 a las tareas literarias y se inscribe también en la Academia de San Carlos. Es ahora pintor y poeta. Consagraciones ambas que ejercen una influencia definitiva en su obra final: la novela. Pues si González Peña señala que las disciplinas del pintor permiten a Cuéllar moralizar apenas si con un brochazo, sin caer en el tedioso sermoneo de Lizardi, Luis Noyola Vázquez advierte cierta brevedad estilística que sólo se alcanza con la práctica poética; extendiéndose el crítico potosino hasta ahondar en algunas posibles influencias de Cuéllar en la obra inicial del propio Manuel José Othón, dios solar de la poesía mexicana.

José Tomás de Cuéllar cerró su vida, después de ensayar como autor teatral y como periodista, en la diplomacia. En la paz porfiriana fue primer secretario en la Legación de México en Washington y también subsecretario de Relaciones Exteriores. Murió ciego, dicen sus biógrafos, en esta misma ciudad el 11 de febrero de 1894. Su obra novelística continúa la línea costumbrista de Fernández de Lizardi y le emparenta, dentro de la segunda mitad del XIX, con Luis G. Inclán y con "Micrós".

Todo estudio de la novela mexicana, por breve que sea, debe tener en cuenta que nosotros empezamos a escribir novelas con un retraso considerable; hace apenas 150 años; esto es, en el lapso de la Independencia. España prohibió el envío de obras de este género a sus

Colonias, no obstante lo enviada que estaba la Península con los folletones sentimentales, pastoriles, moriscos y caballerescos. La exquisitez del mexicano, su afán presencial, humanístico siempre, no pudieron vaciarse, por lo tanto, en los siglos virreinales, en tal literatura. Ingenuamente se ensayaron dos o tres novelas que no alcanzaron la categoría de tales; una de ellas fue una descripción abundantísima de don Carlos de Sigüenza y Góngora — lúcido ingenio del siglo xvii.

En plena lucha independentista, coincidiendo con los afanes de buscar nuevos rumbos y ubicarnos americanamente, aparece la novela en México. *El Periquillo Sarniento* es el primer volumen que acredita al género. En las presentes líneas consagradas a estudiar la obra de "Facundo", pretendemos hacer ver las características de una sensibilidad estética —la nuestra— que procediendo limitadamente en la Colonia, alcanza a adueñarse en los años de la Independencia del instrumental de la novela y sorprende, en la misma, un filón inigualable para la expresión del alma mexicana. Lizardi y Cuéllar, juntamente con "Micrósc" y Rafael Delgado, no son sino peldaños de una escalera que ya en la actual centuria nos brinda frutos más maduros y se lanza, en lo más reciente, a la conquista estudiosa de nuevos enfoques y realizaciones.

Dice Nietzsche que los poetas revolvemos demasiado nuestras aguas para que las crean profundas. Bien, permítaseme en los siguientes renglones abordar un poco más concretamente nuestro tema.

Extrañeza, profunda extrañeza causan a Cortés y a Bernal Díaz del Castillo, que son los primeros cronistas, la vastedad del Nuevo Mundo y las costumbres de sus habitantes. A la descripción que hace Cortés de la grandiosidad de nuestra geografía y la paganía de sus gentes, se suman sus elogios a la variedad de productos que exhibe uno de los "tianguis" mexicanos. Lo mismo ocurre con Bernal Díaz, cuyo asombro sube de punto al hablar de Moctezuma, de la belleza de sus mujeres, del baño diario del monarca y los exquisitos platillos que compartía con los nobles de su corte. ¡Mundo sensual de pluma y agua, de flor y sangre, que imprime su paganía al imperio del Anáhuac! ¡Mundo que el Popol-Vuh describe como la tierra donde las más sabrosas cosas pasan a la carne, en el origen de todo, y mueven la sangre y los músculos del hombre!

Con todo, el asombro mayor florece en labios de poetas. Esto es, de los líricos prestados por España al Nuevo Mundo en el instante que sucede a la Conquista y que inaugura, por así decirlo, el virreinato. Los versos más sutiles celebran, en efecto, la sensibilidad lujosa de los mexicanos y la belleza, única, de aquel ámbito lacustre. Tal, por ejemplo, Bernardo de Balbuena, cuyo incipiente barroco traduce la grandiosidad de las nuevas ciudades y el ansia de luz y conocimientos de los criollos y mestizos. Tal, por ejemplo, Juan de la Cueva, cuyas Epístolas elogian la variedad de flores y frutos, todos color y

perfume, y la sabrosura de las comidas del indígena, igual que su sentido rítmico en la danza y su maestría en el arte:

...hallaréis otras mil cosas
de que carece España, que son tales,
al gusto y a la vista deleitosas.

Mirad aquellas frutas naturales,
el plátano, mamey, guayaba, anona,
si en gusto las de España son iguales.

Pues un chico zapote, a la persona
del Rey le puede ser emprentado
por el fruto mejor que cría Pomona.

El aguacate a Venus consagrado
por el efecto y trenas de colores,
el capulí y zapote colorado;

la variedad de hierbas y de flores
de que hacen figuras estampadas
en lienzo, con matices y labores,

sin otras cien mil cosas regaladas
de que los indios y españoles usan,
que de los indios fueron inventadas.

Las comidas, que no entendiendo acusan
los cachopines y aun los vaquianos,
y de comerlas huyen y se excusan,

son para mí, los que lo hacen, vanos;
que un pipián es célebre comida,
que al sabor dél os comeréis las manos...

Pueblo, sí, de sensuales y dueños de una superior paganía — hemos apellidado al pueblo de los indios. Su sello, ahora bien, de terrenalidad y singular cariño por toda presencia se advierte, después, como una herencia, en la adopción del barroco en la Colonia. Del barroco, que es un recargamiento engolosinado de formas e imágenes que seducen al criollo de los siglos xvii y xviii. Múltiples testimonios nos quedan de tal devoción churriguerescamente sensual o sensualmente barroca en México. En ningún documento, empero, es posible confirmar tal apreciación, por más extraño que parezca, que en la religiosa y plena de catolicidad de un religioso: Fray Miguel de Guevara. Este Fray Miguel de Guevara es autor de un célebre soneto que un tiempo se adjudicó a Santa Teresa de Ávila y hasta a San Juan de la Cruz:

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
 clavado en una cruz y escarnecido,
 muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
 muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme en fin tu amor de tal manera
 que aunque no hubiera cielo yo te amara
 y aunque no hubiera infierno te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
 pues aunque lo que espero no esperara,
 lo mismo que te quiero te quisiera.

¡Bellísima pieza, permítaseme decirlo; magistral soneto que se ha hecho figurar en las antologías poéticas de los siglos de oro españoles! Recientemente, sin embargo, el erudito Alberto María Carreño dejó probada su mexicanidad, después de hurgar en los archivos de la Colonia. Por encima, ahora bien, de cualquiera discusión filológica, cabe decir que las mejores pruebas de tal mexicanidad son psicológicas. Está en lo más íntimo del mexicano olvidar las alturas metafísicas para embeberse sensual, humanamente, en seres y cosas. Místicamente habla la santa de Ávila de la tan alta vida que ella espera, que muere porque no se muere —rechazando en su visión de lo eterno toda fugaz terrenalidad—. En Guevara, en cambio, por sobre el cielo y el infierno que teológicamente se nos tienen prometidos, se captura la sola presencia del Cristo, “clavado en una cruz y escarnecido”. Sólo esto mueve al poeta; le mueve ver su “cuerpo tan herido” en un amor tangible, presencial, humanizadísimo, que concluye posponiendo toda allendidad gozosa o toda terribleza del infierno —toda perennidad, en suma— a favor de un amor desmedido, pleno de compasión dolorosa por lo que ve y casi palpa, en una gran vivencia religiosa.

¡Qué plasticidad perceptiva, en verdad! Sobre todo cuando sabemos por Schleiermacher, que lo religioso es precisamente lo que señala nuestra dependencia, la personal dependencia de cada quien con lo absoluto. En Guevara sólo hay amor por lo que transidamente se testifica, más que por lo que se espera. Amor, pues, más que sublime y trascendental, amor entrañable y humanísimo...

Puede acaso parecer exagerada nuestra afirmación. No lo es, sin embargo, si advertimos que los mexicanos somos y hemos sido siempre, con toda la plasticidad de nuestras percepciones, grandemente sensuales. Dudamos de lo que no vemos o palpamos. Pueblo de pintores y escultores, en nuestra propia música se escucha el color, en chillantes estallidos. En otro orden de cosas, preferimos fijar en la sensualísima memoria, en forma de recuerdo, los cuerpos y rostros que amamos, que recurrir al consuelo de la epístola, es decir de la carta. El español es grandemente parecido a nosotros; parecido, que no idéntico. Tal afán presencial, tal sensualidad psicológica alcanza en nosotros, indudablemente, su culminación.

Pese a lo anterior —esto es, a la afirmación de toda esa sensualidad que traemos untada al cuerpo y que nos permea el alma y la cual sabrá un día expresarse intensamente en la novela—; pese a la anterior afirmación, decía, algo hace aparecer diferentemente las cosas cuando volvemos a poner los ojos en la investigación de la Colonia. Sorprende, sí, como contradiciéndonos, un tono ascéticamente culturalista, restringidamente entregado al espíritu puro; tono por medio del cual se intenta poner un dique al mundo, al ambiente pleno de sentidos que nos rodea. Ello, sin embargo, vuelvo a marcarlo, se observa sólo en la superficie, porque ahondando un poco, vemos que en tal negativa de lo terreno se ocultan muchos asaltos del mismo. Nadie mejor que Sor Juana Inés de la Cruz para expresar todo esto en un célebre soneto que podría inclusive hacerse pasar como la antítesis del de Guevara, si no fuera, al final de todo, su complemento:

En perseguirme, Mundo, ¿qué interesas?
 ¿En qué te ofendo cuando sólo intento
 poner bellezas en mi entendimiento
 y no mi entendimiento en las bellezas?

Yo no estimo tesoro ni riquezas,
 y, así, siempre me causa más contento
 poner riquezas en mi entendimiento
 y no mi entendimiento en las riquezas.

Yo no estimo hermosura que, vencida,
 es despojo civil de las edades,
 ni riqueza me agrada fementida;

teniendo por mejor de mis verdades,
 consumir vanidades de la Vida
 que consumir la Vida en vanidades...

Pasando de largo, ahora bien, ante el caso de Alarcón y Mendoza, cuyo teatro pertenece de hecho al ciclo de los siglos de oro españoles, no obstante que exhibe el de Taxco en su misma peninsularidad algunas características mexicanas; pasando de largo, decía, ante el caso de Alarcón, no está sola en la Colonia Sor Juana Inés de la Cruz en el proceso de precaverse contra el mundo, en su rechazo de tales embestidas que la hacen encerrarse, ascéticamente, en su obra. Sigüenza y Góngora y, sobre todo, los grandes humanistas del XVIII habrían de comprobarlo en carne viva, más tarde. Algo faltaba en aquel mundo virreinal donde funciona la Inquisición y se tienen prohibidas al criollo y al mestizo, entre otras mil incitaciones vitales, el conocimiento de la novela y la libre respiración de la crítica, igual que el altísimo ejercicio de pensar cada quien por su cuenta, incluso en los asuntos de la religión donde caben, por otra parte, tantos matices sin caerse en la herejía. Recordemos simplemente cómo fue reducida al silencio Sor Juana por la despótica Sor Filotea —pseudónimo que adopta el obispo

Santa Cruz de Puebla— cuando en un noble intento de aclarar algunos conceptos vertidos por un cierto predicador, ella, la jerónima, alzó la voz creyendo ingenuamente que vivía en una tierra libre, abierta a todas las inquietudes de la sensibilidad y los reclamos del espíritu. De este modo el ingenio criollo, nuestro tradicional ingenio criollo, vuelve a sumirse en la “cultura”, procurando ahogar dentro de sí toda pica-zón de los sentidos, toda curiosidad provocativa. Hasta los retiros donde erigía su “escuela del amor a Dios y desprecio del mundo” el angelical Gregorio López, llega, a veces, la investigación policiaca de ese entonces. ¡Un paso en falso y todo hubiera acabado oliendo a chamusquina!

Asctas, pues, de la cultura, hombres sublimadamente cultos fueron los hombres del ingenio y la cultura en la Colonia, terriblemente alertados contra el asalto de toda sensualidad que, sin embargo, les hervía. Sigüenza y Góngora, que es el más notable científico del xvii, salva heroicamente de entre las llamas los archivos de la ciudad cuando arde el palacio en que se guardan. No obstante, así como Sor Juana escribe contra los hombres necios en su calidad de representante de una cultura femeninamente aherrojada y aún se atreve a refutar al padre Vieyra, así también Sigüenza y Góngora, movido por un afán subconsciente de libertad, escribe historia juntamente con un mal conato de novela. La historia que escribe Sigüenza borda sobre los chichimecas y la moraleja que se extrae de tal obra es que el criollo trata de hacerle ver al español, con gran recato, que México existía aun antes de la Conquista, siendo por tal razón lo hispánico un momento tan sólo dentro de esta porción del Nuevo Mundo.

Algo, en suma, faltaba, tanto en el mundo de la cultura y el espíritu, como en el más inmediato de la política. Algo que prohibía expresarse con toda la vivacidad de sus sentidos y con toda su imaginación al criollo. Las autoridades virreinales tenían proscritas la filosofía y la investigación científica, lo mismo la novela, y les asustaba al par el periodismo. El ingenio colonial sólo puede vaciarse, por lo tanto, en la poesía y la escolástica, invadiendo heréticamente, eso sí, los terrenos de la historia. Junto a los arquitectos, pintores e imagineros se abre paso, en el xviii, la pujanza de la Compañía de Jesús, que pese a las expulsiones, dejó nombres tan ilustres para México como son los de Francisco Javier Alegre, Diego José Abad, Francisco Javier Clavijero y Rafael Landívar. La historia de los pueblos indígenas, y en ésta ahondan aquellos religiosos, parece señalar al español —repi-to— lo transitorio de su dominación, toda vez que México no nace con la Conquista y su biografía señala que lo hispano es nada más un instante de su marcha. Rafael Landívar, el poeta de la *Rusticatio*, señala al mexicano la belleza de sus cielos, de sus lagos y campiñas, la diversidad de sus aves y la sabrosura de sus frutos, tal como entre-gándole de nuevo, sensorialmente, la realidad de su país; interrogán-dole desde lo más recóndito si un día será capaz, llegado el caso, de recuperarlo. No en balde aquellos religiosos se atrevieron a justificar

el magnicidio en España y supieron considerar, en nuestras tierras, que la libertad es el bien máspreciado y el principio que define al hombre.

El primer hombre, ahora bien, que hace novela y mueve su pluma impulsado por el secreto afán de buscarse y buscar al mexicano —al mexicano tangible, concreto, al ser de carne y hueso, ente presencial y humano— es José Joaquín Fernández de Lizardi. No por un azar su búsqueda coincide, en el tiempo y el espacio, con las luchas de la independencia, en las que también participa Lizardi como periodista; y no por un azar sus novelas son respuestas a una realidad que se va conquistando política, socialmente.

¿Cómo somos? ¿Cuál es el sentido de nuestra búsqueda histórica y humana? ¿Cómo debe comportarse el hombre y cuáles son los impedimentos esenciales que se le presentan? Ningún género literario podía abrirse como supo abrirse, entonces, la novela y expresar lo incierto de la hora. Valido, pues, de este gran documental psicológico y social, Fernández de Lizardi moviliza a un personaje que es, realmente, un don Nadie ("aprendiz de todo y oficial de nada"); en suma, a un mexicano medio y, más que medio, casi cuarto, caricaturizado en su afán barato de vida mientras México ansiaba estructurarse. No importa que Perico tenga mucho de los pícaros hispanos. Ante nuestra mirada, él es el bueno de Dios, que flota en todos los ambientes sociales, imprevisto, locuaz, inadaptado. Más que vivir a lo Guzmán de Alfarache, se deja vivir y predica, en su abulia, y su sermón principal va enderezado a corregir la educación imperante, a la que considera ineficaz e insuficiente.

Ciertamente, con Perico —quien se hace acompañar en la obra de Lizardi de don Catrín de la Fachenda y la Quijotita con su prima— irrumpe un caudal que sólo estaba esperando, al parecer, tal desborde. ¡Afán presencial que iluminó, bien que en los planos del arrobo, la lírica de Guevara y supo engolosinarnos, también sensualmente, en el barroco! Principian a salir a la luz, en tal forma, infinidad de problemas de nuestro ser verdadero, afecto a lo concreto, a lo solar, coloreado y colorista, incluso aquellos motivos por los cuales somos capaces de callarnos, moviéndonos en el mayor recato...

Pero ¿será válido valorar cuanto se hizo en la literatura y en las artes sin explicar, con anterioridad, el drama que vivía entonces el pueblo mexicano? Si difíciles habían sido los años de la primera mitad del siglo, el inicio de la otra mitad hace imposible, al parecer, toda empresa cultural en México. La República, sin embargo, saca fuerzas de su misma endebles y empieza a organizarse. Lo esencial para nosotros, en estas páginas, es que la delicadeza del criollo y el mestizo vuelve a hallar cauces y, por sobre el propio torbellino, permite a éstos, entre otras cosas, escribir novela otra vez, recogiendo sus testimonios psicológicos en páginas modernas.

Desatadas las pasiones de un pueblo que había permanecido al mar-

gen de toda educación política en los siglos virreinales, la Independencia parece dar el grito de "arranquen" a muchas ambiciones personales. Revoluciones, cuartelazos e intrigas diplomáticas desquician al país, lo merman, hasta que sorprenden a éste los años del 46 y el 47 que, pese a todo, son altamente aleccionadores. En ellos y después de ellos, recapacita y cree encontrar soluciones cada grupo. Hasta entonces toda lucha había significado una especie de desprendimiento del seno materno español. Ahora hay que habérselas con un poder extraño, terriblemente extraño: el poder anglosajón. Hondo complejo de Edipo exhiben los conservadores al volver la vista a la Península y buscar en ella un trono protector. Dijérase que reinciden en los viejos errores. Los liberales, en cambio, hablan a través de hombres como el doctor Mora y otros ideólogos, ya en la Reforma, de abrir el país a todas las corrientes universales. Igualdad de los extranjeros ante la ley, supresión de tribunales especiales y, con la saludable separación de la Iglesia y el Estado, impartición de una enseñanza elemental del todo laica.

La Revolución de Ayutla inaugura, de hecho, la segunda mitad de esta dramática centuria. Le sigue, en tal lista, la guerra de los tres años que da paso, a su vez, a la intervención, al segundo imperio y al triunfo final de la República en 1867. Preguntémonos ahora ¿podrían haber quedado reflejados estos terribles acontecimientos, vividos muy al crudo por cada mexicano, en la paliducha novela romántica? No, indudablemente no. De aquí que sus autores se refugien, acaben por refugiarse, en cuanto logran escapar de sus temas dulzones, en algunos episodios del pasado virreinal. El propio José Tomás de Cuéllar ensayó en este sentido, y su novela *El pecado del siglo* borda sobre temas coloniales.

El país en tanto se sana, se organiza en plan de asepsia. La tarea, sin embargo, no era fácil. Genio de la trácala, Santa Anna cedió siempre ante el espectáculo de un pueblo miserable, cuyo ejército se organizaba a base de "levas" que provocaban las necesarias deserciones. Juárez después, pese a toda su energía, tiene que aceptar a los caciques regionales, a quienes en su fuero interno considera grandemente responsables del anquilosamiento nacional. La tarea literaria se complica, pues. Se dificulta. Si por una parte demanda la revelación, por el arte, de toda nuestra riqueza psicológica y humana, por otra parte advierte la necesidad de organizar, previamente, los objetivos de su vivisección para lograr una fijación correcta de los personajes, de los ambientes y las costumbres que anhela ella reflejar. Y todo era entonces harto movable; esto es, muy cambiante. Los novelistas herederos de Lizardi quisieran tener algo, por lo mismo, de filósofos inmovilistas. Anhelan que en aquella época de liquidaciones, los personajes y sus ambientes se les presenten en forma fija, para sacar de los mismos las imágenes necesarias. Lo cual no es posible. Luis G. Inclán, el ranchero metido a impresor y autor de *Astucia o los Hermanos de la Hoja*, sabe excepcionalmente comprender que las energías naciona-

les deben ser dibujadas en su misma dinámica, no reprimidas ni mutiladas en la ficción literaria. De aquí la autenticidad de su novela. De su novela que, después de algunos titubeos, sigue con lealtad a sus héroes. Antecedente de *Tomóchic* de Heriberto Frías y de la novela de la Revolución que se inicia con Azuela, *Astucia* es un verdadero oasis psicológico en estos años del siglo xix.

Seguidor de Inclán en la pequeña lista de novelistas del xix, José Tomás de Cuéllar doma, pretende domar su adolescencia en las disciplinas del Colegio Militar, las cuales le llevan a asistir a la gesta de Chapultepec y le consagran como héroe. Cuéllar, al parecer, es un hombre de carácter como sus contemporáneos de la Reforma, bien que proyectadas sus fuerzas hacia los campos de la literatura. Por esto, acaso, le entendieron a la perfección el maestro Altamirano y Guillermo Prieto, quienes saludan su empeño moralizador con entusiasmo. La diferencia está en que Cuéllar no es hombre de acción ni político como lo son los hombres de la Reforma. Éstos supieron, en calidad de tales, practicar en todo momento, indispensablemente, el arte de esperar y confiar. De allí les vino esa gran comprensión del total de las fuerzas del pueblo, por sobre todas sus fallas y sus momentáneos desfallecimientos.

Moviéndole idénticos afanes, repito, de enderezamiento, Cuéllar desconoce esa confianza y esa fe. Su retiro de los escenarios políticos nos lo confirma. Aunque aspira como Juárez a lograr la redención del pueblo, no sabe interpretar las debilidades de éste, hijas mendaces de la transformación social del momento; sus fugas que, a pesar de todo, pinta y fotografía Cuéllar en su calidad de novelista. No sabe esperar el remansarse de las aguas desencadenadas y lograr su fijación definitiva. Realmente es un romántico en su intransigencia idealista. Un romántico desdoblado genialmente en un observador perspicaz y terrible. De aquí el secreto de su linterna bruja, que hereda a su siglo una técnica maravillosa para su tiempo, de observación de las costumbres y pintura de las gentes, bien que deformada hasta la caricatura por el excesivo moralismo del autor. ¿Acaso no acababa de vivir el país una época desquiciante? ¿Realmente se le podía pedir más a un pueblo que había sabido batirse por la patria y al que sorprende Cuéllar más tarde, en la paz, entregado a mil pequeños pasatiempos y banalidades? ¿Por qué entonces la extrañeza del artista ante las artes del simulador, del hedonista, de la dama de los diez maridos, de las chicas cursis y atolondradas? “Nombrarle la patria a «Facundo» —dice Héctor Pérez Martínez— era precipitarlo. Y tal le sucedió. Soñó el sueño de gloria de convertirse un día en árbitro, en constructor de virtudes nacionales, en el curador de una conciencia pública. Y esto le perdió en el arte.”

Esto, claro, de que tal afán moralizador le perdió en el arte, es, por otra parte, relativo. ¿Acaso no conspiran también contra el artista de este siglo, todos los acontecimientos del mismo, su falta de sosiego

y objetividad política? De aquí el rango y la categoría que tienen hoy, para nosotros, hombres del siglo xx, los novelistas del xix. Son cimentadores en verdad, grandes precursores, no realizadores. No sólo el afán de moralizarlo todo es impedimenta, pues, para "Facundo". Cuéllar, José Tomás de Cuéllar nos deja, al menos, su *Linterna*, que es una linterna un poco a lo Diógenes, para buscar, así sea en pleno mediodía, con toda la sensualidad nuestra, que ama la tierra, la realidad social de su tiempo y sabe proseguir la gran experiencia de la novela mexicana. Tal la herencia suya, su magnífico legado, su flanco afirmativo. Raza de sensuales, de afectos más que a todo alejamiento celeste, a capturar lo más extraordinario en la presencia del amor y el dolor, como lo hemos visto en la Colonia, a través de Fray Miguel de Guevara. Seguramente el artista contemporáneo, al recordarle, al recordar a Cuéllar, le reverencia sin quererlo y sin saberlo, como antecedente suyo indispensable.

Yo, de mí, sé decir, aparte de todo, que no creo demasiado en tales fustigadores, en tales castigadores morales. Creo que Cuéllar, al verter claridad sobre los léperos y los pobres hombres de la clase media, ahitos de simulaciones, no dejaba de esconder una sonrisa, sonrisa amable y un poco cómplice, antesala de su simpatía. Igual Dante Alighieri desde la orilla del Malebolge, al contemplar la bella y pecadora humanidad de su Infierno divinísimo. Su voz, entonces, la voz de Cuéllar, más bien debe parecer que suena y cae como un agua helada sobre las Machucas, sobre Saldaña, que en realidad es un pobre diablo, sobre sus pollos enamoradizos y sus niñas cursis, en un afán de galvanizar sus nervios, de darles brío a sus almas y prestarles estructura, sobre todo en visperas del fletamiento del país hacia empresas, al parecer, más enjundiosas. "Facundo" también representa, al menos para mí, un cierto rescate: el rescate, merced al descubrimiento de sus jóvenes e ingenuos vividores, de una realidad sensual y alegre, capaz de convertir la muerte en un juguete, y que es la verdadera realidad del mexicano. Los psicólogos de la presente centuria, contemporáneos de todos nosotros, han querido falsificarnos la interioridad del hombre nuestro. Así nos hablan de un ser lúgubre e hipócrita, acompañado con la culpa de Caín o encadenado a una soledad irremisible. También hacen teorías sobre su destructividad desde una mesa de café, sofisticadamente...

El mexicano, sí, que desde los viejos tiempos indios vive su terrenalidad en la forma de una lujosa aceptación que le permea el cuerpo y le abrillanta el alma; el mexicano, digo, que en la Colonia difícilmente pudo expresar este afán presencial, que es también afán de libertad en su curiosidad de los sentidos, al arribar la Independencia se vale de ese testimonio integral que es la novela, y sabe vaciar en ella sus experiencias, perfectamente concentradas. Un homenaje a Cuéllar presupone, pues, en nuestros días, prolongar juntamente con su búsqueda hurgadora, la acción ejemplarizante de Inclán y el sentido

humano, ingenuamente humano de "Micrós", capaz de conmoverse ante una charamusca, juguete y emblema de la pobreza de un niño mexicano.

¡Saludo desde estas páginas al adolescente heroico que acompañó en su gesta del 47 a unos niños que son joyas de la patria; al pintor y poeta José Tomás de Cuéllar; novelista que nos hace sonreír con la movilización de sus personajes y la descripción de sus costumbres! México no es lo suficientemente rico para desconocer cuanto hicieron estos hombres, vueltos de espaldas a muchas esperanzas, en el trágico y fecundo siglo de la restauración de la República.

VIDA Y OBRA DE IGNACIO M. ALTAMIRANO

María del Carmen Millán

Dentro del ciclo de conferencias que el Instituto Nacional de Bellas Artes ha organizado para celebrar el Centenario del triunfo de la República, nos detendremos esta noche, si ustedes me prestan su atención, en la figura de uno de los más relevantes liberales que, cerca del Presidente Juárez, aceptó, ante el mundo, su parte de responsabilidad en los graves acontecimientos ocurridos, y con la mayor convicción se prodigó en aleccionador ejemplo al frente de un programa cultural y administrativo, para cuyo cumplimiento entregó su energía física, su brillante inteligencia, y la generosidad de su bravo corazón: Ignacio Manuel Altamirano.

De sus primeros años en Tixtla, sólo queda, desleída por el tiempo, la visión fugaz del niño indígena que va creciendo sin cultivo como un elemento del paisaje tropical, midiendo su carrera con la de los ríos y su voz con la del viento; que se asombra ante el paso de los soldados dispersos por la invasión norteamericana; que se entusiasma pasajeramente con el relato de sucesos infortunados que algunos de aquellos fugitivos, vecinos o parientes, hacían en las pobres casas del pueblo; y que escucha a medias las conversaciones pesimistas de su padre, casi ciego, respecto a la situación política que vivía el país.

A esta imagen se superpone la del colegial de quince años, ya instalado en el Instituto Literario de Toluca, al que había llegado de la mano de su padre, después de varias fatigosas jornadas, y gracias a una ley que, en favor de los niños indígenas aptos, había sido aprobada a iniciativa de Ignacio Ramírez. Tímido y semisalvaje, ignorante de la lengua española, se incorpora con dificultad a la nueva situación, e inicia su trato con "El Nigromante", su maestro, para quien tuvo siempre sincera admiración y profundo respeto. Además de los estudios, el Instituto le da el puesto de bibliotecario, oportunidad que el joven Altamirano aprovecha para satisfacer su creciente inquietud por las letras. Otra vez, la generosa simpatía de Ramírez le permite el acceso a su clase de literatura, a la que Altamirano se había asomado

una mañana de domingo, con interés pero sin derecho. "Ahí —dice— se formó nuestro carácter, ahí aceptamos nuestro credo político, al que hemos sido fieles sin excepción de una sola individualidad. Porque es de advertirse, y es una cosa notable ciertamente, que ni un solo discípulo de Ramírez en el Instituto ha renegado de los principios liberales y filosóficos que les inculcó el maestro, sino que al contrario, todos los han sellado con su constancia o con sus obras y algunos, con su sangre."

El tiempo ha pasado y con él los años errantes en que Altamirano apagó sus excesos de curiosidad y rebeldía. Ahora es un mozo que prosigue sus estudios en el Colegio de Letrán, escribe versos románticos, se interesa muy seriamente por la política, forma grupo con Díaz Covarrubias, Florencio del Castillo, Marcos Arróniz, José María Ramírez. . . y se da a conocer como orador. La Guerra de Reforma lo aleja de la capital, como había ocurrido durante la Revolución de Ayutla. Se distingue como soldado, como periodista de combate y como orador. Su fama política se inicia con su discurso contra la amnistía. Soldado de la República, permanece al lado de Juárez en los años de la Intervención francesa y el Imperio, y en el sitio de Querétaro asiste al epílogo de aquella trágica aventura.

Terminadas las luchas en 1867, aquietados los ánimos, los liberales se disponen a dar otra batalla: la de la reconstrucción, la de la afirmación del país en sus principios de independencia y libertad. Es éste el momento en que pretendemos ahora acercarnos a aquel Altamirano que encauza y persuade, al que logra dar cuerpo a una literatura nacional, necesidad ya percibida por otros; al que inicia los panoramas de la literatura mexicana, organizando, con certero juicio, la producción literaria del pasado y dando a conocer la del presente; al descriptor de la naturaleza tropical; al novelista que elige sus materiales y da una lección de sobriedad y equilibrio; al que sueña con un México mejor no imposible de alcanzar; al mesurado y ágil cronista para quien la fidelidad y el buen gusto son su lema; y, en fin, al que en beneficio de la Patria, busca la concordia entre los hijos de una madre común.

Quizá pecando de irreverencia, en lugar de la alabanza, por otra parte merecida a la abundante obra del Maestro, sobre la que habría que pasar volando y citando —es de rigor— los lugares comunes, hemos preferido olvidar la solemnidad del trato que se le debe al ilustre Maestro y tratar de intervenir en sus conversaciones, en sus comentarios sobre los diferentes sucesos que tuvieron lugar tanto en las veladas literarias de 1868 como en las crónicas que en el 69 escribió en su famosa revista *El Renacimiento*.

Vamos a contemplarlo bajo otra luz, y con la misma curiosidad con la que él mismo quiso participar como discípulo en la cátedra de Ramírez, en el Instituto de Toluca.

Entremos de rondón en la casona de las Rejas de la Concepción, una vez que el portón verde se haya abierto. Evitaremos la mirada

del viejo terranova que apenas se molesta con nuestra presencia. Percibiremos el olor a heliotropo y a rosas que florecen en las macetas del patio. Es domingo y son las 11 de la mañana. Mientras aparece el Maestro, en la sala llena de libros leemos, a través de la evocación emocionada de "Micrós", los títulos que se agrupan en los estantes y que nos hablan de las preferencias del señor de la casa. Los cuadros que cubren las paredes, el piano, la alfombra, los muebles, la limpieza y el orden, retratan bien el carácter de Altamirano.

Y llega al fin, con su sombrero puesto, pulcro, afable y sencillo. No parece ser el mismo que acusan los retratos. Ni fiero, ni airado; ni severo, ni en actitud de reto. Atento ¡eso sí!, a las cuestiones que le proponen sus discípulos, interesado en sus problemas y dispuesto a ayudarlos. La conversación se anima; las explicaciones se amplifican con naturalidad y las digresiones enriquecen la lección práctica. Las horas vuelan. Los jóvenes han recibido junto al sabio consejo, un estímulo para su obra en proyecto y sentido la cálida cercanía de un corazón amigo.

En ese ambiente familiar, mucho más agradable que los salones encortinados de la Sociedad de Geografía y Estadística o que el de las memorables sesiones del Liceo Hidalgo, nos contará en una amable charla, las novedades literarias y los sucesos notables de los años 68 y 69 que él registra con singular limpieza y con la intención, evidente o encubierta, de enseñar divirtiéndose.

En sus *Revistas literarias*, Altamirano presenta a los escritores de su tiempo a través de curiosas noticias sobre sus obras, en especial las novelas, género que le interesa particularmente por su influencia en la educación de las masas. La ocasión se presta también para que el Maestro exponga sus teorías y recuerde a los grandes novelistas europeos del siglo xix. Más adelante se ocupa de la poesía con la misma amplia perspectiva. Naturalmente que la intención de las Veladas es estimular la creación literaria y agrupar a los escritores, lo cual logran con buen éxito.

Las hay fastuosas y modestas. El Maestro insiste en que si el socio que las ofrece es rico, no debe hacerse notable el esfuerzo por agasajar a los convidados, porque lo esencial en estas reuniones es la literatura y no la calidad y cantidad de los manjares. Y como a él le disgustaría hacer el papel de los antiguos trovadores que, cargando su laúd, iban de castillo en castillo divirtiéndose a los señores a la hora de la sobremesa, exponiéndose a ser servidos a guisa de postre, insiste para que en su turno Ramírez y Agustín Siliceo reciban en sitios sencillos, aceptando así la reforma que quiere introducir Altamirano. Paredes limpias, sillas de pino, ladrillos desnudos y los libros necesarios. Una buena dotación de tortas de pan blanco, algunas botellas de manzanilla y de coñac y una tetera, limones y azúcar. Todo ello para proporcionar una elemental comodidad y un refrigerio mínimo, a efecto de que los socios permanecieran despiertos e interesados en la lectura

que debía ser el plato fuerte, lo verdaderamente succulento. Justo Sierra, Alfaro, Rafael Zayas y Cuéllar —leído por Manuel Peredo—, inspiraban esa noche a los contertulios. Ramírez subrayó con su mordacidad una intervención anterior de Martínez de la Torre.

Por otra parte, y como contraste con estas sencillas reuniones, cabe mencionar las de Schiaffino, caballero distinguido de talento poco común, participante activo en otras veladas, que recibe en su “casa pompeyana” de la calle del Cinco de Mayo. Esta mansión es un verdadero capricho, en la cual se mezclan el gusto francés y el gusto antiguo. Su propiedad y refinamiento no podían pasar inadvertidos para un conocedor del arte, así que la mirada atenta del Maestro se detiene en los detalles de pintura, escultura, adornos, disposición de salones y jardines. Velada memorable que termina excepcionalmente a las seis de la mañana, después de escuchar las composiciones que leyeron Mobellán, Rosas, Olavarría, Villalobos, Ortiz, Prieto, Sierra, Alfaro, Téllez Ríos, Montiel, y Uhink. Llenas de interés, agudas e ingeniosas, las críticas de Ramírez llenan el objeto verdadero que se propusieron los concurrentes. Es decir, habían ido a aprender, a estudiar, y no a hacerse aplaudir. Schiaffino, con caballerosa naturalidad, evitó la ostentación de su opulencia, y logró mantener un ambiente de cómoda cordialidad en el que los amigos gustaron las viandas y los vinos más exquisitos.

A la reunión que tuvo lugar en casa de Riva Palacio, y que superpújó en lujo a las anteriores, fueron invitados los miembros de la Asociación Gregoriana, quienes, por conducto de Guillermo Prieto, obsequiaron a Altamirano una edición de lujo de *El Paraíso perdido*, autografiada por cada uno de los socios. Este reconocimiento a las excelencias del Maestro le produce una emoción tan profunda, que lo hace abandonar su reserva y referirse a su tarea amarga y desdenada de escritor; a las pocas alegrías que ha disfrutado en la vida; a su situación de pobreza y abandono. Pero, volviendo a su acostumbrada ecuanimidad, continúa pidiendo sencillez y humildad para estas reuniones literarias. Le molesta el lujo que puede lastimar a los escritores pobres y se duele de que entre los liberales se hagan ostentaciones de este carácter, cuando el país atraviesa por una etapa de miseria lamentable.

En la reseña de las veladas, hay una presentación de los participantes y una breve explicación de la obra leída, sin que falte la palabra oportuna de aliento y de interesada atención de parte del cronista. Sin embargo, cuando se refiere a Ramírez, se advierte en sus palabras el respeto y la admiración que crecieron con los años, si bien en alguna ocasión se lamenta de su excesiva y destructora virulencia. Manifiesta por “Fidel” una fraternal simpatía, y un reconocimiento entusiasta de su pródiga imaginación y su apasionado acento. Al joven Justo Sierra le augura un renombre que ha de honrar con su inspiración llena de vigorosa brillantez, la memoria de su ilustre padre.

La fama de cronista de Altamirano proviene sin duda de la serie que intituló "Crónica de la semana", la cual escribió en *El Renacimiento* a partir de diciembre de 1868 hasta diciembre de 1869.

No hablaremos aquí de la importancia que tuvo esta revista excepcional dirigida por Altamirano, ya que corresponde presentarla a otra persona que posee la completa información sobre el particular. Nos concretaremos solamente a recoger algunos de los momentos de la vida de México que el cronista fijó con ese estilo suyo de conversador ameno e informado que no concede la menor oportunidad a la vana frivolidad. Luchando siempre entre la austeridad y la ligereza, optó sabiamente por el justo medio: intransigente en lo que lesionara sus convicciones liberales y la dignidad personal, y alejado de cuanto ofendiera el buen gusto, hace los esfuerzos necesarios por entenderlo todo con justeza, aun violentando sus propias simpatías políticas.

Pero vayamos directamente a las "Crónicas..." Al lado de la revista bibliográfica que da cuenta al público de los libros recién publicados o en vísperas de aparecer en el mercado, de la información sobre el ingreso de un nuevo colaborador, de la reseña de los espectáculos del día, Altamirano se detiene en algunos personajes que en un momento dado acapararon la atención del público.

Vale la pena recordar el recibimiento que se le tributa a Melesio Morales, el joven músico que triunfó en Florencia con su ópera *Ildegonda*. Morales, con su timidez y su aspecto grave y serio, no parece un compositor distinguido. Sin embargo, la vivacidad de sus ojos negros revela tanto su inteligencia como la voluntad que no lo abandonó en tierras extrañas para sobreponerse a dificultades y pobreza. Después de cuatro años de ausencia, llega precedido de sus triunfos fuera de la patria, y el pueblo de México desborda su entusiasmo en el paradero de Buenavista. Personajes distinguidos y hombres del pueblo se confunden para aclamar al músico; la multitud está a punto de sofocar a otra persona a quien confunden con Morales, mientras éste se ve obligado a subir a un carruaje. Altamirano observa complacido el espontáneo homenaje que se rinde al genio, que por primera vez se ve elevado a la altura del poder y la fortuna. Sin embargo, aquel movimiento de la gente que pretende quitar las mulas del coche y arrastrarlo ellos mismos, subleva la dignidad del Maestro, quien al condolerse de tal actitud, se la explica como una degradante supervivencia de las costumbres usuales en tiempos de Santa Anna en un pueblo que no conoce aún la vergüenza de la abyección. Los acontecimientos le dan pie para reflexionar sobre el aprecio que este pueblo tiene por lo extranjero en perjuicio de lo nacional. "Desde que el Papa tuvo que declararnos hombres para ser considerados como tales —dice Altamirano—, no parece sino que de Europa deben soplarnos las opiniones, las creencias, el buen gusto, la simpatía o la antipatía." Entre las celebraciones que honraron a Morales se cuentan la de la Sociedad Filarmónica, en el salón de la Universidad, y el gran concierto ofre-

cido por esa misma sociedad en el Teatro Iturbide. En esta ocasión extraordinaria el público era diferente del habitual, que parece ser el único que se divierte. Estaban representados los prohombres de la política, los príncipes de la riqueza, las reinas de la hermosura, los publicistas y los hijos de la bohemia. La función no desilusionó a nadie y fue la apoteosis de Morales. Presidía "la Patria", representada por una señorita que sostenía en sus manos la bandera nacional. Discursos y coronas, aclamaciones y aplausos. Morales, comprendiendo que no podría expresar su agradecimiento de viva voz, hizo circular, impreso, un manifiesto de gratitud reboante de emoción y sinceridad. Desde este momento, no hay festejo importante en el que no aparezca la figura familiar de Morales haciendo las delicias de un auditorio devoto y admirado. Es difícil hallar una evocación más fiel, viva y equilibrada que la que en estos cuadros nos da Altamirano, de los momentos en que un artista como Morales trastorna la vida monótona de una capital que intenta olvidar y recuperarse de sus heridas.

Una población de 250 mil habitantes quiere divertirse. Desafortunadamente los espectáculos no abundan, y quienes pueden darse el lujo de asistir a los teatros son apenas unos dos mil. Otro millar se conforma con exhibiciones de tercera categoría, y el resto, que como se ve es la aplastante mayoría, debe esperar los festejos populares civiles o tradicionales para romper las tensiones de la diaria rutina. Esa minoría, que pudiera llamarse culta o con bienes de fortuna, compuesta de propietarios, comerciantes, empleados y artistas, no cuenta con teatro permanente, es cierto, pero a pesar de que las celebridades llegan a México por excepción, han tenido oportunidad de oír a la Sontag, a la Alba y a la Padilla; de haber visto a Valero, a Arjona, a Matilde Díez, es decir han tenido tiempo de normar su criterio y pulir su gusto. Por ello resulta inexplicable e inadmisibile que hasta el momento no protejan los buenos espectáculos y que, en cambio, admiren sin rubor las armonías de la zarzuela, las contorsiones del can can y las gracias de Pioquinta.

Fuera del gran actor José Valero, la genuina tragedia clásica no había sido presentada en los teatros de la capital, de ahí que la noticia de la llegada de Carolina Civili, la famosa trágica italo-española, consagrada por la crítica europea al lado de la Ristori como artista notable en el género, era el comentario obligado en aquellos primeros días de julio. El día 12 arriba a la capital mexicana, para presentarse el 15 en el Teatro Nacional.

En el salón del Hotel Iturbide el empresario obsequia una comida, servida por Omarini, para dar la bienvenida a la ilustre viajera. Literatos distinguidos como Mateos, Olavarria, Ortiz, Altamirano y Sierra, tienen a su cargo los brindis, inspirados, casi todos ellos, en la majestad y gallardía de la joven actriz. Cada actuación en los dramas *Sor Teresa*, *María Estuardo*, en tragedias o comedias fue un triunfo para la Civili. Talentosa, dueña de la escena, mantuvo por más tiem-

po que otros artistas el interés del público. A pesar de todo, la "legión perpetua" empieza a cansarse de la habilidad de la Civili para representar agonías y muertes que mal se avienen con su aspecto saludable y enérgico. Las críticas solapadas empiezan a hacer su efecto, mientras nuestro cronista de *El Renacimiento* se esfuerza por dar a entender a sus lectores el porqué de su actitud respetuosa ante la artista. A quienes lo atacan por esta razón, les responde que no es admirador apasionado de la Civili pero se envanece de ser apasionado admirador del arte dramático, y aunque no la considera a la altura de la Rachel o la Ristori, la prefiere a todas las zarzuelistas y cancaneras juntas, porque a pesar de su gordura y de su acento italiano, de su voz fuerte y molesta es más útil en el teatro que esos canarios infecundos y esas contorsionistas lascivas que sólo divierten y corrompen.

Y para descansar de las discusiones sobre el arte dramático y de comprobar que en ése como en todos los tiempos los devaneos del público son imprevisibles, y es posible que la Gómez, la cancanera, suplante en su preferencia a la Civili, y que la alegre Rigobolache y el maligno viejo Offenbach entusiasmen hasta el delirio a los antiguos devotos de Melpómene, nos dirigimos al Circo Chiarini. El famoso Adolfo Buislay, notable trapeceista, ejecuta el peligroso paso Léotard con la misma precisión y limpieza de su creador. Los espectadores, agotados por las fuertes emociones que los mantienen galvanizados por largos minutos, ríen de buena gana con las ocurrencias del payaso Rodríguez, favorito de la concurrencia.

¡Naturalmente que aquí tampoco falta un succulento número de cancan! Claro que el apogeo del Circo Chiarini viene cuando pasa a manos de los Bell, magníficos caballistas y mejores administradores. La señora Bell revolvió el gallinero, pues pollos, gallos y pericos la hicieron su favorita. Ahora, que si por el precio de una peseta con derecho a tomar chocolate, café, helado o licores queremos divertirnos un rato en las tandas del café cantante del Hotel Iturbide, hay la oportunidad de escuchar las canciones del gracioso actor francés M. Lepauvre y de admirar las "vistas disolventes" que exhibe Varguitas. Todo por el mismo precio y sin tener que quitarse el sombrero.

Pero hablando del culto gastronómico, es imprescindible asistir a las famosas comidas de Manuel Payno. Desde que vivía en la calle de Santa Clara en compañía de Domingo Revilla, *amateur* de la ciencia militar, Payno hacía las delicias de sus amigos. Vestido con delantal blanco y gorro bombacho, confeccionaba extraños platillos de su invención, que consumían entretenidos con el relato de aventuras divertidas e interminables, igualmente producto de su fecunda inventiva. Su afición de coleccionista acrecentó con los años, una envidiable dotación de libros raros, plantas exóticas, objetos de arte, animales disecados, cuadros, muebles, recuerdos de sus viajes, que subrayaban la fisonomía de la mansión de un hombre talentoso y de gusto refinado. Cada sábado el grupo se reunía en casa de Payno, y se seguía

un rito particular en las libaciones y en la presentación de las viandas. A la una se iniciaba el ritual. A diferencia de los banquetes de tono en los que predominaba el gusto francés, los manjares de la mesa de Payno eran de carácter mexicano, pero aderezados de manera original. Se bebía por la amistad y para premiar las intervenciones de los comensales, recordando a los griegos. No necesitamos decirlo, pero se supone que todos eran ingeniosos y que, por tanto, los premios se multiplicarían.

Echemos un vistazo a los alrededores de la ciudad. Como es el verano y hace calor, la gente busca los parques y las villas opulentas del pueblecito de Tacubaya. A la vez que frescura, se percibe el refinamiento por todas partes, calles y mesas: carruajes elegantes, criados de librea, trufas, ostras, hígados de ganso, vino del Rhin, Champagne y ron de Jamaica. Intrincados asuntos mercantiles y políticos se ventilan en estas mesas, en esos parques, en aquellos carruajes. ¡Hay varias maneras de veranear, y los aristócratas lo hacen con circunspección y tésura!

Cerca de Tacubaya está uno de los sitios más hermosos y poéticos de la ciudad: Chapultepec. Al pie del antiguo bosque se hallan las famosas albercas frecuentadas por extranjeros y por algunos jóvenes mexicanos que gustan de la natación. Albercas magníficas, ya acreditadas por el sentido emprendedor de don Sebastián Pane, quien logró, años atrás, que la gente aceptara sus discursos sobre los beneficios de los baños de agua fría y desechara la idea de que eran patrimonio exclusivo de los caballos. ¡Ahora hasta pueden ser un buen lugar para una repartición de premios escolares!

Con espíritu de aventura, es posible, desde aquí, abordar el ferrocarril para Tlalpan, que sale cada cuarto de hora, a riesgo de quedarse a medio camino o de romperse un hueso a causa de los constantes descarrilamientos. Es posible también, y con menos peligro, tomar un tren de mulitas y dirigirse al Tivoli de San Cosme, situado en un barrio lleno de huertas que, desgraciadamente, día a día va perdiendo su aspecto campestre. Es éste un amplio parque con frondosos árboles, calles enarenadas, flores, estatuas, quioscos y, colgando de los árboles más grandes, está el cenador llamado Cabaña de Robinson, saloncito capaz de contener unas veinte personas. La comida es subida por medio de una cuerda y una carretilla. Varios cenadores de diferentes dimensiones se distribuyen en el parque; el servicio es magnífico y la frescura y la belleza del sitio pueden hacer de un almuerzo en este lugar, una fecha inolvidable. “¡Dulce asilo de los corazones enamorados!”, dice nuestro cronista.

Un observador que quiere ser fiel comentarista de su realidad, no puede pasar por alto las lacras que aquejan la vida de la ciudad. Tendremos que hacer una triste excursión al S. E. de la capital, donde empieza el cinturón de miseria que la rodea y la estrangula. La Candelaria de los Patos, la Plazuela de la Alamedita, los Baños de Coco-

nepa. Al atravesar el puente de la Soledad de Santa Cruz aparece un laberinto de callejuelas sucias, flanqueadas por grandes casas de vecindad, antiguas y destartalladas. En estrechas y oscuras viviendas se hacían familias enteras. Basureros e inmundicias de todo género rodean estas casuchas. Los harapientos habitantes se alimentan de desperdicios y de quelites. Niños abandonados y enfermos, hombres y mujeres en derrota, se consumen en la miseria y el abandono de una sociedad que los ha olvidado. Ni la autoridad del Municipio, ni la dama generosa, ni los sacerdotes, ni los médicos, ni los maestros se interesan por ellos. ¿En qué piensan las sociedades caritativas? Los pobres no son solamente los del centro de la ciudad, y la caridad, como Dios, debe estar en todas partes. ¿No sería más satisfactorio para un joven médico, como esos de la Sociedad Pedro Escobedo, darse un paseo de una hora diaria por estos barrios miserables, en lugar de preocuparse por una curación ruidosa de alguna vieja opulenta? Y la Sociedad Católica ¿no podría destinar una parte de sus fondos al alivio de estos infelices e ignorantes? Sí, es magnífico que el Ayuntamiento quiera plantar árboles y hacer jardines en la Avenida de los Hombres Ilustres para embellecer la ciudad, pero debería plantar otros árboles del lado oriente para purificar la atmósfera y evitar esa ola de fiebres que azota de cuando en cuando hasta los barrios elegantes.

Y como de la miseria y la enfermedad a la muerte no hay más que un paso, y el otoño trae reflexiones tristes, hacemos una visita a los panteones con la información completa sobre el momento y la razón por la cual se instituyó la fiesta de Todos los Santos el primero de noviembre. Así, del recuerdo del monumental Pantheon de Roma, pasamos al Cementerio de Santa Paula, que es el del pueblo mexicano que, como es natural, es el espejo de la pobreza, el abandono y la ignorancia. El de San Fernando, en cambio, es el elegante y de moda. Está incrustado en un barrio populoso, con la podredumbre propiamente a los cuatro vientos. Ahí se hallan sepultados los personajes distinguidos de la política: Comonfort, Miguel Lerdo de Tejada, Ocampo, Santos Degollado, Miramón y Mejía. En estos mármoles está escrita la historia del México de los últimos años. Algunos monumentos no se escapan de la cursilería de ciertas inscripciones: Tu "fiel" esposa. "Modelo" de amigos. "Generoso" padre, etcétera, que mucho dicen sobre la ingenuidad de los deudos. En el cementerio francés de la Piedad, amplio y lleno de árboles, se puede pensar con alegría en la reproducción de la materia y en la inmortalidad del alma. El triste pensamiento de morir en tierra extraña, pasa de pronto como una premonición y se queda aleteando largo rato.

Con mayor tiempo nos detendríamos en el del Campo Florido, que es un verdadero potrero; en el de los Ángeles; o en el de San Cosme, para los protestantes, severo y grave como el dolor verdadero. Pero, en efecto, la fiesta de los muertos es más bien la fiesta de los vivos: un motivo de lucimiento y distracción. Se engalanan los sepulcros con

coronas, retratos, flores, cirios y, a las seis de la tarde, viene la operación repugnante del despojo. Ni un recuerdo, ni un sentimiento de tristeza, sólo risas, juegos y blasfemias.

Un gran acontecimiento ha trastornado la vida de la ciudad de México. Con motivo de las fiestas patrias se inaugura el ferrocarril México-Puebla y se celebra el centenario de Humboldt. El día 14, la Sociedad de Geografía y Estadística tuvo una sesión solemne a la que asistieron las sociedades científicas y el Encargado de Negocios de la Confederación Alemana para honrar la memoria de Humboldt. Entre otras intervenciones se recuerdan la de Gabino Barreda, la de Santiago Sierra y la magistral de Ignacio Ramírez. En la noche del 15, la solemne función del Teatro Nacional terminó como siempre: los apretones de la muchedumbre, las aclamaciones de rigor y un aguacero terrible. Al día siguiente, el acontecimiento principal tenía lugar en la Estación de Buenavista. Más de seiscientos carruajes, las tropas uniformadas, música militar, los dos mil convidados que se acomodan en los vagones del ferrocarril, el Presidente Juárez y los funcionarios del gobierno que toman su sitio; adornos tricolores y una multitud de curiosos que se alegra con la alegría de los demás. Adelante, la locomotora-correo para prevenir cualquier peligro en la vía férrea. El recibimiento en Puebla fue emocionante. ¡Las solemnidades del Progreso y la Industria conmovieron profundamente a los presentes! Después de los discursos de bienvenida, la hospitalidad episcopal resolvió el problema del albergue. Vino después el baile en el teatro de Guerrero. Los pollos y pollas estaban listos para exhibir las galas obtenidas en "La Sorpresa" y en "La Primavera"; las joyas de la casa Baulot; los modelos de Coralia, Celina y Mme. Goupil; los perfumes de Rimmel y de Atkinson de la casa Mairesse. Melesio Morales dirige la orquesta, y estrena su composición "La locomotora". Aunque todo parece magnífico, se siente la ausencia de las jóvenes poblanas. ¿Tendrá esto que ver con su antipatía por los liberales? Tanto el buffet del baile como el del banquete del día siguiente fueron servidos por Fulcheri, y los discursos estuvieron a cargo del Presidente Juárez, de Lerdo, Iglesias, Balcárcel, Nelson, Escandón, Martínez de la Torre y Romero Vargas, el gobernador, que por cierto fue poco afortunado. Hubo tiempo para recorrer la ciudad y asistir a la ópera en el Teatro Principal y, finalmente, al baile que el 21 ofrecía el gobernador. Ahí sí, casi la totalidad de las señoras era de Puebla. Asistieron el Presidente y sus ministros, el general Escobedo, y la flor y nata del jacobinismo que quería, a toda costa, conocer a las poblanas. ¡Ni qué decir que los ogros del partido liberal regresaron encantados!

Desgraciadamente ya no tendremos tiempo para presenciar una repartición de premios, la inauguración de escuelas y la distribución de los desayunos escolares que en otro tiempo discurrió el filantrópico Vidal Alcocer. Tampoco nos acercaremos al hombre de moda en las últimas semanas del año 69, Mr. Seward, el estadista norteamericano

que en los años adversos trató con distinción a la familia del Presidente Juárez, y que profesó como dogma la doctrina de James Monroe. ¡Las perspectivas cambian, los tiempos también!

Pero lo que debe permanecer inalterable es nuestra fe en hombres que, como Altamirano, nuestro cronista de esta noche, se despojó de su solemnidad de Maestro, de prócer, de hombre ilustre, para entregarnos, actuales aún y palpitantes de fresca vitalidad, estas estampas de un México en el que creyó profundamente y por el que trabajó para que fuera, para nosotros, más grande, más libre, más digno.

LA POESÍA EN LA ÉPOCA

Andrés Henestrosa

Señoras y señores:

Vamos a desarrollar esta noche la segunda de las dos conferencias a que nos comprometimos en un momento de inconsciencia, vamos a procurar ser breves y referirnos sólo a las partes más esenciales del tema para poder leerles algunos poemas de los grandes poetas románticos del siglo pasado, que no están en sus libros. Quizá esto sea lo novedoso de la noche y sea suficiente para que ustedes disculpen lo precipitado de las notas que voy a leer.

Medio siglo de trastornos sociales y políticos, de discordias civiles, aquéllas de que habló Sánchez de Tagle cuando dijo "Oda a la Luna en tiempos de discordias civiles". Medio siglo de esos trastornos, digo, habían creado en México una sociedad perfectamente definida y caracterizada. De un lado los continuadores de los hombres que hicieron la independencia nacional, herederos de su ideario; del otro, los pósteros del régimen de la colonia, los herederos de su credo. Esto no podía sino reflejarse en todos los órdenes de la vida, en el campo de las letras desde luego y aquí fue donde se pusieron frente a frente las dos tendencias: la revolucionaria y la conservadora; ésta estaba con el pasado, aquélla con el porvenir. El primer compás lo ganaron los conservadores, el imperio de Iturbide; el otro, los revolucionarios, el triunfo de los principios democráticos. Otra vez la reacción triunfante, la larga dictadura de Santa Anna, complicada con la pérdida de medio territorio. Luego, alternando derrotas y triunfos, la fuerza de la Revolución dicta la Constitución y las leyes de Reforma, sobreviene la guerra de tres años, la intervención francesa y el imperio de Maximiliano. Y ahora, hace un siglo, la República triunfante de Benito Juárez. Durante esta lucha fueron creándose dos maneras de vida, dos estilos de expresión. Los guardianes de las tradiciones, sus depositarios, gozaban de los medios que podían permitirles una preparación intelectual, por razones históricas representaban y continuaban las tendencias clásicas

de las que se habían perdido para combatir la Independencia, con las excepciones de rigor. Los otros, los defensores del ideal democrático republicano y popular, se habían creado en la lucha diaria, carecían de universidades, aprendían mientras actuaban; algunos de ellos, es verdad, pasaron de las filas conservadoras a las de la Revolución, como diría Jorge Isaacs. Cuando en el congreso de Colombia le echaron en cara pertenecer al bando conservador y estar en la Cámara representando a los revolucionarios, dijo: "Es que pasé de la sombra a la luz"; así quiero imaginarme a José María Luis Mora, en su tránsito de la sombra a la luz, era hombre de estudios con formación académica, pero abrazó la causa de la Revolución que es como decir la causa de México. La historia de aquellos tiempos basada en los mismos testimonios, es distinta en cada autor, en Alamán, en Zavala, en Bustamante, en Mier, según la clase social a la que pertenecían. En la literatura ocurrió otro tanto que en la historia, se forzaron dos tendencias, dos maneras de expresión. Los herederos de la Colonia prolongaron el gusto y las imitaciones del clasicismo español, la gramática española, en el siglo XIX imitaban a los escritores del siglo de oro, cultivaban la corrección, el apego a las leyes gramaticales que además sabían. En cambio los insurgentes eran más libres en la expresión, más espontáneos, más sinceros, lo que favorecía naturalmente su carencia de escuela; también aquí en el campo de las letras sería dado el grito de Dolores, se había atrevido a la desobediencia, a la insurrección, a la emancipación. El romanticismo daba sus primeras manifestaciones de vida, naturalmente de manera espontánea. Bien es verdad que México se prestaba entonces al desarrollo de ese modo hiperestesiado de sentir y de esa libertad de expresarse. En España misma habíase apoderado de la poesía lírica y de la dramática y desde Larra y Saavedra y hasta Espronceda y Zorrilla, mostraba ya un cambio radical que bruscamente la apartaba del artificio neoclásico y de las odas moratianas y de la altisonante, de la desproporcionada sonoridad de Quintana y Cienfuegos. El romanticismo, dice Urbina, era una rebeldía contra todo eso, era una reacción y nos halló preparados para recibirlo. Agrega: "El medio de agitación y de conmoción incessantes, nuestras costumbres caballerescas y legendarias, el amor de reja y serenata, de retablo nocturno y desafío, la vida popular de hampa y truhanería, la profunda división en las ideas que engendraban delirantes afectos y frenéticos odios, la inquietud espiritual, la ancestral inclinación al sentimentalismo y al ensueño, los contrastes y antítesis de una existencia en la que iban revueltos místicos que leían a Santa Teresa y ateos que estudiaban a los enciclopedistas, los muros claustrales que encerraban plegarias y los cuarteles de donde salían los ruidos bélicos, las conspiraciones de los conventos, las citas secretas de los masones, la bendición de los puñales, los juramentos bajo la luna, las apasionadas historias con su escala de Romeo y su túmulo de Julieta, las mismas ciudades coloniales con sus largas tapias de jardín, sus calles solitarias,

sus noches luminosas y silenciosas, hasta la misma naturaleza plástica, las lejanías diáfanas, las montañas de azul cobalto, las llanuras de sendas grises y manchas de verde esmaltado, todo, la sociedad, el alma, el cielo y el suelo eran a propósito para recibir y difundir la nueva manifestación literaria del romanticismo." Nuestro ambiente, el ambiente de esta parte de América era, es, incuestionablemente romántico, de modo es que poseíamos los elementos físicos, la expresión nos vino de fuera, la emoción la teníamos ya. Era nuestra, desde hacía muchos años.

Jorge Cuesta, por este tenor y dadas otras características mexicanas, la pereza, la improvisación, la facilidad con que melancolizamos las emociones, llegó a decir que si el romanticismo no nos hubiera venido de fuera, lo habríamos inventado aquí, y caso curioso que yo quiero resumir aquí, el colombiano poeta Rafael Maya ha dicho lo mismo, casi con las mismas palabras, en relación con el romanticismo en Colombia, éstas son sus palabras: "Es que el romanticismo no vino a descubrir aquí nada, pues éramos románticos aun antes de que esta palabra entrase a formar parte del vocabulario literario, y lo sensible, por la permanente elección de la naturaleza tropical tan llena de contrastes y tan apta para despertar gracias a las soledades ilimites y a las alturas inaccesibles la emoción de lo eterno. Por el sedimento indígena depositado en nuestras almas, con su nativa tristeza, su fanatismo resignado y sus ancestrales resentimientos de raza destronada por la profunda religiosidad de nuestras sociedades, lo que constituye un abono excelente para que prospere la semilla romántica, y en fin por otras muchas causas que sería inoperante enumerar aquí." Las palabras están dichas para Colombia, pero nos convienen también a México. Románticos eran los poetas mexicanos de hace un siglo, todo estaba dispuesto para que lo fueran, la lucha por la libertad, en primer lugar, un romanticismo con los pies sobre la realidad, pero romanticismo al fin, un romanticismo que armonizó el ideal con la realidad, o en otras palabras, nuestros poetas eran en las letras románticos, en la obra, realistas. La nómina de los poetas de hace cien años es larga y comprende a dos tendencias, conservadora y revolucionaria, de la que hemos hablado; veamos nada más a los que defendieron a la república, con las armas y con las letras, nunca como entonces hermanas. El primer poema romántico es un soneto de Pantaleón Tovar, poeta y soldado, no se encuentra en las antologías, al parecer, últimamente descubierto, pero puede verse publicado por primera vez en una de los Mantillas, aquel que preparó José Martí en Nueva York, a fines del siglo pasado. Él había vivido en México en el año de 1875 y lo supo de memoria y cuando preparó el número de Mantilla que firmó Mantilla lo recordó y reprodujo. Dice el soneto:

Apenas niña, ¿y el intenso duelo
te llena el corazón de sinsabores;
y mil gotas de llanto, los fulgores

de tus ojos enturbian con un velo?
 ¡Quien te hace padecer insulta al cielo!...
 ¿Por qué lloras? ¿Qué anhelas?... ¿Quieres flores?...
 Pues yo te las daré; pero ¡no llores!
 No llores, alma mía; y si en el suelo
 no hallas quien bese la nevada seda
 de esa tu frente que al amor convida;
 si no hay en él quien abrazarte pueda,
 ven a mi seno; y beberé, mi vida,
 esa lágrima tierna que se queda
 de tus húmedos párpados prendida.

Y a partir de aquí, lo dicho anteriormente, deseo leerles con los comentarios indispensables algunos poemas no coleccionados de Ignacio Ramírez, de Riva Palacio, de Altamirano, de Prieto, de Sierra. Y si nos alcanza el huelgo, de algunos más.

El primero es un soneto que dedicó El Nigromante a Elena Padilla, una mujer de singular belleza, de raro talento, gran artista, se dice que tocaba el piano a la perfección, no da el apellido, pero dice *Elena*, se encontró en un álbum:

A ELENA*

Basta! No más! Si criminal mentira
 brotó mi labio, que de leal blasona,
 mi absolución magnífica pregona
 la gracia celestial que en ti respira.

No a sincerarme avergonzada aspira
 la demencia de amor que me aprisiona;
 a tu hechizo fatal, ¿qué no abandona
 cuanto de austero la moral inspira?

Ten de mí compasión, Elena; advierte
 que mi amor manantial de eterno lloro
 por expiación me legará la suerte.

Yo, en cambio, sólo tu perdón imploro;
 ¡y feliz si en las ansias de la muerte
 aún puedo repetirte que te adoro!

Noviembre 2 de 1871.

[*El Domingo*, 2ª época, núm. 1, México, Domingo 1º de octubre de 1871]

Recuerdo algunos de los poemas de las preocupaciones amorosas de El Nigromante viejo, cuando hace aquel soneto a Rosario y pide al amor que le devuelva la juventud y luego él mismo a sus rivales acaudille. Éste es un soneto dedicado a Josefina Pérez, una poetisa de Jalapa a quien ya nadie recuerda, pero que en su tiempo tuvo fama de gran poetisa:

* Entre las poesías atribuibles a Ignacio Ramírez se encuentra este soneto, calzado con los tres asteriscos que alguna vez usó. El tema, la factura, su dejo de resignación, autoriza que se atribuya a su estro.

A JOSEFINA PÉREZ*

Pálidas se desmayan las estrellas;
 cambian ardientes besos las palomas;
 tiembla la flor, del céfiro en los brazos;
 triunfa el deleite.

Bella, la Safo de Jalapa hermosa,
 pulsa, en el bosque, la dorada lira.
 Vuela, en su voz, el alma que te busca,
 joven dichoso!

Devora con los ojos el espacio;
 las ondas de su pecho se levantan;
 y ebria, en la copa del amor, desea
 mezclar dos vidas.

¡Tarda el infiel! Si juventud quisiera
 devolverme sus alas y corona,
 hoy, a tus pies, cayera delirando,
 ¡Oh, Josefina!

Y que denuncien, a la envidia y celos,
 en dulce resonancia, nuestras liras,
 abandonadas por el césped blando,
 largos suspiros.

Ignacio Ramírez

Está publicado en el 73 en la revista *El Domingo*. De este soneto ha sido negada a Ramírez su paternidad. Ramírez, como ustedes saben, era ateo; su aparición en la Academia de Letrán fue como un soplo de huracán que produjo un verdadero espanto, cuando hizo su afirmación la concurrencia lo abandonó, excepto dos o tres que se quedaron a escucharlo, pero el soneto es de él y no olvidemos que Altamirano, otro liberal rojo, es autor de las mejores tradiciones guadalupanas de México, sin que por eso se contaminara su liberalismo rojo con las ideas religiosas. Ellos podían decir como dijo don Justo Sierra, "dondequiera que el pueblo pone los labios, por amor o por piedad, yo pongo los míos"; hay una manera de ser ateo por razones políticas y así eran los ateos de la Reforma, y otra manera de ser ateo es por incredulidad, como en el caso de Ramírez, y recuerdo lo que el español le dijo a su hijo: "Mira, hijo, yo soy ateo, pero de que Dios existe no te quepa la menor duda." Dice el soneto de Ramírez:

Conteniendo el incendio y la matanza
 que a los aztecas míseros devora,
 te apareciste, celestial señora,
 como un iris de paz y de esperanza;
 y cuando Hidalgo a combatir se lanza,
 te ha contemplado el pueblo que te adora
 brillando en su bandera vencedora,
 y bajo tu sonrisa el triunfo alcanza.

Hoy en la patria se oscurece el día
 y sus hogares el furor enciende...
 ¡Hoy por tercera vez sé nuestro faro!

* *El Eco de Ambos Mundos*, México, 1873.

Hoy la demencia, sanguinaria, impía,
en tus altares mismos nos ofende...
¡Hoy por tercera vez sé nuestro amparo!

En un libro que para en mi poder, de Lista, el poeta y crítico español Alberto Lista, se encuentra manuscrito, dedicado a Riva Palacio, el siguiente soneto que yo, mientras no descubra lo contrario, pienso que es del numen del general:

No hay en el prado flor, onda en el río,
tronco en la selva, ni en el prado viento,
a quien en triste y lamentable acento
no llorase mi amante desvarío.
Mas cuando a la que causa el dolor mío
pretendo declarar el mal que siento,
falta la voz, y el perturbado aliento
vuelve al pecho, cuajado en hielo frío.
¡Dura pena de amor! Siento la herida
de su flecha cruel, y hablar no es dado
a quien sanar pudiera su veneno.
¡Ah! ¿Cómo hablar podré, si enardecida
el alma, cuando mira el rostro amado,
dejando el corazón vuela a su seno?

¿Vicente Riva Palacio?

Luego hay un romance dedicado al Chinaco (?), evidentemente suyo, que vamos a saltar. Y un poema de Sierra, dedicado a la misma Josefina Pérez:

Las puras notas de tu lira de oro
Vienen del corazón;
De la eterna borrasca de mi alma
Es hija mi canción;
Si así no fuera, niña, que soñando
En tu santo ideal
Reposas en un nido que recaman
Las perlas de la niebla tropical,
Si así no fuera... te diría... silencio;
Nada te diría yo.
Mujer... poeta... ¡Pobre Josefina,
Condenada al dolor!
¡Ah!, pobre soñadora; yo a mis solas,
Yo rezaré por ti.
¿No sabes que la vida del poeta
Es un Gethsemani?
¡Ay!, en vez de mandarte de mi lira
Un sonoro cantar,
Yo te enviara mis lágrimas amargas
Si pudiera llorar.

Justo Sierra

[*La Nota Cultural*. 24 de julio de 1963].

Aquí puede haber una lejana reminiscencia de aquel poema de Ramón López Velarde que dice: "Hermana, hazme llorar."

En un álbum de la señora Adelaida Vargas de Ferreira, abuela del conocido abogado Alfonso Romandía Ferreira, aparecieron unos poemas de Prieto, de Ramírez y de Riva Palacio. Dice el de Ramírez:

A ADELAIDA

¿Tornas a ver el mar, tu mar querido,
que a la luz de celestes arreboles,
en medio de pintados caracoles,
dulcemente meció tu blando nido?

Pronto este Valle dejarás, en donde
Popocatépetl y su blanca esposa,
hoy, con su hielo, asustan a la rosa
y a la avecilla que su canto esconde.

Volarás con los tuyos en parvada
atravesando bosques espaciosos,
potentes ríos, pueblos bulliciosos,
orgullo de la costa perfumada.

Y, del naciente sol a los reflejos,
tu inquieta nave en medio de otras naves,
bajo las alas de marinas aves,
tu hermosa Mazatlán flota a lo lejos.

Las dulces prendas que tu amor anhela
ya te reciben con afecto ardiente...
feliz quien deja la amistad doliente,
si en brazos más queridos se consuela.

Gózate largamente en tu regreso,
y, ya tus bellos ojos un celaje
vele con gallardo cortinaje,
ya te halague la brisa con un beso;
o ya pidas su sombra a la robusta
palma, donde el columpio te recrea
si en su pérfido seno balancea
a tu niña, que ríe y que se austa;
o el manto brillador huellas de una ola,
siempre a tu lado plácido sonríe
el compañero fiel de tu alegría:
nunca te encuentre, Adelaida, sola.

Ignacio Ramírez

El de Riva Palacio dice así:

Como un rayo de luz en un santuario,
como una flor que cándida atesora
la perla del rocío en su nectario,
así te vi, señora.

Rayo puro de luz, la esposa amante,
la joven madre, rosa perfumada
que atesora el cariño delirante
de la hija idolatrada.

¡Rayo de luz y perfumada rosa!
¡Bella y gentil señora!, que algún día
tus lindos ojos, fije cariñosa
esta memoria mía.

Vicente Riva Palacio
Enero de 1875

Hubo una poetisa que nació el año de 1833 y murió en el 58 muy joven, es posible que haya muerto suicida porque morir de amor es más frecuente de lo que se cree. Dolores Guerrero, herida en el alma, rindió su cuerpo a la tumba como las heroínas de tanta historia romántica, y llamando con dulce voz al ingrato motivo de sus tormentos, se despide de México para volver a su dulce Durango, y se despidió de la vida con un nocturno que luego va a encontrar un eco en el famosísimo de Manuel Acuña. ¿Cómo murió Dolores Guerrero? ¿Se suicidó como el bardo de Coahuila? Es cosa que no dicen las escasas noticias que se tienen de ella, las cuales se reducen a informarnos, como ya dije, que nació en el 33 y murió en el 58. De dos de sus poemas traslado una estancia, la última de cada uno; es una especie de presagio de la *Anatomía superficial* de Griselda Álvarez, un canto a los sentidos, aunque no tenga constante como *leit motiv* el cuerpo humano; pero se dirige al ser amado de una manera insólita en su tiempo. Dice la última estancia del primer poema:

A ti, joven de negra cabellera,
de tez morena y espaciosa frente,
de grandes ojos y mirada ardiente,
de labios encendidos de rubí;
de nobles formas y cabeza altiva,
de graciosa sonrisa y dulce aliento,
de blancos dientes, perfumado aliento,
a ti te amo no más; no más a ti!

Y al final del otro que es el nocturno con que se despide de México:

Mas, ¡ay!, por qué llorosa
dejo, y con pena mísera,
la ciudad que burlara
mi pobre corazón?
¿Por qué?... calle mi labio;
su nombre le quemara, le quemara...
Adiós, suelo del alma,
ingrato suelo, adiós!

Es evidente un antecedente del famoso Nocturno de Acuña. El siguiente poema no está inédito, se encuentra en el volumen que publicó Salvador Reyes Nevares y es la versión errónea o primera que apareció en la *Revista Azul*, ésta se halla en una revista muy escasa en nuestros días y yo la presento como la versión definitiva; se aparta de tal modo del que se conoce, del que han reunido las antologías o las obras de Altamirano, que puedo darla como inédita y como distinta; se llama *El año nuevo*:

¡Un año más! Con risa o con gemido,
el puerto apenas peregrino alcanza
fatigado el mortal, cuando se lanza
de nuevo al porvenir desconocido.

Quien lamenta en su viaje el bien perdido,
 quien vislumbra un tesoro en lontananza,
 mira el joven la dicha y la esperanza,
 el viejo ve la tumba y el olvido.

Nauta es el hombre, el año mar oscuro
 donde tal vez Fatalidad traidora
 la sirte oculta del dolor futuro.

Naufragio horrible o playa salvadora
 nos aguarden, el piélago inseguro
 hienda la nave con altiva prora.

José Zorrilla fue uno de los introductores del romanticismo; él dice que fue Saavedra, el Duque de Rivas con su obra *El moro expósito*, pero Zorrilla se encuentra entre los introductores del romanticismo en América y en este caso en México. No es mexicano, pero yo he encontrado un pequeño madrigal suyo dedicado a Carlota la emperatriz de México. Él dijo en una parte que no la quería, que no le era simpática, pero se conoce que a trasmano le mandaba poemas y una señora de las llamadas damas de honor, aquellas pobrecitas que se equivocaban con los tenedores y las herramientas y lucían collares que sus amigos robaban a otras amigas, le llevó un recado a Zorrilla agradeciéndole el envío a la emperatriz; dijo que los versos eran de oro, y entonces Zorrilla, con aquella funesta facilidad con que escribía, hizo sobre la marcha este pequeño madrigal:

En mi tierra, que es tierra de gentileza,
 ser galán con las damas, prueba nobleza;
 lo galán perdonadme: Sois vos, señora,
 como el Sol que donde entra, todo lo dora.
 Mi poesía
 es de oro por ser vuestra,
 no por ser mía...

Podrán ustedes decirme que los poemas leídos no son siempre modelos y dechados; pudiera ser, pero son nuestros; y como dijo Martí: nuestro vino de plátano, y si amarga no importa, es nuestro vino.

LA REVISTA LITERARIA "EL RENACIMIENTO" (1869)

Huberto Batis

En la celebración actual del centenario de la restauración de la República liberal, justo es recordar la labor de los intelectuales y literatos que dejaron al punto la espada trocada por la pluma cuando lo consideraron su deber, perdiendo la vida varios de ellos, y volvieron al magisterio de las aulas y de la letra impresa, a la participación política cuando el país se los demandó. Con profusión y entusiasmo que se ha visto en muy pocos momentos de nuestra historia, fueron produciéndose desde los primeros momentos de paz obras valiosas en las artes y las ciencias, las cuales se apresuró a recoger la gran visión del maestro Ignacio Manuel Altamirano para formar con ellas, piedra a piedra, el "monumento" —como supo llamarlo— de su revista semanaria *El Renacimiento*, en la que hoy, conforme a su intención, podemos examinar el sorprendente florecimiento cultural del tiempo.

Con la vuelta del presidente Juárez a la ciudad de México, el liberalismo ilustrado fue reuniéndose bajo el influjo de sus cabezas: Ignacio Ramírez, "El Nigromante", que había sufrido martirios sin cuento a manos de los imperialistas; Francisco Zarco, que regresaba enfermo de Nueva York, en donde había representado al gobierno; el eterno Guillermo Prieto, testigo de casi todo el siglo XIX, que dejaba su refugio en la frontera norte; el general Vicente Riva Palacio, que olvidó el sitio de Querétaro en cuanto cayó Maximiliano para volver a sus novelones; y Altamirano, su soldado, héroe del Cimatario, el de mayor aura de prestigio con los jóvenes escritores, puente entre la vieja y la novísima generación formada, entre otros, por Justo Sierra, estudiante entonces de Preparatoria; Manuel Acuña, recién llegado de Torreón a la Escuela de Medicina; Luis Gonzaga Ortiz y Manuel M. Flores, poetas un tanto licenciosos, asiduos perseguidores de pollas de sociedad y coristas cancaneras; Agustín F. Cuenca, que abandonaba los estudios para vivir como gacetillero, y el todavía niño Juan de Dios Peza, que se iniciaba, "de la mano de una persona mayor", en las redacciones de los diarios y en las reuniones de la bohemia literaria.

Durante todo el año 1867 vivieron ellos la efervescencia política que despertó la convocatoria hecha por Juárez para la elección presidencial; el periodo para el que había sido electo don Benito había terminado desde Paso del Norte, poco antes del comienzo de la reconquista, y se hacía necesario el voto que lo reeligiera, en contra de la opinión de muchos, de un González Ortega por ejemplo, o que lo sustituyera con Sebastián Lerdo de Tejada, el candidato del ministerio, o con el general Porfirio Díaz, que había tomado sin sangre la ciudad de México y que contaba con la simpatía general de los conservadores amnistiados y de los extranjeros residentes, y principalmente con el apoyo de los liberales opositores, ganados por el ideario de su radical partido progresista, que manejaba Justo Benítez desde la convención del Circo Chiarini. Riva Palacio había tomado a su cargo el periódico político de oposición popular, *La Orquesta*, famoso por las caricaturas de Crescencio Carrillo. Altamirano, Ramírez y Prieto fundaron un periódico sostenido por el general Díaz, *El Correo de México*, apasionado y acre censor del gobierno. Zarco, desde *El Siglo XIX*, pretendió mediar entre las facciones, advirtiendo del peligro en que ponía al país la división liberal. Las cosas no pasaron a mayores y la historia dio la reelección a Juárez, negó las diputaciones que los radicales pretendían y les dio en cambio lo que Altamirano, un tanto despechado, llamó “las dichasas Fiscalías” de la Suprema Corte de Justicia. Díaz se retiró a Oaxaca en espera de una mejor coyuntura, y todos se entregaron a la restauración de la República “sin rencores con el pasado y sin temores por el porvenir”, como bien supo decirlo el moribundo Zarco.

A nuestra distancia, aquella polémica radical a favor de Díaz parece extemporánea, ansiosa e ingrata con el juarismo. Justo Sierra, desde el porfiriato, pudo ver el apego de Juárez al poder si no necesario al menos conveniente, porque su figura personificaba el ideal liberal. Desde nuestro tiempo, Daniel Cosío Villegas ha explicado convincentemente que la Reforma necesitó la reelección de Juárez y sobre todo la de su gabinete para defender “constitucionalmente” al país de inminentes peligros mortales, como una nueva intervención europea (no hay que olvidar que Napoleón III veía con buenos ojos el trueque de Juárez por Díaz) o incluso nuevas anexiones de territorio mexicano al de Norteamérica, recién salida de su guerra de Secesión (el presidente general Ulyses Grant no ocultaba su voracidad, victoriosamente refrenada por Juárez poco después en la visita que nos hizo el ex secretario de Estado William H. Seward, famoso por su compra de Alaska y otros territorios). Leopoldo Zea concede a Juárez una aguda visión realista en contra de la idealista de los radicales, que “soñaban” con la aplicación rigurosa del liberalismo europeo a México. Y Jesús Reyes Heróles coincide en bendecir el “freno” que Juárez sabría imponer al liberalismo de importación. Sea como sea, el clima de libertad que permitió la mayor división que el país ha visto en su izquierda favo-

reció el equilibrio entre gobierno y oposición sin necesidad de las luchas de "boxeo de sombra" —como llama Cosío Villegas a la ficticia división de partidos que luego hemos venido sufriendo. La muerte del presidente Juárez no permitió la evolución perfecta de su política hasta el liberalismo social, que sólo tendría su oportunidad con la Revolución que derrocó la dictadura de Díaz, entonces imprevista, el año de 1917.

Y basta de política, necesaria por otra parte para enmarcar correctamente un momento cultural dado en la historia de todo país.

Como antecedente de *El Renacimiento* y de lo que su existencia significó, debo mencionar a José Tomás de Cuéllar, "Facundo", una de esas raras aves que vivieron en el limbo de la literatura en medio de las discordias políticas liberales e incluso, lo que no habría que imputarle por el horror que tomó a la guerra siendo cadete prisionero de la intervención norteamericana, en medio de República e Imperio. Cuéllar se mantuvo en México intentando hacer teatro combativo, casi inocente, doméstico (en la cochera de su casa), que el gobierno imperial le prohibió, y no por influjo de José Zorrilla, maestro de cámara de Maximiliano, que acudió a alguna de sus representaciones. En cuanto volvieron los liberales, montó Cuéllar su *Natural y figura*, pieza en que ridiculizaba el afrancesamiento de los capitalinos. A la función que organizó la Sociedad Gregoriana, compuesta por ex alumnos de la escuela de indígenas, en homenaje a Juárez, concurrió el pleno del liberalismo. Triunfante, Cuéllar se propuso capitanear un movimiento cultural que resucitara las asociaciones de intelectuales que habían prosperado antes del Imperio. En el periódico de Altamirano convocó sin éxito a los escritores y grabadores para que le ayudaran a promover un periódico, órgano de su Liceo Mexicano, con el que se proponía restituir el prestigio del Liceo Hidalgo recordado por todos. Poco después, aguijoneado por el hambre y por el menosprecio en que cayeron sus llamados, probablemente por su falta de prestigio o porque escogió prematuramente el momento, "Facundo" emigraba a San Luis, por consejo del mismo Altamirano, en donde dos años después fundaría *La Ilustración Potosina*, a imitación de *El Renacimiento*. Altamirano se dolió de aquella éjira, que presagiaba la temida suya propia, pues falto de medios con qué subsistir y con qué continuar su periódico, desamparado por Díaz en cuanto pasó la campaña política, amagaba a sus amigos influyentes con ir a sepultarse a sus tierras guerrerenses: "¡Oh, si el talento estuviera en proporción con los recursos! —decía—. ¡Si en México la literatura ofreciera medios para atender a las necesidades de la vida. No tendríamos el sentimiento de ver alejarse a un joven por mil títulos estimable y que con sus asiduas tareas podría dar frutos que hicieran honor a la literatura mexicana. Pero es verdad, triste verdad... las obras literarias no valen aquí nada... La misión de los que amamos las bellas letras en México es sufrir, esperar

y trabajar... a fin de preparar el porvenir, que tendrá menos amarguras para los que nos sucedan."

Muy pronto vería Altamirano las cosas con más optimismo, una vez cobrados sus haberes de guerra. A comienzos de 1868, había acudido a una reunión de escritores convocada por el propio Cuéllar y por Luis G. Ortiz para escuchar la lectura de una pieza teatral de Enrique de Olavarría y Ferrari, español muy allegado al grupo liberal, luego cronista sin par de nuestras tablas. En esa ocasión, junto con Prieto y Ramírez, el maestro Altamirano se decidió a fundar las Veladas Literarias, que muy pronto fueron celebrándose, con orden y cordialidad, pan, queso y algún vinillo, en los zaquizamies de los jóvenes escritores, adonde los viejos liberales acudieron acarreando incluso los sillones desde los que pontificaron a sus anchas. Ahí se dio a conocer Sierra, que nos ha dejado conmovidas memorias de su debut en aquel "areópago"; ahí leyó Altamirano su poema *Los Naranjos*, que les pareció a los concurrentes de tórrida sensualidad; ahí volterianizó "El Nigromante" e improvisó Acuña ante Porfirio Díaz, y ahí recibieron los liberales, primeros en hacer efectiva la amnistía, a los intelectuales conservadores, entre ellos el luego obispo Ignacio Montes de Oca, ya árcade "Ipandro Acaico", que iría a Roma llamado por Pío X al concilio ecuménico; Rafael Roa Bárcena, José Sebastián Segura, y otros. Ellos preconizaron el ideal de fraternidad en el terreno neutral de la cultura, a pesar de que el Altamirano joven, unos años antes, había pedido en la Cámara las cabezas de los conservadores, incluidas las de sus amigos escritores. Las Veladas degeneraron infortunadamente en festines, en casas de los ricos Martínez de la Torre y en la del millonario Schiaffino, de 5 de Mayo, recién terminados los frescos pompeyanos que encargó copiar a los alumnos de San Carlos. Además, Manuel Payno, apoderado de los archivos de la Inquisición y del Imperio, intentaría adueñarse también del movimiento renacentista cultural, sin duda para servirlo en bandeja a Pedro Santacilia, yerno de Juárez y autor de una bibliografía, *Del movimiento literario en México*, en la que muy a lo Chateaubriand intentaba adjudicar el mérito individual de los intelectuales al clima político favorable al estudio y a la manifestación de las artes. Santacilia, con todo descaro, prometía proteger a los escritores que se decidieran a dejar por la paz los editoriales de combate en los diarios para dedicarse sólo a lo suyo, es decir a hacer poemas. Payno quería constituir una sociedad de escritores, con reglamento y toda la cosa, pretensión a la que contestaron los bohemios por boca de Guillermo Prieto: "Las Veladas Literarias ni tienen mandarines, ni se sujetan a reglamento alguno, ni solicitan protección de nadie, ni la necesitan. Ofrecer hospitalidad al talento que vaga despreciado por las calles, y hacerle entender que hay un lugar en que se le admira y se le respeta, preséntese con una lira en la mano, o con un compás o una esfera..., por último ver de par en par abiertas las puertas a la consideración social sin inclinar

la frente al poder ni al oro, sin que la intriga sucia nos indique el camino, sin que la pobreza nos aconseje desviar nuestros pasos de esa reunión; todo esto significa mucho para nosotros y nos hace dar suma importancia a las Veladas." Altamirano desdeñaba el carácter grave y seco de las academias y las obligaciones porque "acaban en este país con todo", y prefería los vínculos de la sinceridad y del afecto entre quienes de otro modo "se habrían separado al día siguiente"; así que prefirió suspender oficialmente las reuniones, y la literatura, por fortuna, "aunque amamantada con champagne y mantenida con manjares terribles, no tuvo la desgracia de atragantarse y ha renacido", según escribió en sus crónicas de *El Siglo*.

Con estos antecedentes y con la fundación, también por Altamirano, del Conservatorio Dramático Mexicano, que pretendió formar actores en la buena escuela española de José Valero, y aun dramaturgos que introdujeran la voz de autores nacionales en los escenarios, así como con la fundación de la Sociedad Netzahualcóyotl, de jóvenes, presidida por Ricardo Ramírez, hijo de "El Nigromante", y por Acuña y Cuenca después, quedó abonado el terreno y se hizo necesaria la fundación del periódico que recogiera la cosecha "de cuanto entonces era ilustre u ofrecía garantías de serlo o mereció ser honrado con la bondad de tantas eminencias", según atestiguó Olavarría.

El 2 de enero de 1869 apareció la primera entrega de la revista, con un pórtico del grabador Hesiquio Iriarte en el que destacó sobre todo el ave fénix de las letras renaciendo de sus cenizas. Altamirano aparecía como director omnímodo, y Gonzalo Esteva, entonces en sus veinte, como editor; los redactores responsables: Ramírez, Prieto, Segura, Manuel Peredo y Justo Sierra. Se eligió la imprenta benemérita de Francisco Díaz de León y de Santiago White, que tenía su taller en la calle segunda de La Monterilla, número 12. El costo debió ser alto, por la pulcritud de la impresión y la calidad del papel importado, a lo que se añadió el que sólo dejaran de cobrar por sus colaboraciones los escritores que quisieran renunciar a su salario. Sierra recordaba, ya en este siglo, que él cobraba 15 pesos de "aquellos" por artículo y que Altamirano se pagaba 25. Por eso, es de extrañar que para la mitad del año 69, a pesar del éxito de ventas que atestigua el que se reeditaran algunas de las entregas, la redacción entrara en quiebra, *sotto voce*, ya que Altamirano logró vender la revista a los impresores manteniendo bajo su responsabilidad la dirección, con lo que clavó una pica en Flandes, como lo asentó en su Diario personal, hazaña que muy pocos literatos metidos a editores han podido emular.

Escribiendo a Luis G. Urbina desde Europa, Sierra recordaba: "Bastante honrosa acogida tuvo el periódico, ni siquiera censores e insultadores nos faltaron para asegurar el buen éxito; gustó mucho su imparcialidad, su tolerancia, su entusiasmo por lo bello, su fe en lo porvenir; de todos los ámbitos del país respondían a nuestro repique de alba, poetas, escritores, amigos." Altamirano firmó la Introducción;

habló de la guerra que había impedido toda civilización y de la nueva paz que suscitaba el desarrollo de la cultura. Reconocía el mérito de quienes durante el Imperio tuvieron “la fuerza de alma necesaria para consagrarse a las tareas científicas, a pesar de la convulsión del país”: un Orozco y Berra, un Francisco Pimentel, un José Fernando Ramírez, un Joaquín García Icazbalceta, pero pedía se reconociera que la literatura había estado en el abandono—dejándose en el tintero a *Astucia* la novela de Inclán. La última publicación importante, decía, había sido la de las *Leyendas mexicanas* de José María Roa Bárcena, en 1862. Ofreció las páginas de la revista a los jóvenes estudiosos, para que les sirvieran como un foco de entusiasmo y de animación; se proponía hacer crítica con saludable severidad abjurando de su excesiva indulgencia, a su parecer oportuna en pasadas ocasiones y terminaba con su ideal de concordia entre los amantes de las bellas letras de todas las comuniones políticas: “Muy felices seríamos si lográsemos por este medio apagar completamente los rencores que dividen todavía por desgracia a los hijos de la madre común.”

En el primer tomo se exhibían 62 colaboradores, en el segundo, además de la inclusión de Pimentel y de Orozco y Berra en la redacción, se llegó a los 70. Los colaboradores reales pasaron del centenar, sin contar a los escritores traducidos y a los muertos. De esta manera, *El Renacimiento* llegó a ser la revista de varias generaciones, y puede decirse que tuvo un alcance nacional pues reunió a escritores de los principales Estados de la República y no se olvidó de los extranjeros residentes. Fiel a su programa de abstención y de deslinde de los campos cultural y político, Altamirano cuidó que su revista no se enredara en la contienda oposicionista; no se puede encontrar el menor asomo de una participación interesada o tendenciosa, lo que en aquellos momentos de exaltación constituyó un milagro. Y a la generosidad de los liberales que no quisieron estrechar filas cerrando su grupo, respondieron los conservadores pronta y eficazmente, uniéndoseles, convencidos de lo desinteresado de su intención.

El Renacimiento no es una revista especializada en literatura tal como hoy las entendemos; predominaron sí las colaboraciones artísticas y aun los escritos no literarios llenan los requisitos de lo que los hombres del tiempo comprendían por “bellas letras”: corrección, pulimento, elegancia. Era una revista literaria-cultural, miscelánea y didáctica, en cuanto que incluía ficción y poesía e informaba de cuestiones de crítica, historia, arqueología, pintura, música, teatro y ediciones. El resultado fue una crónica, un espejo del panorama cultural, un registro de las producciones más notables en los géneros mencionados, sin caer, fuera de contados casos, en la árida especialización más propia de los boletines de las sociedades científicas. De todo se habló en aquellas páginas, a condición de que llenara los fines de amenidad, sobre todo de utilidad y belleza. Más tarde Olavarria daría el juicio coetáneo: “Sin duda podrán producirse mejores

semanarios... pero ninguno le ha superado, ni en la cantidad de firmas distinguidas, ni en la calidad de los escritos." Y en nuestros días, José Luis Martínez, el más autorizado hasta hoy por su conocimiento de la época, afirmó que fue "el documento mayor de nuestras letras en esa centuria. En él están representados, en efecto, los escritores más característicos, las corrientes literarias más destacadas, los valores culturales más fértiles... ¿Qué otra revista literaria mexicana, del pasado o del presente, puede ofrecernos la riqueza de impulsos y la irradiación espiritual que contiene *El Renacimiento*? ¿Cuál otra ha conseguido esta calidad en el contenido, afianzando, al mismo tiempo su sentido mexicano y universal, su conciencia social, su integridad humana? Otras ha habido más refinadas y exclusivas, más cultas y cosmopolitas, pero ajenas radicalmente a México si no es porque surgían de sus hombres. Acaso con mayor modestia, los escritores que hicieron *El Renacimiento* procuraron con todo su esfuerzo y con toda su sensibilidad realizar una literatura mexicana y una obra que enalteciera a su pueblo".

Examinemos el postulado nacionalista romántico que guió a Altamirano y a sus compañeros en la toma de conciencia de nuestra emancipación literaria tan tardía como todavía oportuna. Así como el tránsito de lo colonial-independiente a lo republicano había costado tanta sangre, el afloramiento de la inteligencia nacional subterránea, documentada desde el xvii, había ido paulatinamente aumentando. A Altamirano tocó el papel de catalizar, como reformador, las tendencias indigenistas, folklóricas, populares, incluso las patrioterías, e influido por sus lecturas sudamericanas quiso ofrecer además un programa intelectual aglutinante, consciente de su papel de "centro en cuyo rededor se dieron cita los contemporáneos", como dijo de él Alfonso Reyes. Con el tiempo, lo que nacía como un credo menos estético que social, ético o político, se transformaría en la estética que guiaría varias generaciones de transición, entre el romanticismo nunca recorrido del todo en este país, hasta la revuelta cosmopolita del modernismo. Maestro socrático, partero de almas como se llama a sí mismo, pide a los escritores que comprendan el momento crítico por el que atraviesan, punto de partida de la cultura nacional republicana; sin olvidarse del público, al que pide se vaya acostumbrando al estudio poco a poco, desleída la medicina de los nuevos conocimientos en pociones nacionales, asimilables. Volviendo los ojos al pasado, encuentra la literatura del país "absolutamente española", modelo de felicísimas imitaciones, pero pone de ejemplo a los escritores sudamericanos, un Bello, un Sarmiento, un Lastarria, un Echeverría, imitadores también de la literatura europea, mas sin servilismos: "Nosotros preferimos la gloria de ser comparados con los sudamericanos." Él quiere repetir en la literatura el grito de Dolores, para llegar a un arte que revelara sí su filiación con Europa, pero también una novedad de forma y fondo, "criolla", lo dice con todas sus letras. Después de *El Renaci-*

miento, Altamirano tendría oportunidad de defender sus ideas en su famosa polémica con Francisco Pimentel, purista redomado, enemigo de los excesos de independencia lingüística. *El Renacimiento* ataca a los preceptistas, defiende el neologismo y el americanismo, que se hable de nuestra naturaleza y de nuestra idiosincrasia. Guerra extemporánea, pero necesaria: 40 años después de la española, 20 más tarde de la que ocurrió en el resto de América. Por el mismo tiempo, Zorrilla, escribiendo al Duque de Rivas, explicaba este retraso mexicano aduciendo los vaivenes políticos, en el sentido de que fue necesario utilizar la literatura como utensilio didáctico de las ideas emancipadoras en desventaja del arte. De aquella revuelta, como constata Urbina, los escritores de este "segundo romanticismo", como gustaba llamarlo Don Julio Jiménez Rueda, los escritores "salieron desenfrenados, incorrectos, desbaratando reglas, rompiendo disciplinas, en un libertinaje retórico y prosódico que ponía espanto en el bando de los clásicos a la española".

Todavía no llegaba el momento lúcido de plantear la cuestión del nacionalismo por el lado de la originalidad, como lo haría más tarde José María Vigil, centrando ésta en el ser nacional y en un modo peculiar de sensibilidad, pero dejando a las letras ligadas indisolublemente a su tradición europea. *El Renacimiento* se queda todavía en la lucha por formar apenas una conciencia cívica, en un nacionalismo temático y pasivo, que sin embargo, luchará por romper con la inercia de la sumisión y repudiará todo intervencionismo cultural, para usar una palabra del momento. Ignacio Ramírez defiende el diacronismo de la lengua cuidándose de preservarla de caer en lo dialectal, y un célebre alemán, refugiado en México del Kulturkampf, Oloardo Hassey, apoyaba la lucha contra el reinado tiránico del diccionario. Roa Bárcena mismo, desde su conservatismo, recogía a través de Echeverría la explosiva teoría huguiana de: "La poesía no está en la forma sino en las ideas." Y no está de más apuntar el influjo de las ideas de Herder contra el "fanatismo" de la forma. Justo Sierra, con olfato ejemplar, quiso pasar en cambio por la tempestad del romanticismo como veía a Victor Hugo hacerlo, es decir: como Jesús sobre las aguas, sin mojarse; pero habló de rehabilitar el espíritu sobre las letras y de dejarse impulsar por los vientos de la libertad. Todos suscribieron la más contundente declaración de Altamirano: "Lo diremos de una vez para ahorrarnos a todos el empeño de enseñarnos el castellano: no aspiramos a ingresar en la Academia." Y, en seguida, Manuel Peredo invocó uno de los preceptos máximos del clasicismo: había que hablar según la patria y la condición, conforme al sentir horaciano y al teatro romántico, de Shakespeare a Breton.

Cada vez se convence uno más, al enfrentarse a las modalidades del romanticismo americano —concédasenos que existe al menos el de emoción y de tono, aunque no hayamos poseído los elementos psíquicos más refinados del romanticismo alemán, que por otra parte apenas han

empezado a perseguir nuestros poetas, y los de casi todos los países en nuestros días—, cada vez se convence uno más de que aparte de sus luchas estéticas contra el neoclasicismo, de sus luchas filosóficas con el racionalismo, nuestros románticos consolidan el orgullo americanista, que no es otra cosa que la proyección de una búsqueda de identidad psicológica, de un arte que olvidara las lecciones aprendidas de coro en la Colonia, una literatura idealista, gobernada por su tiempo y lugar, producto de y creadora de un ambiente social, político, religioso, en una palabra: reflejo de una época de integración. Aquí también el romanticismo puso en crisis los géneros literarios, puso en crisis al artista y hasta al público; permitió el desarrollo individual de la imaginación, salió de la tradición mitológica y libresca y proclamó los derechos del sentimiento y de la subjetividad. Pero lo importante —y no está de más decirlo en un país que se empeña en perder la memoria y en romper los hilos de la tradición— es que era necesario pasar lo mejor posible por la etapa romántica escamoteada por la circunstancia histórica y con ello no sólo preparar el porvenir, sino hacer posible también que un día se pudiera hablar de una literatura plenamente mexicana. La disputa quedó planteada: coexistieron, sin dirimirla, los románticos nacionalistas, los convenencieros eclécticos, y aun los neoclásicos rezagados. Romanticismo es igual a emancipación paulatina, diría Sierra. Para lograrla había que descubrir el medio, sus riquezas ocultas, la propia naturaleza con la intención de expresar el espíritu del Continente Americano y con el inconsciente deseo de emular al Europeo. Todo para poder integrarnos a la cultura occidental por derecho propio, en el nivel de igualdad que el liberalismo postulaba para la economía o la política internacional. Y esto, sin traer a cuento la famosa leyenda negra, resucitada por la Intervención: "Corremos el peligro de que se nos crea tales como se nos pinta, si nosotros no tomamos el pincel y decimos al mundo: Así somos en México", dijo Altamirano.

Octavio Paz ha calificado de "tímido" el nacionalismo de Altamirano porque no produjo "descendencia inmediata de mérito". Ésta sería, sin duda alguna, la poesía de Gutiérrez Nájera, punto de arranque de nuestra literatura moderna, no sólo modernista; me ocurre precisar que no es posible la generación espontánea del Duque, separado y unido a Altamirano por pocos años, de quien él mismo escribiría: "Maestro, cuanto vive y crece con robusta savia en nuestras letras, es tu obra y tuyo es." Esto olvidando la propia obra de Altamirano, cuya grandeza sólo quiere ver Paz en su "defensa de la libertad". Traeré otro argumento de autoridad, el de Don Alfonso ateneísta: "Nuestra poesía, con Altamirano, estuvo a punto de ceñirse la corona de orgullo aún antes de la aparición de Gutiérrez Nájera." Creo que no está lejano el día en que podrá demostrarse la cohesión y consistencia de una efectiva tradición literaria en este país, desde sus bases modernas: *El Renacimiento*.

Y a medida que crece la curiosidad teórica y estética, y se entra en la polémica, se llega al término de este breve repaso a las cuestiones cruciales que se plantearon aquí hace un siglo. Debemos ya, con apresuramiento, hablar del producto mismo de la revista para conocer cuáles fueron sus realizaciones.

En 1869 México no está al día en su conocimiento de la literatura española; apenas empezaban a llegar Núñez de Arce, la Avellaneda y Bécquer; se conservaba la veneración a Espronceda, Rivas y Campoamor, para olvidarnos del Zorrilla repudiado. Sudamérica había producido ya sus mejores frutos románticos con Olmedo, Bello, Echeverría, Mármol y comenzaba el florecimiento de la novela: Isaacs, Hernández, Del Campo... Nuestros poetas se alimentan de los detritus del neoclasicismo y todos prolongan la línea ecléctica de una fusión de estudio e inspiración. El ingenio mismo se da encorsetado —dice Reyes—, mezclado de afectación y verbosidad, anacrónico. El romanticismo poético en México no fue belicoso. Hicieron crisis la poesía bucólica y la narrativa y asomaron los primeros brotes de la poesía metafísica, la paisajista, la de metáfora sorprendente y la musical, tónicas todas a desarrollar en las siguientes décadas. La revista recoge lo mejor de la producción de Altamirano, Ortiz, Roa Bárcena, Segura, Isabel Prieto; da a conocer a Acuña, Flores, Cuenca, Sierra. Se pretendía ir cultivando poco a poco el oído para el nuevo verso, que los tradicionalistas tachaban de vulgar y gongorino (no se reivindicaba todavía al gran poeta). Los temas que abundan son, estadísticamente, el amoroso, el elegíaco y el didáctico, presididos por una mujer monocorde, más que conocida, inventada, y por la rudimentaria simbología de flora y fauna que hoy nos suena tan almibarada (abejas, mariposas, colibríes, nomeolvides, violetas). El tono menor melancólico es general, y apunta el lacrimoso desencanto, y la duda. Un erotismo apenas insinuado por puntos suspensivos se dirige a mujeres disfrazadas por el anonimato de iniciales y nombres literarios (Lesbia, Itumela, Dúltima). Frivolidades circunstanciales, meros ejercicios, ruinosos palacios mayas en sustitución de castillos feudales brumosos, plegarias sin cuento, palidecen ante la fervorosa blasfemia de un Acuña, prosaico y prematuro, ante los monólogos casi épicos de Sierra, ante las humoradas de Cuéllar que ridiculizaba el bucolismo vergonzante que, exotizándose, pretendía nacionalizarse. En los poemas descriptivos, Altamirano se adelanta a Othón, quizá a Pellicer, y provoca la entrada triunfal del paisaje en nuestra literatura. Lo demás era la caterva de filosofemas, misticismos de mala ley, solemnidad vacua y prosaísmo, que han desprestigiado al siglo pasado por su abundancia y porque se mostraron reacios a desaparecer.

Altamirano se ufana de haber publicado mayor número de poetas mexicanos que extranjeros, pero la revista no fue parca en traducciones de mérito: el *Mazeppa* de Byron, por Roa Bárcena; canciones de

Schiller, por Segura; *El Cuervo* de Poe, por Mariscal; Goethe por Zayas; Lamartine, por Ituarte; Musset, por Flores; Hugo, por Isabel Prieto de Landázuri. No deja de fatigarse a los clásicos, entre los que destaca la versión de Ortiz de *Los Segadores* de Teócrito, y el *Canto Fúnebre por Bion* de Moscho de Siracusa, realizada por el helenista Montes de Oca, luego traductor de Píndaro, Coluto y Apolonio. Puede decirse que el estro poético de *El Renacimiento* se distinguió por su germanofilia, que si se confundía con los sentimentalones Uhland y Gessner (como por otra parte también les sucedió a Florián, Chénier y Saint-Pierre), no se olvida de rendir homenaje a los idealistas, incluido Novalis. Los conservadores se inclinaban por Byron y los liberales por Hugo, por razones obvias de ideología. Mas Justo Sierra se equivocaba flagrantemente al proclamar que después de Hugo la poesía francesa no dejaba descendencia: desconocía la existencia de Vigny, Nerval, Gautier y la del mismo Baudelaire, recién muerto, e incluso al Verlaine de los *Poèmes saturniens* plenamente contemporáneos. Los padres de la poesía moderna no aparecerían en las revistas mexicanas sino hasta muchos años más tarde. De poesía indígena apenas un asomo: las versiones del tarasco de Eduardo Ruiz Álvarez.

Como en todos los países que vivieron la revuelta romántica, en México los cuentistas y novelistas encontraron el campo libre de preceptiva, ya que apenas existía una retórica narrativa que los entorpeciera. La ficción vino a ser, en la mayoría de los casos, documental y autobiográfica; acató la moral del sentimiento, se rebeló contra el destino manifiesto de los héroes y se aplicó a denunciar problemas y lacras sociales. La naturaleza se hizo pagar el primer tributo descriptivo y las costumbres empezaron a ser analizadas anticipando la novela realista de fines de siglo. En 1869 México se encontraba en "la infancia de la novela", escribe Altamirano; pide a los narradores que, con afán trascendental, utilicen el género como un artificio para hacer descender a la masa doctrinas y opiniones, dejando los estúpidos cuentos ociosos. Tras la fantasía debía estar la historia, la moral, la política, el análisis social; nivelar las clases, educar las costumbres, buscar la mejora de la humanidad, a ejemplo de Voltaire y Rousseau, debía ser la intención principal de los "libros de masas". Como en el caso de la poesía, exige una novela original, virgen, vigorosa, alejada de los modelos franceses, a quienes ve perniciosos en lo moral, y de la quejumbre sentimental de los españoles.

Enaltece en cambio a Scott, a Fielding, a Richardson, a Dickens, a Hugo, a Dumas; menosprecia a Navarro Villoslada, Ponson du Terrail, Escosura y demás folletinistas que infestaban los periódicos. Para conseguir suscriptores a *El Renacimiento*, quiso ofrecer la edición de novelas de autores mexicanos. Riva Palacio y Juan A. Mateos, los folletinistas de más éxito, quedaron descartados porque ellos mismos administraban la venta de sus pliegos sueltos. Roa Bárcena entrega unas *Reminiscencias del colegio* plagadas de anacrónicos pícaros em-

bromando a clérigos. Mediocres resultaron las truculencias de Ramón Aldana en *Funesto error*, así como cuatro relatos largos que el coeditor Gonzalo Esteva logró colar, sin duda en premio por sus desvelos en la redacción, al igual que las páginas sentimentales del español Emilio Rey, que sólo obtenía éxito entre las quinceañeras. Los escenarios solían ser europeos y los héroes mexicanos galanteadores que triunfaban sobre italianas y francesas, millonarios generosos con los desvalidos de París. En cambio los relatos de Justo Sierra salvan la prosa narrativa de *El Renacimiento* con su música, su adjetivo novedoso y su sintaxis rica. Sierra fue objeto de una broma sangrienta: se anunció en la revista y en carteles por toda la ciudad la publicación de una novela suya por entregas, con título escogido por Roberto Esteva, *El ángel del porvenir*, sin que él se hubiera siquiera enterado. Pero aceptó el reto y —dice— “empecé a ensartar capítulos de puerilidades y tonte-rías empapadas de un donjuanismo satánico e infantil; y como redactaba mi fárrago cuando ya el material urgía para el periódico y en la imprenta misma, los acontecimientos del día solían proporcionarme teatro para exhibir mis episodios (mi novela se componía de puros episodios, no tenía argumento), y un respiro que podía utilizar en la búsqueda del argumento susodicho.” Aquel juego le valió a Sierra continuas chanzas por parte de Riva Palacio, que en su libro *Los Ceros*, recordaba el asunto todavía en 1882: “*Del Ángel del Porvenir* sólo se exhibió una pequeña parte: ello es que el ángel se quedó por venir, y aún hoy mismo no se puede afirmar que Sierra sepa quién iba a ser el ángel; quizá el editor.” Fue el primero y el último intento de Sierra en la novela; comenzó relatando las intrigas de capa y alcoba de los afrancesados de la capital y fue ampliando el escenario hasta abarcar el mundo entero: Rusia, Polonia, Italia, la India. Cada nuevo personaje traía consigo un largo pasado entreverado de historia erudita, la verdadera pasión de Sierra, que ensayó en la novela sus primeras interpretaciones sobre la Revolución Francesa, el imperialismo inglés en Oriente, Napoleón, Julio César, Dantón, Marat, a la menor oportunidad. La novela quedó trunca cuando introdujo a un personaje, G, identificado como Gambetta, a raíz de la lectura de alguno de sus discursos antiimperialistas. Pero el estilo de *El Ángel del Porvenir*, comparado con el de otras narraciones de la revista, es un portento de agilidad y de brillo. Para llenar más rápidamente sus páginas, recurrió a la frase corta y a los puntos y aparte numerosos, con lo que consiguió meter aire en la prosa mexicana.

Hacia finales del año, viendo los editores inminente el cierre de la revista por las dificultades económicas, obligaron a Altamirano a entregar su novela *Clemencia*, cuya primera redacción había empezado en Guadalajara, en 1867, cuando enfermo de disentería convaleció ahí. de sus achaques de guerrero, conoció a la sociedad tapatía y el paisaje del valle de Atemajac. Buscando la base épica para la literatura mexicana, carente de ella consuetudinariamente, creyó encontrarla en

la gesta de la Intervención, concretándose a la resistencia de las tropas del general Uruga contra el avance de Bazaine hacia Occidente.

El maestro nos quedó a deber su novela *La dama de honor*, en la que iban a comparecer, según lo anunció varias veces, Juárez, Maximiliano y Carlota.

Altamirano se excusó en *Clemencia* de su incapacidad para urdir tramas o preparar golpes teatrales a la usanza de la novela histórica. En efecto, la narración es lineal, con grandes paréntesis, consecuentes con el utilitarismo literario que predicaba, dedicados a descripciones accesorias y muy aptos para introducir con toda crudeza los mensajes ideológicos sin los que consideraba inútil escribir nada. Altamirano se sirvió de unas frases de Hoffmann para explicar al protagonista que quiso crear; una de ellas dice: "Ningún ser puede amarme porque nada hay en mí de simpático ni de dulce", precisamente lo contrario de lo que se quería demostrar. Ésa, la clásica antítesis huguiana, que quedó luego manifiesta en el subtítulo a la sexta edición de la novela: "El mal por el bien." El protagonista, Fernando Valle, era un antihéroe romántico, y su ejemplaridad, civil —siendo hijo de conservadores se había unido a la causa liberal por defender a la patria—, de donde se sacaba la moraleja política y social. Pero, además, Altamirano, un literato al fin y al cabo, complicó las cosas: quiso poner en evidencia los males que acarreaba la enfermedad romántica inoculándola en sus personajes; y, con todo, salvaba a Valle convirtiéndolo en héroe, por el idealismo.

A Valle, enfermizo, moreno, antipático, pero íntegro a carta cabal, opuso el prototipo del afrancesado, Enrique Flores, falso liberal, convenenciero y traidor, pero brillante y atractivo para una sociedad podrida. A ellos emparejó dos mujeres: Isabel, de carácter oscuro, con la belleza de la inglesa o la alemana rubia; y Clemencia, el carácter de relieve, morena, la consabida belleza criolla. Los caracteres resultaron casi tipos al ser conformados radicalmente y manejados con el fin utilitario: Flores se redujo a villano de una pieza; Isabel se borró ante Clemencia, que se convirtió a su vez en la catalizadora involuntaria, pero culpable en su frivolidad (lo pagó metiéndose monja) de la tragedia de Valle; éste aceptó su derrota amorosa, melancólico, y sólo tuvo fuerzas para entregarse a una muerte que, sin fatalismo, pudo Altamirano evitarle.

Clemencia no podía haberse desarrollado en otra forma, y Altamirano tuvo la virtud de ser consecuente con la evolución natural de sus personajes. No tuvo más elementos que los de la novela romántica, y se metió en el callejón sin salida del ultrarromanticismo, y, además, tardíamente para el mundo. Escrita antes de la *Amalia* de Mármol o de la *María* de Jorge Isaacs (más reciente), *Clemencia* habría sido más notada en la historia de la novela latinoamericana. Sus descripciones —lo más personal de Altamirano— eran buenas, aunque estuvieran desligadas de la narración. Los personajes esbozaban caracteres de compli-

cación psicológica real, si no vital, aunque sus impulsos respondieran las más de las veces a motivaciones librescas y se quebraran en efectismos sentimentales. También, de algún modo, *Clemencia* lograba crear un mundo nacional, así el ambiente fuera decorativo y accidental. La protesta en contra de la injusta sociedad que premiaba el mal y olvidaba a quienes daban su vida por ella, pudo fustigar a su época, pero *Clemencia* no se quedó allí; históricamente vale por su estilo natural y por primera vez vigoroso en medio de los artificios retóricos y circunstanciales de otros narradores contemporáneos; por su proporción concisa y su sentido artístico; por la frescura del lenguaje, trascendido del ejercicio asiduo de las "Crónicas" del mismo *Renacimiento*, escritas a vuela pluma sin repastos decorativos. Al contrario de Sierra, Altamirano —más maduro, es cierto— escribió la novela que estaba al alcance de sus fuerzas.

Sin duda las páginas de la revista que más valor histórico tienen, tanto para el conocimiento del pasado anecdótico, como porque anunciaban ya las crónicas de los ochentas, las de Gutiérrez Nájera, pasando por las de Martí —como afirma Francisco Monterde—, son aquellas dedicadas a las memorias costumbristas. "Los escritos de Altamirano ejercen una extraña fascinación —decía Roberto Esteva en *El Federalista*—. No hay persona a cuyo alcance se encuentre un artículo suyo que no vuelva a él los ojos, y una vez que los volvió es hombre perdido. Así cual hace la serpiente con el pajarillo, así el artículo le atrae, le fascina y le devora, al dejar que le devore con los ojos." Nos encontramos ante la prosa más fresca cuando llegamos a la gacetilla escrita a vuela pluma sobre acontecimientos del día. La vida de la ciudad desenvuelve su madeja en las crónicas del maestro; el pulso de las estaciones climáticas condicionando el carácter de los ciudadanos, las festividades religiosas y cívicas sacándoles de sus casas: el Carnaval, la Semana Santa, la celebración de la Independencia, el día de muertos; ahí venía la reseña de los espectáculos, los libros nuevos, las reuniones de las sociedades científicas; asuntos de interés general como la educación, la miseria de los barrios, el deceso de personalidades; lo pintoresco y lo dramático unidos. Socialmente, siempre vio Altamirano en los espectáculos la lección moral, la utilidad, el remedio contra el ocio que sumía al pueblo en la embriaguez y en los crímenes; de ahí que responsabilizara al gobierno y le exigiera protección para el teatro. La tarea del cronista quedó fijada como educadora del público, para que apreciara el buen trato y la buena música. Pero las compañías dramáticas sobrevivían de milagro en su lucha con bailarinas y cantantes, con titiriteros y cómicos, con equilibristas y prestidigitadores; las tandas del teatro Principal y del circo Chiarini, que terminaban sus funciones con baile general de actores y espectadores, acaparaban al público. Juárez había prohibido incluso los toros como espectáculo bárbaro; había que ver correr tinta y no sangre, ilustración y no salvajismo. Pero las compañías nacionales no podían competir con el alud de extran-

jeros que nos invadieron a finales de 1868 al estallar en Cuba la rebelión de Céspedes, y al recrudecerse las epidemias de cólera en la isla. Pero junto con la invasión de compañías dramáticas llegó la de los zarzueleros, que traían la Marina de Campodrón y Arrieta por delante ganándose a las multitudes. En vano emplazó *El Renacimiento* una guerra perdida de antemano contra la zarzuela, en donde no podía decirse que brillara el arte, ya que apenas servía para ayudar a hacer la digestión. Pero la derrota del teatro mexicano fue total cuando a las competencias de gorgoritos de Albisu y Gaztambide se añadió el refuerzo del cancán de Offenbach, que propagaba el virus de la corrupción francesa y el mal gusto. Altamirano escribe en su Diario que, aburrido de pasear sus noches por la ciudad, se hundía en la butaca de un teatro a ver el *Orfeo en los infiernos* o alguna otra cancanada, y confiesa que apenas si lo despertaba un poco lo desvestido de la Zama-cois y la Gómez. Las gentes decentes abandonaban el teatro entre la rechifla de la tribu enloquecida por "las mofletudas pantorrillas, auténticas o apócrifas, de una bailarina más o menos afrodisiaca". "El can-cán ha entrado en México —escribía Altamirano—. Ya verán ustedes a dónde vamos a parar."

Un día llegó en triunfo la actriz dramática italiana Carolina Civili, exponente de la representación naturalista, que imitaba las muertes de las heroínas sin que le faltara un solo síntoma agónico tratárase de envenenadas, acuchilladas o tuberculosas —como lo atestiguaba el crítico teatral de la revista, el médico Manuel Peredo. Schiller, Dumas, Zorrilla, Hartzenbusch, Tamayo y Baus, fueron derrotados por completo. Ni qué decir habrá que la obra de Olavarría, Justo Sierra y Gostkowski, *Don Fernando el emplazado*, en función dedicada al Pensador Mexicano para construirle un monumento con las ganancias, no alcanzó a reunir lo suficiente siquiera para el pedestal, a pesar de sus alardes de efectos fantasmagóricos.

Un músico mexicano, Melesio Morales, que había triunfado en Italia con su ópera *Ildegonda*, fue recibido por entonces con entusiasmo frenético; arrastró la multitud su coche por toda la ciudad, incluso sin darse cuenta que Morales logró huir. Aquel artista destruía el mito de la esterilidad artística del mexicano —escribía Altamirano—, pero recomendaba al músico que regresara cuanto antes a Europa, en donde sería apreciado, antes que se muriera de hambre en México dando cuando mucho algunas clases particulares de piano. *El Renacimiento* fustigó sin descanso el mal gusto popular, la "epizootia" de cancán y zarzuela, los desbarros coreográficos de las carpas y jcalones que proliferaban, pero al final se confesó impotente de educar a nadie. Hasta una cuchillada sacó en sus discusiones en el vestíbulo de los teatros. La lucha iniciada entonces todavía no acaba hoy. En música, *Los cangrejos*, *Adiós Mamá Carlota*, la *Marcha Zaragoza*, eran el non plus ultra. Los conciertos filarmónicos realizados en el local de la Universidad quedaban encerrados en el anonimato.

Altamirano comprobó que la miseria de la República martirizada por la guerra no era obstáculo para la diversión pública. Describe festejos “paganos y lujosos”; los baños en las albercas Pane y de Chapultepec; las vacaciones en las villas de San Ángel, Tacubaya y Tlalpan; la fiesta de la parroquia de Los Ángeles, donde hubo tiempo en que había veinte o treinta homicidios; en noviembre, el día de la regocijada romería a los panteones. Altamirano se mezcla entre *léperos* y *pinacates*, goza de tamales y curados de apio, o pasea con los *dandys* de Plateros, como haría luego el “Duque Job”.

El maestro observa a sus semejantes con amor. Ve a las vírgenes venir al templo a tomar ceniza y a “lucir sus encantos”; a su héroe Vicente Guerrero subir al pedestal de la plaza de San Fernando; al presidente Juárez y a sus ministros zozobrar en el lago de Texcoco a bordo del vapor Guatimotzin; al ferrocarril de Tlalpan, “la Burra de Balaam”, descarrilar en todos los charcos. Asiste a las tertulias de don Mariano Riva Palacio, reelecto presidente del Ayuntamiento; saborea los platillos mexicanos de Payno, que lucha contra la *french cuisine*. Reseña los bailes del Casino Español y las funciones de vistas disolventes o cromotropos, algún no recogido antecedente del cine, en el Café Cantante del Hotel Iturbide. El 10 de octubre, en compañía de la señora Maza de Juárez, celebra con los exiliados cubanos el aniversario del grito de Demajagua; se leen odas y un comunicado de Céspedes. Se entierra en el Panteón de San Fernando a Francisco Zarco, pobre después de haber desempeñado altos cargos administrativos. Altamirano asiste a los banquetes de Chapultepec y del Palacio Nacional con que Juárez agasaja a William Seward y al periodista Albert Evans, sus huéspedes. En el Circo Chiarini silba con el pueblo las imprudencias de algunos actores franceses (“tenemos derecho de maldecir a los invasores en todas partes, en todos tiempos y de todas maneras”).

La empresa del ferrocarril a Puebla invita a los periodistas a inaugurar el tramo de Apizaco a Santa Ana Chiautempan. Altamirano hace publicidad al progreso y al trabajo, remedio de la miseria; comprende el beneficio que traería el aumento de comunicaciones. Se deleita describiendo el paisaje de la vega del Atoyac, mientras Justo Sierra, visionario, ve un horizonte de riqueza para Veracruz, cuando la vía venza la barranca de Metlac y las cumbres de Acultzingo. Para septiembre, el ferrocarril llegaba a la “resabiosa” Puebla. El presidente de la República y su comitiva de tres convoyes, con dos mil invitados, lo inaugura y viene a poner la primera piedra del monumento al héroe Ignacio Zaragoza. Altamirano abandona el *wagon* de la prensa y se cuela con Guillermo Prieto a gozar del *lunch* presidencial. Frente a las ventanillas desfilan los llanos de Apan, feudo de la *pulcocracia* erigida sobre “la sangre de los cloróticos hijos de México”. La guardia nacional muestra en Tlaxcala su aprecio por Juárez, que olvida

su reserva, "es expansivo, franco, y no oculta sus emociones en presencia del pueblo humilde y sincero del campo".

En Puebla Altamirano hace vida con el grupo de bohemios. La ciudad no se muestra amable con los liberales: en el baile del Teatro Guerrero, el donaire de las poblanas brilla por su ausencia; y es que los "odiosos, repugnantes y plebeyos [liberales] no nos hemos atrevido a traer corbata blanca por no ponerla en contraste con el color de nuestro rostro, estamos aquí en minoría y no sabemos bailar". Los poblanos se excusan, pero se sienten "depositarios del sacro fuego del rencor imperialista". El gobernador Romero Vargas ofrece una comida al presidente en el Colegio del Estado, en la iglesia de La Compañía expropiada a los jesuitas. El gobernador se pasa de listo y la emprende contra la familia de cronistas ociosos, "teólogos de la política". Altamirano defiende las crónicas parlamentarias de Zarco, "orgullo de la democracia". Más tarde, en la huerta del general Alatorre, después de visitar las ruinas de la Iliada poblana del '63, antiguos combatientes del sitio de Loreto y Guadalupe victorean a Porfirio Díaz, uno de los vencedores. Antes del regreso, el cronista visita la catedral y la emprende contra el obispo Vázquez, que se había hecho enterrar en la nave central; describe algunas pinturas de la escuela mexicana en el palacio episcopal (entre ellas varios frescos dignos de alguna pulquería), rememora la obra del obispo Palafox y visita la Biblioteca del Estado (que no había recibido un solo libro en diez años).

Ninguna crónica tan sabrosa como ésta de Puebla, que Sterne —dice su lector Altamirano— llamaría "crónica de un viajero sentimental". Publicada, *Le Trait d'Union* comentaría: "¡Tanto escándalo por un tren!", y en *La Revista Universal* el licenciado Ezeta saldría en defensa del obispo Vázquez, lo que no debió hacer, porque Altamirano recordó cómo el prelado había recibido bajo palio al invasor Scott en el '47.

Con el asentamiento de la vida citadina y la paz volvían los eternos contrastes de México; el lujo se enfrentaba a la miseria popular exhibida como mendicidad, robo, prostitución, en el vestíbulo mismo de los teatros. Altamirano busca la raíz de aquel "cáncer creciente" y se asoma al pantanoso barrio oriental: encuentra barbarie, ignorancia, viviendas paupérrimas. Ahí "los Miserables de México" se alimentan de reptiles y son diezmados por las epidemias de pulmonía y paludismo. Como no ve ni al médico ni al sacerdote, Altamirano invita a los doctores y a los jerarcas de la Sociedad Católica a visitar a los pobres. El país no necesitaba tanto de los Lacordaire o los Bossuet, como de los Gante, Las Casas o Motolinia. El Ayuntamiento debía olvidar su descuido de los barrios: "presidios o pena de muerte es lo que se da a los hambrientos e ignorantes para hacerlos amar la virtud". Por eso el maestro alaba a la Sociedad Artística Industrial, que sacaba de la miseria y el aislamiento a los artesanos agrupándolos, o a empresarios que hacían a las mujeres aprender oficios y ganar dignos salarios. El

gobierno debía morigerar los impuestos a las industrias nacionales y acentuar los que se ponían a los artículos de importación, para beneficiar a los operarios, para crear fuentes de trabajo, aumentar la producción y apoyar el comercio nacional.

Uno de los ingredientes de la crónica de costumbres solía ser la sátira. Altamirano enderezó sus críticas contra una de las peores herencias de la Intervención, el afrancesamiento, verdadera epidemia de libertinaje desatada en el ambiente social medio y alto, contra la cual —decían los *liones*— no podía haber antídoto que inventaran los gazoneros. Los gastados propagandistas de la “civilización francesa” —ironizaba Altamirano— imponían la jerigonza y las modas de París (las *pollas* se hacían cortar sus vestidos *décolletés* con Coralina, Celina y Madame Goupil), pero también querían bailar el cancan hasta en los salones, o la habanera, “hija moderadita de los ritmos africanos”, en plena alberca Pane y “en bragueros”. Naturalmente que el moralista Altamirano fue acusado de oponerse al paso del progreso con sus sermones, pero él daba la voz de alarma ante el “raquitismo de las ideas” y “el furor de imitar” de los jóvenes. Se sentía en el ambiente el llamado “mal del siglo”, el tedio que lo envenenaba todo.

Los males sociales —afirmaba una y otra vez Altamirano— se combatían con la sátira. Pero los católicos no lo entendían así: acusaron al maestro de favorecer el suicidio con sus burlas, que había cundido por culpa del partido liberal, destructor de la unidad religiosa del país. Altamirano sabía que la Reforma no había influido en las costumbres religiosas más allá de la frialdad natural debida a la extinción de órdenes, el cierre de algunas iglesias, la sangría en los fondos del clero y la prohibición del culto externo. Los verdaderos cristianos no debían “dar a la forma la importancia que sólo debe tener la esencia”. Pero, los ataques menudearon: Altamirano difundía ideas impías y disolventes, exageraba los derechos del pueblo sin hablarle de sus deberes correlativos; él había ayudado a crear la nueva sociedad con la espada y con la pluma: que aceptara entonces las consecuencias y no se asustara del caos social.

De parecida manera fue Altamirano injuriado por los ultramontanos a propósito de otro de sus temas, el de la instrucción. Alegaba que el Estado no podría absorberla toda en el momento. Urgió a la cooperación privada a manifestarse. Exaltó las figuras filantrópicas del jalisciense Manuel López Cotilla, reformador de la instrucción primaria y normal, cuya obra proseguía Dionisio Rodríguez; y a Vidal Alcocer, creador de la Sociedad de Beneficencia de la capital, que inauguró los desayunos a los escolares. Riva Palacio elogiaba a Altamirano, porque “luchando brazo a brazo con la suerte, sin más elemento que su clara inteligencia, ha llegado a su edad a ser entre nosotros un hombre notable, cuando a los diez apenas sabía leer y era tan pobre que no se había puesto nunca calzado”. Desde las páginas de *El Renacimiento*, el futuro reformador de la Normal relevó la importancia

de la instrucción primaria como "base de todo sistema de gobierno: pocas universidades, millares de escuelas primarias, eso es lo que necesita una nación para ser grande". El ayuntamiento, en vez de erigir monumentos y cuidar de los jardines, debía favorecer los establecimientos de beneficencia. Pero sus excitativas eran tergiversadas; otra vez *La Revista Universal* dejó de denunciar las confiscaciones hechas por la Reforma a las buenas familias, para acusarlo de sembrar en *El Renacimiento* la semilla del odio entre los niños poniéndolos en contra de los ricos. Con sus artículos favorecía Altamirano una revolución tremenda: "el levantamiento de los proletarios en contra de la clase acomodada", cuando toda la culpa de la miseria del tiempo se debía a los liberales, que habían quitado a los miserables los beneficios "con que tan profusamente los dotara la clase acomodada". Y se recordaba a Altamirano que los poderosos habían educado a muchos de los literatos que figuraban en su revista y a muchos también de los "indios" que llevaban la política. Los ricos no iban ya a atreverse a dar nada a los pobres porque la Reforma vendría inmediatamente a enajenar o a destruir, tal como acababa de hacer con el Colegio de San Juan de Letrán, en donde el mismo Altamirano se había formado. De parecida manera se dolían los conservadores de haber perdido su fuerza y apoyo al ser desamortizados los bienes de la Iglesia que los apoyaba. Pero Altamirano combatía, no la doctrina del cristianismo sino, con la Reforma, el peligro de un poder eclesiástico-conservador enfrentado a un Estado en quiebra permanente.

El hecho era que el 88% de los niños del país se quedaban sin instrucción. Altamirano daba el dato de que había en México 170 escuelas con un total de 4,441 alumnos (más que en los Estados Unidos aunque en menos colegios, podía decir).

Se preocupaba también Altamirano por la instrucción de las mujeres, para liberarlas del destino usual: el servicio doméstico, la costura, la prostitución. Apoya a Belén Méndez, que funda por esos días el primer Instituto Femenino de Estudios Secundarios, y a Dolores Prieto, que abre un Colegio Profesional para señoritas. Y si el maestro podía decir que en México los instrumentos de industria y los útiles de labranza seguían siendo iguales a los del siglo xv, en cuanto a libros de texto no se quedaba corto: los ve totalmente inapropiados. La indignación asoma en sus crónicas cuando ve a las editoriales imprimir propaganda política para enseñar al pueblo "cómo elegir y a quién", en vez de difundir la cultura e "imprimirla como ley natural en las conciencias". La revista no dejó de incluir la difusión amena de la ciencia: geografía, vulcanología, lingüística, mineralogía, filología, arqueología, etc. La consigna de reflejar la nación, a sus hombres y sus costumbres, consigue que los colaboradores se pongan a trabajar. De Tabasco, Puebla, Veracruz, Michoacán, San Luis Potosí, Zacatecas, Jalisco, llegan descripciones admiradas, como hechas por descubridores: todo grandioso, colosal, hiperbólico, hecho a un lado el pudor de

hablar a lo grande como Humboldt y Bonpland, cobrado el gusto por cierta presunción, la misma con la que hoy enseñamos a los extranjeros nuestras cosas típicas.

También en arquitectura se empezó a hablar desde la perspectiva nacionalista. Orozco y Berra fue uno de los primeros en apreciar la mezcla de las civilizaciones española y mexicana, y en enaltecer sobre todo la obra "extravagante y sublime" de los artistas indígenas olvidados por "la envidia". En sus notas se habla ya de no juzgar nuestros monumentos con las reglas de Vitrubio o de Vignola, de *sentir* y no raciocinar, de apreciar puestos en la relatividad estética el instinto de los mexicanos que hicieron suyos los artes gótico, barroco o morisco. En la época, los edificios coloniales sufrían el vandalismo del neoclásico, por una parte, y el abandono que la Reforma no supo evitar en el asunto de la secularización de los templos. *El Renacimiento* reprodujo un artículo del francés Jules Laverrière, de la Comisión que exploró el Valle de México unos años antes, sobre el convento de la Merced. La incuria no sólo era achacable a la polilla en la cúpula de madera, a las inundaciones que convertían en lago patios y naves o a los yerbajos de las azoteas, sino también a las tropas liberales que habían usado el convento como cuartel. El saldo indignaba: la biblioteca saqueada, las telas acribilladas a punta de bayoneta, los murales raspados. Orozco y Berra se dolía de ver a la piqueta destruir en los edificios todo resto de emblemas nobiliarios o religiosos; describió uno de los monumentos mutilados, para al menos salvarlo en el papel: la puerta lateral de San Francisco. Es curioso que sólo en nuestros días se haya ocupado el gobierno de salvar tanto a la Merced como a San Francisco, y que haya desaparecido una de las lacras que Altamirano denunciaba: la Candelaria de los Patos, ¡100 años después!

Según una nota de los redactores, "los templos y los teatros revelan el grado de civilización de un pueblo"; de ahí que vieran las reformas que se hacían a la catedral metropolitana como un insulto a las bellas artes: se echaba cal sobre la cantera, se obstruía la nave principal con los "adefesios" del coro, se dejaba caer a pedazos la pintura de Jimeno en la cúpula y se encerraba el atrio con un enverjado raquítico.

El maestro, que fue de los primeros en estimar el valor de pintores como Petronilo Monroy (a quien Prieto pedía más historia nacional como los temas y menos simbolismo), y sobre todo a José María Velasco, a quien llamó "el paisajista del porvenir", luchó por que se rescataran los cientos y cientos de pinturas y retablos que había respetado el saqueo de algunos venales reformistas, y que se habían amontonado en el ex convento de la Encarnación desde 1861; proponía que fueran devueltos a su sitio en los templos, al fin ya declarados monumentos nacionales.

Esta encomiable labor de los hombres que con Altamirano hicieron *El Renacimiento* cobra relieve si se considera que se enfrentaron a

un pueblo que acababa de salir de la guerra y de recuperar su independencia, indisciplinado en la inseguridad económica, inmaduro todavía para adherirse a las instituciones liberales reimplantadas. Como teóricos contribuyeron a definir la idea nacional y a reunir una sociedad fragmentada que debía reacomodar su existencia democrática. Altamirano supo recoger lo mejor del liberalismo en *El Renacimiento*: el equilibrio, la escuela de moderación, la concordia o conciliación de fuerzas, la tolerancia y el cosmopolitismo.

Las ideas nacionalistas hablaron de la afirmación e integración del individuo en la comunidad. Los sueños de grandeza nacional y de justicia social habían dejado en claro que el Estado existía para el individuo, un Estado que vieron siempre como intérprete y realizador, y para el que pudieron exigir al pueblo docilidad. Las ideas progresistas de aquel grupo intelectual —una élite que tuvo continuidad y que a través de los años fue elaborando y refinando sus valores— representaron en la República restaurada la fidelidad a la Reforma y a sus compromisos: *libertad* de conciencia, de pensamiento, de cultos, de prensa, de asociación y reunión; de *igualdad* ante la ley; de *fraternidad* en todos los terrenos. Si el Estado no se autolimitaba, ellos afirmaron la independencia judicial, la equitativa administración, todo un sistema de garantías. Y estos hombres, que tenían un espíritu de cuerpo, que sabían y podían convivir con ideas adversas, creyeron indispensable establecer comunicación con la masa —de donde habían surgido— en busca de una sana y recíproca influencia que hiciera perdurable el progreso democrático: de ahí que se entregaran en cuerpo y alma a la educación, a la valoración de la cultura, y a la difusión de la ciencia y de las ideas, sobre todas las cosas.

Al dirigir Altamirano *El Renacimiento* enseñó cómo puede hacerse que los individuos más dispares fecunden sus impulsos para el bien común. Conforme al axioma de Renan, él pudo "agenciarse la libertad necesaria" para que triunfara su vocación de maestro, y logró que su capacidad de director encontrara colaboración. El pueblo, a su vez, a medida que era educado, acudió a la experiencia, a la madurez, a la cultura y a la independencia de tales hombres y quiso contar con ellos. Y como su apasionada confianza en un futuro de progreso, su unión con las clases pobres, su sentido de la justicia, su nacionalismo constructivo (nunca xenófobo o agresivo), debieron convivir con la autocracia paternalista primero y más tarde soportar la desenfrenada dictadura, ellos fueron el primer fermento de las futuras transformaciones sociales. Con más pasión que política, transmitieron sus fórmulas libertadoras, y fundaron en el ideal de bienestar general el ascenso del apoyo popular que frenara la limitación de las libertades, la restricción de opiniones o el regreso a viejas fórmulas.

Alejados todavía de las circunstancias que exigieron la reforma social surgida desde la masa (Revolución de 1917), quisieron creer en la posibilidad de programar el desarrollo gradual y la redención de

todas las clases. Su influencia educadora en el pueblo, aunque interior y oscura, no fue menos integradora y controladora, y en ese sentido debe considerárseles como creadores de una de las bases de nuestra historia. En la consecución del ser nacional, plantearon la necesidad de olvidar la estéril y servil imitación de lo ajeno, y animaron a desarrollar una idiosincrasia buscando la inspiración en lo nuestro confrontado a lo universal. Amaron sus recién creadas costumbres a falta de tradiciones que pudieran respetar, y con su rebeldía constructiva renovaron las artes y las ciencias en todas sus manifestaciones; dieron carne a sentimientos abstractos formulándolos, y trabajaron por emancipar los espíritus y crearles lazos sociales.

La generación intelectual de *El Renacimiento* tuvo figuras que pudieron definirse y caracterizarse; entre ellos había conservatistas, pero también precursores del futuro. Estudiaron, buscaron un estilo propio; y apoyaron la Reforma en sus líneas de justicia y fraternidad liberales. Como educadores cumplieron con su misión; fue una generación grave y moralista, cargada de responsabilidades que ellos mismos quisieron arrogarse. Su arte romántico se volvió en sus manos medio y no finalidad, pues resolvieron interesarse en los problemas de su tiempo (crítica de abusos, denuncia de miserias, enseñanzas y prédicas). Ellos presintieron el advenimiento de una edad dorada (tal como se empeñaron en soñarla y en planearla los mejores románticos europeos) y creyeron con optimismo en su nación.

A través del ensayo, de la crónica, quizá antes que a través de la creación literaria que aún no abandonaba el primer yo romántico (elegías, ensueños, intimidades), comenzaron a buscar el verdadero rostro de la literatura mexicana. Altamirano propuso a sus compañeros que convirtieran su arte en escuela de civilización y que aclararan a las gentes sentimientos y aspiraciones. Y Justo Sierra, como heredero representante de la generación inmediata, exigió respeto para tales intelectuales y artistas y los invistió de la calidad de profetas del porvenir y de conductores de su tiempo.

En *El Renacimiento* se escribió pensando en la posteridad que habría de juzgar; hubo conciencia del papel que el destino encomendó de preparar el futuro. Un profundo saint-simonismo —antecedente del positismo comtiano— impulsó a la generación de *El Renacimiento*: tomaron las tareas de conformar las costumbres —para lo cual era necesario conformar antes opiniones y creencias— y de conseguir la conciliación fraternitaria de la *intelligentsia* que propagara la fe en el progreso. Como agentes de la evolución de una nueva psicología, quisieron hacer que la sociedad aborreciera el disolvente pesimismo materialista, el violento relajamiento moral, y en cambio procuraron volverla humanitaria, solidaria, ordenada. Poco a poco sus sentimientos, sus ideas, su vocabulario irían integrándose al patrimonio del pueblo, al punto que puede afirmarse que su influjo aún sobrevive en

la cultura mexicana, a la que aquella generación restauradora del ideal liberal tan traicionado dio uno de sus momentos más brillantes.

En la "Despedida" a los lectores de *El Renacimiento*, Altamirano pudo ufanarse de haber logrado el objeto que se propuso al fundarla: "impulsar el progreso de la bella literatura", ya que el movimiento literario fue "inaudito" en todo el país. Venido a la capital Santiago Sierra, quedó su revista *Violetas* en manos de las poetisas Soledad Manero de Ferrer, Gertrudis Tenorio Zavala, María del Carmen Cortés, Manuela L. Verna, Constanza Vereá y Luisa Gil, que debieron estar contentas de inundar también el segundo tomo de *El Renacimiento*. Francisco Sosa y el presbítero historiador Crescencio Carrillo prosiguieron en Yucatán su *Revista de Mérida*. José Rosas y Esther Tapia de Castellanos redactaron *El Album Literario de León*. En la capital nació *La Ilustración en México*, émula de *La Ilustración Potosina* del infatigable José Tomás de Cuéllar. A quienes viniendo a México con los bohemios o recibiendo en sus provincias el mensaje de Altamirano, les era difícil rehuir la tarea nacionalista.

El espíritu del maestro animaba los afanes de los escritores y editores. José Luis Martínez, hablando de la "irradiación espiritual" de *El Renacimiento*, del despertar que propició Altamirano, habla de la aparición de treinta y cinco nuevas revistas literarias mexicanas en la década que siguió; entre ellas descollaron la edición dominical de *El Federalista* (1872-'77), *La Linterna Mágica* ('72) de Cuéllar, *El Artista* ('74-'75), *La Alianza Literaria* ('76) y *La Aurora Literaria* ('77-'81) tapatías, y *El Mundo Científico y Literario* ('78).

En 1881, Manuel Gutiérrez Nájera atestiguaba: "Los escritores de ahora valen cien veces más que los de antaño, pero no escriben. El cenáculo del *Renacimiento*, capitaneado por don Ignacio Altamirano, continúa siendo nuestro único centro literario."

Veinticinco años después de la revista, moría Altamirano en San Remo, Italia, adonde había acudido en busca de salud desde París. Al saberse en México la noticia, los bohemios que sobrevivían (habían muerto ya treinta y uno) recibieron una carta firmada por Enrique de Olavarría y Ferrari, quien, a nombre del "editor sin ejemplar" Francisco Díaz de León, invitaba a "llenar el vacío" que se sentía en la literatura nacional resucitando *El Renacimiento*. "De los que aún quedamos, algunos seguimos valiendo tan poco como entonces valíamos; muchos han alcanzado envidiable nombradía; y varios han desertado para servir a su patria y a sus ideas en culminantes puestos." Pero existían los jóvenes escritores: ellos "por el amor filial y de discípulos que le tuvieron [a Altamirano], por hacer honor a su maestro, y porque así lo deben a su propio talento, esa joven falange literaria bastará para revivir *El Renacimiento*".

La respuesta no tardó, y de todos los rincones del país comenzaron a llegar cartas de adhesión y colaboraciones. Guillermo Prieto pasaba

lista de presente todavía, como lo había hecho a lo largo del siglo en toda empresa literaria. Julián Montiel se dolía de ya no tener la juventud, las ilusiones y las esperanzas de 1869, y Roa Bárcena alegó que ya sólo serviría de estorbo. Desde la Secretaría de Relaciones Exteriores, prestó su apoyo Ignacio Mariscal; Montes de Oca agradeció la invitación e insistió en que se le siguiera llamando "Ipandro Acaico". Santacilia, Farías y Soto, Zayas Enríquez, Esther Tapia —inutilizada como estaba por una anemia cerebral—, Cuevas, Ramón Valle, Vigil, Collado, Mateos, Riva Palacio, Sierra, Chavero, Peza, todos acudieron a rescatar la literatura de los periódicos políticos en que tan efímeramente vivía, para coleccionar sus producciones con el "formador de imprenta" como a sí mismo se llamaba Olavarría. Altamirano se habría alegrado de saber que su nombre seguía teniendo prestigio y que su espíritu lograba enfervorizar a sus viejos compañeros y atraer a la juventud. "Las agrupaciones literarias fundadas en otro tiempo, suspendieron sus trabajos o murieron de inanición: ni un solo periódico consagrado exclusivamente a las amenas tareas de la bella literatura ha podido subsistir para servir de órgano a los primeros ensayos de la juventud, ni a los trabajos más serios de los antiguos escritores: reina un triste silencio en los dominios del arte; pero la reacción no se hará esperar, y ella se sobrepondrá a todas las dificultades y vicisitudes que son en México los constantes escollos de las empresas literarias: sólo la savia del vigor juvenil puede mantener frondoso el árbol de la literatura nacional", había escrito, y sus palabras se imprimieron en la Introducción de la segunda época de *El Renacimiento*. Los nuevos escritores se acercaron sin tardar: Ángel de Campo, Rafael Delgado, Salvador Díaz Mirón, Joaquín Arcadio Pagaza, José López Portillo y Rojas, Manuel José Othón, Luis G. Urbina, Emilio Rabasa, Manuel Gutiérrez Nájera.

El segundo, como el primer *Renacimiento*, quiso ser "el órgano que haga popular en nuestro país la literatura nacional, y el repertorio en que más tarde se examinen los grados de adelanto literario de la época presente", y proscribió toda intromisión de política y de fanatismos. Sólo vivió la mitad del año 1894, con las mismas dificultades de 1869: la envidia, la hostilidad de los políticos que la acusaron de *moderada* y las dificultades económicas que sangraron el capital del editor Díaz de León "amante como pocos de su patria, [y que] sin duda ha pagado caro su entusiasmo por todo lo mexicano". Doscientas producciones y veinticinco láminas contuvieron las veinticinco entregas, desde el 7 de enero hasta el 24 de junio. Se imprimían mil ejemplares y había cuatrocientos suscriptores. La revista reunió en su antología a ochenta literatos.

Puede decirse que la segunda época de *El Renacimiento* cierra definitivamente el ciclo del segundo romanticismo. En ella se pasa la antorcha a *La Revista Azul*, que comenzaron a publicar el 6 de mayo Carlos Díaz Dufoo y Manuel Gutiérrez Nájera como número semanal

de *El Partido Liberal*. Olavarría deseó a *La Revista Azul*, que inauguraba el modernismo mexicano, mayor vitalidad que la alcanzada por "los que van a morir", y le aconsejó que no restringiera "la cooperación que puedan ofrecerle los escritores mexicanos". No preveía, por los escasos números que alcanzó a ver, cuál iba a ser la sana actitud de Gutiérrez Nájera, que supo mezclar a la literatura nacionalista el ingrediente foráneo que necesitaba para dar el poderoso siguiente paso de su desarrollo.

ASOCIACIONES LITERARIAS EN LA ÉPOCA

Alicia Perales de Mercado

ACADEMIA IMPERIAL DE CIENCIAS Y LITERATURA

Con fecha 10 de abril de 1865 Maximiliano decretó la formación de una Academia de Ciencias y Literatura, cuya solemne inauguración se efectuó con el ceremonial previsto, el día 6 de julio del mismo año.

Asistieron al acto el emperador, los ministros de Estado, de Justicia, de Instrucción Pública y de Fomento; los consejeros y los académicos nombrados, así como damas y caballeros invitados, por orden del monarca. Durante la ceremonia el emperador impuso al presidente de la academia, José Fernando Ramírez, la cadena distintiva de su cargo, y fueron presentados los señores Mateo Maury y José Zorrilla. Cerraron el acto los discursos del presidente, de José María Lacunza y del subsecretario.¹

Una vez instalada la academia, sus miembros fueron agrupados en tres secciones: la filológico-literaria, la matemático-física y la filosófico-histórica. Nombráronse tres socios de número por cada rama con cinco corresponsales. Los dirigentes de esos grupos fueron: Manuel Orozco y Berra, de la filosófico-histórica; Leopoldo Río de la Loza, de la matemático-física, y Luis G. Cuevas, de la filológico-literaria. Como colaboradores de estas secciones figuraron José Salazar Ilarregui, Francisco Jiménez, Mateo Maury, Alejandro Arango y Escandón, Manuel Larrainzar, José Sebastián Segura, José G. Arriola y José Urbano Fonseca.²

La comisión encargada de redactar el reglamento estuvo integrada por los señores Leopoldo Río de la Loza, Pascual Almazán y Luis G. Cuevas. El académico Mier y Terán recibió el encargo de formular el reglamento de los certámenes literarios.³

Esta academia imperial inició sus actividades con la formulación

¹ *El Diario del Imperio*. México, 24 de enero de 1866, t. III, p. 114.

² *Ibidem*, Acta del 12 de septiembre de 1865.

³ *Ibid.*

de un programa de trabajos. En primer lugar tuvo que hacer una lista de mexicanos distinguidos sin distinción de especialidad, ni credos políticos, con el fin de honrar a la intelectualidad mexicana colocando sendos retratos en el Palacio Nacional.⁴ En seguida se propuso la academia redactar cuatro inscripciones para el monumento de Morelos que iba a inaugurarse por esos días. También se estudió el proyecto de la sección filológico-literaria respecto a la traducción y anotación de la obra de Buschmann, distinguido lingüista alemán, así como el otorgamiento del permiso para que el licenciado Agustín Caravantes publicara su gramática y diccionario de la lengua hebrea.

En noviembre de 1865, el señor Ramírez cedió la presidencia de la academia a Leopoldo Río de la Loza; y el 12 de junio de 1866, Francisco Pimentel se hizo cargo definitivo de la secretaría de la academia que había ocupado interinamente desde su fundación. Roa Bárcena quedó como segundo secretario; como tesorero, Joaquín García Icazbalceta y como bibliotecario, Manuel Orozco y Berra.⁵

Esta academia iniciada bajo tan buenos auspicios, no pudo dar los frutos apetecidos, dada la situación en que fue creada y su breve vida, pues aun antes de la caída del imperio la academia suspendió sus trabajos en 1866. Sin embargo, hay que hacer notar que dicha academia se proponía regir en todo el país en lo tocante a ciencias y a literatura, y que fue la que aprobó la célebre novela de Luis G. Inclán, *Astucia*, para que fuese publicada en los años de 1865 y 1866. Correspondió a esta academia el honor de registrar a la auténtica novela mexicana que más tarde había de reconocerse como la mejor del siglo.

ASOCIACIÓN GREGORIANA

En los primeros años de la vida colonial, México contó con varios colegios que preparaban a los nuevos grupos sociales que resultaron de la conquista. Así fue como fray Pedro de Gante fundó el primer plantel de enseñanza en América en 1523, llamado Escuela de San Francisco de México, dedicado a la clase indígena principalmente. Más tarde, en 1536, fray Juan de Zumárraga, primer obispo de México, inauguró un centro educativo para favorecer la instrucción superior de los aborígenes, que llamó colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. De esta escuela salieron indios bien preparados que se constituyeron en maestros.

Transcurridos algunos años, aquellos individuos, hijos de indígenas y españoles, formaron un grupo numeroso y abandonado: el de los mestizos. Para esta nueva clase social el virrey don Antonio de Mendoza fundó el colegio de San Juan de Letrán, que había de perdurar hasta los años independientes.

⁴ *El Diario del Imperio*, Acta núm. 6, p. 115.

⁵ *Ibidem*, Actas núms. 11, 32.

Con la fundación del colegio de Santa María de Todos los Santos y la llegada de los jesuitas en 1572, el ambiente cultural mejoró notablemente. A la Compañía de Jesús se debe la fundación del colegio de San Pedro y San Pablo, y de los seminarios de San Miguel, San Bernardo y San Gregorio, inaugurados entre 1574 y 1576. El éxito alcanzado por estos centros educativos fue tan grande que los colegios de San Miguel y San Bernardo se unieron en uno solo, en 1583, con el nombre de San Ildefonso; el colegio de San Pedro y San Pablo tuvo edificio propio y el de San Gregorio quedó destinado únicamente para los indígenas.⁶

El colegio de San Gregorio, antes mencionado, es pues el antecedente del colegio del mismo nombre restaurado en 1829 por Juan Rodríguez Puebla. Tal vez ésta fue su segunda reinstalación porque con la expulsión de los jesuitas en 1767, el colegio tuvo que venir a menos y entonces fue levantado por Juan Chavarría, catedrático de San Gregorio, al que se consideraba erróneamente, en el siglo XIX, fundador del colegio. Remóntase pues su instalación al primer siglo colonial y se debe ésta a los jesuitas.

Durante el lapso en que Rodríguez Puebla estuvo al frente del colegio, éste prosperó enormemente. Formáronse academias de profesores y alumnos. Pero desgraciadamente murió su benefactor en 1848, y durante la dictadura de Santa Anna fue clausurado, y más tarde, en 1853, entregado a los jesuitas, sus legítimos fundadores, bajo cuya dirección estuvo poco tiempo, pues con las guerras de Reforma y del imperio desapareció definitivamente.

Fue este plantel, destinado a los alumnos indígenas y a los pobres, el centro educativo más importante durante muchos años, por el número y calidad de los estudiantes que habían salido de sus aulas.

Pasados los años, el 12 de marzo de 1866, los ex alumnos "se unieron un día, buscando en los recuerdos de la juventud las lecciones olvidadas y la sí abandonada práctica del amor fraternal; y para mitigar las dolencias del enfermo, el rudo golpe de la miseria en el pobre, los sufrimientos del preso, las amarguras sin número del proscrito, unidos en ese día y reedificando con el aliento de sus corazones la santa casa hoy destruida y profanada, juraron no separarse más y ayudarse siempre, cumpliendo así la misión que voluntariamente se impusieron".⁷

Don Ignacio Trigueros, protector del colegio, reunió a ciento ochenta ex alumnos pertenecientes a todas las clases sociales y partidos políticos con el propósito de constituir una asociación que se llamó gregoriana. La corporación fue un centro de cordialidad y compañerismo en una época en que la situación política suscitaba el odio y la ene-

⁶ Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana*, 4ª ed. Editorial Porrúa, S. A. México, 1949, p. 7.

⁷ *Asociación Gregoriana*, Banquete inaugural celebrado el 12 de marzo de 1866. Discurso, poesías e improvisaciones pronunciadas en él, Imprenta de M. Munguía, México, 1866.

mistad. El fin que perseguía la asociación era la protección mutua; se buscaba la ayuda fraternal de todos y cada uno de los miembros de la agrupación, en caso de miseria, enfermedad o prisión, esta última tan frecuente en épocas de inseguridad política.

A partir de 1866 las sesiones solemnes de esta asociación celebrábanse el 12 de marzo de cada año, fecha en que se conmemoraba la fundación del colegio, y la festividad del patrono del mismo, San Gregorio Magno.

Las reuniones anuales se efectuaron en la casa de campo "Petit-Versailles", en la hacienda de la Teja y en el Tívoli de Bucareli o Recreo Mexicano. A dichas reuniones, que se prolongaron hasta 1892, aproximadamente, asistieron numerosas personas que pertenecieron al colegio de San Gregorio y otras, como Ignacio M. Altamirano y Rafael Martínez de la Torre, que aunque no fueron alumnos de San Gregorio, fueron admitidos en el grupo por la simpatía que tenían para la asociación.

Estas celebraciones se extendieron a algunos Estados de la república en donde residían los gregorianos ausentes de la capital. En Toluca, Texcoco y Pachuca tuvieron lugar festividades análogas en los mismos días.⁸

Como es de suponerse, los temas preferidos en estos banquetes anuales fueron los relacionados con la asociación. En discursos o poesías líricas, se recordaba a los gregorianos desaparecidos y a los que padecían persecuciones políticas.

José Tomás de Cuéllar, menos que mediano poeta, prestó siempre su concurso a estas celebraciones. Sin embargo sus poemas "Por los muertos", "Por los desgraciados" y "Por los viejos" fueron muy aplaudidos por los concurrentes.⁹

En su calidad de antiguos alumnos del Colegio de San Gregorio, Ignacio Ramírez asistió a muchas reuniones anuales, habiendo contribuido a ellas con algunos de sus mejores poemas: "A la fraternidad" (1867), "Por los desgraciados" (1868), "Por los gregorianos ausentes" (1870) y "Por los gregorianos muertos" (1872), en los que se muestra el estro poético y la filosofía estoica de "El Nigromante".¹⁰

Con unas quintillas festivas, "Recuerdos de la vida de colegio", se presentó un ex alumno de San Gregorio, don Vicente Riva Palacio. Sus versos recordaban los días de colegio y describían los aspectos más característicos de la vida de estudiante, con sus infortunios y conspiraciones. Riva Palacio recordaba también los apodos y el deplorable aspecto, greñado y roto, del estudiante que prefiere el ocio y odia el

⁸ *Asociación Gregoriana*, Segundo banquete fraternal celebrado el 12 de marzo de 1867, Imprenta Económica, México, 1867.

⁹ "Por los viejos", brindis en el 23º banquete anual de la Asociación Gregoriana, marzo 12 de 1889 (por José T. Cuéllar).

¹⁰ *Asociación Gregoriana*, séptimo banquete fraternal verificado el 12 de marzo de 1872, Imprenta del Comercio, México, 1872.

gobierno de la palmeta y el encierro. En 1868 ocupó la presidencia del grupo e invitó a la asociación a la velada literaria que se organizó en su casa, y durante la cual se obsequió al maestro Altamirano una hermosa edición de *El paraíso perdido* de Milton.¹¹

Otro de los poetas concurrentes fue Juan A. Mateos que rememoró sucesivamente al protomártir mexicano Felipe de Jesús, a Zaragoza, triunfador del 5 de mayo, y a Miramón que sucumbió en el Cerro de las Campanas. También dedicó a la asociación sus poemas "A la fraternidad" y "A los muertos".

Otros colaboradores de las reuniones que cada año celebraban los gregorianos fueron: José María Iglesias, Rafael Herrera, Gabriel María Islas, José María Lozano, Joaquín Alcalde, Joaquín Téllez, presbítero Manuel María Herrera y Pérez, Manuel María Ortiz de Montellano, José María Gambino, Isidro Díaz, Santiago Cuevas, Pedro Landázuri, Sebastián Lerdo de Tejada, Gregorio Gómez Zozaya, Carlos M. Escobar, Luis Malanco, Francisco Clavería, Jesús Alfaro, Antonio María Ramírez, Juan G. Morales —quien pronunció en una ocasión una alocución en la lengua mexicana— y Manuel Valadez.

Los cronistas que reseñaron los banquetes anuales siempre tuvieron frases de elogio para las obras realizadas por la asociación, que contó más de quinientos miembros y publicó una serie de cuadernos anuales donde aparecieron los trabajos con que los socios amenizaban los banquetes de aniversario.

A imitación de esta asociación, se fundaron otras que perecieron antes que ella, como la Asociación Alonsiaca, la Seminarista y la Laterana.

LICEO MEXICANO

No bien se restauró la república cuando, en el mes de agosto de 1867, José Tomás de Cuéllar conocido también con el seudónimo de "Facundo", convocó a sus amigos para que se formaran las bases de un teatro nacional. Las reuniones preliminares tuvieron lugar en "la casa pompeyana" de Schiaffino. El fin de las citadas reuniones fue trabajar con empeño por el teatro mexicano. El nombre que se dio a esta agrupación fue El Liceo Mexicano (que no tuvo relación con el que más tarde se fundaría con el mismo nombre).

La sesión inaugural tuvo lugar en la sala de actos de San Juan de Letrán el domingo 4 de agosto. Una vez que se integraron las diferentes secciones se iniciaron los trabajos. La sección dramática, que fue la más empeñosa, se reunía todas las noches en casa del señor José María Lafragua, y se proyectaba que para el día 15 empezaría a dar funciones la compañía que dirigía el liceo.¹²

¹¹ *Asociación Gregoriana*, tercer banquete fraternal celebrado el 12 de marzo de 1868, Imprenta del Comercio, México, 1868.

¹² *El Siglo XIX*, México, 4 de agosto de 1867, "Revista de la Semana", pp. 2 y 3.

La alocución que dirigió el señor Cuéllar a los congregados el día de la instalación señaló los derroteros de una literatura nacional. Inició su discurso proclamando el valor de la asociación en los términos siguientes: "Reconocido universalmente el axioma de que la unión constituye la fuerza, el espíritu de asociación desarrollado, ante esta idea, desde los primeros tiempos ha sido la palanca social más poderosa para el progreso de las naciones y a esta fuerza múltiple debe el mundo las instituciones más notables. Si la asociación —añade— data de épocas tan remotas; si los sabios de Roma y de Grecia nos dieron el ejemplo; si la antigüedad de los liceos, universidades y academias nos es tan conocida; si recorriendo la historia palpamos las inmensas ventajas de la unión de los esfuerzos; y si en el presente tenemos como la más palmaria prueba de sus ventajas la rápida civilización de los Estados Unidos, ¿por qué permanecemos aislados?" Y más adelante afirmaba enfáticamente: "Debemos asociarnos, fraternizar y trabajar con fruto en una empresa, noble y grande." ¿Cuál es esta empresa?, se preguntaba Cuéllar. Y respondía con energía: la literatura nacional, su creación por el estímulo, por la discusión, por la asociación. Ya para terminar su pieza oratoria tan llena de fuerza y de vigor admirables, José Tomás de Cuéllar habló de lo que se proponía el Liceo Mexicano: "Será un cuerpo moral que promueva la gran revolución, el levantamiento en masa de los hombres de corazón y de inteligencia, Que no haya —exclamaba casi a gritos— un solo hombre útil en toda la extensión de la República que deje de oír nuestra voz de asociación."¹³

En un comentario, publicado en la Revista de la Semana de *El Siglo XIX*, sobre la fundación del liceo, se decía: "En México el espíritu de asociación parece horrorizar a las gentes... el buen deseo, el trabajo y la actividad del señor Cuéllar sin la cooperación de los demás, serán inútiles. ¡Ay! la constancia no es sin duda la gran cualidad de nuestra raza."

Desgraciadamente las palabras anteriores fueron de profeta, porque el Liceo Mexicano, a pesar de los enérgicos esfuerzos realizados por José Tomás de Cuéllar, pronto siguió la triste suerte de otras asociaciones.

VELADAS LITERARIAS

Triunfante la república en 1867, después del dramático episodio del Cerro de las Campanas, se inició un vigoroso movimiento de renovación en las letras patrias, cuyo principal animador habría de ser Ignacio Manuel Altamirano.

El poeta Luis G. Ortiz, que se había distinguido por sus poesías eróticas firmadas algunas veces con el seudónimo de "Heberto", tuvo la idea de agrupar a sus amigos para que escucharan y juzgaran una

¹³ *El Siglo XIX*, México, 11 de agosto de 1867, p. 3.

comedia escrita por el joven español Enrique de Olavarria y Ferrari, quien deseaba conocer a los autores y críticos mexicanos para poder así hablar de ellos en España. Ésta fue la primera de una serie de aproximadamente doce reuniones que se efectuaron con gran entusiasmo de las personalidades literarias más destacadas en la época. Nacidas sin premeditación, estas Veladas Literarias surgían del entusiasmo que animaba a los literatos para contribuir al progreso de la literatura nacional. A instancias de Altamirano, algunas de las composiciones poéticas presentadas en ellas se publicaron en cuadernos mensuales que aparecieron en 1867 y 1868.

El volumen formado por estas publicaciones tiene un prólogo anónimo, probablemente de Altamirano, en el que se recuerda el espíritu que reinó en las Veladas Literarias.¹⁴ Aparecieron en estos cuadernos composiciones de Guillermo Prieto, "Fidel" ("El emigrado", "Desconfianza y recuerdo"); Ignacio Manuel Altamirano ("El Atoyac", "María"); Luis G. Ortiz ("El abandono", "Una gota", "Mi fuente" y "Su sombra y su voz"); Vicente Riva Palacio ("La siesta"); Enrique de Olavarria y Ferrari ("Una flor"); José Tomás de Cuéllar, "Facundo" ("La caridad", "El jugador"); Ignacio Ramírez, "El Nigromante" ("A la Patria"); Manuel Peredo ("El fin de año", "A la noche", "Consortio imposible"); Alfredo Chavero ("A Baco", "A Alarcón"); Juan Clemente Zenea ("La peregrinación"); Julián Montiel ("A...", "A una violeta", "A Luz"); Joaquín Téllez ("La cerveza"); Joaquín Villalobos ("Los dos mundos", "Colón e Isabel"); Justo Sierra ("Dios", "El canto de las hadas"); José Rosas Moreno ("¿En dónde está la dicha?"); Juan Pablo de los Ríos ("El hogar"); Timonel ("Anacreónticas"); Rafael González Páez ("En un álbum A...", "Un canónigo a su sotana"); Agustín E. de B. y Caravantes ("Aspiración"). De Rafael Martínez de la Torre se publicó el discurso que pronunció en una de las veladas, en el que, dirigiéndose a los poetas, los exhortó en estos términos: "Poetas de mi patria, que las bendiciones del cielo sobre esta tierra la fecundicen por la obra de los hombres, a vosotros toca predicar la paz, con ella, vuestras páginas harían el libro de oro en la República."¹⁵

¹⁴ *Veladas Literarias*, Colección de poesías, leídas por sus autores en una reunión de poetas mexicanos, Imprenta de F. Díaz de León y S. White, México, 1867, Prólogo (p. 5): "Las poesías que contiene este libro son los primeros acordes de la lira mexicana, modulados bajo la oliva de la paz. De regreso al hogar, después de las batallas hay una fiesta de familia, en la que los poetas se estrechan como hermanos y ensayan de nuevo sus cantos favoritos. Los improvisados guerreros se desciñen la espada del combate para entonar el himno de la patria. El soldado recuerda sus campañas, el viajero describe sus viajes y el expatriado vuelve conmovido a visitar la tumba de sus padres. Todos, a su retorno, vienen a abrir una página literaria en los anales de México. Recuerdos, impresiones y fantasías, los ayes del infortunio y los himnos de la victoria. He aquí el espíritu de las veladas. Si este libro fuere aceptado por los amantes de las letras, quedará destinado a recoger en adelante las olvidadas flores de la literatura nacional."

¹⁵ *Opus cit.*

Los años que siguieron al triunfo de la república, pueden considerarse como una etapa de verdadero renacimiento de las letras nacionales. Se advirtió un inusitado deseo de colaboración de los partidos políticos cuyas luchas habían contribuido al estancamiento de las letras. En el prólogo al periódico *El Renacimiento* (México, 1869), escrito por Altamirano, se hace un llamado inteligente a los escritores de todos los partidos para que uniendo sus esfuerzos formaran un tronco frondoso de cuyas ramas salieran los frutos que honrarán a la patria. El apóstol de esta empresa fue Altamirano que alzó su voz de paz para unir a los literatos en una admirable comprensión.

La doctrina nacionalista de Altamirano se halla expuesta en diversas obras del maestro, ya sean prólogos, artículos o comentarios. Particularmente interesantes son los estudios que publicó con los títulos: *Carta a una poetisa*, *De la poesía épica y de la poesía lírica* y *Revista literaria de 1868*.¹⁶ En esta última, Altamirano hace un minucioso recorrido desde los días de oro de la Academia de Letrán y de sus miembros más destacados para avivar el movimiento que ahora nos ocupa, en los términos siguientes: "Lo repetimos: el movimiento literario es visible. Hace algunos meses todavía, la prensa no publicaba sino escritos políticos u obras literarias extranjeras. Hoy se están publicando a un tiempo varias novelas, poesías, folletines de literatura, artículos de costumbres y estudios históricos, todo obra de jóvenes mejicanos, impulsados por el entusiasmo que cunde más cada día. El público, cansado de las áridas discusiones de la política, recibe con placer estas publicaciones, las lee con avidez, las aplaude; y todo nos hace creer que dentro de poco, podrá la protección pública venir en auxilio de la literatura y recompensar los afanes de los literatos, no siendo ya este trabajo estéril y sin esperanza."¹⁷ Continúa hablando del campo virgen que tienen el novelista, el historiador y el poeta, para afirmar que éstos poseen la misma riqueza que el agricultor o el industrial. Recorre hábilmente la novelística mexicana del siglo xix y hace una apreciación de Lizardi, Payno, Fernando Orozco y Berra, Florencio M. del Castillo, Juan Díaz Covarrubias, José Rivera Río, Nicolás Pizarro Suárez, José María Ramírez, Juan Pablo de los Ríos, Juan A. Mateos, Vicente Riva Palacio; igualmente estudia a los poetas Chavero y Prieto; así como al crítico teatral Manuel Peredo y al cuentista José Tomás de Cuéllar. Refiriéndose ya concretamente a las Veladas Literarias nos habla de los diferentes géneros que cultivaron sus miembros afirmando que: "La reunión que asiste a las veladas literarias, es el apostolado del porvenir. Allí se escucha el acento sublime de la oda, la voz vibrante del canto guerrero, las suspirantes notas de la trova amorosa, la voz risueña de la burla. Allí la sátira habla su lenguaje

¹⁶ Ignacio M. Altamirano, *Obras*, Rimas, Artículos literarios, Imp. de V. Agüeros, editor, México, 1899. Altamirano... *La literatura nacional*, Edición y prólogo de José Luis Martínez, Editorial Porrúa, S. A., 1949, tt. I y II.

¹⁷ *Opus cit.*, Imp. de V. Agüeros, pp. 359-360.

punzador y tremendo, la crítica analiza los monumentos literarios de las naciones extrañas, la novela y la leyenda arrebatan la imaginación.”¹⁸ Esto contribuía al renacimiento en todos los aspectos de la literatura.

El movimiento literario en México (México, 1868), obra debida al cubano Pedro Santacilia, secretario y yerno de Benito Juárez, mereció el elogio de la Academia de la Lengua Española, por la exquisitez de su lenguaje. En el libro antes mencionado nos dice que una vez que la confianza reinó en el país, vino la prosperidad, traduciéndose desde luego en la fundación de veladas literarias, liceos de la misma naturaleza que las anteriores, academias industriales, empresas de ferrocarril, compañía de telégrafos, fábrica de gas y lonja mercantil.

El movimiento literario surgido de la simple lectura de la comedia *Los misioneros de amor* de Olavarría, no fue sino el pretexto para que florecieran los poetas de la Academia de Letrán, del Liceo Hidalgo y los jóvenes que habían permanecido mudos durante el lapso de las revoluciones.

Estas veladas acogidas con tanto interés sólo subsistieron seis meses. La ausencia de reglamento hacía que el trabajo realizado fuera espontáneo y solamente se obedeció el lema “Orden y cordialidad”. Este carácter de familiaridad que hubo en estas veladas no volvió a reinar en asociación literaria alguna.

El objetivo principal de estas reuniones literarias, fue buscar los medios adecuados para el progreso de la literatura nacional, abandonada durante algún tiempo en favor del periodismo de combate y las luchas fratricidas. Estas veladas llegaron a su fin cuando se celebraron en casas cuya opulencia lastimaba la modestia de algunos participantes, como las verificadas en las residencias de Riva Palacio, Martínez de la Torre o Schiaffino, reseñadas por Altamirano con riqueza de pormenores, en contraste con las sencillísimas casas que ocuparon Ignacio Ramírez y Alfredo Chavero, que también organizaron veladas literarias. Pero en nada afectó el lujo o la pobreza al deseo de perfección en los trabajos literarios que se venía persiguiendo desde los días de Letrán. Altamirano dice que las reuniones se suspendieron a causa de las funciones de teatro y otras circunstancias puramente de actualidad. Enrique de Olavarría y Ferrari afirma que terminaron éstas porque así lo quiso Altamirano con la aprobación de todos.

Esta clausura de las Veladas Literarias se debió posiblemente al derroche de lujo de las últimas reuniones, cosa que no iba de acuerdo con la pobreza de la nación y con la triste situación de las clases inferiores que padecían miseria y luto por los seres desaparecidos en la lucha. Y puesto que estas fiestas fueron organizadas por los integrantes del partido liberal triunfante, tal vez Altamirano, al percatarse de esta anomalía, creyó conveniente suspender dichas veladas, a pesar del bien que aportaron a la literatura.

¹⁸ *Opus cit.*, pp. 368-369.

RESEÑA HISTÓRICA DE LAS VELADAS LITERARIAS

Las Veladas Literarias no tuvieron fecha determinada de celebración. La reseña que sigue está apoyada en las noticias que proporcionan algunos artículos publicados en los diarios de la época, así como reseñas históricas de la literatura de esos años.

El orden aproximado en que se sucedieron las veladas fue el siguiente:

Veladas	Fecha de celebración	En casa de
Primera . . .	entre el 20 y el 30 de noviembre de 1867 . . .	Luis Gonzaga Ortiz
Segunda . . .	4 ó 6 de diciembre de 1867	Ignacio M. Altamirano
Tercera . . .	— — diciembre de 1867	Agustín Lozano
Cuarta . . .	30 de diciembre de 1867	Luis Gonzaga Ortiz
Quinta . . .	13 de enero de 1868 . . .	Manuel Payno
Sexta . . .	20 de enero de 1868 . . .	Joaquín Alcalde
	— — — — . . .	Vicente Riva Palacio
Séptima . . .	12 de febrero de 1868 . . .	Rafael Martínez de la Torre
Octava . . .	7 de marzo de 1868 . . .	Alfredo Chavero y Juan A. Mateos
Novena . . .	14 de marzo de 1868 . . .	Ignacio Ramírez y Agustín Siliceo
Décima . . .	— — — — . . .	Schiaffino
Undécima . . .	— — — — . . .	Schiaffino
Duodécima . . .	25 de abril de 1868 . . .	Vicente Riva Palacio

Puede observarse que en el cuadro anterior tenemos como quinta velada literaria la habida en casa de Manuel Payno, cosa que está en contradicción con el artículo que el maestro Altamirano publicó en *El Siglo XIX*,¹⁹ titulado “La quinta velada literaria”, en el que reseña la reunión en casa de Joaquín Alcalde, que en nuestro cuadro está en sexto lugar. La discrepancia proviene de la reseña que Olavarría y Ferrari hace de las veladas en su *Historia del teatro en México*²⁰ en donde menciona como tercera velada la organizada en casa de Agustín Lozano —“que sin ser literato era amigo de los cultivadores de las bellas letras”—, reunión que el maestro Altamirano no menciona. Desconócese el motivo de esta omisión; posiblemente se deba a que el maestro no asistió a ésta y después la olvidó o bien que Olavarría

¹⁹ *El Siglo XIX*, México, 6 de febrero 1868, pp. 2. 3. Altamirano, Ignacio M., *La literatura nacional*, Edición y prólogo de José Luis Martínez, Editorial Porrúa, S. A., México, 1949, t. I, 195-209.

²⁰ Enrique de Olavarría y Ferrari, *Historia del teatro en México*, Segunda edición. Imp. La Europea”, México, 1895, t. III, pp. 30-34.

con el transcurso de los años haya confundido la sucesión exacta de las veladas. Exceptuando lo anterior, todas las demás veladas coinciden más o menos (cuestión de días) con los datos de Altamirano, Olavarría y Prieto.

Entre los escritores que concurrían a las veladas, la voz más autorizada fue la de su principal promotor, Altamirano, quien recitó en ellas versos saturados de nacionalismo como "El Atoyac", en donde el paisaje tropical es el asunto principal, y su oda a "María". Estas composiciones apoyadas en las exposiciones doctrinarias del maestro, contribuyeron a iniciar el movimiento nacionalista en nuestras letras. Ignacio Ramírez se distinguió por el tono satírico de los poemas que dio a conocer en las veladas: "Invocación a la musa" y "A la patria". Pero la misión principal que realizó Ramírez en las veladas fue la crítica, muy bien recibida por los escritores que buscaban no sólo aplausos sino la fina observación que les permitía superarse.

Don Vicente Riva Palacio, figura distinguida en nuestra historia política y literaria, reunió en su casa a los participantes de las veladas, ofreciéndoles espléndido recibimiento. La contribución poética de Riva Palacio consistió en el romance popular "Siesta deliciosa" y la lectura que hizo Joaquín Alcalde de los primeros capítulos de la novela *Calvario y Tabor*, cuyo tema era la reciente lucha contra el imperio.

José Tomás de Cuéllar introdujo en las veladas la poesía imbuida de ciencia; así sus apólogos "Los árboles", "Las palmas" y "Las flores" son ejemplo de este tipo de poesía. El antiguo fundador de la Academia de Letrán, Guillermo Prieto, de regreso del destierro que padeció durante la época del imperio, se alegró de encontrar en las veladas a la nueva generación que le sucedería y dejó oír su voz lírica con los poemas "Éter y ensueños", "Flores marchitas" y "La fe". Otro de los escritores, al que se considera introductor de la novela folletinesca en México, Manuel Payno, contribuyó con el poema "Las flores".

Numerosos poetas jóvenes se dieron a conocer en las veladas. Martín Fernández de Jáuregui presentó el romance de costumbres "El coleadero", y José Rivera Río sus poesías "Corazones blindados" y "Dolor supremo". El llamado "oficial calavera", Joaquín Téllez, hizo reír a la concurrencia con sus composiciones festivas. Poesía llena de pasión fue la presentada por Julián Montiel. Juan A. Mateos, que en unión de Alfredo Chavero invitó a una de las veladas, recitó sus poemas "Jesucristo", "Su imagen", "Mi sombra y yo". El crítico teatral Manuel Paredo presentó el poema "Consorcio imposible" que mereció la publicación en uno de los folletos de las Veladas Literarias. El poeta cubano Juan Clemente Zenea, leyó un poema épico de reminiscencias clásicas, aunque de asunto americano, el cual agradó al criterio nacionalista que privaba en las veladas. Los hermanos Gonzalo y Roberto Esteva contribuyeron con sendas poesías que fueron muy aplaudidas por la concurrencia. Las composiciones de José Rosas Moreno, Hilarión Frías y Soto, José María Ramírez, Manuel Sánchez Facio y Joaquín Villalobos completaron el cuadro de estas animadísimas sesiones.

Justo Sierra guardó siempre un feliz recuerdo de la noche en que se presentó a la velada efectuada en casa del novelista Manuel Payno. En ella se dio a conocer con sus bellas poesías "Playera", "Dios", "El genio" y "El canto de las hadas", composiciones éstas que fueron recibidas con aplauso y admiración por los escritores que lo escucharon.²¹ Sierra conservó el recuerdo de esta reunión como un honor a él conferido. Al recordar aquella velada exclamó: ¡Qué hombres había allí, la nobleza, la alta nobleza de las letras de la patria! Y puesto que en esa velada había conocido al ilustre maestro Altamirano fue motivo para que escribiera Sierra una de sus célebres cartas que se recogen en el tomo de *Crítica*,²² leída en la sesión solemne con que el Liceo Mexicano despidió al maestro cuando en 1889 partió a Europa. Después de citar a personalidades como Prieto, Ramírez y Riva Palacio, se detuvo en Altamirano para hacer patente su labor magisterial en todo su esplendor y la labor del literato nacionalista en la teoría y en la práctica.²³

Juan de Dios Peza, otro de los jóvenes asistentes, recordaba también con entusiasmo estas veladas: según sus propias palabras fue llevado "por una persona de respeto" cuando contaba quince años, a la sesión celebrada en casa de Martínez de la Torre. Allí conoció a los literatos más ilustres de aquella época y cuenta que, al despedirse de Altamirano, éste le dijo: "Ahora sí, hijo mío; a estudiar mucho y a escribir sin miedo, ha renacido la literatura nacional y hay que cantar a la patria libre y unida."²⁴ Palabras que son características de la forma en que trataba Altamirano a la juventud literaria de su tiempo. Prieto, que también estuvo presente, le anunció a Peza una nueva publicación que recogería las producciones literarias de los allí asistentes. Se refería sin duda a la revista *El Renacimiento*, que aparecería en enero de 1869.

Como puede observarse, todos los géneros poéticos fueron cultivados y analizados en las Veladas Literarias. La épica, que mereció un estudio pormenorizado de Altamirano a lo largo de sus estudios literarios, estuvo representada por el poema de Esteban González titulado "Zaragoza", que seguía la orientación nacionalista señalada por Altamirano. El cultivo de las letras clásicas se mostró en la traducción que hizo Chavero de algunos fragmentos de Homero.

La crítica literaria indispensable para el progreso de las letras, la ejerció en las veladas Ignacio Ramírez, con razones y conocimientos literarios que le valieron ocupar la "silla del magisterio". Compartían

²¹ Ignacio M. Altamirano, *opus cit.* "Veladas Literarias", *La literatura nacional*, t. II, p. 55.

²² Justo Sierra, *Obras completas*. Crítica y artículos literarios, Edición y notas de José Luis Martínez, Imp. Universitaria, México, 1948, pp. 380-386.

²³ Justo Sierra, "Carta", en *El Liceo Mexicano*, 1889, p. 43.

²⁴ Juan de Dios Peza, *De la gaveta íntima*, Memorias, reliquias y retratos, Librería de la Vda. de Bouret, París-México, 1911, p. 234.

este derecho Altamirano y Schiaffino, este último uno de los mecenas de la época.

Las literaturas extranjeras se frecuentaron al través de los trabajos presentados en las veladas, las clásicas de Grecia y Roma y de las modernas la francesa y la alemana. De ésta, Altamirano pedía que se hicieran traducciones que ayudarían al desarrollo de la literatura nacional.

De lo antes dicho puede colegirse que las Veladas Literarias señalaron un verdadero renacimiento de las letras en el corto tiempo en que se celebraron, de noviembre de 1867 a abril de 1868; y que sin su conocimiento, no puede tenerse cabal idea de nuestra literatura durante el periodo denominado, por sus propósitos, nacionalista.

BOHEMIA LITERARIA

Cuando las Veladas Literarias de 1867 se dieron por terminadas, el grupo de literatos que las animó no se disgregó, sino que continuó reuniéndose en la casa del maestro Altamirano. Aquel grupo de amigos leían sus composiciones en aquellas veladas privadas, y asistían juntos a los teatros, de donde recibió el conjunto el nombre de Bohemia Literaria. Esta reunión de bohemios invitaba a las fiestas oficiales y a los espectáculos públicos.²⁵

Continuaron en esta actividad hasta 1872, fecha en que la situación política del país se agravaba más y más, pues las revoluciones se extendían sin remedio por todo el país. A pesar de ello la Bohemia Literaria no perdía su entusiasmo y organizó una velada literario-musical, en la que tomaron parte algunos bohemios de reconocidos méritos. Entre los más importantes deben citarse a Justo Sierra, José Rosas Moreno, Aniceto Ortega y Antonio García Cubas.

La linterna mágica fue el órgano de publicidad de la Bohemia Literaria. Entre los principales colaboradores deben mencionarse a Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Ignacio M. Altamirano, Gostkowski, Manuel Peredo, Calibán, Joaquín Téllez y José Monroy. La revista quedó dividida en tres secciones: la primera se dedicó a publicar las novelas de José T. de Cuéllar, "Facundo", la segunda se destinó a poesías y la tercera a ilustraciones. El director de esta publicación sabatina fue José Tomás de Cuéllar. De este semanario sólo aparecieron o se conservan once números,

En este periódico se publicó el *Discurso sobre la poesía erótica de los griegos*, leído en el Liceo Hidalgo por Ignacio Ramírez y del cual se habla extensamente al reseñar las actividades del Liceo Hidalgo. Las poesías publicadas se debieron a Manuel de Olagüibel. Los dibujos en que abunda la publicación, son obra de los caricaturistas más no-

²⁵ Enrique de Olavarria y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México*, Imp. "La Europea", México, 1895, t. III, pp. 34, 35, 103, 104, 124.

tables del siglo: José María Villasana, Alejandro Casarín y Jesús Alamilla.²⁶

No debe confundirse esta publicación con la colección de novelas que publicó José T. de Cuéllar con el nombre colectivo de *La linterna mágica*.

SOCIEDAD LATERANA

A semejanza de la Asociación Gregoriana, surgió en 1863 la Sociedad Laterana, instalada por los ex alumnos del Colegio de San Juan de Letrán, Guillermo Prieto e Ignacio M. Altamirano.²⁷

En el mes de julio la asociación adoptó como patrono a fray Pedro de Gante, fundador del Colegio de Letrán. La mesa directiva quedó integrada por los escritores Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Ignacio M. Altamirano y José María Castillo.²⁸

No se conservan noticias de los trabajos realizados por esta Sociedad de carácter mutualista, que pronto desapareció, pero debe citarse por la colaboración que recibió de los literatos distinguidos de la época y que tal vez en alguna de sus reuniones contribuyeron con poesías o piezas oratorias de calidad literaria.

SOCIEDAD NETZAHUALCÓYOTL

El grupo de poetas y escritores jóvenes que iniciaron sus trabajos literarios hacia 1867, siguiendo la ruta nacionalista que les señalaba Ignacio Manuel Altamirano, a quien reconocían como maestro, integraron una asociación literaria que llamaron Sociedad Netzahualcóyotl, en recuerdo del legendario poeta chichimeca, y en él deseaban exaltar una figura que representaba nuestro pasado indígena.

Un entusiasta favorecedor de la juventud, según el maestro Altamirano, fue el licenciado Sánchez Solís, director en una época del Instituto Científico y Literario de Toluca, quien celebró en su casa el primer aniversario de la fundación de la Sociedad Netzahualcóyotl, instalada el 21 de abril de 1868. Esta reunión de aniversario fue presidida por Francisco Zarco, a quien los socios nombraron presidente del grupo. Altamirano dice en las crónicas de la semana de *El Renacimiento* que esta asociación fue digna de alabanza por su entusiasmo y por el talento de sus miembros.

Gracias a don Anselmo de la Portilla pudieron publicarse los *Ensayos literarios de la Sociedad Netzahualcóyotl*, tanto en el periódico *La Iberia* como en un folleto que circuló entre los socios. Los poemas impresos en dicho folleto pertenecen en su mayoría a Manuel Acuña

²⁶ *La Linterna Mágica*, Periódico de la Bohemia Literaria, Imp. y lit. de la Bohemia Literaria, México, 1872.

²⁷ *El Siglo XIX*, México, 22 de marzo de 1868.

²⁸ *Ibidem*, México, 14 de julio de 1868.

y sólo dos composiciones son de Ignacio Manuel Altamirano. Las poesías que se publicaron de Acuña fueron: "La brisa", "Madrigal", "Aislamiento", "A Ch.", "Una limosna", "Un sueño", "Amor", "Pobre flor", "San Lorenzo", "Dolora", y "Amar y dormir"; y las de Altamirano, "El Atoyac" y "La salida del sol".²⁹

La Sociedad Netzahualcōyotl tuvo como objetivos principales buscar una literatura propia, reformar el teatro e impulsar las publicaciones. Manuel Payno fue el prologuista del periódico órgano de esta sociedad, *El Anáhuac* (México, 1869), donde se publicaron poemas como "Ramera" y "Amar y dormir" de Acuña, cuyo "sensualismo" ocasionó una estricta censura por parte de los redactores de "La Sociedad Católica". Cuando se suspendió la publicación de *El Anáhuac*, sus colaboradores pasaron a serlo de la revista literaria *El Renacimiento*. El folletín de *La Iberia* dio a conocer la evolución de la poesía de Acuña, realizada en la Sociedad Netzahualcōyotl; y el mismo Acuña publicó en *El Eco de Ambos Mundos* una prosa "A una flor" que se inicia con ¡Pobre flor!, título de una de sus poesías publicadas en los *Ensayos*, pero esta vez firmada con las iniciales I. A., equivalentes a Ignacio Acuña, nombre poco conocido del poeta suicida.

Fue presidente de la sociedad el joven Ricardo Ramírez, hijo del conocido "Nigromante", y deben citarse entre los socios más distinguidos a Manuel Acuña, Agustín F. Cuenca, Francisco Ortiz, Pablo Sandoval, Francisco G. Cosmes, Gerardo M. Silva, Javier Santamaría, Alfredo Higareda, Miguel Portillo y Rafael Rebollar.³⁰

En la reunión del 9 de mayo de 1872, Manuel Acuña en unión de Cuenca y Gerardo Silva, reinstaló la Sociedad Netzahualcōyotl —que había ido decayendo hasta desaparecer—, con el deseo de consagrar todos los esfuerzos al estudio, corrección y crítica de las obras de los escritores jóvenes. Poco se sabe de los trabajos que realizaron estos jóvenes en los meses sucesivos, pero desgraciadamente uno de ellos, Manuel Acuña, el principal promotor, cortó su existencia en diciembre de 1873, con lo que se dio también por terminada la sociedad, ya que no se vuelve a hablar de ella, sino hasta 1875 en que se funda otra con el mismo nombre.

LA SOCIEDAD CATÓLICA

En los años que siguieron a la caída del imperio se inició una organización general de los partidos políticos, orientada hacia el progreso y el bienestar de la nación. Así fue como en junio de 1869 se fundó la Sociedad Católica, cuya finalidad principal fue defender su

²⁹ *Ensayos literarios de la Sociedad Netzahualcōyotl*, Imp. de Ignacio Escalante, México, 1869.

³⁰ Juan de Dios Peza, "Poetas y escritores modernos mexicanos", en *El Anuario Mexicano*, Tipografía literaria, Ed. Filomeno Mata, México, 1878, t. I, pp. 172, 173, 177.

doctrina. Sin embargo, contribuyó con estudios literarios tanto en sus sesiones como en su órgano *La Sociedad Católica*.³¹ Los miembros de esta agrupación pertenecieron al partido conservador mexicano y estuvieron en constante pugna con los integrantes de la Sociedad de Libres Pensadores.

En las crónicas de la semana, que escribió Altamirano en *El Renacimiento*, trataba de atraer a los escritores de la Sociedad Católica, diciéndoles que aceptaba todas las indicaciones críticas que hicieran en beneficio de nuestra literatura. Lo cual nos hace suponer que Altamirano reconocía los méritos de estos literatos.

La Sociedad Católica presidida por José de Jesús Cuevas en 1870, se reunía regularmente en la segunda calle de San Francisco núm. 7, en donde tuvieron lugar las lecturas dominicales, las sesiones y la reparación de juguetes, ropa y libros a los niños menesterosos que asistían al catecismo que se daba en quince iglesias, así como la distribución de premios de cinco colegios que la Sociedad Católica tuvo a su cargo.

Con el fin de tener un centro de distracción, la Sociedad Católica estableció un casino para sus consocios. En él había un salón de lectura con periódicos políticos y literarios del país y del extranjero y un salón anexo que era la biblioteca de la agrupación. Y otras salas de mero esparcimiento.

La Sociedad Católica extendió sus actividades a varios Estados de la república que también tuvieron su órgano de publicidad. Entre otros citemos los periódicos *La Época*, de Orizaba; *La Verdad*, de Oaxaca; *El Católico* y *La Antorcha Católica*, de Zacatecas; *La Fe*, de San Luis Potosí; *La Civilización*, de Guadalajara; *La Unión Mexicana*, de Guanajuato; *La Revista de Mérida*, *La Caridad*, *La Siempreviva* y *El Periquito*, de Yucatán; *La Revista Eclesiástica*, de Puebla; *La Esperanza*, de Colima; *La Revista Universal*, *La Idea Católica*, *El Lábaro del Cristianismo* y *La Biblioteca Religiosa*, de la capital.

El doctor Manuel Carmona y Valle sucedió en la presidencia de la Sociedad Católica al distinguido escritor José de Jesús Cuevas. Y tuvo como colaboradores al licenciado Miguel Martínez, vicepresidente; y a los licenciados Francisco de P. Castro y Rafael Gómez, secretarios.

La Sociedad Católica, órgano de la asociación del mismo nombre, se publicó de 1869 a 1873 aproximadamente, en un total de nueve volúmenes. En todas sus páginas se advierte la finalidad de esta corporación: la conservación de la religión católica, la defensa de la misma en contra de sus perseguidores y la propagación de la fe. En este aspecto colaboraron poetas como: José Sebastián Segura, Rafael Gómez, Néstor Rubio Alpuche, Tirso Rafael Córdoba, José María Roa Bárcena, J. M. Bandera, José de Jesús Cuevas, Jesús González Cos, Miguel Gerónimo Martínez, Joaquín Terrazas, Manuel Pérez Salazar, Camilo Martínez de Leyva, José Antonio Calcaño, J. Pallares, Antonio Pardo

³¹ *La Sociedad Católica*, Imprentas diversas, México, 1869-1873, 9 vols.

y Mangino, J. F. Verges, José E. Triay, Domingo Argumosa, Ramón Maldonado y las poetisas María San Cruz, Matilde Troncoso, Luisa Pérez de Zambrana y Esther Tapia de Castellanos.

A pesar del carácter religioso de la publicación, hubo también algunas contribuciones de carácter netamente literario. En este caso están las poesías de Horacio traducidas por José Sebastián Segura en *La Sociedad Católica* y que le ganaron, en páginas posteriores, un elogio por parte de los redactores.

Don José de Jesús Cuevas, fundador del periódico, publicó un detenido estudio de la vida y obra de Sor Juana Inés de la Cruz, distribuido en partes desde 1869 a 1871. En este artículo se estudia la personalidad literaria de Sor Juana en sus diferentes aspectos: lírico profano, lírico religioso y dramático. Fue realmente un acierto que Cuevas diera a conocer a esta poetisa que por ser de la época colonial había sido olvidada. Es interesante hacer notar que de esta agrupación surge la idea de revalorar las obras literarias coloniales y de puntualizar una de las figuras prominentes de la literatura nacional.

Publicáronse también datos biográficos de don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza tomados de un periódico español, con motivo del certamen abierto en 1871 por la Real Academia Española para biografías de personajes de los siglos xvi y xvii.

En 1872 se dio a conocer un resumen de las tareas emprendidas por la Real Academia Española en el año académico de 1870 a 1871, leído por Antonio María Segovia, en que se citan como corresponsales de México a Juan Bautista Ormachea, obispo de Tulancingo, Sebastián Lerdo de Tejada, Manuel Moreno y Jove, Casimiro del Collado, Agustín Cardoso y Fernando Ramírez.

El artículo titulado "La lengua castellana", tomado del periódico español *Diario de la Marina*, fomentó la idea de conservar el idioma en toda su pureza para que los pueblos hispanoamericanos puedan poseerlo sin pretender abandonar su rica literatura, por cuestiones políticas.

En cuanto a crítica literaria se refiere, la revista de la Sociedad Católica la ejerció escasamente. En su primer tomo de 1869 se dedicó a censurar las poesías que Manuel Acuña publicó en *El Anáhuac*, por el ateísmo que profesaban y por la sensualidad de que estaban imbuidas. En otra ocasión llamó a Justo Sierra gongorino. Pero en 1872 publicó este periódico, por partes, un análisis crítico de la poesía "El Atoyac",³² de Ignacio M. Altamirano. J. Joaquín Terrazas, al principiar su estudio, dice el beneficio que ocasiona una crítica bien encauzada, sin elogios ni alabanzas. "Esto último —dice Terrazas— ha perdido al señor Altamirano; grave mal le ha ocasionado su «familia literaria» haciéndole los elogios más desmedidos e irreflexivos. Nosotros —continúa Terrazas—, si muy lejos de este «fanatismo» reconocemos la distancia que hay del señor Altamirano a la turba de copleros... re-

■ *La Sociedad Católica*, Imp. a cargo de M. Rosello, México, 1872, t. vi, pp. 248-252, 304-315.

conocemos en su verdadero grado las dotes literarias que posee.”³³ A continuación inicia Terrazas un minucioso estudio de tipo académico, exigiendo al poeta un procedimiento lógico y una interpretación exacta de los vocablos. Compara, ya para terminar, esta poesía de Altamirano con la oda “Al Niágara” de Heredia, señalando los desaciertos de la primera y el valor de la segunda.

Otros artículos se titularon “Algunas reflexiones sobre el duelo”, “Breves observaciones sobre el divorcio” y “La literatura y la revolución”. En este último se dice que un país en situación revolucionaria no puede tener una literatura nacional característica.

En una de las páginas de *La Sociedad Católica* se confirma el inusitado entusiasmo que hubo en la capital para las asociaciones. Dice lo siguiente un artículo titulado “El árbol de la ciencia del bien y del mal”:³⁴ “Es ya muy grande el número de asociaciones que hay en México, y diariamente aumentan más: Zaragoza, Concordia, Estrella del Porvenir, Alianza y Amistad, Cosmopolita, de Constructores prácticos, del Ramo de Sastrería, Filoiátrica, Filotécnica, Euterpe, etc. Sociedades científicas, artísticas, literarias, religiosas y políticas. Sociedades de hombres y también de mujeres.”

En otra ocasión se habló de la necesidad de sociedades de buenas lecturas para desechar “los malos libros, las abominables composiciones dramáticas, las pinturas obscenas, las caricaturas desvergonzadas y sediciosas, en que se predicán la maledicencia y la rebelión bajo las apariencias más inocentes; los poemas, las sátiras y los epigramas, contra todo lo venerable, santo y honesto, y por último, los folletines y periódicos que cubrieron la luz del sol de la verdad con la malicia”.

El Ángel de la Guarda se llamó a otra publicación debida a la misma agrupación y dedicada a la niñez mexicana con cuentos y narraciones al alcance de ella.

Con motivo de las persecuciones desatadas en 1873 al ser aplicadas las Leyes de Reforma, dejó de publicarse *La Sociedad Católica*. Olavarría y Ferrari nos dice que *La Voz de México* fue también órgano de la Sociedad Católica y que dejó de serlo en 1875, fecha en que el partido conservador se dividió en dos grupos, uno de los cuales estuvo integrado por los distinguidos escritores que redactaron *La Revista Universal*, partidaria del gobierno republicano.³⁵

Puede afirmarse que la Sociedad Católica cumplió decorosamente su finalidad, a pesar de la época difícil en que se estableció, y que en las páginas de su periódico colaboraron poetas y escritores de primera fila, olvidados o relegados injustamente por los cronistas de las letras mexicanas.

³³ *Ibidem*.

³⁴ *Ibid.*, p. 93.

³⁵ Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México*, México, 1895, t. III, p. 92.

SOCIEDAD DE LIBRES PENSADORES

La Sociedad de Libres Pensadores fue fundada el 5 de mayo de 1870, por algunos escritores del partido liberal, como Ignacio M. Altamirano, Justo y Santiago Sierra, Agustín F. Cuenca, Gustavo Gosdawa: barón de Gostkowski, Julián Montiel, Patricio Nicoli, Francisco Bulnes, Luis G. Ortiz, Emilio Ordaz, Manuel Acuña, Manuel Martínez de Castro, Joaquín Baranda, José G. Zamora y Gustavo Baz.³⁶

El órgano de publicidad de este grupo fue la revista *El Libre Pensador* que dirigió José Batiza. En ella aparecieron artículos en que se atacaban las creencias religiosas y las ideas conservadoras,³⁷ dando lugar a que se entablara una polémica entre esta sociedad, apoyada por el gobierno, y la Sociedad Católica, sostenida por particulares.

La mayor preocupación de los "librespensadores" fue la guerra "a la superchería religiosa", como dijo Altamirano en su alocución al instalar la sociedad.³⁸ En los artículos y poemas que se publicaron en la revista se siguió puntualmente aquel consejo. Sin embargo, la sociedad no prosperó y su órgano pronto desapareció. Sus páginas contienen poemas de Santiago Sierra (*Fiat Lux*), Agustín F. Cuenca y Julián Montiel; artículos de Ignacio M. Altamirano, Justo Sierra, Patricio Nicoli, Luis G. Ortiz, Francisco Bulnes, Emilio Ordaz, Manuel Acuña, Manuel Martínez de Castro, Joaquín Baranda, José G. Zamora, Gustavo Baz, y Marmolejo.

El grupo tuvo como presidente honorario a Víctor Hugo.

SOCIEDAD ARTÍSTICO INDUSTRIAL

Conocemos la existencia de la Sociedad Artístico Industrial por la referencia que a ella hace un ejemplar de la revista órgano de esta Sociedad, que se conserva en la biblioteca de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. El nombre de este periódico fue *Lecturas para el Pueblo* (México, 1870). Figuraron como colaboradores de esta publicación destacados escritores mexicanos como Ignacio Manuel Altamirano, Joaquín Baranda, Alfredo Bابلot, José Tomas de Cuéllar, Agustín F. Cuenca, Ramón Manterola, Ignacio Ramírez, Juan A. Mateos, Luis G. Ortiz, Manuel Payno, Manuel Peredo, Vicente Riva Palacio y Justo Sierra. Si logró obtener éxito debió haber presentado muy buenas lecturas, debidas a plumas tan insignes.

³⁶ *El Libre Pensador*, órgano de la Sociedad de Libres Pensadores de México, México, 1870.

³⁷ Enrique de Olavarria y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México*, México, 1895, t. III, p. 92.

³⁸ *El Libre Pensador*, México, pp. 20-21.

EL LICEO HIDALGO

Tan pronto como pudo disfrutarse un poco de calma, después de los aciagos años de la invasión norteamericana, surgió la idea de continuar aquella labor cultural que habían iniciado, en la primera mitad del siglo, la Academia de San Juan de Letrán y el Ateneo Mexicano. Cristalizó este propósito el 30 de julio de 1850 cuando se acordaron las bases generales del Liceo Hidalgo; recibió este nombre —nos dice Granados Maldonado, uno de los fundadores del Liceo— a sugestión del general José María Tornel, quitándole así la denominación de Academia de Bellas Letras que tenía.³⁹ Se supone que la citada academia se había establecido el año anterior, en 1849, pues en 1850 se comentaba que cumplía el liceo un año de instalado, lo cual era inexacto pues las bases para su organización se dieron en julio de 1850 como ya se dijo. Dos clases de socios formaban el liceo: los titulares y los corresponsales. Los primeros eran aceptados cuando, después de ser postulados, presentaban un trabajo literario; en el transcurso de quince días se decidía si eran de admitirse como socios. Los corresponsales debían enviar al liceo un estudio literario y solamente en casos excepcionales se suprimía este requisito.

Las sesiones celebrábanse los domingos y días festivos, en diferentes casas, pues en un principio el liceo careció de un local donde efectuar sus trabajos. Pero, a los pocos meses de su instalación, el general José María Tornel proporcionó un local al liceo que se inauguró el 15 de septiembre de 1850, con la conmemoración del aniversario de la Independencia. En dicha celebración, el general José Joaquín Herrera, presidente de la república, se dirigió a los socios ofreciéndoles la protección del gobierno en los términos siguientes: "Si hasta hoy el Liceo Hidalgo no ha contado con auxilio alguno, el gobierno que por honor de la Nación desea el adelanto de esta clase de establecimientos ofrece a éste toda su protección."⁴⁰

El primer presidente de la corporación fue Francisco Severo Maldonado; los primeros secretarios Marciano María Morali y José Tomás de Cuéllar, y el tesorero Domingo Villaverde. En 1851, Francisco Zarco tomó posesión de la presidencia del liceo. Los primeros socios inscritos fueron: Francisco González Bocanegra, Marcos Arróniz, Emilio Rey, Juan Suárez y Navarro, Florencio M. del Castillo, Luis G. Ortiz, José María Rodríguez y Cos, José María Reyes, Hilarión Frias y Soto, Justo M. Domínguez, Francisco Aranda, José María Tornel, José Galindo, Fernando Orozco y Berra, Mariano G. García, Luis Rivera Melo, Francisco Rodríguez y Gallaga, José Sebastián Segura y Pedro Bejarano, este último, corresponsal en Zacatecas.⁴¹

³⁹ *Variedades de La ilustración*. México, ca. 1851, p. 43.

⁴⁰ *Decreto del Supremo Gobierno*, México, 15 de septiembre de 1850.

⁴¹ *Bases generales para la organización del Liceo Hidalgo*, Imp. de Luis G. González, México, 1850.

La finalidad cultural del liceo pudo extenderse hasta Zacatecas, Querétaro, Morelia y Oaxaca, donde se fundaron corporaciones de este tipo en el término de seis meses, protegidas por el gobierno o por los particulares.

La revista editada por Cumplido, *La Ilustración Mexicana* (México, 1851-1855), sirvió de órgano publicitario al Liceo Hidalgo durante la primera época en la que hubo frecuentes interrupciones ocasionadas por la inestabilidad política del país. Sin embargo, durante el lapso de 1850 a 1860 aproximadamente, puede advertirse en México un intento de valoración del sentido y carácter de nuestras letras y un entusiasmo por las empresas literarias, que se tradujo en la fundación de sociedades, liceos y ateneos.⁴² Estas actividades concluyeron al iniciarse el trágico periodo de las guerras de Reforma, la intervención y el imperio.

En esta época de continuas zozobras, las letras mexicanas detuvieron su progreso, ya que las guerras civiles y la lucha contra los invasores eran ambiente poco propicio para el ejercicio literario. Mas, apenas restablecida la república y librado el país de sus invasores, Ignacio Manuel Altamirano, que había tomado parte activa en la guerra contra los franceses, inicia a fines de 1867 las reuniones llamadas Veladas Literarias.⁴³ En cuanto al Liceo Hidalgo, sólo volvió a reorganizarse y a destacarse como centro cultural hasta 1870 ó 1872, por influencia de Altamirano. Al año siguiente, durante la presidencia de Sebastián Lerdo de Tejada, se pusieron en vigor las leyes de Reforma. A consecuencia de esto se iniciaron los ataques en contra de las agrupaciones religiosas y de los bienes del clero, ya que las nuevas leyes no reconocían a los sacerdotes ni a las agrupaciones religiosas personalidad jurídica para poseer bienes inmuebles.

Estas disposiciones se hicieron cumplir por la fuerza de las armas, actitud que de tal manera disgustó a la mayor parte de los habitantes de la ciudad que, atemorizados por la situación, dejaron de asistir a los centros de diversión o de actividad cultural, con lo que se restringieron aún más las labores literarias del liceo.⁴⁴

Ya para 1874 las reuniones del liceo pudieron celebrarse más regularmente todos los lunes a las ocho de la noche en el edificio de la ex Universidad. Cada tres meses se organizaba una velada literaria en honor de una personalidad de las letras. En este año la directiva del liceo quedó integrada por Francisco Pimentel, como presidente; Manuel

⁴² José Zorrilla, *La flor de los recuerdos*, Imp. del Correo de España, México, 1855, I, p. 426: "establécense periódicos literarios, en cuyas columnas aparecen cada día composiciones notables firmadas por nombres desconocidos ayer. Fórmense sociedades literarias, liceos y ateneos: comienzan las polémicas razonadas entre los órganos de la vieja escuela y los corifeos de la nueva; inaugúrase en fin una era brillante de poesía lírica y rica de porvenir para las letras."

⁴³ Véase capítulo correspondiente, p. 72.

⁴⁴ Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México*, 2ª edición, Imp. "La Europea", México, 1895, t. III, p. 156.

Peredo, vicepresidente; Vicente U. Alcaraz, secretario; Ramón R. Rivera, prosecretario; Telésforo García, tesorero; y Antonio García Cubas, bibliotecario. Los socios aumentaron a doscientos,⁴⁵ pero a partir de 1882 la asistencia de los socios al liceo se debilitó cada vez más terminando por desaparecer.

El 12 de febrero de 1874 se designó una comisión, integrada por Francisco Pimentel y Jorge Hammeken y Mexía, para que formulase un reglamento que precisara la organización del Liceo Hidalgo, cuya finalidad debería ser el adelanto de la bella literatura y de las ciencias morales en México. Las personas inscritas como socios serían de tres clases: honorarios, activos y corresponsales. Para ingresar al liceo como socio se requería que después de ser postulado por tres miembros de la sociedad, se presentara una composición. El reglamento de sesiones ordenaba que una persona, durante la sesión, sólo podía hablar dos veces en pro y otras tantas en contra, sobre el asunto tratado. En la última sesión de cada mes señalábase un tema que se discutiría en las reuniones del mes siguiente. Dos veces por año, se hacía una convocatoria a certámenes literarios. El liceo proyectó además la publicación de una biblioteca de autores mexicanos vivos y muertos, y solicitó al efecto una subvención del gobierno.⁴⁶ Tan plausible proyecto no pudo realizarse por causas desconocidas.

Los señores Manuel Rivera Cambas, Francisco Sosa y Gustavo Baz fueron comisionados en 1875 por el liceo para que estudiaran la posibilidad de publicar un periódico, órgano de la asociación.⁴⁷ Tal vez no pudieron llegar a ninguna conclusión práctica, ya que no se conoce órgano de esta agrupación durante estos años. Los periódicos en que el Liceo publicó sus actas fueron *El Porvenir* y *El Federalista*, durante los años de 1874 a 1876.

Los socios que más se distinguieron en la segunda etapa del Liceo Hidalgo fueron: Ignacio Manuel Altamirano, Francisco Pimentel, José María Vigil, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, José Martí, Joaquín Calero, Santiago Sierra, Gustavo Baz, Gerardo Silva, Juan de Dios Peza, Bencomo, Manuel Rivera Cambas, Francisco Sosa, Manuel Cervantes, Manuel Peredo, José María Roa Bárcena, Gabino Barreda, Anselmo de la Portilla, Agustín F. Cuenca, Ramón Manterola, Laureana Wright de Kleinhans, Vicente U. Alcaraz, Eduardo Garay, Justo Sierra, Juan Cordero, Luis G. Ortiz, Jorge Hammeken y Mexía, Eduardo L. Gallo, José Sebastián Segura, José Peón Contreras, Agustín Rivera, socio corresponsal en Lagos; J. Romero Cuyas, Alfredo Bablot, Manuel de Olaguibel, José López Portillo y Rojas, socio corresponsal en Guadalajara; Perfecto Vadillo, Antonio García Cubas, Patricio Nicoli, Telésforo García, Vicente Riva Palacio, Elena Castro, Concepción Piña,

⁴⁵ Juan E. Pérez, *Almanaque estadístico de las oficinas y guía de forasteros y del comercio de la República para 1875*, Imp. del Gobierno, México, 1874, p. 687.

⁴⁶ *El Porvenir*, México, 24 de abril de 1874, pp. 2-3.

⁴⁷ *Ibidem*, México, 18 de agosto de 1875.

la señorita Peña y los poblanos Rosa Carreto e Ignacio Pérez Salazar.

En 1879, la mesa directiva perdió a su presidente Ignacio Ramírez, que se había distinguido como socio y director del Liceo Hidalgo.

No pasó inadvertido el extraordinario impulso que, en sus numerosas sesiones y veladas, proporcionó el Liceo Hidalgo a la literatura nacional. La prensa de la época continuamente hizo elogios de los valiosos estudios de crítica que realizaron los socios en repetidas ocasiones, en los que puntualizaron hechos fundamentales para la historia literaria del siglo xix. Entre las muchas opiniones que a este respecto se publicaron en los diarios, es de significación especial la que se dio a conocer en *El Federalista*, el 19 de enero de 1876. En esta ocasión, refiriéndose el artículo concretamente a la actividad realizada por el Liceo Hidalgo se decía de él que “está formando casi insensiblemente una colección de estudios críticos y biográficos que acabarán por ofrecer material abundante para la formación de una obra en que se vea cómo nació y fue adquiriendo vigor la literatura mexicana”.⁴⁸

La tercera etapa del Liceo Hidalgo se inició el 13 de septiembre de 1884, ahora en el salón de sesiones de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. La nueva mesa directiva quedó integrada por el licenciado Ireneo Paz como presidente; Juan de Dios Arias, vicepresidente; Manuel A. Romo, primer secretario; y Ramón Manterola, segundo secretario. A esta primera reunión, promovida por Ignacio Manuel Altamirano, asistieron además Hilarión Gabilondo, Miguel Ulloa, Guillermo Prieto, Luis G. Ortiz, Juan de Dios Peza, Enrique M. de los Ríos, Mariano Sánchez, Joaquín Casasús, Félix Cid del Prado, Eduardo Ruiz, Anacleto Castellón, José Tomás de Cuéllar, Francisco Sosa, Agustín Arroyo de Anda, Ermilo G. Cantón, Francisco Pimentel, Luis G. Iza, Joaquín Trejo, Luis Malanco y Manuel de Olaguibel.⁴⁹

El día de la inauguración presentó Altamirano, en unión de Hilarión Gabilondo, el primer número de una revista que serviría de órgano al grupo. La revista llevó el nombre de la agrupación, “Liceo Hidalgo”, y su primer número apareció el 15 de septiembre de 1884 y el último el 22 de octubre del mismo año. Fue semanaria y sólo se publicaron un total de seis números.

Los notables estudios que presentaba Altamirano pronto llegaron a ser el principal atractivo de las sesiones semanales de los lunes. El reglamento de esta asociación, que a juicio de Altamirano no tenía relación con las anteriores, obligó a los socios a poner después de su nombre, en las obras que publicaran, el título de “Miembro del Liceo Hidalgo”, lo que nos indica el prestigio y categoría que llegó a tener la agrupación. Los socios quedaban obligados a asistir por lo menos a diez sesiones ordinarias cada año y a presentar un trabajo literario original o traducido durante el mismo periodo. Señaláronse además, las atribuciones particulares de cada uno de los integrantes de la mesa

⁴⁸ *El Federalista*, México, 19 de enero de 1876.

⁴⁹ *El Liceo Hidalgo*, México, 25 de septiembre de 1884.

directiva. Los socios se clasificaron en tres clases, de número, honorarios y corresponsales. Los de número y los corresponsales debían ser postulados por tres socios, y después presentar un trabajo original, sobre un asunto literario, requisito que no era necesario si el aspirante a socio se había dado ya a conocer por trabajos importantes a juicio del liceo.

La mesa directiva que rigió en los años de 1885 y 1886 estuvo integrada por Ignacio Manuel Altamirano y Francisco Pimentel, como presidente y secretario respectivamente. En los salones de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística se celebraron las sesiones del liceo hasta el año de 1893 aproximadamente, dirigidas las últimas por Julián Montiel y Alberto Lombardo, en los cargos de presidente y vicepresidente.

La lista de socios del Liceo en su tercera época estaba formada por los señores: Ignacio Manuel Altamirano, Joaquín D. Casasús, Anacleto Castellón, Manuel Flores, Guillermo Prieto, Enrique M. de los Ríos, Díaz, Miguel Ulloa (cubano), Manuel Orozco y Berra, Eduardo del Valle, Eduardo Ruiz, Rafael Obligado (argentino), Juan G. Matta (chileno), Manuel Olaguibel, Cecilio Acosta (venezolano), Ireneo Paz, Francisco Sosa, Mariano Sánchez, Miguel Gutiérrez, Ramón Manterola, Manuel A. Romo, Juan de Dios Peza, Luis G. Ortiz, José Tomás de Cuéllar, Agustín Arroyo de Anda, Ermilo G. Cantón, Francisco Pimentel, Luis G. Iza, Joaquín Trejo, Luis Malanco, Manuel Puga y Acal, José María Vigil, Alberto Lombardo, Julián Montiel y Duarte, Eduardo Zárate e Hilarión Frías y Soto, quien firmaba sus escritos con el seudónimo de "El portero del Liceo Hidalgo". Eran socios corresponsales, Salvador Díaz Mirón, Rafael Zayas Enríquez y un señor Macías. Don Ignacio Mariscal era socio honorario.

Pasaron los años y este centro, que había sido todo actividad y entusiasmo, se fue debilitando poco a poco hasta que la inacción se apoderó de él. Cuarenta años de luchas y vicisitudes habían agotado la savia que alimentaba aquel recinto. Sus miembros, hombres ya gastados, con más de medio siglo de vida la mayor parte de ellos, eran maestros respetables; los discípulos, jóvenes herederos de aquel valioso legado, buscaban nuevos horizontes en otras agrupaciones fundadas por ellos mismos.

VELADAS Y SESIONES LITERARIAS DEL LICEO HIDALGO

El nacionalismo de las letras mexicanas fue el tema principal de la mayor parte de los estudios literarios presentados por insignes hombres de letras, en varias veladas que organizó el Liceo Hidalgo. La independencia política iniciada en 1810 obligó a los mexicanos a propugnar, al igual que otros pueblos americanos, por una emancipación intelectual. Para la realización de estos anhelos trabajaron incansablemente los miembros del Liceo Hidalgo y terminaron por crear una

fuerte corriente de nacionalismo mexicano. Esta empresa recibió su más decisivo impulso de los estudios presentados por Altamirano, en los que proclamaba con toda justicia el derecho de tener una nacionalidad literaria.

1850

Los primeros discursos pronunciados en el Liceo Hidalgo estuvieron a cargo de su presidente Francisco Granados Maldonado.

El 26 de mayo de 1850, aun antes de la instalación oficial como Liceo Hidalgo, y siendo todavía la Academia de Bellas Letras, Francisco Granados Maldonado habló sobre "El influjo que la literatura ha ejercido en la civilización de las naciones, particularmente después del cristianismo". El primero de septiembre del mismo año presentó su estudio sobre "El origen, progresos y decadencia de la poesía griega".⁵⁰

El 15 de septiembre, el Liceo Hidalgo conmemoró el aniversario de la Independencia con una sesión pública en la que tomaron parte: Florencio M. del Castillo, que presentó un trabajo dedicado "A la grata memoria del señor don Miguel Hidalgo y Costilla"; Marcos Arróniz, con su poema "La inspiración"; Francisco González Bocanegra, con un discurso sobre "La poesía nacional", en el que llamaba a Juan Ruiz de Alarcón fundador de la literatura nacional, y a Ignacio Rodríguez Galván iniciador del drama histórico nacional con su obra *Muñoz, visitador de México*, y afirmaba, por último, que la obra de Fernando Calderón era la prueba del adelanto de las letras en el poco tiempo en que el país ha disfrutado su independencia; José Tomás de Cuéllar con su poema "Meditación", y Emilio Rey con una composición titulada "El porvenir". Al finalizar la sesión el general José Joaquín Herrera ofreció la protección del gobierno para el Liceo Hidalgo.

Según noticias proporcionadas por las Variedades de *La Ilustración*, ya citada, probablemente en octubre, Granados Maldonado vuelve a tomar la palabra para discernir en esta ocasión sobre "La literatura alemana en general". Finalmente, el último de noviembre presentó su disertación sobre "El origen, progresos y decadencia de la elocuencia en Grecia y Roma". "Renacimiento de la elocuencia por el cristianismo". "Edad de Oro de la elocuencia cristiana en Francia".

1851

Francisco Zarco, al tomar posesión de la presidencia del liceo el 1º de julio de 1851, pronunció un interesante discurso sobre "El objeto de la literatura" en el que examinaba el ambiente, poco propicio para las letras, que existía en México. Inició su disertación señalando la triste situación en que por entonces se encontraba nuestra literatura.

⁵⁰ Variedades de *La Ilustración*, México, ca. 1851, pp. 43, 66.

“¿Qué cantos ha de entonar el que canta entre ruinas?”, se preguntaba Zarco. Las ruinas a que se refería sin duda lo eran de todas clases. Ruinas materiales en el desolador espectáculo de la lucha con los Estados Unidos, en la pugna de los partidos y en las guerras civiles que habían originado otra ruina aún peor, la espiritual. La literatura, expresión de la sociedad, no podía permanecer ajena al ambiente, y por ello Zarco consideraba con pesimismo el porvenir de nuestras letras. Sin embargo, al lado de todos estos infortunios, señalaba los impulsos que podían salvar las letras mexicanas: “ese deseo ardiente, esa ambición, esa necesidad imperiosa de expresar las propias ideas, que se siente desde los primeros años, es seguramente la primera cualidad del escritor, sin esa vocación nunca habrá belleza ni verdad en los escritos. La independencia y altivez noble del carácter es otra circunstancia indispensable en el escritor”.⁵¹ A continuación se refirió Zarco a la literatura inglesa, y al respecto hizo notar que “Inglaterra es el país clásico de la libertad, en donde casi todos los escritores han gozado de mayor independencia, y por eso en la literatura inglesa encontramos verdades tan enérgicamente expresadas”.⁵² En otro pasaje de su alocución, Zarco se dirigió a aquellos que sólo buscaban honores en las letras, para advertirles que “nada hay tan contrario al adelanto y al desarrollo de la literatura que la ambición de honores, como el encono y la envidia entre los dedicados a las letras. Dar un poco de fe y de esperanza a los que padecen en la tierra, es la misión grandiosa de la literatura de nuestros días.” Y para concluir su notable discurso, Zarco formuló votos por que la literatura de nuestra patria llegara a ser una verdadera obra nacional y por que el liceo contribuyera a la realización de este anhelo.

Con motivo de la postulación del señor Pedro Bejarano, de Zacatecas, como socio corresponsal, el señor Lares leyó en el liceo un artículo de Bejarano, fechado el 30 de junio de 1851. Su autor exponía en él algunas interesantes meditaciones sobre la índole de nuestras letras y sobre la posibilidad de una literatura nacional, que tanto preocupaba a los escritores de la época. Su trabajo se tituló “La literatura en sus relaciones con la época y con México”.

José Sebastián Segura, en la velada del 20 de julio de 1851, pronunció su discurso de recepción en el liceo “Sobre los caracteres de la poesía romántica, pagana y hebrea”. En un pasaje de su alocución señaló al Liceo Hidalgo como continuador de la obra de la Academia de Letrán, deseándole larga vida y socios dignos.

Debido principalmente a la lucha de partidos y a las guerras civiles, las interrupciones de la actividad del liceo, en el periodo que va de 1852 a 1859, fueron frecuentes y desorganizaron temporalmente este centro de cultura.

⁵¹ “Discurso sobre el objeto de la literatura”, en *La Ilustración Mexicana*, México, 1º de junio de 1851.

⁵² *Ibidem*.

En 1872, a iniciativa de Altamirano, se inauguraron nuevamente los trabajos del Liceo Hidalgo. Entre los estudios presentados en esta época se encuentra la disertación de Ignacio Ramírez sobre "La poesía erótica de los griegos". Sostenía en ella que la poesía de aquel pueblo que rendía culto a todo lo bello, no carecía de un sentido idealista y espiritualista. Adviértese desde luego el tono que Ramírez imprimió a su escrito, lleno de ironía y sátira. La mordacidad tan a tono con el temperamento de Ramírez puede observarse en varios pasajes de su alocución. "Escuchad con benevolencia, señores —decía en uno de ellos—, las humildes palabras de un pagano, sobre la poesía erótica de los griegos, ese pagano soy yo." Y en otra parte de su discurso exclamaba: "¡Piedad Vigil! ¡Piedad Justo Sierra! ¡Y sed también compasivas vosotras las poetisas mexicanas! Pero mi admiración por el Dante, por Petrarca, por Shakespeare, Lamartine, Víctor Hugo y aun por los redactores de 'La Voz de México', no es bastante, lo confieso, para persuadirme que los griegos no llegaron al idealismo en sus composiciones amorosas. La Grecia entera no existe para nosotros sino en el mundo de ilusiones hasta donde ellos mismos se elevaron, su historia es un himno celebrando mi apoteosis."⁵³

En otra parte de su discurso, Ramírez expresó su fe literaria. "Protesto —dijo— que confundo en un mismo culto, a los clásicos y a los románticos, cuando ellos asaltan el altar armados de su lira, y aun tengo una capilla reservada para los fetiches, entre los cuales modestamente me he colocado en medio de muchos amigos." Y manifestó también la opinión que le merecían los poetas modernos de su tiempo: "A mí me confunde oír a la mayor parte de nuestros poetas pronunciar estas palabras: lo sublime del amor no fue conocido por los griegos; nosotros lo hemos descubierto y por lo mismo sólo nosotros sabemos contarlo." En otro pasaje, añadía: "Los poetas modernos cifran su felicidad en la palabra, prefieren el prisma al sol que le engalana con sus colores."⁵⁴

Esta tesis de "El Nigromante" originó la "Impugnación al discurso sobre la poesía erótica de los griegos, leído en el Liceo Hidalgo por el señor Ignacio Ramírez", de Francisco Pimentel, quien estuvo en absoluto desacuerdo con la tesis sustentada por Ramírez. Los puntos que Pimentel censuró a Ramírez fueron los siguientes: "El señor Ramírez —decía Pimentel— presenta a los griegos como ejemplo de fidelidad conyugal y lo que hubo entre ellos fue libertinaje en este asunto. En cuanto a los poetas mencionados por Ramírez son poetas poco conoci-

⁵³ "La poesía erótica de los griegos", en *La Linterna Mágica*, México, 18, 27 de julio y 3, 10 de agosto de 1872, t. 1, núms. 1-4. Más tarde se publicó este artículo en: Ramírez Ignacio, *Obras completas*. Tipografía de la Secretaría de Fomento, México, 1889.

⁵⁴ *Ibidem*.

dos, otros de ninguna importancia, otros anónimos y éstos merecen poca confianza. Habla de Dioscórides que fue botánico de la época de la decadencia, los amores de Leandro y Hero nada tuvieron de espirituales, Rufino fue también sensual y Asclepiades poeta muy antiguo. Por otra parte —añadía Pimentel— Lucrecio además de ser poeta sensual es latino. El señor Ramírez dice que los griegos espiritualizaban a su modo, pero si en el sublime Homero, en el dulce Anacreonte y en la apasionada Safo no encontramos el amor ideal, mucho menos en Teócrito.”⁵⁵

En seguida Pimentel declaraba su posición literaria en los términos siguientes: “En literatura como en otras materias, propendo al eclecticismo, esto es, al sistema que tiene por principio escoger lo que parece bueno de los demás.” Refiriéndose a la literatura clásica, añadía: “Lo que encuentro de bueno en ella es la perfección de la forma y esto me agrada de ella; pero la literatura romántica excede a la clásica en la expresión del sentimiento y esto me cautiva del romanticismo.”⁵⁶

Para terminar su minuciosa impugnación, Pimentel afirma que “la poesía perfecta consiste en la armonía de ella con nuestro sistema sociológico. Poesía perfecta es aquella que satisface a la razón, imaginación, el sentimiento (sensibilidad moral) y los sentidos”. “Ésta es la definición que yo adopto —decía Pimentel—: Poesía perfecta es aquella que armoniza la idea y la forma conforme a nuestra doble naturaleza espiritual y corporal.” Y a continuación establece una comparación entre la literatura antigua, que encuentra demasiado sensual, y la moderna que exagera lo ideal. En consecuencia Pimentel llama literatura del pasado a la grecolatina, del presente a la romántica y del porvenir a la ecléctica, y señala a Racine como el escritor que realizó las aspiraciones del eclecticismo.⁵⁷

Tanto en Ramírez como en Pimentel se advierte el deseo de propagar sus ideales literarios que encubrían apenas los políticos. Por su parte Ramírez quiso escandalizar una vez más la serenidad de los que acostumbraban frecuentar el liceo, repitiendo la tensa situación que había creado al ingresar a la Academia de Letrán. Su deseo de levantar ámpula en el seno de las asociaciones literarias se puso de manifiesto en varias ocasiones, siendo ésta una de las más sonadas, después de la de la Academia de Letrán.

Por este mismo año de 1872, en una de las sesiones del Liceo Hidalgo, aconteció un suceso tan curioso como insólito en las letras mexicanas. Durante la presidencia de “El Nigromante”, asistió a una de las veladas acostumbradas del liceo don Vicente Riva Palacio, destacado

⁵⁵ *Impugnación de Francisco Pimentel al discurso sobre la poesía erótica de los griegos, leído en el Liceo Hidalgo por el señor Ignacio Ramírez*, Imp. de Ignacio Cumplido, Edición del Siglo XIX, México, 1872, *Obras completas de D...* Tipografía Económica, México, 1903, t. III, pp. 323-411.

⁵⁶ *Ibidem*.

⁵⁷ *Ibid.*

militar y escritor, que había tomado parte activa en la lucha contra la intervención y el imperio. Su fama de escritor igualaba a la del combatiente. Sus andanzas militares lo llevaron a escribir *Calvario y Tabor*, y de las investigaciones que realizó en la rama de la Inquisición del hoy Archivo General de la Nación, resultaron sus novelas coloniales de tan extensa fama popular. Siguiendo la ruta señalada por Altamirano, escribió algunos hermosos poemas descriptivos y romances que recuerdan sus años de combatiente; pero sus composiciones líricas más logradas serían sonetos tan admirables como "Al viento" y "En el Escorial". Junto a todos estos registros de su pluma, Riva Palacio tenía, además, un sentido del humor, de la sátira y del gracejo, de los que quedan buenos ejemplos en su extensa obra de periodismo satírico-político y en los retratos que hizo de algunos de sus contemporáneos en *Los cerros*. En sus últimos días, en España, escribiría sus mejores páginas narrativas, *Los cuentos del general*.

El tema que se proponía discutir en la sesión antes aludida estaba relacionado con la aparición de una singular poetisa que se había dado a conocer en el diario *El Imparcial*, de Francisco Sosa, importante figura de las letras yucatecas. El hecho de que apareciera en las columnas del diario una poetisa más, no tenía importancia. Había tantas... Pero lo que ocasionó que los socios del liceo la destacaran de las demás, fue el tono delicado de sus versos que encubría una pasión llena de lirismo. Don Anselmo de la Portilla, escritor español y asiduo concurrente al liceo, pidió que se le extendiera a Rosa Espino, que tal era el nombre de la poetisa en cuestión, un diploma que la acreditara como socia honoraria de aquella corporación. A tal propuesta no hubo objeción alguna ya que, en cada socio, Rosa Espino tenía a un admirador. Sosa recibió el diploma para entregarlo a nombre del liceo a la recatada poetisa, en testimonio de rendido homenaje. Conmovido don Anselmo de la Portilla por el triunfo de su proposición, se dirigió a la severa figura del general Riva Palacio, que tal vez era el menos convencido del homenaje del liceo, y concluyó el elogio de la poetisa con tono firme y decidido, diciendo: "Para escribir como Rosa Espino escribe, se necesita tener alma de mujer y de mujer virgen. Esa ternura y ese sentimiento no lo expresa así jamás un hombre."⁵⁸ Ante tan rotunda afirmación, el general Riva Palacio debió aceptar como los demás, las palabras de don Anselmo.

Con este acontecimiento la fama de Rosa Espino se extendió por toda la república y muchos poetas llegaron a dedicar sus poesías a tan singular poetisa. Muy celebrada fue la aparición de su único libro, *Flores del alma*, que contenía sus romances, apólogos y cantares. Juan de Dios Peza, en su estudio "Poetas y escritores modernos mexicanos", que apareció en *El Anuario Mexicano de 1877*,⁵⁹ incluyó entre las poe-

⁵⁸ Francisco Sosa, "Prólogo" a *Páginas en verso* de Vicente Riva Palacio, Librería "La Ilustración", México, 1885, pp. 10-13.

⁵⁹ Juan de Dios Peza, "Poetas y escritores modernos mexicanos", en *El Anuario Mexicano*, Ed. Filomeno Mata, Tip. Literaria, México, 1878.

tisas notables a Rosa Espino, que colaboró en revistas de carácter esencialmente femenino.

Pasaron los años y con éstos aumentó el prestigio de Rosa Espino, pero llegó el día en que se descubrió la verdad de tan ingenioso engaño. Los hechos habían ocurrido como sigue. Cuando comenzó a publicarse *El Imparcial*, sus redactores admitieron la necesidad de incluir en sus páginas dominicales a una poetisa diferente de las demás, y tan diferente fue que encontraron en el general Riva Palacio la respuesta. Él debería hacer las poesías que firmara la falsa Rosa Espino, y lo hizo con tanto ingenio y acierto, que su superchería no hubiera sido descubierta de no haberlo decidido así sus autores. Este hecho excepcional en nuestra literatura pronto se conoció en España; y en México celebraron la ocurrencia del general, hasta sus más acérrimos enemigos políticos.

En el prólogo que Francisco Sosa puso a las *Páginas en verso* de Vicente Riva Palacio, en 1885, se dieron todos los pormenores de esta curiosa historia. Entre los poemas ahí publicados hay todavía algunos firmados con el pseudónimo de "Rosa Espino", como "Mi ventana", "La huérfana" y "Celos". Y en su volumen *Mis versos* (Madrid, 1893), incluyó también Riva Palacio aquellos poemas de Rosa Espino al lado de los de su madurez.

El nacionalismo literario, que tanto preocupó a los escritores a partir del triunfo de la república, fue el tema de la mayor parte de los trabajos que José María Vigil pronunció en el Liceo Hidalgo. El 6 de marzo de 1872, leyó Vigil, en una sesión del liceo, un excelente ensayo que tituló "Algunas observaciones sobre la literatura nacional."⁶⁰ En su trabajo ponía de manifiesto las condiciones en que podía basarse una literatura propiamente nacional, y daba una respuesta práctica a aquellos escritores que negaban que existiera una literatura original de nuestro país. "La literatura como reflejo de la sociedad en que se produce —afirma Vigil— es una expresión embellecida de las necesidades, preocupaciones, tendencias y sufrimientos de los pueblos, proponiéndose en su significación trascendental corregir los vicios dominantes, purificar los sentimientos para conducir al pueblo a su destino." Con toda precisión señalaba Vigil cuál debía ser el punto de partida para formar una literatura patria, que debería inspirarse en nuestra historia, en las tradiciones gloriosas, en las virtudes y hasta en los infortunios. En una rápida visión, recordó la aparición de "La profecía de Guatimoc", de "Netzula" y de "Las aztecas", de Rodríguez Galván, de José María Lafragua o Eulalio Ortega, y de José Joaquín Pesado, respectivamente, que establecieron las bases de la literatura nacional. Respecto a la originalidad de nuestra literatura, Vigil consideraba que ésta era proporcional a la originalidad de los pueblos en que se produce y que tiene relación con las tendencias individuales.

⁶⁰ José María Vigil, "Algunas observaciones sobre la literatura nacional", en *El Eco de Ambos Mundos*, México, 12 de mayo de 1872, año II, núm. 11.

La literatura que pretende no tener contacto con ninguna otra y ser sólo nacional, no debe entusiasmar a nadie; es más, debe renunciarse a ella. Nuestra literatura debe procurar expresar nuestra realidad y nuestras necesidades y purificar nuestras costumbres. En un sentido cosmopolita, México puede tener una literatura nacional —afirma Vigil—. Este movimiento iniciado en los años de la Academia de Letrán, lo recogió el liceo, como una herencia que debía guardar y perfeccionar, para lo cual en la conciencia de cada uno de sus miembros se formó el propósito de contribuir a la creación de una literatura nacional.

Años más tarde Vigil completó y precisó la doctrina de su disertación anterior con otro notable ensayo, “Algunas consideraciones sobre la literatura mexicana”, que apareció en *El Federalista*,⁶¹ Los puntos esenciales de estas reflexiones se refieren fundamentalmente a los recursos de que dispone el escritor mexicano para hacer obras que reflejen su ambiente, para lo cual es necesario hacer una distinción entre los conceptos de nacionalidad y originalidad literarias. Reconocía Vigil cuántos serios obstáculos encontraría el escritor nacionalista para lograr sus fines; entre los más importantes señalaba la falta de protección a la literatura, el desarrollo del periodismo como elemento perjudicial a las letras, la deficiencia de la preparación del literato por la carencia del conocimiento de las literaturas extranjeras y la falta de una verdadera crítica. Ya para terminar su trabajo, Vigil propone las características que, según su opinión, debe tener la crítica. Esta debe abarcarlo todo, sin preferencias por ninguna escuela o género, ya que su finalidad es descubrir la belleza por los métodos analítico y sintético.

1873

Una de las sesiones más importantes del Liceo Hidalgo fue la que se efectuó el 25 de agosto de 1873. Estuvo dedicada al patriota y poeta cubano Juan Clemente Zenea. El discurso principal lo pronunció Ignacio Manuel Altamirano y considérase esta pieza oratoria como la mejor de su época.

Más tarde se suspendieron la mayor parte de las actividades artísticas y literarias, y entre ellas las del Liceo Hidalgo, a causa del decreto del 25 de septiembre de 1873 por el cual se elevaron al rango de constitucionales las leyes de Reforma. Su aplicación se extremó hasta el punto que, por la noche, la policía asaltaba los conventos, aprehendía a los catedráticos del seminario y expulsaba a los sacerdotes. Obligóse a todos los miembros del gobierno a que protestaran cumplir esas leyes, por lo cual hubo renunciaciones como la del diputado y escritor José de Jesús Cuevas.

⁶¹ José María Vigil, “Algunas consideraciones sobre la literatura mexicana”, en *El Federalista*, México, 21, 23 y 28 de septiembre, 5, 7, 12 y 14 de octubre de 1876.

Al finalizar el año tuvo lugar la dramática muerte de Manuel Acuña, en la fecha en que se preparaba la edición literaria de los domingos del periódico *El Radical*, en la que iba a incluirse el poema "A la luna", de Acuña. Al tenerse noticia de su muerte inesperada, se prefirió llenar las páginas de esa edición con comentarios y elogios al poeta desaparecido. Los principales colaboradores en esta *Corona fúnebre*, fueron miembros del Liceo Hidalgo que lamentaban la muerte de su consocio y reconocían la pérdida irreparable que había sufrido el liceo. Gustavo Baz, que habló en nombre de dicha corporación, dijo: "No sin motivo fundaba el Liceo sus más bellas ilusiones en Manuel Acuña." Con sentidas poetas colaboraron en homenaje póstumo a Manuel Acuña, José Rosas Moreno, José Monroy, Alejandro Argandar, Luis G. Ortiz, Peón Contreras, Martínez Elizondo, Francisco A. Lerdo, F. Fuentes y José Carrillo. "En nombre de sus íntimos" habló Juan de Dios Peza y a nombre de la Sociedad El Porvenir, Juan R. Arellano. Firmado con el seudónimo de "Rosa Espino", el general Riva Palacio publicó el romance "La fiesta de Chapetlán".⁶²

Posiblemente una de las últimas contribuciones de Manuel Acuña para el Liceo Hidalgo, fue la "Oda" que dedicó a doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, en donde se advierte su afición por esta poetisa, y que fue leída en la velada literaria que el liceo dedicó como homenaje a la escritora cubana.⁶³

1874

La sesión del 9 de febrero de 1874, fue una velada en honor de fray Servando Teresa de Mier, y en ella participaron Elena Castro, Concepción Piña y la poetisa Laureana Wright de Kleinhans. El discurso principal estuvo a cargo de Manuel Rivera Cambas, que leyó sus "Apuntes biográficos del doctor Mier", en los que señaló el espíritu aventurero, el patriotismo y la singularidad que caracterizaron la vida de fray Servando.

Para honrar la memoria de Francisco Zarco, que había sido uno de los más ilustres animadores del liceo, se organizó una velada literaria el 13 de abril de 1874, en la sala de juntas de la Sociedad Filarmónica. Fue invitada la señora viuda de Zarco para que asistiera al homenaje a su esposo, pero ella se excusó de presenciar el acto por los melancólicos recuerdos que traería a su memoria.

Los rasgos biográficos del político y del literato los hizo resaltar en un discurso el señor Felipe Sánchez Solís. Hablando del espíritu literario de Zarco, el profesor Sánchez Solís afirmó que "los que se consagran a la crítica literaria deben tomar como tipo a Zarco". La

⁶² *El Radical*, Edición literaria de los domingos, Tip. de J. M. Aguilar, México, 1873.

⁶³ *Velada pública celebrada por el Liceo Hidalgo para honrar la memoria del señor Francisco Zarco*, Edición de *El Porvenir*, Imp. de "El Porvenir", México, 1875.

obra política de Zarco fue comentada por Guillermo Prieto, quien en su discurso afirmó que el periodismo "tan típico en nuestro siglo" y en el que tanto se distinguió Zarco, le conquistó un lugar preferente en el liceo. La poesía, "A la memoria del ilustre escritor Francisco Zarco", por Laureana Wright de Kleinhans y la "Oda" de Tomás Rojas, completaron el programa de esta velada.⁶⁴

El liceo celebró el aniversario del nacimiento de Hidalgo, el 8 de mayo de 1874, con una velada literaria en la que el discurso principal estuvo a cargo de José Patricio Nicoli.⁶⁵

En la sesión del 6 de junio del mismo año, Antonio García Cubas propuso que se analizaran los dramas que por aquellos días ponía en escena el famoso actor José Valero. El socio Manuel Peredo eligió al efecto los dramas *Entre el deber y el derecho*, de Hurtado y *Lo que son las mujeres*, de Rojas. Peredo, experimentado crítico teatral, juzgó a estas obras poco acertadas en los caracteres, y Francisco Pimentel, siempre descontentadizo y doctoral, calificó como insulsa la obra de Rojas y de filosófica la de Hurtado.

Hablando sobre la poesía popular, Pimentel afirmó que ésta, por ser espontánea, no puede imitarse del todo, pero sí en mucha parte y que su estudio es altamente interesante para el poeta. A lo cual Ramírez añadió, en esta sesión del 15 de junio, que la poesía popular debe servir de regla a la literatura de un país.⁶⁶

La velada en honor de Michelet, el 5 de octubre, tuvo escasa concurrencia. Los discursos estuvieron a cargo de los señores Alfredo Bablot, Jorge Hammeken y Mexía, Manuel de Olaguibel y Santiago Sierra.⁶⁷

El tema que se discutió en el mes de noviembre se tituló "De la influencia que han ejercido en la poesía la libertad humana y el fatalismo en todas sus fases". Ignacio Ramírez afirmó que "no hay sino leyes inexorables de la naturaleza, y el hombre procede siempre con arreglo a ellas". Vicente U. Alcaraz rechazó con energía la tesis de Ramírez que negaba el libre albedrío, afirmando que no existían tales leyes.⁶⁸

El Liceo Hidalgo celebró el aniversario del nacimiento de Sor Juana Inés de la Cruz, el 12 de noviembre de 1874. Francisco Sosa, el autor de las *Biografías de mexicanos distinguidos*,⁶⁹ pronunció un discurso en el que reconocía en Sor Juana talento e inteligencia, pero, según un "criterio nacional", no encontraba en los escritos de la poetisa modelos dignos de ser imitados y menos de colocarla entre los escritores mexicanos, porque pertenece legítimamente a España. Debe recordarse, al respecto, que esta opinión adversa a Sor Juana era la que prevalecía

⁶⁴ *El Porvenir*, México, 10 de mayo de 1874.

⁶⁵ Manuel Acuña, *Versos de...* Domingo R. Arellano, editor, Tip. Escalerillas, México, 1874.

⁶⁶ *El Federalista*, México, 24 de julio de 1874.

⁶⁷ *El Porvenir*, México, 7 de octubre de 1874.

⁶⁸ *El Porvenir*, México, 7 de octubre de 1874.

⁶⁹ Francisco Sosa, *Biografías de mexicanos distinguidos*, Edición de la Secretaría de Fomento, México, 1884.

entre nuestros escritores del siglo xix. Altamirano, Ramírez y Pimentel la habían juzgado en términos parecidos. Sosa, en este discurso, no hacía otra cosa que sumarse a una corriente de criterio que sólo comenzaría a rectificarse más tarde.

En seguida, don José María Vigil, uno de los propagadores junto con Altamirano de la literatura nacional, expresó que México debía incluir entre sus más legítimas glorias a Sor Juana Inés de la Cruz, ya que en cuanto a la forma, su mérito está a la altura de lo mejor que se ha escrito en castellano. Posteriormente Vigil escribiría un amplio estudio que puede considerarse el punto de partida de la revaloración de Sor Juana iniciada en el Liceo Hidalgo; y, quien rescatada por Menéndez Pelayo, ha culminado en nuestros días.

Otros discursos estuvieron a cargo de José de Jesús Cuevas y de Laureana Wright de Kleinhans. La parte poética la desempeñaron Josefina Pérez, con su poema "Una flor"; José Rosas Moreno, con su poesía "A la memoria de la insigne poetisa Sor Juana Inés de la Cruz", y por último Aurelio Horta con sus versos a "Sor Juana Inés de la Cruz".⁷⁰ Se sabe que una agrupación histórico literaria llevó su nombre sin tenerse más noticias de la misma.

1875

En la sesión del 11 de enero de 1875, se aceptó el femenino de la palabra socio y se puso a discusión el concepto de tragedia clásica. Pimentel y Ramírez una vez más se encargaron de la discusión; compararon la tragedia antigua con la moderna y precisaron las características de ambas. Los dos escritores pusieron de manifiesto su erudición en la materia, ya que no era la primera vez que discutían sobre temas griegos. Pimentel hizo notar que el carácter de la tragedia estaba perfectamente señalado en el principio aristotélico de excitar el temor y la piedad. Ramírez, por su parte, afirmó que las características que distinguen a la tragedia clásica fueron el elemento maravilloso y el carácter independiente e individual que hicieron tan superiores a los griegos, y que las obras modernas no son sino imitaciones de aquellos modelos.⁷¹

"¿Hasta qué punto perjudican o favorecen los estudios literarios el adelantamiento positivo de las naciones?", fue el tema que se discutió durante el mes de febrero de 1875. Guillermo Prieto, asiduo concurrente a las sesiones del Liceo Hidalgo, manifestó que los escritores tienden a armonizar lo verdadero con lo bello, para que la ciencia no perjudique al arte ni éste a la ciencia. "Hay poesía —agregó Prieto—

⁷⁰ *Composiciones leídas en la velada literaria que consagró el Liceo Hidalgo, a la memoria de Sor Juana Inés de la Cruz*, 12 de noviembre de 1874, Edición de *El Porvenir*, Imp. de "El Porvenir", México, 1874.

⁷¹ *El Porvenir*, México, 27 de enero de 1875.

donde hay elevación del pensamiento. No obstante que las matemáticas parecen frías y carentes de emoción, cuando el matemático resuelve un problema que producirá un bien a la humanidad, es también poeta." Prieto consideraba, pues, que la literatura beneficiaba a la ciencia. Ignacio Ramírez, hablando sobre el mismo tema, afirmó que "el hombre más positivista es feliz o desgraciado, no por las verdades que descubre, sino por las locuras de su fantasía y por las exigencias de sus pasiones". Refiriéndose a la crítica literaria advirtió que ésta "tiene por objeto investigar las leyes intelectuales que resultan de esos fenómenos fisiológicos y sociales que se llaman elocuencia y poesía". En tercer lugar tomó la palabra el que sería autor de la *Historia crítica de la poesía en México*, Francisco Pimentel, para indicar que en su siglo tratan de armonizarse la sensación, el sentimiento, la imaginación y la razón, rechazando los extravíos del romanticismo.⁷²

El Liceo Hidalgo, en unión de la Sociedad Filarmónica Mexicana, organizó una velada artístico literaria en honor de la "socia de mérito" y famosa actriz italiana Adelaida Ristori, el 8 de febrero de 1875, en el teatro del Conservatorio de Música y Declamación. El discurso principal estuvo a cargo del maestro Altamirano y las poesías: "Fantasía artística", "A Adelaida Ristori", "A la egregia artista Adelaida Ristori", fueron declamadas por sus autores, Jorge Hammeken y Mexía, Justo Sierra y José Rosas Moreno, respectivamente.⁷³

En honor del autor de la "Oda al dieciséis de septiembre", don Andrés Quintana Roo, celebróse en el Liceo una velada literaria. Tomaron parte en ella Ángela Lozano Gómez, con su poesía "Amor de patria"; José Sebastián Segura, con un soneto "A Quintana Roo", y Joaquín Calero con sus versos a "Andrés Quintana Roo". En uno de los discursos, la socia Satur L. de Alcalde señaló la importancia de las veladas organizadas por el liceo, en las cuales se han estudiado las personalidades y las obras de varios autores mexicanos, e hizo notar juiciosamente que todos estos materiales serán muy útiles cuando se elabore la historia de la literatura en México. En segundo lugar habló Eduardo Gallo para honrar la memoria del político y del periodista, y felicitó al liceo por haber recordado a Quintana Roo, que es una de las bases de la literatura nacional. La velada se efectuó el primero de marzo de 1875.⁷⁴

José Martí, el apóstol, escritor y poeta cubano, ingresó como socio del Liceo Hidalgo. Fue postulado por los socios Gustavo Baz, Gerardo Silva y Juan de Dios Peza, y se le admitió por unanimidad de votos en la sesión del 22 de marzo.⁷⁵ La intervención de Martí en las sesiones

⁷² *El Federalista*, México, 5 de marzo de 1875.

⁷³ *Composiciones leídas en la velada artística literaria que el Liceo Hidalgo y la Sociedad Filarmónica Mexicana ofrecieron como homenaje a Adelaida Ristori, 8 de febrero de 1875*, Imp. de El Porvenir, México, 1875.

⁷⁴ *Composiciones leídas en la sesión del Liceo Hidalgo, 1º de marzo de 1875, en honor del señor Andrés Quintana Roo*, Imp. de "El Porvenir", México, 1875.

⁷⁵ *El Federalista*, México, 7 de abril de 1875.

del liceo no se hizo esperar, y en las discusiones del mes de abril se escucharon sus firmes y lúcidas intervenciones. El tema que se discutía, "Materialismo y espiritismo", tuvo tanto interés que hubo sesión a la que asistieron seiscientas personas y que por lo mismo tuvo que trasladarse al teatro del Conservatorio. En esta polémica, Martí permaneció al lado de los espiritistas. Sostenía una existencia ultraterrena del ser humano, y se defendía de los materialistas preguntándoles: "¿Cuál es el nervio del amor patrio?" En la última sesión del mes de abril terminó el debate sobre "Materialismo y espiritismo". Ignacio Ramírez y Gabino Barreda trataron de contrarrestar los bríos de Martí, pero fue en vano, ya que la respuesta de Barreda se debilitó por falta de argumentos bien coordinados. Juan Cordero rebatió los discursos de Barreda y Ramírez, demostrando cuánto ignoraban el espiritismo los que lo atacaban. A continuación, a nombre del grupo espiritista, hablaron Santiago Sierra, Eduardo Garay y Justo Sierra, y éste último dio un golpe al positivismo atacándolo por su base: "derecho de la conciencia". La discusión de estos temas fue muy popular y suscitó muchos comentarios en los periódicos de la época.⁷⁶

Para conmemorar, como era costumbre en el liceo, el nacimiento de don Miguel Hidalgo, se organizó el 8 de mayo una velada en su honor. Ocuparon la tribuna Vicente U. Alcaraz y Gustavo Baz, quien pidió se promoviera la construcción de un monumento en el que fueran depositados los restos de Hidalgo y de otros héroes de la Independencia. En tercer lugar habló el conocido orador del liceo, José María Vigil.⁷⁷

En una sesión del mes de junio, Ignacio Ramírez pidió a los miembros del liceo que señalaran qué religiones habían influido más en la condición de la mujer. A lo cual Pimentel respondió que la cristiana y las del norte eran, a su parecer, las que más influencia habían ejercido sobre la situación social de la mujer.⁷⁸

Juan Valle, ciego desde niño y poeta cívico de la guerra de Reforma, se distinguió por sus ardientes poemas que reflejaban los sentimientos populares. En memoria suya se organizó una velada, el 12 de julio, que se vio deslucida por la lluvia tenaz que ese día hizo intranquilable la ciudad. José María Vigil pronunció un discurso que la crítica de entonces calificó de "verdaderamente académico", en el que se refirió al poeta, observando que Juan Valle interpretaba con fidelidad absoluta el sentimiento que agitó a la sociedad mexicana y era por ello, el poeta por excelencia de la revolución mexicana, la encarnación musical de los grandes sentimientos que agitaron al país en la época reformista.⁷⁹

⁷⁶ *El Federalista*, México, 7 de abril de 1875. *Ibidem*, 14 de abril de 1875. *El Porvenir*, México, 26 de abril y 1º de mayo de 1875.

⁷⁷ *El Porvenir*, México, 10 de mayo de 1875.

⁷⁸ *El Porvenir*, México, 11 de agosto de 1875.

⁷⁹ José María Vigil, *Reseña histórica de la literatura mexicana*, s. p. i., pp. 197, 205 y 211.

En sesiones posteriores que se verificaron en el mes de agosto se discutió, acaso por primera vez en México, sobre el *Derecho de huelga* de los obreros. Intervinieron Ramírez, Prieto, Pimentel y Caravantes.⁸⁰

El Liceo Hidalgo, por orden del gobierno, se constituyó en este año en tribunal que debía juzgar todas las obras dramáticas que se representaran en la ciudad, lo cual causó pésima impresión entre los autores teatrales. Continuamente se vio atacado por la prensa, principalmente por *El Monitor*, que llamó al liceo "institución odiosa y anticonstitucional".⁸¹ Mas, afortunadamente, para el mes de diciembre se instaló la Sociedad de Autores Dramáticos Manuel Eduardo de Gorostiza, que debía desempeñar el papel de censor en materia teatral y descargar en esta forma al liceo de tan enojoso oficio.⁸²

La velada consagrada a la memoria del dramaturgo mexicano don Juan Ruiz de Alarcón, se efectuó el 8 de noviembre y en ella se destacó el trabajo presentado por Manuel Peredo, quien hizo un análisis del teatro alarconiano y en especial de *La verdad sospechosa* y de *Le menteur* de Corneille. Agustín Bazán y Caravantes pronunció un discurso en contra de los émulos de Alarcón y llamó a la obra alarconiana hija de la patria. La señora Laureana Wright de Kleinhans recitó su poema "Al eminente escritor D. Juan Ruiz de Alarcón", que la crítica juzgó desaliñado.⁸³

1876

El año de 1876 principió con la revolución de Tuxtepec y terminó con la caída del presidente Lerdo de Tejada, como consecuencia de la misma revolución, y con ello aumentaron la discordia, los odios y el malestar general. Con todo, el Liceo Hidalgo se mantuvo en constante actividad, como puede apreciarse por la velada que celebró el 17 de enero en memoria de Manuel Eduardo de Gorostiza. Contribuyó a este homenaje póstumo José María Roa Bárcena con un cuidadoso estudio biográfico y crítico,⁸⁴ en el que consideraba a Gorostiza como político, diplomático, dramaturgo, patriota y filántropo. Ignacio Manuel Altamirano habló en nombre de la Sociedad de Autores Dramáticos, recién establecida, que llevaba el nombre del autor conmemorado. En su discurso, Altamirano afirmó que la biografía parece que

⁸⁰ *El Federalista*, México, 21 de agosto de 1875.

⁸¹ *El Monitor*, México, 21 de noviembre de 1875. Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México*, 2ª edición, Imp. "La Europea", México, 1895, t. III, p. 209.

⁸² Véase capítulo correspondiente.

⁸³ *Velada literaria celebrada por el Liceo Hidalgo, 8 de noviembre de 1875*, Imp. de "El Porvenir", México, 1876.

⁸⁴ José María Roa Bárcena, en *Velada Literaria, celebrada por el Liceo Hidalgo la noche del 17 de enero de 1876*, Imp. de "El Porvenir", México, 1876. "Datos y apuntes para la biografía de D. Manuel Eduardo de Gorostiza", en *Memorias de la Academia Mexicana Correspondiente de la Real Española*, México, 1876, t. I, 89-204. *Obras de...*, Imp. de V. Agüeros.

es la clave para conocer a fondo el espíritu del autor o el carácter de sus ideas, pero agregó: "Yo no creo ni exacta, ni general esta regla, aunque la juzgue útil o indispensable a veces." Más adelante dijo que Gorostiza, como poeta dramático, inicia la dramaturgia en México figurando al lado de un Molière, de un Beaumarchais o de un Moratín. La obra magistral de Gorostiza, según Altamirano, es *El jugador*, por su originalidad y por su forma.⁸⁵

En el homenaje que el Liceo Hidalgo rindió al pintor Santiago Rebull, el 31 de enero, José Martí contribuyó con un estudio.⁸⁶

Con objeto de honrar la memoria de la actriz, señora Pilar Belaval de Muñoz, se organizó en el Liceo una velada en la que tomaron parte don Anselmo de la Portilla, director de *La Iberia*, Agustín F. Cuenca, Ignacio Manuel Altamirano y José Martí. Este último, en una parte de su discurso, dijo estas bellas palabras: "Arbusto solitario que es el alma del hijo enamorado de la patria que lejos de su amada sufre sin consuelo: manera de morir es ésta de vivir alejado de la Patria: celebre un muerto de ausencia a la que, por bien suyo, y mal de los que quedan murió ya: viértanse sobre la tumba las flores tristes de este solitario arbusto y asciendan en aromas hacia la que adelanta por las sendas de la muerte, que es una forma de la vida, en tanto que aquí se encomian sus excelencias en el arte, que es una forma del amor."⁸⁷

En el mes de marzo se discutió el tema de "La enseñanza objetiva". En esta ocasión tomaron la palabra Altamirano y Caravantes. El primero recordó que él promovió esta enseñanza desde 1870, cuando vio la necesidad de enseñar el castellano.⁸⁸ En el mes de mayo se habló de "La influencia de la religión sobre la moral", habiendo intervenido los señores Barreda, Pimentel y Caravantes.⁸⁹

1879

Continuáronse las sesiones literarias del Liceo Hidalgo en forma irregular hasta 1879, fecha en que apareció Manuel Gutiérrez Nájera como animador principal de esa agrupación. Al respecto debe recordarse que uno de los más asiduos concurrentes a ese centro literario había sido Ignacio Ramírez, que en 1874 había perdido a su esposa. La herida que esta desgracia produjo en su espíritu le hizo exclamar: Yo he probado mil veces la amargura —jamás como hoy, mezclada con mi llanto. En vano —dice Altamirano— procuraba ocultar con aparente serenidad el pesar inmenso que lo estaba minando rápidamente. En vano frecuentaba las reuniones del Liceo Hidalgo y de las

⁸⁵ *Ibidem*.

⁸⁶ Camilo Carrancá y Trujillo, *Martí en México*, México, 1940, vol. III, p. 20.

⁸⁷ *El Porvenir*, México, 25 de febrero de 1876.

⁸⁸ *El Federalista*, México, 15 de marzo de 1876.

⁸⁹ *El Porvenir*, México, 25 de abril y 20 de mayo de 1876.

academias científicas, y tomaba parte con ardor en todas las discusiones para aturdirse. Y todos los que lo conocían sabían que su muerte la ocasionaría más aquel dolor que un padecimiento corporal. Así fue como murió "El Nigromante" el 15 de julio de 1879. A sus funerales asistieron, además de todos los funcionarios del gobierno, las asociaciones literarias, científicas y caritativas.

En cuanto a la actividad desarrollada por Ramírez en el Liceo Hidalgo, pueden repetirse las palabras del maestro Altamirano que, recordando al que había sido su maestro, repitió las palabras de Francisco Sosa: "Noches de imborrable recuerdo serán para nosotros aquellas que en la modesta y débilmente alumbrada sala de sesiones del Liceo Hidalgo, Ramírez esgrimía todo género de armas, conteniendo en materias de alta literatura con Pimentel, con Riva Palacio, con Prieto y con cuantos se aprestaban a aquellas lides del talento y de la sabiduría."⁹⁰

1882

Poco a poco se fue debilitando la asistencia de los miembros del Liceo Hidalgo. En el año de 1882, entre las poquísimas reuniones efectuadas se cuenta la velada que se organizó el 8 de mayo para conmemorar el nacimiento del padre de la Independencia, velada que se efectuó tal vez por la fuerza de la costumbre, pues para estas fechas había decaído notoriamente el liceo, al grado que hizo exclamar a "Cero", Vicente Riva Palacio, en su artículo del primero de marzo publicado en *La Libertad*: "El Liceo Hidalgo cerró sus puertas por segunda vez... si llegara a reunirse el Liceo Hidalgo presentaría el aspecto de un cuartel de inválidos."

1884

El Liceo Hidalgo inició su tercera etapa en 1884, con una sesión que tuvo lugar el 16 de septiembre. En ella quedó solemnemente reinstalado el liceo. Los señores Altamirano, Sosa, Ulloa y Manterola presentaron las siguientes proposiciones que sin discusión fueron aprobadas: a) La mesa directiva nombrará una comisión que presente en una de las siguientes sesiones un proyecto sobre propiedad literaria en México, b) La misma mesa nombrará otra comisión que presentará igualmente un estudio sobre la necesidad de celebrar con las naciones amigas tratados internacionales literarios. El primer trabajo le fue asignado a los señores Altamirano, Pimentel y Sosa, y para el segundo se comisionó a Cuéllar, Zárate y Manterola.

Con el objeto de que las sesiones del Liceo tuvieran interés, Alta-

⁹⁰ Ignacio Manuel Altamirano, "Biografía de Ignacio Ramírez", en *La literatura nacional*, Ed. Porrúa, S. A., México, 1949, t. II, p. 252.

mirano propuso que, sin perjuicio de la discusión del reglamento y de otros trabajos, se comenzaran las lecturas literarias, pidiendo para sí el primer turno para leer su "Estudio sobre la poesía épica en México", trabajo que estuvo destinado a servir de prólogo al *Romancero nacional*, de Guillermo Prieto, y en el que reconoce que México no había tenido una epopeya popular colectiva ni un poema épico debido a la inspiración individual, como lo hubo en Colombia con el canto de Olmedo a "La victoria de Junín" o en la Argentina con "El triunfo de Ituzaingó" de Juan Cruz Varela. Este estudio se publicó en *El Liceo Hidalgo*.⁹¹ Los siguientes turnos estuvieron a cargo de Miguel Ulloa con una obra dramática que iba a representarse en el Teatro Hidalgo; Joaquín D. Casasús, con una traducción del poema "Evangelina" de Longfellow; y Pimentel con "La historia de la novela en México".⁹² Altamirano volvió a tomar su turno para leer algunos capítulos de su novela titulada *El Zarco*, según se informa en *El Liceo Hidalgo* del 22 de septiembre de 1884.

Durante las sesiones semanales de los lunes, el más distinguido de los socios fue Ignacio Manuel Altamirano, quien daba a conocer sus admirables ensayos o expresaba sus estimulantes opiniones sobre los trabajos que allí se presentaban. En la sesión del 24 de septiembre, Miguel Ulloa leyó el primer acto del drama *Abismos de pasión*; Altamirano, refiriéndose a esta pieza, dijo que, conforme a los preceptistas, el primer acto estaba muy bien, y que, aunque él prefiere los dramas en prosa, los versos de Ulloa eran muy sonoros. También estuvo acertado Altamirano al juzgar de la traducción que presentó Casasús, en la sesión del 13 de octubre, de la *Evangelina* de Longfellow.

En el mes de noviembre, las discusiones fueron sobre cuestiones de lenguaje. En ellas tomaron parte activa Altamirano, Pimentel y Manterola. De esta polémica, que resultó ser una de las más importantes habidas en el liceo en su tercera etapa, los interlocutores determinaron que hay palabras que pueden emplearse sin que hayan recibido la sanción de la Academia Española.⁹³ Posiblemente ésta haya sido la sesión a que se refiere José López Portillo y Rojas, cuando en el notable prólogo a su novela *La parcela*,⁹⁴ recuerda cómo en una sesión del Liceo Hidalgo, Altamirano y Pimentel habían sostenido una larga controversia sobre si México debería tener o no una literatura especial. Al respecto cada uno de los interlocutores había elaborado toda una tesis para sostener el primero la creación de una literatura netamente

⁹¹ *El Liceo Hidalgo*, Periódico de literatura, órgano de la Sociedad del mismo nombre, números 2, 3, 4, 5, 6, México, 22, 30 de septiembre y 8, 15, 22 de diciembre de 1884.

⁹² Francisco Pimentel, "Novelistas y oradores mexicanos", en *Obras completas de D. ...*, Tipografía Económica, México, 1904, t. v, pp. 259-508.

⁹³ *El Siglo XIX*, México, 19 de noviembre de 1884.

⁹⁴ co, 1898, p. xxi, reedición de la Ed. Porrúa, S. A., en Colección de escritores mexicanos, t. xi.

nacional y el segundo que la nuestra fuese una continuación de la española.

El maestro Altamirano había señalado con toda claridad lo que debía ser en general una literatura americana y en particular la mexicana. En todos los escritos del insigne maestro —prólogos, ensayos, artículos, revistas y biografías— es constante la preocupación nacionalista que él mismo puso en práctica en sus mejores poemas, “Los naranjos” y “Al Atoyac”. “Los creadores de la literatura —dice Altamirano— deben tener su fuente de inspiración en su país y en su propio corazón. Si para esto fuera necesario romper las ligaduras de las reglas para crearse una lengua propia en que expresar sus sentimientos, en que dar nombre y cabida a objetos de su país, no importaría, si la lengua refleja la naturaleza, el espíritu y costumbres de un pueblo. ¿Cómo no ha de empequeñecerse una lengua —se pregunta Altamirano— ante un paisaje en donde no se formó, al cual es ajena? Tanto más si no se trata sólo del paisaje sino del carácter peculiar de un pueblo formado por el mestizaje de dos pueblos por extremo diferentes. Los pueblos —afirma el maestro— no aguardan nunca el fallo de las Academias.”⁹⁵

Cuando Altamirano se refería a los pueblos americanos decía que ellos tuvieron su lengua, sus libertades, instituciones políticas y por fin su literatura, reconociendo el derecho de tener una nacionalidad y un idioma. El poeta americano debe encontrar su originalidad en la inspiración libre del alma americana; en medio de los deseos, de las tristezas o de las aspiraciones del mundo social americano. El anhelo mayor a que puede aspirar una literatura nacional —sostenía Altamirano— es poseer un estilo poético que participe de todas las escuelas sin reproducir ninguna en su carácter peculiar, y ser hijo de un carácter propio y fuertemente individual.

En cuanto a los lazos de nuestra literatura con la española, Altamirano consideraba que puede tenerse una literatura nacional sin necesidad de que se diferencie radicalmente de la española, ya que el material de que ambas disponen es el mismo. Los caracteres especiales los impondrían —pensaba Altamirano— las modificaciones que la lengua española ha sufrido en México, por los modismos que habla el pueblo indígena, por los muchos vocablos que se emplean en lugar de palabras españolas que se han olvidado para siempre, por la sinonimia local, por la influencia del clima, del suelo y de nuestra forma peculiar de ser, que forjarán una literatura de fisonomía especial, independiente, autónoma, como ha sucedido con las literaturas de lenguas romances respecto de la latina.

La doctrina de Pimentel respecto al nacionalismo de las letras preconizado por Altamirano, quedó expresa en diversos pasajes de su

⁹⁵ Ignacio Manuel Altamirano, *La literatura nacional*, Edición y prólogo de José Luis Martínez, t. III, p. 87.

*Historia crítica de la poesía en México.*⁹⁶ En oposición abierta a Altamirano, afirmó Pimentel: "El autor mexicano ha de escribir en castellano puro, aunque siéndole permitido introducir algunos neologismos convenientes. El castellano es, de hecho, el idioma que domina en la república mexicana, es nuestro idioma oficial, nuestro idioma literario. Las lenguas indígenas de México se consideran como muertas y carecen de literatura. El escritor mexicano debe respetar las reglas del arte generalmente admitidas; pero bien puede proponer alguna nueva fundándola debidamente."⁹⁷ En otra parte de su libro, dirigiéndose directamente a Altamirano, dice —lo que tal vez haya sido la respuesta que dio en el Liceo Hidalgo el día del debate aludido—: "Según Altamirano tenemos una literatura nacional con equivalentes españoles. De adoptar como modo de escribir las variaciones de idioma que hay en México, respecto de España, lo que resultaría es una jerga de gitanos, un dialecto bárbaro, formado de toda clase de incorrecciones, de locuciones viciosas, cosas que no puede admitir el buen sentido, llamado en literatura buen gusto... Por lo tanto —añade enfáticamente Pimentel— lo que debe hacerse en vez de la aberración literaria propuesta por Altamirano, es formar un libro como el que escribió en Bogotá el sabio lingüista don Rufino Cuervo *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*."⁹⁸ Más adelante repite don Francisco lo que el maestro Altamirano había afirmado en el Liceo Hidalgo con relación a este asunto tan espinoso: "Que así como en México había habido un Hidalgo, el cual en lo político nos hizo independientes de España, debía haber otro Hidalgo respecto al lenguaje." A lo cual nos dice Pimentel que él respondió: "Que no sólo un hidalgo de éstos, sino varios, se hallaban en el portal de Santo Domingo de México y eran los escribientes públicos bárbaros e ignorantes, a quienes nuestro pueblo llama Evangelistas, los cuales en toda su plenitud usan la jerigonza recomendada por don Ignacio."⁹⁹

La argumentación con la cual Pimentel quiso destruir la doctrina nacionalista de Altamirano es por demás endeble. Parece que cuando escribió su libro subsistía en él, impidiéndole reflexionar, el acaloramiento de la discusión. Debe notarse que en el fondo de todo esto hay una lucha de partidos políticos, que oscurece mentes y cierra criterios. Tal vez en otra época hubiera recapacitado Pimentel y se habría defendido en forma diferente o bien mostrado más accesible al progreso nacionalista de las letras de su patria.

López Portillo y Rojas, en el prólogo de *La parcela*, sugirió una plausible conciliación entre estas doctrinas, en los términos siguientes: "Nuestra literatura en cuanto a la forma debe conservarse ortodoxa,

⁹⁶ Francisco Pimentel, *Historia crítica de la poesía en México*, 2ª ed. Tipografía de la Secretaría de Fomento, México, 1892

⁹⁷ *Ibidem*, p. 975.

⁹⁸ *Ibid.*, pp. 841, 842.

⁹⁹ *Ibid.*

esto es, fidelísima a los dogmas y cánones de la rica habla castellana. No por esto, con todo, ha de prescindir de su facultad autonómica de enriquecerse con vocablos indígenas o creados por nuestra propia inventiva y como resultado de las poderosas corrientes de carácter, naturaleza, clima y temperamento que nos son exclusivos.”¹⁰⁰

Volviendo a la reseña histórica de las sesiones del Liceo Hidalgo, se sabe que en el mes de diciembre de 1884, fue admitido como socio Hilarión Frías y Soto, que más tarde habría de adoptar el seudónimo de “El Portero del Liceo Hidalgo” para firmar los artículos de crítica literaria que publicó en *El Siglo XIX*, en los años de 1895 y 1896. Como socios corresponsales fueron nombrados Salvador Díaz Mirón, Rafael Zayas Enríquez y un señor Macías.¹⁰¹

1885

Iniciáronse las actividades literarias del liceo, en este año, con una serie de conferencias de carácter filosófico sustentadas por Rafael Manterola. Se efectuaron los lunes a las cinco de la tarde en el salón de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, en la calle de San Andrés ex hospital de Terceros. Tomó parte en las discusiones toda la concurrencia, fuesen o no miembros del liceo.¹⁰²

En el mes de febrero, don Francisco Pimentel leyó en una de las sesiones un estudio acerca de la obra poética de José Joaquín Pesado, al cual consideró el representante del eclecticismo literario en México.¹⁰³ Este estudio formó parte de su *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México, desde la conquista hasta nuestros días*, publicada en 1883, y que más tarde constituyó la *Historia crítica de la poesía en México* de 1892.

A fines del mes de febrero del mismo año, el licenciado Manterola inició una serie de lecturas sobre *Los grandes líricos españoles contemporáneos*. José María Vigil leyó su estudio titulado *Fray Martín Durán*, en el mes de julio del mismo año.

Después de la serie de conferencias filosóficas, en las que tomaron parte positivistas, metafísicos y eclécticos, hubo pocas lecturas y debates de importancia, aunque siempre asistió a ellas numerosa concurrencia. Continuaba el liceo con el prestigio de otras épocas y se le consideraba la primera institución literaria del país.

En el mes de octubre el señor Felipe Cazeneuve concluyó una serie de pláticas sobre Giacomo Leopardi. En sesiones posteriores el maestro Altamirano leyó su estudio costumbrista titulado “Los viajes de an-

¹⁰⁰ José López Portillo y Rojas, *opus cit.*

¹⁰¹ *El Siglo XIX*, México, 31 de diciembre de 1884, p. 3.

¹⁰² *El Siglo XIX*, México, 19 de enero de 1885, p. 2.

¹⁰³ *Ibidem*, 18 de febrero de 1885, p. 3.

taño".¹⁰⁴ Manuel Gutiérrez Nájera recitó su celebrado poema "La Duesesa Job". En este mismo mes de octubre, el general Vicente Riva Palacio leyó un capítulo de la historia del virreinato en México, que publicaría en *México a través de los siglos*.¹⁰⁵

1886

Los trabajos del liceo, en este año, principiaron con la lectura que hizo el incansable maestro Altamirano de un artículo suyo titulado "Morelos en Zacatula", y con la declamación del poema que Prieto dedicó al liceo en su *Romancero nacional*, intitulado "El centinela". En esta ocasión, Juan de Dios Peza dio a conocer su poema "Frente a Toledo"; Manuel Puga y Acal presentó su monólogo "Después del beneficio"; el señor Cazenueve leyó un estudio "Sobre los poemas aztecas de M. Augusto Génin",¹⁰⁶ y por último, Porfirio Parra contribuyó con su cuadro dramático *Lutero*.¹⁰⁷

En el mes siguiente, el señor Fuentes y Betancourt presentó su estudio sobre Antonio Plaza. Don Francisco Sosa leyó un juicio crítico sobre las poesías de Manuel Carpio, que fue comentado por Pimentel y Altamirano. Alberto G. Bianchi leyó un capítulo de su obra *Viajes a los Estados Unidos*.¹⁰⁸ Los poetas que se distinguieron en estas sesiones fueron Gutiérrez Nájera, Puga y Acal, Icaza, Peza, Del Valle y Noriega.¹⁰⁹ El penúltimo de estos poetas, Eduardo del Valle, miembro del Liceo, dio a conocer durante varias sesiones los nueve cantos que constituyen su poema *Cuauhtémoc*,¹¹⁰ escrito en romance endecasílabo y octavas reales. Fue muy aplaudido.

En la sesión celebrada el 22 de marzo de 1886, presentó Riva Palacio la introducción de su poema "Juan Venturate", episodio histórico del año de 1597.¹¹¹ Para el mes de junio, el crítico Francisco Sosa leyó un estudio acerca del poeta Manuel M. Flores. En honor de Riva Palacio se preparó una velada literaria en la que tomaron parte el licenciado Antonio Zambrano, Francisco Sosa y Eduardo del Valle.¹¹²

Manuel Puga y Acal, "Brummel", el agudo crítico de *Los poetas*

¹⁰⁴ Ignacio Manuel Altamirano, *Paisajes y leyendas, tradiciones y costumbres de México*, segunda serie, Introducción y recopilación de Ralph E. Warner, Antigua Librería de Robredo, México, 1949.

¹⁰⁵ Vicente Riva Palacio, *México a través de los siglos*, t. II.

¹⁰⁶ Auguste Génin, *Légendes et récits du Mexique ancien, Texte définitif des poésies aztèques*, Les Éditions G. Crés & Cie., Paris (1923).

¹⁰⁷ *El Siglo XIX*, México, 13 y 21 de enero de 1886, pp. 2, 3.

¹⁰⁸ Alberto G. Bianchi, *Viajes a los Estados Unidos*.

¹⁰⁹ *El Siglo XIX*, México, 12 y 24 de febrero de 1886.

¹¹⁰ Eduardo del Valle, *Cuauhtémoc*, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1886.

¹¹¹ *La República Literaria*, Tip. de Luis Pérez Verdía, Guadalajara, abril de 1886, p. 79.

¹¹² *El Siglo XIX*, México, 28 de junio de 1886.

mexicanos contemporáneos (1888), leyó su trabajo "Los dioses muertos", paráfrasis de *Les dieux mort* de August Génin.¹¹³

1888

El centenario del nacimiento del poeta inglés George Gordon, Lord Byron, fue conmemorado por el Liceo Hidalgo con una velada literaria, en el mes de enero de 1888.¹¹⁴

Otras veladas y sesiones debieron celebrarse durante el año de 1887 y el resto de 1888, pero poco se sabe de ellas. Volvió a decaer el Liceo por el año de 1889 en que salió del país su principal animador, el maestro Altamirano. A la vez iba tomando preponderancia otra agrupación, fundada por Luis González Obregón y otros escritores, que había de ser la continuadora del Liceo Hidalgo: el Liceo Mexicano Científico y Literario.

El propósito principal en torno del cual giraron la mayor parte de los trabajos del liceo durante sus tres etapas, fue la creación de una literatura nacional que correspondiera a una auténtica independencia intelectual. Por este ideal lucharon incansablemente los socios del Liceo Hidalgo, alentados por el maestro Altamirano, en quien siempre encontraron consejo y entusiasmo. El tema del nacionalismo literario llevó al maestro a una de las discusiones de más trascendencia que hubo en el liceo y en la cual tuvo como opositor a Francisco Pimentel, de formación estrictamente académica, buen conocedor de la literatura universal y con un intransigente criterio hispanista en relación al curso que debía seguir la literatura patria.

Sintetizando la labor desarrollada por el Liceo Hidalgo en sus tres etapas, puede afirmarse que la literatura mexicana del siglo XIX debe mucho a este centro de cultura literaria que fue sostenido siempre por los más celebrados y valiosos hombres de letras. Cuando se haga una verdadera valoración del siglo XIX literario, deberá insistirse en esta agrupación a la que apenas si se dedican unas cuantas líneas en los manuales de literatura mexicana.

ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS Y LITERATURA

La Academia Nacional de Ciencias y Literatura fue fundada a instancias de don Benito Juárez, para sustituir a la que había existido en la época imperial. La formulación de su reglamento se verificó en 1871, y en él se advierten muchas pretensiones que no lograron realizarse. Señaláronse como objetivos de la academia los siguientes: "Fomentar el cultivo y adelantamiento de estos ramos (ciencia y literatu-

¹¹³ *La República Literaria*, Guadalajara, 1º de octubre de 1886, pp. 38-43.

¹¹⁴ *El Siglo XIX*, México, 11 de enero de 1888.

ra), servir de cuerpo facultativo de consulta para el gobierno, reunir objetos científicos y literarios, principalmente los del país, para formar colecciones nacionales, establecer concursos y adjudicar los premios correspondientes, establecer publicaciones periódicas útiles a las ciencias, artes y literatura y hacer publicaciones aunque no sean periódicas, de obras interesantes principalmente nacionales."¹¹⁵ La academia estuvo dividida en cuatro secciones: De ciencias matematicofísicas y fisicoquímicas, de ciencias biológicas, de ciencias sociales y morales, y de literatura. Proponíanse sus miembros publicar anualmente, con el título de *Anales de la Academia de Ciencias y Literatura de México*, los escritos científicos o literarios de sus socios eligiendo libremente los que fueren dignos de publicación. Advertíase a los socios que cada uno era responsable de sus escritos y que la Academia, al acordar la impresión de sus obras, no hacía suyas doctrinas u opiniones que emitieran. Ofrecía además esta agrupación un premio pecuniario al triunfador en los concursos anuales.

Los académicos fueron de número, supernumerarios y honorarios. Los primeros y segundos no podían exceder de cincuenta para cada clase, y los últimos podían llegar a cien. Exigíase que las dos terceras partes de los académicos tuvieran su residencia en la capital de la república. Para ser admitido como académico de número, supernumerario u honorario, era necesario haberse distinguido por la publicación o ejecución de algún trabajo científico o literario de notorio mérito o utilidad.¹¹⁶ La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística tenía derecho a nombrar de su seno a seis socios que la representasen en la academia con el carácter de socios de número.¹¹⁷

Fue presidente nato de la academia el ministro de Justicia e Instrucción Pública. El vicepresidente, cuatro secretarios, un tesorero y dos vocales eran nombrados por la misma academia. Cada sección tuvo presidente y vicepresidente. Las sesiones tuvieron lugar dos veces por mes y fueron públicas tanto las científicas como las literarias. Proponíase también la academia ponerse en contacto con otras corporaciones científicas y literarias del país y del extranjero.¹¹⁸

Manuel Peredo, académico de número, fue el vicepresidente perpetuo de la sección de literatura. Francisco Pimentel fue otro de sus distinguidos miembros.¹¹⁹

José Rosas Moreno, el poeta originario de Lagos de Moreno, se había dado a conocer en la ciudad de México en 1868, cuando se celebraron las veladas literarias. Entonces se dedicó a coleccionar sus fá-

¹¹⁵ *Estatutos de la Academia de Ciencias y Literatura de México*, Imprenta del Gobierno en Palacio a cargo de José María Sandoval, México, 1871.

¹¹⁶ *Ibidem*.

¹¹⁷ *Estatutos de la Academia de Ciencias y Literatura de México*, Imp. del Gobierno en Palacio a cargo de José María Sandoval, 1871.

¹¹⁸ *Ibidem*.

¹¹⁹ Enrique de Olavarría y Ferrari, *El arte literario en México*, 2ª ed., Espinosa y Bautista, editores, Madrid, s. f. (1878), pp. 72-145.

bulas que más tarde presentó para su aprobación a la Academia Nacional de Ciencias y Literatura, de cuyo dictamen se encargó Francisco Pimentel. Después de esto las *Fábulas* de Rosas Moreno sirvieron de libro de texto en las escuelas de Instrucción Primaria de toda la república.¹²⁰

Este dictamen y otro sobre una poesía de José Monroy, fueron el escaso testimonio que nos queda de la actividad de esta corporación; dicese que sólo hubo reuniones mientras fue ministro José María Lafragua, pero que después de su muerte en 1875, cayó la academia en la inacción y acabó por desaparecer.¹²¹

ASOCIACIÓN DRAMÁTICA

Eduardo González estableció en 1871 la Asociación Dramática, con la asistencia de varios literatos y actores, pero no tuvo el éxito que se esperaba y pronto desapareció.¹²²

LA ESTRELLA DEL PORVENIR

La sociedad "La Estrella del Porvenir" fue instalada el 5 de febrero de 1871. Las reuniones tuvieron lugar en la segunda calle de las Moscas número 1. Se sabe que conmemoró su segundo aniversario pero no se tienen noticias de sus actividades.¹²³

REUNIONES EN CASA DE ROSARIO DE LA PEÑA

En la ciudad de México, en los años que siguieron al triunfo de la república, se llevaba una vida más de intranquilidad que de sosiego. Los grupos liberales dejaban oír sus voces por todas partes y el grupo conservador parecía sumiso y herido. En estas circunstancias las damas solían salir poco; el hogar se había convertido para ellas en templo, colegio, diversión y "centro de publicidad". En esta situación, el único lugar donde podían los poetas ver a sus musas era en la propia casa de ellas, si en éstas eran bien recibidos.

Así fue como Rosario de la Peña, centro de admiración de los literatos de su época, recibió en su casa, en los años siguientes a 1871, a los más destacados poetas. La simpatía que derramó Rosario fue un

¹²⁰ Francisco Pimentel, *Historia crítica de la poesía en México*, Tip. de la Secretaría de Fomento, México 1892, p. 57.

¹²¹ *Opus cit.*, pp. 28, 953.

¹²² Enrique de Olavarria y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México*, Imp. "La Europea", México, 1895, t. III, p. 104.

¹²³ *El Eco de las Artes*, México, 25 de enero de 1873.

verdadero imán para mexicanos y extranjeros. Las tertulias que ella ofrecía a sus admiradores se convertían, la mayor parte de las veces, en verdaderos centros de discusión literaria y política. Los asistentes, miembros todos de las principales asociaciones literarias de la época, traían a estas reuniones de Rosario de la Peña los debates no terminados en las sesiones de los círculos o iniciaban futuras discusiones; no es de extrañar, por tanto, que en esta casa se hayan fraguado muchos de los acontecimientos literarios y políticos que después fueron de trascendencia para la cultura patria.¹²⁴

Los concurrentes a las fiestas de Rosario, viejos o jóvenes, iban llenos de ambiciones o de gloria literarias. Entre ellos estaban: Altamirano, maestro ya de la nueva generación que formaban Acuña, Flores y Peza; Guillermo Prieto, que fungía como consejero de Rosario, asistía también; Gustavo Baz, secretario del Liceo Hidalgo; Porfirio Parra; Ignacio Ramírez "El Nigromante", admirador sin esperanza de Rosario, presidía las sesiones del Liceo Hidalgo; José Martí, el apóstol cubano, célebre por las acaloradas discusiones que sostuvo en el Liceo Hidalgo durante su estancia en la capital, rindió también tributo de admiración a Rosario de la Peña.

Con tales contentulios, era natural que en aquella casa se escucharan críticas acertadas, para lo cual bastaba Altamirano, y se tramaran proyectos de nuevas actividades literarias de resonancia nacional.

El *Album* de Rosario puede considerarse como el órgano y el documento de estas reuniones, pues recogió en sus páginas los versos de numerosos poetas mexicanos y extranjeros, inspirados en la pasión que sus autores sintieron por aquella musa de nuestro romanticismo.

Es famoso aquel dístico: "Ara es este Álbum: esparcid, cantores, / a los pies de la diosa, incienso y flores", que en 1874 puso Ramírez al frente del *Album*, y que después había de censurar Pimentel.¹²⁵ Hay también en él versos del infortunado Manuel Acuña, cuya muerte hizo famosas las reuniones de la calle de Santa Isabel; de Manuel M. Flores, de quien Rosario estuvo enamorada; de José Martí y de muchos otros escritores del siglo xix, quienes confirmaron con su puño y letra en este *Album* su admiración romántica por esta mujer, que había de sobrevivir a la mayoría de sus innumerables admiradores.

SOCIEDAD CIENTÍFICA ARTÍSTICA Y LITERARIA EL PORVENIR

El estudio de las ciencias, de la literatura, de las artes liberales y particularmente de la historia y la geografía de nuestro país, fue el fin de la Sociedad Científica Artística y Literaria El Porvenir.

¹²⁴ Carmen Toscano, *Rosario la de Acuña*, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1948.

¹²⁵ Francisco Pimentel, *Historia crítica de la poesía en México*, Tip. de la Secretaría de Fomento, México, 1892.

Su organización permitía la admisión de socios sin distinción de sexo, nacionalidad o posición social. "Se admitió como socio al hombre de educación y buenos principios." Hubo cinco clases de socios: fundadores, activos, honorarios, colaboradores y corresponsales. Todo socio activo se obligó a presentar, en el periodo de un año, tres trabajos sobre ciencias, artes liberales o literatura.¹²⁶

El primer local que ocupó la Sociedad estuvo en la calle de Las Moras número 10; después ocupó el salón que le proporcionó el Círculo de Obreros, para que efectuara sus sesiones los viernes de siete a nueve de la noche.¹²⁷ Más tarde, en 1878, las sesiones tuvieron lugar los lunes.

El órgano de publicidad de esta agrupación fue la revista mensual *El Estudio* (México, 1877-1878), donde se dieron a conocer los trabajos de sus miembros.¹²⁸ Los gastos de la asociación se cubrían con las cuotas que voluntariamente entregaban sus consocios.

La mesa directiva que rigió en 1875, el cuarto año de su establecimiento, estuvo integrada por los señores Benigno Prieto, como presidente; Manuel M. Ortega, como vicepresidente; Juan R. Arellano, como primer secretario; Miguel A. O'Gorman como segundo secretario; Ignacio Rivero como tesorero y Teófilo R. Arellano como bibliotecario.¹²⁹

En el segundo tomo de la revista *El Estudio*, Joaquín M. Alcívar habló de la suspensión que tuvo que sufrir por algún tiempo el periódico; transcurrido ese lapso, continuó su publicación dando a conocer "los ensayos de una juventud que animada por el deseo del adelanto, da sus primeros pasos por el sendero del progreso".

Los poemas allí publicados pertenecieron a los socios Eliseo Aguilar y Medina, Manuel P. Cervantes, Teodoro Soto, Joaquín M. Alcívar, Laureana Wright de Kleinhans, José Carrillo, Miguel A. O'Gorman, Juan Pablo de los Ríos, Francisco de P. Urgell, Francisco Castro, José Rosas Moreno y Joaquín Trejo. Este último contribuyó con una poesía titulada "En el Panteón del Tepeyac ante el cadáver del ilustre maestro Ignacio Ramírez".

Los temas que se trataron en los artículos publicados por la revista fueron de diversa índole. Citemos entre ellos los escritos por el socio Juan R. Arellano, uno de los colaboradores más asiduos: "¿El suicidio es un derecho en el hombre?", "Conveniencia e inconveniencia del duelo llamado generalmente desafío", "Hidrofobia rábica", "Sobre la clorosis", "Algo sobre la sangre"; así como otros escritos pertenecientes a Teodoro Soto y Francisco Flores Gardea, sobre la necesidad de la

¹²⁶ *Almanaque estadístico de las oficinas y guía de forasteros y del comercio de la república para 1875*, por Juan F. Pérez, Cuarto año, Imprenta del Gobierno, México, 1874.

¹²⁷ *El Federalista*, México, 10 de marzo de 1876.

¹²⁸ *El Estudio*, Imp. de Epifanio Orozco y Comp., México, 1878, II.

¹²⁹ *El Porvenir*, México, 10 de noviembre de 1874.

educación moral e intelectual de la mujer y “La falta de una historia general de México”, respectivamente.

En la velada literaria que organizó esta Asociación el 3 de mayo de 1873, Manuel Acuña, pocos meses antes de su dramático suicidio, leyó su poema “Nada sobre nada”.¹³⁰ En los funerales del malogrado poeta la sociedad estuvo representada por Juan Ramírez Arellano y Francisco de A. Lerdo.

Cuando se celebraban las sesiones de aniversario de esta corporación, el Liceo Hidalgo solía enviar una comisión que lo representase.¹³¹

Posiblemente esta agrupación continuó trabajando hasta 1880, fecha en que se efectuó una velada literaria en el Salón del Gran Círculo de Obreros. En ella tomaron parte Hilarión Frías y Soto, Juan de Dios Peza, Joaquín Trejo y Juan Ramírez de Arellano.¹³²

LISTA DE SOCIOS DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICA ARTÍSTICA Y LITERARIA EL PORVENIR¹³³

Joaquín M. Alcibar, Mariano Alegría, Eliseo Aguilar Medina, Alberto A. Baz, Félix Becerra, Pío Bustamante, Agustín Bonequi, José Colmenero, José María Careaga, Felipe Covarrubias, Francisco Castro, José Carrillo, Manuel Espinosa y Herrera, Francisco Flores Gardea, J. P. Gallardo y Rionda, Rodrigo Gutiérrez, Patricio García, Indalecio González Llata, Aurelio Horta, Tomás Ibarazábal, Carlos Kock y Ruiz, Alberto Leguisamo, Manuel Lizarriturri, Carlos Larrea, Luis Miranda, Rafael Nájera, Miguel A. O’Gorman, Francisco Ortiz, Benigno Prieto, Miguel Portillo, Juan Ramírez de Arellano, Miguel Ramírez de Arellano, Ignacio Rivera, Manuel Rocha, Enrique A. Rangel, Vicente Romero, Teodoro Soto, Miguel Sánchez de Tagle, Agapito Silva, Joaquín Trejo, Francisco de P. Urgell y José M. Zayas.

SOCIEDAD LITERARIA DE CONCORDIA

Alberto G. Bianchi fue el fundador de la Sociedad Literaria La Concordia, que contribuyó al desenvolvimiento literario de nuestro país dando a conocer a nuevos escritores que iniciaban su vida literaria.¹³⁴

La Esperanza fue la revista órgano de esta sociedad y en ella se imprimieron los trabajos que los socios presentaron a la agrupación.

¹³⁰ *El Búcaro*, Imp. del Comercio, México, 1873, p. 27.

¹³¹ *El Federalista*, México, 27 de octubre de 1875.

¹³² *La Libertad*, México, 22 de enero de 1880, p. 3.

¹³³ *El Estudio*, Imp. de Epifanio Orozco y Comp., México, 1878, II.

¹³⁴ Enrique de Olavarria y Ferrari, *El arte literario en México*, 2ª ed., Espinosa y Bautista, editores, Madrid, s. f. (1878), pp. 137-138.

Apareció esta revista en agosto de 1872 siendo su redactor en jefe Antonio M. Rivera y Mendoza; vicepresidente, Gerardo M. Silva; primer secretario, Alberto G. Bianchi, que ya había sido presidente del grupo; segundo secretario, Agapito Silva; tesorero, J. Rafael Álvarez, e interventor, Francisco J. Carrasco.¹³⁵ Las sesiones tuvieron lugar en la calle del Montepío Viejo núm. 1. En 1875 y 1876, seguían reuniéndose los socios en los salones de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.¹³⁶

Entre los escritores que formaron parte de este grupo figuran Gustavo Baz, J. M. Valenzuela, Ramón Rodríguez y Rivera, Francisco Sosa, Roberto y Gonzalo Esteva, Álvaro y Manuel Sánchez Facio, Rafael Zayas (el conocedor de la literatura alemana de quien habla Altamirano, a propósito de las Veladas Literarias),¹³⁷ Joaquín Villalobos, Valentín Uhink (experto en letras inglesas), José María Rodríguez y Cos, Gerónimo Baturoni, Luis Calderón, Gerardo M. Silva (el amigo de Manuel Acuña), Agapito Silva, Juan de Dios Peza, Javier Santamaría, Manuel Romo, Alberto G. Bianchi y Manuel Acuña, que dio a conocer en esta sociedad su poema "Ante un cadáver". Las poetisas que colaboraron fueron Carolina O'Horán, Francisca Peña y Carolina Poulet.¹³⁸

Algunos de los trabajos presentados a esta sociedad fueron las "Memorias de viajes" de Gustavo Baz, "Plumadas al vapor" de Alberto G. Bianchi y diversos artículos de Juan de Dios Peza, Patricio Nicoli y Antenor Lescano. La sociedad recibió la visita de la poetisa puertorriqueña Josefa Tito y del poeta y Libertador cubano José Martí, quienes fueron invitados para leer sus composiciones en la celebración de aniversario.¹³⁹

En los funerales de Manuel Acuña, el 7 de diciembre de 1873, la agrupación estuvo representada por los socios Eduardo E. Zárate y José Rafael Álvarez. Más tarde se pensó en organizar una velada en honor del poeta desaparecido, pero no se tienen noticias de su realización.¹⁴⁰

Esta corporación nombró una comisión para felicitar a Sebastián Lerdo de Tejada, socio honorario, cuando resultó electo presidente de la república.

¹³⁵ *La Esperanza*, Imp. José A. Bonilla, México, agosto y septiembre de 1872. Semanario.

¹³⁶ *El Federalista*, México, 10 de diciembre de 1875.

¹³⁷ Ignacio M. Altamirano, *Obras*, Imp. de V. Agüeros, México, 1899, p. 482.

¹³⁸ Enrique de Olavarría y Ferrari, *opus cit.*, p. 138.

¹³⁹ *El Federalista*, México, 15 de enero de 1876.

¹⁴⁰ *El Porvenir*, México, 18 de marzo de 1874.

LISTA DE SOCIOS DE ESTA AGRUPACIÓN,
TOMADA DE LA REVISTA "LA ESPERANZA"

Socios de número: Gustavo A. Baz, Amado T. de Meneses, Jesús L. Ulloa, Manuel Blanco, Rafael Romero, Teodoro Soto, Ramón Rodríguez Rivera, Francisco de P. Monroy, José L. Monroy, Ignacio Zavaleta, J. M. Valenzuela, Alberto Frago, Eduardo Zárate, Agustín F. Cuenca, Francisco Dávila, Manuel Torres, Rafael Nájera, José Audifred, Jesús B. Flores, Agustín Robles, José Carrillo, Luis G. Villalobos, Luis F. Arcipreste, Agustín B. Bonequi, J. M. Gutiérrez Zamora, Francisco Ortiz, Manuel Acuña, Francisco Sosa, J. B. Garza, Agustín Oribe, Javier Santamaría, Esteban Cornejo, Juan Orellana, Alberto Baz, José Novalón, Vicente L. Matoso, Miguel Portillo, J. M. Ramírez Salinas, Rafael Miranda, Juan de Dios Peza, Lucio M. Flores, Ignacio Morelos y Zaragoza, Victoriano Mereles, Juan de M. Rivera, Emilio Marín, Severino Mercado, J. M. Olivares, José de Jesús Jiménez, Francisco G. Cosmes, Agustín R. Río, Rodolfo Talavera, Manuel E. Rincón, Francisco de A. Lerdo, Ricardo Gómez, Miguel Tosta, Leopoldo Zamora, Carlos Arturo, Joaquín Trejo y Manuel Lizarriturri.

Socios honorarios: Ignacio Ramírez, Rafael Martínez de la Torre, José María Lafragua, Sebastián Lerdo de Tejada, J. M. Rodríguez, Gustavo G. Gostkowski, Juan de Dios Arias, Ramón I. Alcaraz, Francisco Díaz Covarrubias, Hilarión Frías y Soto, Sebastián Camacho, Joaquín Eguía y Lis, Casimiro del Collado, Rodríguez y Cos, Francisco Pimentel, Zeferino Terán, Manuel Peredo, Luis Gonzaga Ortiz, Ignacio Manuel Altamirano, Enrique Olavarría, Antonio García Cubas, Leopoldo Río de la Loza, Justo Sierra, José T. Cuéllar, Vicente Riva Palacio, Anselmo de la Portilla, Manuel Orozco y Berra, José Sebastián Segura, Pedro Landázuri, Manuel Payno, Alfredo Bablot y Guillermo Prieto.

Socias de número: Carolina Poulet, Carolina O'Horán, Josefina Figueroa, Edwigis Pacheco, Francisca Peña, Matilde del Puerto y Bonilla, Julia Inclán, Joaquina Inclán de Zamacona, señoritas Sánchez Guido y Concepción Inclán.

Socias honorarias: Isabel Prieto de Landázuri, Esther Tapia de Castellanos, Gertrudis Tenorio Zavala, Rosa Carreto, Clotilde Zárate, Manuela Verna, Ana Ossaye, Rita Zetina Gutiérrez y María del Pilar Moreno.¹⁴¹

SOCIEDAD DRAMÁTICA ALIANZA

Un grupo de aficionados al teatro, encabezado por Carlos Escudero, fundó a fines de 1873 la Sociedad Dramática Alianza. El fin

¹⁴¹ *La Esperanza*, Imp. José A. Bonilla, México, agosto y septiembre de 1872. Semanario.

que persiguió la agrupación fue hacer progresar el teatro, socorrer a los menesterosos y honrar la memoria de personas ilustres. Las funciones teatrales que realizaron sufrieron las consecuencias causadas por la aplicación de las Leyes de Reforma, durante la presidencia de Lerdo de Tejada. La aplicación de estas leyes fue un acontecimiento desorientador para el país ya que la discordia y la intranquilidad volvieron a reinar en toda la república. Puede observarse en los periódicos de la época este suceso como algo aterrador, pues constantemente se declaraban abusos cometidos en diversos lugares de la nación. Con tal motivo, dice Olavarría, el público se abstuvo de asistir a las diversiones y con esto el teatro decayó notablemente.

Las representaciones organizadas por la Sociedad Dramática Alianza se efectuaron en el teatro Hidalgo y en el teatro Arbeu. Los actores que en ellas participaron, entre los cuales estaba Carlos Escudero, director y fundador de la Sociedad, fueron: María de Jesús Aparicio, Leonor Lavanderos, Manuel Flores, Joaquín Guzmán, Manuel Ibarra, Pedro Solórzano, Benjamín Aréizaga, José Santibáñez, Luz Urbina, Gabriela Peralta, María Argumosa y Carolina Poulet.¹⁴²

La crítica no siempre estuvo de acuerdo con la obra de este grupo de aficionados, pues en una ocasión apareció en la revista "El Búcaro" un artículo que desaprobaba las obras elegidas para las representaciones, llamando "detestable" a ese descuido.¹⁴³ Bianchi les aconsejó que se dedicaran a la comedia de costumbres que desempeñaban muy bien, y que más tarde ensayaran el drama social.¹⁴⁴

En 1875 el presidente de la Sociedad Dramática Alianza fue Alberto G. Bianchi, que sufrió persecuciones por su drama *Martirios del pueblo*. En esta época se efectuaban las reuniones semanalmente en la calle de Arsinas número 12.¹⁴⁵

Algunas de las obras llevadas a la escena fueron: *Los infieles*, *Las circunstancias*, *El hombre del mundo*, *Un caballo*, *Honra y provecho*, *Cada oveja con su pareja*, *La oración de la tarde*, *Por una equivocación*, *Flor de un día*, *Un drama nuevo* y *El amante prestado*, cuyos autores se desconocen, ya que no se mencionaron en los diarios en donde se reseñaron estas representaciones.¹⁴⁶

Con motivo de la muerte del director fundador de la agrupación, Carlos Escudero, la sociedad honró su memoria adoptando como nuevo nombre de la corporación el de su fundador. Para 1879 la mesa directiva quedó integrada por las personas siguientes: presidente, Pedro Solórzano; vicepresidente, Manuel Campo; secretario, Guillermo Vare-

¹⁴² Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México*, México, 1895, t. III, pp. 156, 253.

¹⁴³ *El Búcaro*, Imp. del Comercio, México, 1874, p. 187.

¹⁴⁴ *El Trovador*, México, 6 de septiembre de 1874, p. 1.

¹⁴⁵ *El Federalista*, México, 27 de octubre de 1875.

¹⁴⁶ *El Porvenir*, México, 13 de febrero, 5 de abril y septiembre de 1875. *El Federalista*, México, 6 de junio de 1874.

la, y prosecretario, Francisco L. Gochicoa. Ellos se propusieron reanimar a la Sociedad Dramática para sacarla de la crisis que sufrió por estos años.¹⁴⁷

ACADEMIA MEXICANA CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

Con la instauración de la Corte borbónica en España, al principiarse el siglo XVIII, se establecieron en este país muchas instituciones a imitación de las que había en Francia. La Academia Española, fundada a semejanza de la francesa establecida a instancias del cardenal Richelieu en 1635, tuvo los mismos fines.

La primera reunión de la Real Academia española se efectuó en 1713 y su primer director fue Juan Manuel Fernández Pacheco, marqués de Villena y duque de Escalona. Con el lema "Limpia, fija y da esplendor" la corporación se propuso legislar en cuestión del lenguaje dentro de la tradición del clasicismo de los Siglos de Oro. Para realizar su propósito publicó el *Diccionario de autoridades*, entre 1726 y 1739, que contiene citas de autores de los siglos XVI y XVII. Más tarde publicó la ortografía y la gramática castellanas, así como el *Diccionario de la lengua*, cuya finalidad era también la de fijar la lengua.

Un siglo después, en noviembre de 1870, el director de la Real Academia, don Mariano Roca de Togores, marqués de Molina, y otros académicos pensaron establecer en América academias que cooperaran en la realización del mismo fin. Los sitios escogidos para estos centros fueron: Colombia, Venezuela, Ecuador, San Salvador, Perú, Bolivia, Chile, Argentina y México.

La instalación de la Academia en México se retrasó algún tiempo, por causas políticas. La fecha que puede señalarse como punto de partida de sus actividades es el 13 de abril de 1875.¹⁴⁸ Integraron el primer grupo de académicos Sebastián Lerdo de Tejada, entonces presidente de la república, Juan Bautista Ormaechea, obispo de Tulancingo, José María Bassoco, Alejandro Arango y Escandón, Casimiro del Collado, Manuel Moreno y Jove, Joaquín Cardoso, José Fernando Ramírez, Joaquín García Icazbalceta y José Sebastián Segura.

La primera junta directiva la formó Bassoco como presidente, García Icazbalceta como secretario, pero más tarde, cuando llegó el documento creador de la academia, la directiva quedó legalmente integrada por José María Bassoco, como director, Alejandro Arango y Escandón, como bibliotecario; Manuel Peredo como censor; José María Roa Bárcena como tesorero y Joaquín García Icazbalceta como secretario.

En 1877 se nombraron nuevos académicos, entre ellos Francisco de P. Guzmán, Ignacio Montes de Oca, Melesio de Jesús Vázquez y don

¹⁴⁷ *La Libertad*, México, 27 de junio de 1879.

¹⁴⁸ *Memorias de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española*, Imp. S. E. P., México, 1945, t. VII.

Anselmo de la Portilla que sustituyó a Bassoco cuando éste murió, y quien a su vez fue sustituido por Ignacio Aguilar y Marocho en 1880. Más tarde, Ramón Isaac Alcaraz tomó el lugar de Joaquín Cardoso.

El primer miembro honorario de la academia fue Alfonso Herrera. Siguiéronle los colombianos Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo, autor de las *Apuntaciones sobre el lenguaje bogotano*.

Para la mejor organización de la Academia de la Lengua y con el fin de aumentar su radio de acción, ésta nombró corresponsales en algunos lugares de la república. Estos nombramientos recayeron en los escritores: José López Portillo y Rojas, en Jalisco; Manuel José Othón, en San Luis Potosí; monseñor Joaquín Arcadio Pagaza, en Tenango del Valle; Audomaro Molina, en Yucatán; José M. Oliver y Cázares, en Campeche; Silvestre Moreno Cora, en Orizaba, Veracruz; Rafael Delgado, en Morelos, y Atenógenes Silva, en Michoacán.

Poco a poco fueron ingresando nuevos académicos. En 1881 el poblano Tirso Rafael Córdoba en lugar del historiador Manuel Orozco y Berra, el escritor José María Vigil, Ignacio Mariscal, Francisco del Paso y Troncoso, Alfredo Chavero, Cecilio A. Robelo, Luis Gutiérrez Otero y José María Marroqui. Francisco Sosa en unión de don Justo Sierra y Joaquín Baranda fueron admitidos en 1892. Cuatro años después fueron académicos José Peón Contreras, Porfirio Parra y Francisco Pascual García.

La Academia de la Lengua fue dirigida durante el siglo XIX por los distinguidos académicos José María Bassoco, Alejandro Arango y Escandón, Joaquín García Icazbalceta y José María Vigil.

Las sesiones tuvieron lugar los días 6 y 16 de cada mes, en la calle de Medinas número 6, casa de Alejandro Arango y Escandón.

Los primeros trabajos que se propusieron a la academia fueron la formación de un diccionario de provincialismos y una historia literaria de México. El primero lo realizó García Icazbalceta, y aunque la corporación tuvo que renunciar a la realización del segundo, muchos de sus miembros escribieron contribuciones muy importantes para la integración de aquella historia.

Entre los trabajos de mayor mérito presentados por los académicos del siglo XIX deben citarse los de Joaquín García Icazbalceta en su *Bibliografía mexicana del siglo XVI*; de Francisco Pimentel en sus numerosos capítulos dedicados a la *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México*; de Rafael Ángel de la Peña con sus Estudios críticos; de José María Roa Bárcena con su *Historia de la invasión norteamericana*; de Manuel Orozco y Berra en la *Historia de la conquista de México*; las traducciones del latín realizadas por especialistas como el obispo Montes de Oca y José María Vigil que tradujeron a Píndaro y Juvenal respectivamente. También gozaron de singular prestigio los *Cuentos coloniales* de don Artemio de Valle-Arizpe, las novelas de José López Portillo y Rojas; las poesías del obispo Joaquín Arcadio Pagaza, de Casasús y de Manuel José Othón que cantaron a

la naturaleza. Fue también muy importante la actividad lexicográfica desarrollada por los académicos Manuel G. Revilla, Joaquín García Icazbalceta, José López Portillo y Rojas, Cecilio A. Robelo, Darío Rubio y A. Chávez. A lo anterior deben añadirse las contribuciones poéticas de Enrique Fernández Granados, Balbino Dávalos, Luis G. Urbina, Enrique González Martínez y Rafael Delgado.

La biblioteca de la academia comenzó a formarse con la colaboración de los académicos, quienes siguiendo el ejemplo de García Icazbalceta, donaron a la corporación diversos ejemplares de sus estudios publicados.

El señor Bassoco propuso el 22 de junio de 1876 que, con el fin de "tratar de poner un dique a los barbarismos que hoy corren sobre todo en la prensa periódica, es deber de la Academia publicar un periódico con el fin de llenar aquel objeto". Alejandro Arango y Escandón respondió que lo que debía hacerse era formar las *Memorias* con los trabajos de los académicos.

Una vez aprobado lo propuesto por Arango y Escandón apareció el primer tomo de las *Memorias* formado por cuatro cuadernos, el último de los cuales se publicó en 1878. De 1880 a 1884 se formó el segundo tomo, entre 1886 y 1891 el tercero. Publicóse el cuarto con las contribuciones de los años de 1895 a 1899.

En estos cuatro volúmenes colaboraron asiduamente José María Bassoco, Joaquín García Icazbalceta, Rafael Ángel de la Peña, José María Roa Bárcena, Casimiro del Collado, Alejandro Arango y Escandón, Bernardo Couto, el obispo Ignacio Montes de Oca, José María Vigil, el obispo Joaquín Arcadio Pagaza, Alfredo Chavero, Joaquín Baranda, Silvestre Moreno Cora, el señor Labastida, Luis Gutiérrez Otero, Francisco Sosa e Ignacio Mariscal.

A la muerte del insigne historiador Joaquín García Icazbalceta en 1895, la academia organizó una velada en el paraninfo de la Universidad, a la cual asistieron el presidente de la república don Porfirio Díaz, sus ministros, el cuerpo diplomático, senadores y diputados. En ella tomaron parte don Justo Sierra, el obispo Montes de Oca, Casimiro del Collado, Luis Gutiérrez Otero y Rafael Ángel de la Peña, secretario perpetuo de la academia.

Si consideramos detenidamente la labor emprendida por la Academia Mexicana de la Lengua Correspondiente de la Española, podemos advertir que el solo hecho de haberse establecido en México es ya un reconocimiento cultural por parte de España, del que México debe enorgullecerse, pues este puesto lo conquistó en unos cuantos años de independencia. Desde luego sus actividades son importantísimas; empieza por mantener la lengua en toda su pureza (recordemos al respecto la anarquía que reinó en cuestiones relativas al lenguaje después de la Independencia, y que dio lugar a la fundación de la Academia de la Lengua establecida en 1835 para corregir estos vicios). Los barbarismos estaban a la orden del día, la inestabilidad política del país se reflejaba hasta en el habla y la escritura, aun las publicaciones de

cierta categoría incurrieran en graves defectos lingüísticos. Por esta razón la misión principal de la academia, y ésta así lo consideró, fue frenar esa corrupción en el lenguaje para encauzarlo por las más puras formas castellanas, cosa que había de lograr gracias a los incansables esfuerzos de sus miembros, que redactaron libros de texto para las escuelas, de donde salieron jóvenes que hablaron y escribieron correctamente su lengua.

La supervivencia y engrandecimiento de la academia hasta nuestros días es la prueba más evidente de la capacidad intelectual seleccionada de sus miembros al servicio de la lengua y de las letras de nuestra patria.

SOCIEDAD ARTÍSTICA DE DECLAMACIÓN

La Sociedad Artística de Declamación se instaló el 13 de junio de 1874 en el Teatro Zaragoza que estuvo situado en la Rinconada de Santa Catarina número 2. Fue presidente del grupo Epigmenio Marañón, vicepresidente Francisco Benítez, contador Manuel Corona, primer secretario Francisco Nava y segundo-secretario Francisco de P. Montiel.¹⁴⁹

EL RAMILLETE DE FLORES

En 1874 tuvo lugar la instalación de una asociación literaria singular llamada El Ramillete de Flores. Estuvo integrada exclusivamente por señoritas que gustaban de la poesía. Entre las actividades que realizaron se cuenta la organización de una velada literaria en memoria del poeta coahuilense Manuel Acuña. A ella contribuyeron la mayor parte de las socias con sus propias composiciones.¹⁵⁰

No se tiene noticia de los nombres de las poetisas que constituyeron este grupo ni de las actividades que realizaron. Posiblemente esto se deba a las costumbres propias de la época que fomentaban el recato y desechaban la publicidad.

No se vuelve a tener conocimiento de otra agrupación de este tipo, en el transcurso del siglo, en la ciudad de México.

SOCIEDAD MUTUALISTA DE ESCRITORES

Con el fin de proteger a los escritores enfermos o a los que estuviesen en malas condiciones económicas, en 1875 se formó la Sociedad Mutualista de Escritores. Fue presidida por Ignacio Manuel Altamirano y su reglamento formulado por Ignacio Ramírez. Tuvo tal im-

¹⁴⁹ Luz y Constancia, México, 24 de julio de 1874, p. 4.

¹⁵⁰ Juan de Dios Peza, "Poetas y escritores modernos mexicanos", en *El Anuario Mexicano*, Filomeno Mata, editor, Tip. Literaria, México, 1878, p. 236.

portancia social esta sociedad que en alguna ocasión hubo de suspenderse la sesión del Liceo Hidalgo porque todos sus miembros se hallaban en la citada asociación mutualista.¹⁵¹

LA ESPERANZA

La única referencia que se tiene de esta sociedad se encuentra en una noticia de gacetilla que da a conocer su instalación en marzo de 1875. Sus primeros dirigentes fueron Alberto Barreda y David Alcalde, presidente y secretario respectivamente.¹⁵²

EL LICEO DEL PORVENIR

En la sala de juntas de la compañía Lancasteriana se reunieron, en 1875, varios jóvenes con el objeto de fundar la sociedad literaria El Liceo del Porvenir, que tuvo su sede en el Colegio de Minería. Los miembros de esta agrupación juvenil organizaron algunas veladas literarias.¹⁵³

SOCIEDAD NETZAHUALCÓYOTL

La Sociedad Netzahualcóyotl, fundada el 3 de agosto de 1875,¹⁵⁴ no tuvo ninguna relación con aquella agrupación del mismo nombre instalada por Manuel Acuña en 1868.

Esta nueva Sociedad Netzahualcóyotl nació de la escisión que dividió a los socios de la Sociedad Dramática Alianza, en una de sus sesiones. El motivo del rompimiento fue el siguiente: La Sociedad Dramática Alianza establecida en 1873 decidió formular su reglamento, y con este móvil convocó a sus socios a una reunión en casa de Agustín Alba. A este acto asistieron Antonio Hermosa, José de la Fuente, Luciano Montes de Oca, Manuel Llera y José Peñaneja. En él se formaron dos bandos: uno pedía que la agrupación estuviera integrada por tres grupos (dramático, literario y filarmónico) con un órgano de publicidad común; el otro, apoyado por el gobierno, pedía que la sociedad tuviera una orientación puramente dramática.

En esta forma quedó formulado el plan de una nueva corporación, derivado de aquel grupo que pidió actividades dramático-literarias y filarmónicas para la Sociedad Alianza. Este nuevo centro se llamó Sociedad Netzahualcóyotl y tuvo como finalidad el fortalecimiento de la literatura nacional, estimulando a los autores dramáticos y a los

¹⁵² *El Porvenir*, México, 22 de marzo de 1875.

¹⁵³ *El Porvenir*, México, 22 de marzo de 1875.

¹⁵⁴ *El Federalista*, México, 10 de abril de 1875.

¹⁵⁴ *El Porvenir*, México, 9 de agosto de 1875, p. 3.

poetas, al llevar a escena sus obras y al publicar sus composiciones. La dirección de la mencionada agrupación quedó a cargo de José María Rodríguez y Cos, Jesús Sánchez Mireles, Manuel Cervantes, Manuel de la Fuente, Agustín Alba, Joaquín Diego Moreno y Joaquín Negreiros. Proyectóse en esta reunión celebrar una sesión especial el 13 de noviembre del mismo año en la casa número 16 de la calle de la Merced, para que los socios recibieran distintivos, diplomas y billetes para la ceremonia inaugural de la asociación que tuvo efecto el día 15 del mismo mes en el Teatro Arbeu. El programa de esa noche, según nos dice Olavarría y Ferrari, constó de veintiún números entre oberturas, discursos, poesías, piezas de canto y piano, así como la representación de una obra de Bretón de los Herreros, dirigida por Manuel Peredo. En esta función tomaron parte los socios: Francisco Álvarez de la Cadena, José María Peña Roja, Manuel Llera, Delfino Thevin, Manuel Cervantes, Rafael Rebollar, Eduardo Zárate y Gabriel Malda.¹⁵⁵

El reglamento estableció tres clases de socios: activos, honorarios y protectores. Los miembros activos se repartían en las secciones de letras, dramática o filarmónica. Todas las composiciones presentadas por escrito debieron tener primera y segunda lecturas. Comprometiéndose la sociedad a celebrar una función mensual en la cual se favoreciera a los autores mexicanos. A cargo de la sección literaria quedó la redacción del periódico que fue órgano de la corporación. Las personas que desearan ingresar como socios deberían ser postuladas por tres miembros y además presentarían una composición en prosa o verso. La actividad de este grupo literario se limitó a organizar veladas, ayudar a las escuelas o academias que se establecieran y rendir los dictámenes de los trabajos presentados. Para lo cual se reunían cada quince días.¹⁵⁶

El grupo de actores que constituían la sección dramática, que tenía como fin la representación de obras mexicanas, estuvo ligado al literario, ya que el dictamen sobre una pieza teatral lo daba la sección literaria a cargo del señor Manuel Cervantes. La primera función del grupo dramático fue el 29 de enero de 1876, con la representación de la escena final de *Medea*, el drama *Después del duelo* (traducido del francés por Peredo) y el juguete cómico de Santiesteban *Ladrón y verdugo*.

En el Teatro Principal se celebró la segunda función dramática a fines de febrero de 1876. Al hablar Altamirano de esta función, dijo que era dada por una de las asociaciones más numerosas y mejor organizadas de México.¹⁵⁷ En esta función se representó *La piedra de toque*, de A. Zamora y Caballero, dirigida por Manuel Peredo, habiéndose distinguido la actriz Adela V. de Álvarez, el actor Gabriel Malda y el galán cómico Ruiz Sánchez.

¹⁵⁵ *El Porvenir*, México, 12 de noviembre de 1875.

¹⁵⁶ *Reglamento general de la Sociedad Netzahualcóyotl*, Imp. del Comercio, México, 1875.

¹⁵⁷ *El Federalista*, México, 29 de febrero de 1876, p. 2.

Con todo entusiasmo ofreció la Sociedad Netzahualcōyotl, al filántropo y amante de las letras Ramón Terreros, un concierto a fines de septiembre de 1876.

El maestro Ignacio Manuel Altamirano fue nombrado presidente de la sociedad a principios de marzo de 1876. En las sesiones sucesivas Altamirano prometió que disertaría acerca del teatro en general y de cada poema dramático en especial. La primera disertación oral la realizó el 16 de marzo del mismo año sobre *Los orígenes del teatro en general*, habiendo durado su erudita exposición hora y media. No cabe duda que esta intervención de Altamirano, hizo que la sociedad se colocara en un sitio de privilegio en medio de las demás sociedades de su tiempo.¹⁵⁸

La mesa directiva del año de 1877 estuvo integrada por: presidente, José E. Bustillos; secretario, Francisco Álvarez de la Cadena; presidente del grupo literario, Ignacio M. Altamirano; del grupo dramático, Manuel Peredo; y del filarmónico, Julio Ituarte. Las tertulias literarias tuvieron lugar dos veces al mes en el salón de San Juan de Letrán número 5 y después en el callejón de Betlemitas casa número 8. En estas reuniones tomó la palabra el maestro Altamirano, disertando en una ocasión sobre los "Poetas nacionales" y en otra sobre "La poesía de Lord Byron". La actividad dramática de esta asociación estuvo representada en este año por el drama sacro *La Pasión de Jesucristo*, en el mes de marzo; y en octubre se pusieron en escena el drama titulado *Vicio y virtud* y la pieza cómica *Dos sordos*.¹⁵⁹

En el mes de octubre de 1877 se inició la publicación de un periódico órgano de la Sociedad Netzahualcōyotl, que llevó su nombre. En este periódico, que primero fue quincenal y después semanario, colaboraron: Manuel Cervantes Imaz, Agustín F. Cuenca, José María Rodríguez y Cos, Gerardo Silva, Ignacio M. Altamirano, Manuel Peredo, Vicente Alcaraz, Ildefonso Estrada y Zenea, Alberto Díaz Rugama, J. Gabriel Malda, Antonio Hermosa y José de la Fuente, y las socias Josefa Ocampo de Mota, Refugio Argumedo de Ortiz y Herlinda Rocha.¹⁶⁰

En el diario *El Federalista* del 18 de octubre de 1876, se lee la noticia de que con el nombre de *Netzahualcōyotl* les ha llegado el primer número de la revista órgano de la sociedad del mismo nombre. Tal vez los números subsiguientes no pudieron publicarse, por razones desconocidas, hasta el 22 de octubre de 1877. De este periódico sólo existen siete ejemplares numerados del dos al ocho en la Hemeroteca Nacional; el último es del 3 de febrero de 1878.

La Sociedad Netzahualcōyotl inauguró su teatro en 1878, con una obra de Agustín F. Cuenca, *La cadena de hierro*. En el mes de enero

¹⁵⁸ *El Porvenir*, México, 8 y 17 de marzo de 1876.

¹⁵⁹ Enrique de Olavarria y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México*, México, 1895, t. III, pp. 256, 274.

¹⁶⁰ *Netzahualcōyotl*, Imp. de Epifanio D. Orozco, México, 1877-1878.

del mismo año Altamirano fue reelegido presidente del grupo literario; Agustín F. Cuenca ocupó la vicepresidencia; fue secretario Vicente Alcaraz y tesorero Gerardo Silva.

En 1879, la asociación inauguró una serie de cursos o academias gratuitas a cargo de los socios más destacados. Esta labor social y cultural tan benéfica en la época fue desempeñada por los socios que a continuación se mencionan con sus respectivas cátedras: Manuel Peredo, Prosodia, Arte poética, Elementos de Literatura y Ejercicios prácticos de declamación aplicada a la alta lectura, La oratoria y La representación teatral; José G. Jaldá, Estética; Vicente Alcaraz, Español y Matemáticas; Manuel C. Imaz, Historia y Pedagogía; Alberto Díaz Rugama, Teneduría de libros por partida doble y Contabilidad fiscal; Juan Arsinas, Baile teatral; Música e Idiomas por otros socios.¹⁶¹

Tal vez para el mes de mayo de 1879 se afirmó que la Sociedad Netzahualcóyotl había desaparecido, por lo que Vicente U. Alcaraz negó tal afirmación en la gacetilla de *La Libertad*.¹⁶²

Para 1880 la asociación representó *La Traviata*. Esta corporación que tuvo por lema "Amor a las bellas artes, Unión y Progreso", fue paulatinamente decayendo hasta que desapareció años más tarde.

La actividad desarrollada por la Sociedad Netzahualcóyotl fue considerable desde todos puntos de vista, pues su labor fue tanto literaria como educativa; en ella se advierten los antecios de una escuela superior de letras, algo así como la Escuela de Altos Estudios o nuestra actual Facultad de Filosofía y Letras. A ella asistieron las personalidades más representativas de la época, como Altamirano, Cuenca, Peredo, Imaz y otras que son un baluarte de las letras del siglo xix.

La lista de personas que integraron la Sociedad Netzahualcóyotl fue numerosa; entre sus socios pueden mencionarse a:

Señoras, Adelaida V. de Álvarez de la Cadena, Matilde Arbeu de Macedo, Soledad S. de Lefebre, Rafael H. de Bentancourt, Señoritas, María Villalobos, Paz Arcipreste, Julia Arbeu, Herlinda Rocha, Amalia Rocha, Carlota Gutiérrez, Emilia Serrano, Liberata Serrano, Carolina O'Horán.

Señores, Sebastián Lerdo de Tejada, José María Rodríguez y Cos, Jesús Sánchez Mireles, Manuel Peredo, Antonio Hermosa, José de la Fuente, Manuel Cervantes, Manuel Llera, Agustín Alba, Manuel de la Peza, Luciano Montes de Oca, José María Peñarroja, José de la Cadena, Porfirio Macedo, Francisco Macedo, Antonio Valle, Lauro Beristáin, Agustín Roldán, Juan Domínguez, Porfirio Pastor, Ruperto Betancourt, Heliodoro Betancourt, Ignacio Betancourt, Ricardo Tapia, Pedro Inclán, Manuel Parto y Mangino, Lorenzo Carrión, Joaquín Diego Moreno, Delfino Thevin, Eduardo Zárate, Eugenio Castillo, Lorenzo Prieto, Juan Hernández Ruiz, Carlos Rodríguez y Cos, Juan

¹⁶¹ *La Libertad*, México, 26 de enero, 15 y 20 de febrero de 1879, p. 3.

¹⁶² *Ibidem*, México, 14 de mayo de 1879, p. 3.

B. Vega, Luis Arteaga, Ignacio García Gutiérrez, Nicolás Guerrero, Adolfo Ruiz Sánchez, Vicente Alcaraz, Luis Álvarez y Guerrero, Leopoldo Zambrano, Ramón Alcalde, Tomás Acevedo, Eduardo G. Gallo, Eduardo Ortiz, Agustín Cuenca, Manuel Portillo, Gerardo Silva, José Rafael Álvarez, Mariano Bárcena, Rafael Rebollar, Antonio Rivera y Mendoza, Francisco Urgell, Eugenio Gutiérrez, Luis G. Ortiz, Vicente Morales, Niceto Zamacois, Joaquín Téllez, Manuel Bustamante, Baltazar Gómez, Manuel Arias Moreno, J. Servín, Jesús Mancera, Ramón García Raya, Félix M. Alcérreca, Manuel Herrera, José M. Mendoza, José X. Cortés, Martín González, Estanislao Sandoval, Jesús Gómez, Alberto G. Bianchi, Braulio Domínguez, Jesús Guerrero, Manuel Acevedo, Celestino Tapia, Clemente Venegas, Joaquín Garibay, Gabriel Garibay, Francisco Garibay, Manuel Ruiz, Pablo Velasco, Antonio Montiel, Juan Sánchez, Othón Guerrero, Librado Suárez, Daniel Palma, Candelario Guzmán, Enrique González, Filiberto Pineda, Alberto Bianchi, Filiciano Pérez, José Dolores Turincio, Manuel Barreda, José Pacheco, Florentino Portillo, Plácido Lagar, Eduardo R. de Sanmiguel, Mariano Navarro, Francisco Rivera, Mariano Abogado, Patricio Urdanivia, Juan Cordero, Jesús Nava, Francisco Cordero, Juan Pineda, Francisco Álvarez, José Servín, Emigdio Carrillo, Ángel Islas, Pedro Cortés, Bartolomé Bauza, Pedro Díaz Verdeja, Rafael González, Miguel Peña, Eugenio Toussaint, Manuel García Aguirre, Nicolás del Río, Juan Pinal, Emilio Arteaga, Pedro Dalcourt, Jesús Mercado, Esteban Tirado, Emilio Quiroga, Antonio Gutiérrez, Jesús C. Acosta, Martín Corona, Eusebio Lezama, Manuel Yáñez, Luis Castañeda, Ángel Quiroz, Teodosio Moreno, Enrique Ugalde, Francisco Eris, Jesús G. Gaviño, José Barrera, Alberto Lombardo, Enrique Guasp de Peris, Manuel Peralta, Benito Cisneros, Ignacio Velasco, Agustín Romero, José Cortés y Fías y Francisco Pimentel.

SOCIEDAD DE ESCRITORES DRAMÁTICOS
MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA

Cuando el Liceo Hidalgo se constituyó, a fines de 1875, en tribunal de las piezas teatrales, se vio atacado por los autores dramáticos. Fue entonces cuando Altamirano, José María Vigil, Ramón Manterola, José Rosas Moreno y José Monroy fundaron la Sociedad de Escritores Dramáticos Manuel Eduardo de Gorostiza,¹⁶³ que tuvo como finalidad estudiar las piezas dramáticas originales o traducidas, de las personas que voluntariamente las sometían a la sociedad. Las obras se leían en sesión ordinaria y una comisión rendía un dictamen al respecto. Una vez aceptadas procuraban allanarse las dificultades para que las obras fueran puestas en escena, y los autores obtuvieron la utilidad que en

¹⁶³ *El Federalista*, México, 8 de diciembre de 1875.

derecho les correspondía. También procuraba la sociedad celebrar un tratado internacional de propiedad literaria con España y otras naciones amigas.¹⁶⁴

El primer presidente de la sociedad fue José María Vigil, y el secretario José Monroy. Fueron socios residentes: Juan de Dios Peza, Jorge Hammeken, Juan A. Mateos, Vicente Riva Palacio, Roberto A. Esteva, José Peón Contreras, Agustín C. Díaz, Manuel María Romero, José Sebastián Segura, Agustín F. Cuenca, Carlos Escudero, Luis G. Álvarez y Guerrero; miembros honorarios: Isabel Prieto de Landázuri, José Tomás de Cuéllar, Víctor Hugo, Alejandro Dumas, Octavio Feuillet, Enrique Guasp, Juan Eugenio Hartzenbusch, Manuel Tamayo y Baus; socios corresponsales: Ramón Valle, S. Sarlat, G. Baturoni, Enrique de Olavarría, Jesús González Cos, Jesús Echaiz y E. Robles Gil.¹⁶⁵

La sociedad deseaba la reconciliación de todos los escritores y expidió nombramiento de socios a escritores jóvenes como Esteva, Peón Contreras, Martí y Baz, pero éstos rechazaron el nombramiento a causa de la desavenencia que había entre ellos y los miembros de la Sociedad Gorostiza.¹⁶⁶ La escisión tuvo su origen en la fundación de la Sociedad Alarcón que agrupaba a los dramaturgos jóvenes. Los miembros de esta sociedad nombraron entre otros socios a Altamirano, pero el maestro no aceptó dicha proposición advirtiendo que era fundador de la Gorostiza y que no tenía objeto pertenecer a dos sociedades semejantes en sus fines y “que por lo mismo no quería hacer estériles sus esfuerzos dividiéndolos. Si alguno —añadió— califica de descortesía esta renuncia, preferiría pasar por descortés, más bien que ser calificado de inconsecuente para con sus amigos y discípulos, que forman la Sociedad Gorostiza.” A lo cual respondió José Martí: “Los cargos honoríficos no se renuncian, ni por modestia siquiera, sobre todo cuando vienen de personas que los conceden por un acto natural de respeto literario y de lealtad amistosa. Rechazar el nombramiento de miembros de una sociedad envuelve desatención hacia las personas que la forman, y todavía envuelve algo más.” “No hay inconsecuencia —continúa Martí— en pertenecer a dos sociedades literarias, a menos que no se tenga voluntad determinada de hacer de una corporación literaria una sociedad egoísta y hostil.” “No gusta mucho el que esto escribe —dijo Martí— de asociaciones que no tengan fines muy altos y muy noble conducta; acepto con entusiasmo el pensamiento de fundar la Sociedad Alarcón, agradeciendo siempre, y muy sinceramente, a la Sociedad Gorostiza el haberme admitido en su seno. Reconocido el señor Altamirano y respetando sus méritos, fue el que escribe el primero en postularlo para miembro de la naciente asociación. Y como

¹⁶⁴ *Reglamento de la Sociedad de Escritores Dramáticos M. E. Gorostiza*, s. p. i., México, 8 de diciembre de 1875.

¹⁶⁵ *El Porvenir*, México, 3, 4 y 17 de diciembre de 1875.

¹⁶⁶ Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México*, t. III, p. 214.

al rechazar el nombramiento se rechaza, poco urbanamente, a su juicio, la postulación que lo provocó, quede el señor Altamirano en riña con su descortesía hacia la sociedad Alarcón.”¹⁶⁷

En las sesiones se trabajó por el establecimiento de un teatro nacional. En la velada en honor de Manuel Eduardo Gorostiza, Roa Bárcena presentó un estudio sobre este dramaturgo. Altamirano contribuyó con un discurso y Cuenca con un poema frente a una escasa concurrencia.¹⁶⁸ El señor Hammeken y Mexía presentó a la asociación la traducción que hizo del drama *La esfinge*, de Octavio Feuillet. También se leyó en alguna de las sesiones de febrero el drama *La enferma del corazón* de Alberto G. Bianchi.¹⁶⁹ Las sesiones tuvieron lugar los martes a las seis de la tarde y las extraordinarias los lunes.¹⁷⁰

A principios del mes de febrero fue nombrado Altamirano secretario perpetuo, Peredo vicepresidente y prosecretarios Bianchi y Cuenca. Los socios aumentaron considerablemente. Entre los más conocidos debe mencionarse a Francisco Pimentel, Francisco Sosa, Juan Pablo de los Ríos, J. González de la Torre, J. Vargas, A. M. Orellana, A. Zavala, Gerardo M. Silva, Regino Aguirre, la señorita María de Jesús Servía y Gerardo López del Castillo como socio actor.¹⁷¹

En el mes de marzo continuaron los análisis de las obras *La cadena de hierro* de Agustín F. Cuenca y del drama *Sin nombre*, posiblemente de Miguel Portillo.¹⁷²

¹⁶⁷ Camilo Carrancá y Trujillo. Intr. a *Arte en México*, vol. III, Martí en México, México, 1940, pp. 22-24, México, 2 de febrero de 1876.

¹⁶⁸ *El Porvenir*, México, 18 de enero de 1876.

¹⁶⁹ *Ibidem*, 14 de febrero de 1876.

¹⁷⁰ *Ibid.*, 17 de enero de 1876.

¹⁷¹ *Ibid.*, 15 de enero de 1876. *El Federalista*, México, 17 de febrero de 1876.

¹⁷² *El Porvenir*, México, 17 de marzo de 1876.

ÍNDICE CRONOLÓGICO
[1865-1875]

<i>Años de duración</i>	<i>Nombre de la asociación</i>	<i>Lugar</i>
1865 — 1866	Academia Imperial de Ciencias y Literatura.	México, D. F.
1866 — ca. 1892	Asociación Gregoriana (mutualista).	México, D. F.
1867 — ?	Club Dramático.	Toluca, Méx.
1867 — ?	Liceo Mexicano.	México, D. F.
1867 — ?	Liceo Juárez.	Toluca, Méx.
1867 — 1868	Veladas Literarias.	México, D. F.
1867 — ?	Sociedad Íntima.	Puebla, Pue.
1868 — 1869	Sociedad Literaria La Minerva.	Mérida, Yuc.
1868 — ca. 1874	Sociedad Netzahualcóyotl.	México, D. F.
1868 — ?	Sociedad Laterana (mutualista).	México, D. F.
1868 — ?	Bohemia Literaria.	México, D. F.
1868 — ?	Liceo Oaxaqueño.	Oaxaca, Oax.
1869 — ca. 1880	La Sociedad Católica.	México, D. F.
1870 — ca. 1871	Sociedad de Libres Pensadores.	México, D. F.
ca. 1870 — ?	Sociedad Fernando Calderón.	Guadalajara, Jal.
1870 — ca. 1892	Liceo de Mérida.	Mérida, Yuc.
1870 — ?	La Siempreviva.	Mérida, Yuc.
1871 — ca. 1880	Sociedad El Porvenir.	México, D. F.
1871 — ?	Asociación Dramática.	México, D. F.
1871 — ca. 1875	Academia Nacional de Ciencias y Literatura.	México, D. F.
1871 — ?	La Estrella del Porvenir.	México, D. F.
1872 — ca. 1877	Sociedad La Concordia.	México, D. F.
1872 — ca. 1874	Reuniones en casa de Rosario de la Peña.	México, D. F.
1872 — ?	Sociedad Rodríguez.	Saltillo, Coah.
1873 — 1876	Sociedad Dramática Alianza.	México, D. F.
1874 — ?	Sociedad Ramillete de Flores.	México, D. F.
1874 — ?	Sociedad Artística y de Declamación.	México, D. F.
1874 — ?	Sociedad Manuel Acuña.	Veracruz, Ver.
1875 — continúa	Academia Mexicana de la Lengua Correspondiente de la Española.	México, D. F.
1875 — ca. 1880	Sociedad Netzahualcóyotl.	México, D. F.
1875 —	Sociedad La Esperanza.	México, D. F.
1875 — ?	El Liceo del Porvenir.	México, D. F.
1875 — ?	Sociedad Mutualista de Escritores.	México, D. F.
1875 — ?	Sociedad Minerva.	México, D. F.
1875 — ca. 1877	Sociedad de Escritores Dramáticos Manuel Eduardo Gorostiza.	México, D. F.
ca. 1875 — ?	Sociedad Científico Literaria y Filarmónica.	Campeche, Camp.
1875 — ca. 1877	La Alianza Literaria.	Guadalajara, Jal.
1875 — ?	La Aurora Literaria.	Guadalajara, Jal.
1875 — ?	Sociedad Filológica Morelos.	Morelia, Mich.
1875 — ?	Sociedad Progreso.	Juchitlán, Oax.
1875 — ?	Sociedad de Cultura La Civilización.	Puebla, Pue.
1875 — ?	Sociedad Juan Ruiz de Alarcón.	Puebla, Pue.
1875 — ?	El Edén.	Jalapa, Ver.
1875 — ?	Liceo Veracruzano.	Veracruz, Ver.
1875 — ?	Sociedad Literaria Filograma.	Guanajuato, Gto.
1875 — ?	Academia Literaria.	Mérida, Yuc.
1875 — ?	Sociedad Artística Santa María de Guadalupe.	Puruándiro, Mich.
1875 — ?	Sociedad Artístico Literaria.	Mazatlán, Sin.
1875 — ?	Sociedad Artística La Armonía.	Parral, Chih.

VIDA Y OBRA DE LUIS G. INCLÁN

Salvador Novo

Don Luis González Obregón encabeza cronológicamente la lista de los críticos que hasta nuestros días se han ocupado en valorizar esta novela mexicana de *Astucia* que en 1865 vio la primera luz en dos tomos de modesta tipografía. En su "Breve noticia de los novelistas mexicanos en el siglo xix" (1889; p. 24) da (xxii) la de que Luis G. Inclán "escribió una novela de costumbres mexicanas e históricas: *Astucia, el jefe de los hermanos de la hoja, o los charros contrabandistas de la Rama* (tomo i, 1865; tomo ii, 1866)", y expresa que "aunque mucho deja que desear esta novela, es, sin embargo, interesante desde el punto de vista histórico."

Don Francisco Pimentel (*Obras completas*, 1904, tomo v, "Novelistas y oradores mexicanos") es más amplio, aunque no menos severo, en su consideración de Inclán y su obra. De las cuatro páginas (338 a 341) en que a propósito del empleado en *Astucia* Pimentel dogmatiza acerca de la bastardía del lenguaje o dialecto mexicano (cuya adopción por los escritores condena con apenas la salvedad de que "puede admitirse en todo su desenvolvimiento cuando el autor de una novela supone que en ella figuran mexicanos que usan ese dialecto, pero no cuando habla el escritor mismo, en el cual caso sólo es lícito admitir neologismos por conveniencia o por necesidad"), pueden recogerse dos datos: el de que aun en tiempos de Pimentel, *Astucia* era tan popular en México, y agradaba tanto, que era más leída que *El Periquillo*, a quien había destronado hasta cierto punto; y el de que (como don Joaquín García Icazbalceta lo entendería muy bien al abreviar largamente en ella la composición de su *Diccionario de provincialismos mexicanos*) "en esa novela puede estudiarse en todo su desarrollo lo que hemos llamado alguna vez dialecto mexicano, es decir, el idioma español según se habla en México, entre la gente mal educada, corrompido, adulterado". Para Pimentel, *Astucia* no vale lo que *El Periquillo*, que es "más filosófico y la forma es más graciosa, no obstante sus disertaciones pesadas", aunque "*Astucia* contiene episodios interesantes, algunos

amorosos, otros son de la vida aventurera, propia del contrabandista, así como rasgos descriptivos agradables, retratos fieles, caracteres simpáticos y ejemplos de moralidad”.

El 7 de agosto de 1904, el canónigo Vicente de P. Andrade publicó en el periódico *La Temporada*, de Tlalpan, una Carta dirigida a González Obregón que si no contribuye a una más justiciara inteligencia de la obra de Inclán, sí revela un naciente interés en averiguar con precisión el origen, y por ende la idiosincrasia, de un escritor que empezaba a olvidarse ya. Su carta ubica en Tlalpan o San Agustín de las Cuevas la cuna de un novelista de quien más tarde Núñez y Domínguez aclararía que —por importante o por nimio que ello sea en fin de cuentas— nació en el rancho de Carrasco, perteneciente a la Hacienda de Coapa, entonces (1816, 21 de junio) de la jurisdicción del Municipio de Tlalpan.

Diez años más tarde, el 3 de enero de 1914, un novelista entonces en la cima del triunfo, don Federico Gamboa, dio en la “Librería General” de la ciudad de México, una conferencia sobre la novela mexicana, y en ella habló de Inclán y de su novela “de larguísimo título”. Aunque le pareció “cansada y difusa”, la halló serlo menos que *El Periquillo*, y haciendo a un lado, o dando por descontado, su interés lexicológico, reparó en su vívido y esencial mexicanismo: en su alarde “de un localismo agresivo y soberano, que ensancha hasta lo trascendental y realza hasta la hermosura sus cualidades y primores. Por sus páginas congestionadas de colorido y de la cruda luz de nuestro sol indígena, palpita la vida nuestra, nuestras cosas y nuestras gentes; el amo y el peón, el pulcro y el bárbaro, el educado y el instintivo; se vislumbra el gran cuadro nacional, el que nos pertenece e idolatramos, el que contemplaron nuestros padres, y Dios mediante, contemplarán nuestros hijos; el que nosotros hemos visto desde la cuna, el que vemos hoy, el que quizá seguiremos viendo de más allá de la tumba y de la muerte... los personajes que por entre sus renglones discurren no pueden sernos más allegados, hablan, y piensan y obran a la par nuestra, sus moradas nos son simpáticas, y los caminos que andan, y los pueblos que habitan; palpamos que son nuestros hermanos, nosotros mismos, tal vez, que sin previa licencia, de letras de molde nos pergeñaron...”

Poco después, en 1918, entre los otros “Estudios literarios nacionalistas” que incluiría en su libro sobre *Los poetas jóvenes de México*, José de J. Núñez y Domínguez dedicó a Luis Castillo Ledón las veinte páginas que, consagradas al novelista Inclán, tendrían la virtud de esclarecer su figura y de incitar a literatos y lectores al disfrute y a una nueva valoración de una obra que ya para entonces pocos conocían. “Más afortunado que el padre Andrade”, Núñez y Domínguez pudo ofrecer en ese estudio una más completa biografía y un más claro retrato del autor de una *Astucia* que no fue su única, aunque.

sí su más importante, obra publicada. Junto a ella, Núñez y Domínguez expone el resto de una bibliografía que incluye:

Reglas con que un colegial pueda colear y lazar, 1860.

Recuerdos de "El Chamberín", o sea breve relación de los hechos más públicos y memorables de este noble caballo (folleto en verso, 1860 —según Andrade— o 1867 —según NyD).

Regalo delicioso para el que fuere asqueroso, hoja volante en versos escatológicos (s. f.)

El capadero de la hacienda de Ayala, en verso, 1872, y finalmente *Los tres Pepes y Pepita la planchadora*, que permanecieron inéditas, y cuyos originales, con los de cierto *Diccionario de Mexicanismos*, o *Gramática mexicana*, Núñez y Domínguez da en seguida la noticia de que se perdieron en un incendio.

Pero en su breve estudio de 1918, el restaurador de Inclán prefiere, a emprender el de la personalidad del novelista, allegar datos para que se realice; y a sustentar autónomamente un juicio laudatorio sobre *Astucia*, acogerse a la autoridad de Gamboa: "Que *Astucia* es un libro digno de leerse por cuanto encierra de verdaderamente nacional, no soy yo quien lo afirma. Don Federico Gamboa..." (p. 83); "Que *Astucia*, como dije al principio, es fuente copiosa de mexicanismos, lo confirma el propio señor Pimentel..." (p. 85). Es Carlos González Peña quien al escribir en 1928 su *Historia de la literatura mexicana* sitúa y define a Inclán con un amor y una inteligencia que tres años más tarde informarían el estudio que con el nombre de "Luis G. Inclán en la novela mexicana", fue su discurso de recepción como Académico —el 21 de agosto de 1931.

Por tal extremo resulta brillante, completo y sagaz el estudio de González Peña, que el propio descubridor de Inclán que a su tiempo fue Núñez y Domínguez no puede hacer más, cuando en 1945 redacta un prólogo para la edición condensada de *Astucia* que figura como el tomo 57 de la "Biblioteca del Estudiante Universitario", que repetir, ampliándolos un tanto, sus propios datos de 1918, y citar en su mayor parte los aportados y los establecidos por González Peña en su estudio.

EL HOMBRE, INCLÁN

Los datos biográficos de don Luis G. Inclán allegados al mejor conocimiento de su figura por Núñez y Domínguez son el legado, novelesco él mismo, del propio hijo del novelista. El doctor Juan Daniel Inclán llegó a Papanltla por los ochentas, y trabó amistad con su colega el boticario del lugar. Así lo conoció, en la botica de su padre, en que "apenas gateaba", Núñez y Domínguez. Cuando en 1913 volvió a encontrarlo en México, ya viejo y achacoso, ya NyD había averiguado que el doctor era vástago de don Luis, y estuvo a visitarle varias veces "para oír de sus labios los pormenores de la existencia de su

padre. El buen anciano, que enternecíase siempre al verme, me narró con los del suyo los más salientes detalles del pintoresco y agitado vivir de don Luis", y "pocos meses después sucumbió de su enfermedad, en 1915". De los propios labios de su hijo, pues, pudo NyD certificar que el novelista nació el 21 de junio de 1816 en el rancho de Carrasco, hacienda de Coapa, del municipio de Tlalpan, hijo de don José María Inclán, administrador de la hacienda de Narvarte, y de doña Rita Goicoechea, mulata sureña. En 1828 ingresó en el Seminario Conciliar —después de haber hecho las primeras letras en una "Escuela Real" a cargo de cierto profesor Miguel Sánchez Alcedón—, donde estudió hasta tercero de filosofía. Resuelto a no seguir adelante, se fugó de la escuela, y comunicó a su padre su verdadera vocación de ranchero.

Para ilustrar este punto importante en la vida del novelista, sus biógrafos acuden al trozo, que juzgan autobiográfico, en que el padre de uno de los personajes de *Astucia*, Pepe el Diablo, reacciona ante la decisión anticultural de su hijo como debe de haber reaccionado el duro y práctico administrador de la hacienda de Narvarte: esto es, complaciendo los deseos campiranos del joven Luis, y dándole a probar en seguida la reciedumbre de una disciplina que habría de sacarlo "un campirano regular". Los "estudios superiores" de esta carrera los seguiría más tarde en Michoacán, en un Valle de Quencio que habría de impregnar perdurablemente su espíritu, y a donde le envió su padre a trabajar con el rico latifundista Vicente Retama.

Hijo pródigo, después de siete años de ahorrar en la Hacienda de Púcuaro, regresó al rancho de Carrasco. Ya era un técnico. Administró las haciendas de Narvarte, La Teja, Santa María, Chapingo y Tepentongo, y "los conocimientos prácticos en la agricultura le proporcionaron que fuese designado varias veces a medir tierras y administrar la plaza de toros de esta capital y en Puebla, en la época del célebre torero Bernardo Gaviño".

Establecido en el rancho de Carrasco, donde casó en 1837 —y por viudez prematura, de nuevo en 1842—, la invasión norteamericana de 1847, y la destrucción de sus propiedades rústicas, le obligaron a establecerse en la capital, aun para la mejor educación de sus hijos. Se ganó la vida en la relativamente cervantina ocupación de ejecutar cobranzas ("Cuando aquí me destiné —estuve fincas cobrando —por todas partes andando...") y con el producto de la venta del rancho de Carrasco "compró una pequeña imprenta que tuvo en las calles de León 5 y cerca de Santo Domingo 12, y una litografía, en la cual se hacían imágenes religiosas, en la calle de San José del Real número 7".

González Peña esboza su imaginario retrato cuando este charro metido a impresor, y a quien el canónigo Andrade recordaba "delgado, cargado de espaldas, sus ojos vivos, uno de ellos bizco, usaba sólo patillas, su color moreno, la risa en los labios y su conversación llena de chistes, en medio de cigarrillos que fumaba, lo cual revelaba su carác-

ter alegre... Siempre [fue] firme en sus principios católicos y muy laborioso", ya "frisaría en la sesentena" y era "magro y cargado de espaldas, moreno de color, de ojos pequeñuelos, negros y muy vivos —bien que bisojo a causa de una caída de caballo—, de gran nariz, cejas amplias y bien diseñadas, dilatada y risueña boca por la que retozaba la sonrisa a la par campechana y cazurra del ranchero, bigote y mentón afeitados y barba recortada a la usanza de los charros que vemos en las viejas estampas, de tal suerte que la tal barba le encuadraba —densa y alongada orla capilar— todo el rostro". No era, empero, tan viejo cuando a sus vigorosos 31 años empezó a trabajar en su imprenta, en una actividad que le permitiría al charro prisionero de la ciudad sublimar por la pluma que rechazó en sus años juveniles: propagar su afición y su excelencia: volver embellecidamente a vivirlos, todos los recuerdos de cuanto había integrado su felicidad campirana.

La producción de su imprenta (que González Peña trata de ennoblecér al alabar la oportuna pulcritud con que de ella salió en 1861, al año siguiente que en España, el *Diario de un testigo de la Guerra de Africa* de Alarcón) fue siempre reveladoramente popular y mexicana. En su *Historia de la tipografía en México*, Enrique Fernández Ledesma consigna una séptima edición del Periquillo (1865) y una edición de *El Jarabe, Obra de costumbres mexicanas* de Niceto de Zamacois (1860) como salidas de las prensas de Inclán. Pero el valor que sobre todo asume para nuestra literatura la circunstancia de que Inclán haya, en apariencia tan casualmente, dispuesto de un vehículo de expresión como su imprenta, estriba en el hecho de que su sedentaria administración, y el haberse por ella puesto en contacto con las fáciles obras que publicaba, reintegrasen a la madurez de su espíritu una disposición literaria que le había repugnado en su infancia, y que a notoria diferencia de tantos de sus culturizados contemporáneos, le hallaba dueño de un tesoro de experiencias vividas que dotaría a lo que escribiese de un vigor y de una riqueza humana y documental superiores a toda estéril perfección académica.

Dos folletos por él impresos en 1860, sobre temas charros, son el prelude de la grande sinfonía mexicana que un poco más tarde atacaría en *Astucia*. El primero —*Reglas con que un colegial puede colear y lazar*— invita a los legos en la "ciencia" de su especialidad de más de veinte años a disfrutar su pericia en ella, con la fervorosa descripción de todos los lances de esta caballería mexicana. En el segundo —*Recuerdos del Chamberín*— deja lo didáctico por lo elegiaco al emprender, en las que González Peña sentencia por décimas "abominables" —y que no lo son mucho más, en realidad, que los versos del *Martín Fierro*—, la sentida, laudatoria hipopeya del admirable Chamberín que había sido en la vida real de este charro su Babiéca y su Rocinante.

Cinco años más tarde, amparada por una lacónica, burocrática auto-

rización del Ministro de Su Majestad Maximiliano, saldría de la imprenta de Inclán, en dos gruesos tomos amenizados por litografías, *Astucia, el jefe de los hermanos de la hoja, o los charros contrabandistas*. En brevísimos prólogo, no solicitado al padrino de ningún importante o consagrado de la época; sino adelantado con tanta modestia como naturalidad por el autor, explica que en sus mocedades, protagonista y narrador fueron buenos amigos, “sirviendo de dependientes en las haciendas de Púcuaro”. Se separaron en 1838 y no volvieron a verse sino hasta 1863. “Un instante bastó para el reconocimiento y que se reanudara nuestra antigua amistad.” Dónde y cómo haya un Inclán de 46 años advenido a la revelación del Héroe Astucia: si en la anecdótica, vulgar realidad de un encuentro y de una confesión, o por el maduro y artístico milagro de una gestación de todos sus recuerdos al polarizar en una vivencia que habría de cautivarlo durante largas noches en la creación sinfónica de una epopeya mexicana, es un dilema por el segundo de cuyos términos prefiero inclinarme.

EL HÉROE, ASTUCIA

El cine —crisol y basurero— ha popularizado el estereotipo de un “héroe” físicamente atractivo que en la persecución de un módico ideal hogareño, se enfrenta denodadamente al villano encarnado por el rival, las fuerzas de la Naturaleza o —algunas, raras veces— la injusticia social. Si, ciertamente, los ideales de Astucia no son más elevados cuando mueven su acción cinematográfica, sí asumen formas que les imparten un singular mexicanismo. En la modestia de los resortes que impulsan su autonomía, difiere de los grandes héroes de la literatura y de la leyenda, pero cifra la autenticidad de su tipo. Halla en él su primera, discreta voz el mexicano conforme con poco, siempre que ese poco sea suyo y pueda disfrutarlo en libertad: “Muy bien conozco —dice a su padre— que no es mi genio para estar bajo la dependencia de un amo: la servidumbre me choca, no tengo paciencia para esperarme a comer hasta que otro tenga hambre.” Y agrega —vago, informe preludio de una inquietud revolucionaria que no ha hallado mejor definición; y eco de una insurgencia que su viejo padre personificaba—: “Me puede mucho que porque le dan al pobre dependiente un sueldo por su trabajo, se constituyan dueños de sus acciones, de su voluntad, y hasta de su sueño. Nunca olvido los consejos de mi maestro que entre otras cosas me decía que «servir es ser vil».”

Contra esta firme decisión, nada pueden aquellas advertencias que el padre de este Hijo Pródigo no formula sino porque siente que es su deber, y a las que Lencho replica con sencillez: “Lo que a mí menos me ahora es el trabajo, señor; pero me repugna sobremanera que con él otro medre y el asalariado jamás salga de tan humilde esfera; yo

no quiero ser papa enterrada en el valle, deseo buscar mi suerte respirando el aire libre en el camino, en el comercio, sin depender de voluntad ajena; me causa horror la esclavitud, habilítame usted con las dos mulas viejas del carrito, la yegua mora lunanca, arrecuándome con mi padrino las cargaré de aguardiente y marcharé por esos mundos de Dios a buscar mi suerte."

Así ocurre la primera salida de este joven Quijote. No es sino en la segunda, vapuleado por la mala fortuna, cuando habrá de descubrir las ventajas de la asociación, y de empuñar por mágico escudo la divisa comunicada por su padre: "Con astucia y reflexión, se aprovecha la ocasión." Probado ya el temple de este rústico Rodrigo, Diego Lainez trueca las objeciones a su partida por consejos prudentes. Se mira en él, este viejo honrado a quien tantas veces "aturdió el silbido de las balas en tanto año de insurgente". No le ha dicho que no se vaya. Ha cumplido con hacerle advertencias, y cumple ahora con bendecirle y con entregarle —como una antorcha que habría de pasar de mano en mano— sus viejas armas: "Llévate mis trabucos, tienen buenas lumbres y son de mucho alcance, consérvalos como un regalo mío, con ellos está la canana llena de cartuchos... Anda, saca mi caballo prieto y llévate enfrenado. Nunca dejes de tener listo un caballo de mano; a esta prevención debo yo la vida."

A partir de ese instante, el héroe Astucia, vuelto jefe de los Hermanos de la Hoja, ampliará su ideal y sus responsabilidades a la fraternidad que encabeza. Pepe el Diablo, Chepe Botas, Tacho Reniego, El Tapatío y El Charro Acambareño serán, a sus hábiles órdenes, "todos para uno y uno para todos". Atrás —Jimena nunca desposada— quedará Refugio, aventura romántica de su adolescencia. Una Amparo de simbólico nombre le aguardará a la distancia, para dar un centro doméstico, y una descendencia, a la irradiación final del servicio que el héroe Astucia empezó por prestar a su personal autonomía, extendió a la fraternidad de los contrabandistas, y extintos ellos, pudo aún rehacerse y cumplir, el rebelde a toda autoridad arbitraria, en el mundo modesto de su comunidad mexicana.

Los grandes héroes legendarios murieron jóvenes y célibes. Como el Cid, Astucia alcanza larga vida. Todavía Inclán —su creador, su tabernáculo— lo mira con los ojos del alma vivir dichoso en el encantado valle de Michoacán.

EL MÉXICO DE "ASTUCIA"

Mientras el joven Luis G. Inclán, como una simiente en la que habría de germinar el árbol frondoso de su novela, impregnaba en la tierra mexicana de Michoacán la gloria libre y sencilla de sus veinticuatro años, llegaba a México el talento agudo, observador, la sensibilidad femenina y europea de la Marquesa Calderón de la Barca. Las

Cartas de relación de este nuevo, cortesano Cortés con faldas, que en vez de conquistar a México vino a verse cautivada por él, nos ha legado una vívida imagen de aquellos años, tal como transcurrieron ante los ojos y la experiencia de una mujer culta y curiosa que residió dos intensos de ellos en una capital que en gran medida seguía siéndolo, a pesar de la proclamada Independencia, de la Nueva España. El mundo de la Marquesa Calderón de la Barca, su México, es el de los conventos, los saraos, los teatros, los *week-ends* en Tacubaya, las temporadas de San Ángel, el juego de San Agustín de las Cuevas, la Semana Santa en Coyoacán, la feudal opulencia de Adalides y Cortinas. Sólo ocasionalmente se pone ella en contacto con una vida rural de México, que, aun en esos casos, mira desde la altura de su posición, asombrada ante la empero respetuosa familiaridad de amos y criados, tomando certera nota de los rasgos indígenas o, en ciudad y campo, de la tradicional "cortesía mexicana", tan extremada y melosa. Por sus cartas discurren las figuras de los políticos o de los literatos de la época, y entre la narración de tiroteos y asonadas, vibran los estertores de la lucha entre centralistas y federalistas en que llega hasta la ciudad el eco remoto de un campo inconforme y desorientado.

No es éste, ciertamente, el México en que por esos mismos años se impregnaba el espíritu, y se fortalecía el cuerpo, del charro Inclán y en el que —desde una capital que lejos de haber dejado de ser Corte, alojaba a la de Maximiliano— el ex charro, el impresor Inclán, haría vivir al héroe Astucia. Es —complemento suyo— su reverso rural. Si hasta la observación de la Marquesa solían llegar efluvios del campo mexicano, hasta la experiencia de los Hermanos de la Hoja solía llegar la hez capitalina en la persona, por ejemplo, de una "Amalia la Bullibulli" que se jactaba de trotar ministerios y disfrutar influencias palaciegas. Pero por lo demás, y hasta el final momento en que su exterminio entrega al héroe en la sórdida telaraña de la Justicia, y le pone en contacto con autoridades y Gobernadores, los personajes de *Astucia* ambientan un México rústico que está fuera de la política — porque ellos mismos se colocan fuera de la ley que ha sido maquinada por los políticos y por los gobernantes. No son, empero, uns facinerosos. Se hallan equidistantes de la ortodoxia administrativa, y de la transgresión profesional de las leyes. Le sería reservado a Payno el privilegio de mostrar, con sus *Bandidos de Río Frio*, que los extremos del Gobierno y del Bandidaje no sólo se tocan, sino que suelen coincidir y entenderse. Fue de Inclán el de reconocer en los transgresores organizados de una ley pequeña y discutible, la intuición de aquellos "valores" morales superiores que expresos siempre a la medida de su rusticidad, granjeaban a los contrabandistas la simpatía, la complicidad y la gratitud de los campesinos contra un gobierno, contra una policía y una curia cuyos representantes no lo son obviamente del pueblo, y la textura moral y humana de los cuales no resiste comparación con ninguno de los Hermanos de la Hoja.

Sus padres (por los que guardan una veneración y una obediencia que asombró en la ciudad a la Marquesa Calderón de la Barca; que puede a nuestros ojos ayancados parecer pueril y excesiva, pero que no es sin duda el menos valioso de los rasgos de mexicanismo subrayados por Inclán en una novela en que los libérrimos contrabandistas no se casan sin la exigente aprobación del "viejo") fueron insurgentes. Esto es, en su juventud, pelearon contra un gobierno —el español— que era insatisfactorio. Alcanzada la Independencia —¿cómo entender que los viejos insurgentes autorizaran a sus hijos a sustraerse a la obediencia de un gobierno ya mexicano, sino porque este nuevo demostrara ser tan intruso, torpe e insatisfactorio como aquel extranjero que sus armas habían derrocado? Las ambiciones de la fraternidad de la Hoja eran, a su mayor medida, tan legítimas y modestas como las que habían lanzado a Lencho a buscar su emancipación por el comercio, su libertad por la abdicación de una cultura cuyas complicaciones repugnaba. Querían comprar y vender en paz su tabaco, sostener a sus viejos, casarse, montar sus propios caballos, echar de vez en cuando un trago o una festejada. Se conformaban, mexicanos, con poco, siempre que ese poco fuera realmente suyo y pudieran gozarlo en paz y sin prisa. Es la ley y es la estructura social la que yerra. Una Calderón de la Barca podía saber en dónde, de aquella oscilación centralista-federalista; de aquellos preludios de nuestra absorción por una civilización ambiciosa, práctica, industrialista, yanqui en fin, que tendería a cebar la podredumbre de las ciudades a costa de la eglógica pureza del campo, residía el mal. Los charros, hijos de insurgentes, no podían sino intuirlo, insurgir a su modo, lanzar un nuevo grito de independencia cuyas notas más puras volverían a escucharse muchas veces —sordas, amorfas, intuitivas— en la rebeldía intermitente de los campesinos que en nuestro siglo siguieran aspirando al ideal modesto de disfrutar en paz de sus tierras y del fruto de su trabajo.

Los personajes de Inclán ignoran hasta el nombre de los encumbrados políticos que allá, en la ciudad de la "Bulli-bulli", rigen y aderezan el mundo irreal y lamentable de sus papeles, sus discusiones, sus intrigas. Inclán los conoce, pero no descende a nombrarlos. Sabe cuán fútil, transitoria, postiza, efímera, es su contribución a la que él tiene —en su experiencia— por verdadera y propia felicidad de los mexicanos. No es su rasgo menos elegante y genial el de haber residido en la capital: el de haber visto desfilar, como lo evoca González Peña, frente a su papelería, a los importantes de su época que ni siquiera le miraban, sin contaminarse en sus miopes problemas, sin unirse en su atención, gloriosamente persuadido de que no es el retorno rousseauiano a la Naturaleza, sino la fidelidad hacia ella, lo que fragua el carácter y forja la dicha auténtica y perdurable del mexicano: en su campo abierto y fecundo, con sus mujeres que saben guisar y coser, con sus "escuintles" —y con sus animales. Su "Sultán" —y su "Chamberín".

A este México, del que no se debió salir nunca, es siempre juicioso tiempo de volver. Cuando Astucia y Amparo persuaden al viejo licenciado a abandonar un cargo público mezquino y odioso; a romper con mamotretos y libros que le han acabado vigor y salud, para rehacer su vida en el glorioso primitivismo de una hacienda: en el fecundo contacto con una Naturaleza que ha dotado a la pálida Amparo de una vigorosa belleza, Inclán ha creado (y es insensato dogmatizar que sin saberlo) a un Adán y a una Eva mexicanos, y ha puesto en su muda invocación el Mensaje y el Credo filosófico que destinaba a la meditación siempre actual de sus descendientes.

ACTUALIDAD DE "ASTUCIA"

Se comprende, hasta cierto punto, que la vestidura verbal, la "forma", de esta novela, haya detenido a los críticos en una más profunda captación de su espíritu. Una disciplina académica a lo Pimentel acarrea inexorablemente el riesgo de exigir a los hombres, para reconocerles por tales, que vistan frac o americana en vez de plumas, charra o taparrabo. Con fundamento en la pobreza desmañada de su lenguaje (de que se han recogido, como curiosidades de valor simplemente folklórico, giros y expresiones), se ha sentenciado que *Astucia* cae por debajo de los requisitos que la harían una obra de arte.

Conviene, a mi juicio, señalar para conciliarla por la eliminación del sofisma implícito en uno de sus términos, la flagrante contradicción en que se incurre cuando por una parte se admite el valor de fondo de esta novela, y por la otra se menosprecia y se lamenta la invalidez académica de su forma. Los personajes de Inclán son mexicanos. Él mismo es sus personajes. Porque habla su lenguaje; porque se ha impregnado en su forma, ha sido capaz de asimilar, y de polarizar, su espíritu. Sustraerse a ellos, a su expresión, habría equivalido a desvincularse, a divorciarse de su pensamiento y de su sensibilidad: a darnos una imagen objetiva y falseada de lo que era para él tan subjetivo como (si resolvemos despojarnos del prejuicio gramatical) habría de serlo para nosotros mismos. Si se le reconoce el derecho artístico a componer un vasto cuadro de costumbres con personajes tomados de la realidad, y en ello se encomia su mérito, éste sube de punto cuando se reflexiona que para hacerlo, Inclán ejercitó con valentía el concomitante derecho literario a emancipar el instrumento de su expresión, como, y al mismo tiempo que, emancipaba a sus sujetos de una dependencia española de la cual, en forma y en espíritu, novela y personaje, lenguaje y caracteres, esencia y presencia, conservarían tan sólo aquello que en sangre y lengua España había aportado a la gestación de este hijo suyo nacido en un nuevo mundo que era ya, igual y diferente, el mexicano. Con la madurez espiritual de nuestra nacionalidad, Inclán, al escribir como lo hizo, reconocía, si no quiere admi-

tirse que la superioridad, la sazón del idioma propio en que ella se expresaba.

Introvertido por esencia, el mexicano atesora en el subconsciente la mejor parte de su espíritu. Las palabras, la puntuación, la sindéresis con que la conciencia culta concierta sus tratos y sus relaciones sociales, y que imponen su dominio al espíritu de quien las maneja, son en boca del mexicano simples puentes cuya estructura subordina a la necesidad ondulante de una comunicación subconsciente apta a quebrantar toda norma establecida por los demás, a alterar o substituir el significado ortodoxo de los vocablos, a innovar el lenguaje y a fluir sin puntuación, o con ella arbitraria, en una anárquica ebullición de imágenes, ideas, impresiones, deseos. Que cuando este mecanismo habitual de la subconsciencia, y este caudal ingobernable de su fluir, se incorporan artificiosamente a la literatura, con ello se labra una obra de arte, lo prueba el *Ulyses* de Joyce; que entre el pueblo de México es así como se realiza la comunicación verbal, lo demuestra el hecho de que aún hoy, casi a un siglo de distancia de Inclán y de *Astucia*, nos sorprenda la actualidad de su lenguaje, conservado en el pueblo, y la perduración de un mecanismo espiritual de ladina deformación de las expresiones que aún preside el caló popular, de que González Peña en su estudio subrayó buena copia de ejemplos, y que hace parecer dicha hoy mismo, por algún cómico de carpa, una maliciosa frase como ésta: "Yo te cantarines con quién querubines casaca, esa tepistoca."

No es, empero, la injustamente estimada singularidad de su forma lo que reviste de una fresca, perdurable actualidad a esta novela mexicana. Es sobre todo, en esta hora en que lo auténtico mexicano sufre el embate de todas las influencias, y su espíritu la sollicitación de todas las desorientaciones, su diluido, modesto, cautivador mensaje indirecto de llamado a la tierra: su credo de sencilla felicidad campirana: su condensación de la esencia de nuestras más auténticas virtudes; de las más dignas de salvar del naufragio, lo que hace de *Astucia* el arquetipo ideal del mexicano; de Inclán nuestro mayor novelista, y de *Astucia o los charros contrabandistas* una obra que ningún mexicano debería desconocer.

EL PERIODISMO EN LA ÉPOCA

Gustavo A. Pérez Trejo

Me toca en suerte abordar el tema del Periodismo en la Restauración de la República Mexicana, el que trato de hacer llegar a ustedes poniendo toda la buena voluntad que labor tan trascendente merece y haciendo correr este acopio de datos, a partir del año de 1865.

Antes de iniciarlo, debo decir, porque es necesario, que en las diversas crónicas, en los diversos relatos así como en los grandes o pequeños textos de nuestra historia nunca se ha hecho justicia al periodismo de esa época, ni tampoco, que es lo más triste, al papel que desempeñó en la consumación del gran triunfo de nuestra República. Porque las crónicas, las historias y los comentarios, siempre han dado su verdadero valer, cosa muy justa por lo demás, a los grandes héroes de esta gesta ejemplar, quienes al mando de sus ejércitos, pequeños ante el coloso extranjero, supieron siempre enseñar con el ejemplo de su heroísmo y patriótica actitud, el camino que sus soldados debían seguir para lograr la victoria que no una, sino muchas veces, les pareció tan lejana que se antojara imposible.

Por tanto, este modesto trabajo lleva como objetivo primordial, el hacer resaltar la labor de ese periodismo de la época del que salvo a muy contados personajes, se les han dedicado algunos volúmenes, folletos o artículos en los que se asienta que se ha reconocido su labor.

Es menester, desde luego, hacer un análisis, aunque sea somero, de las circunstancias especiales de nuestro país en 1865, para poder así decir después, qué hacía el periodismo patriota, por qué lo hacía y cómo lo hacía, y, por qué no decirlo también, cuál era la actitud y labor del periodismo enemigo, llamárase imperialista, intervencionista o conservador.

Tarea en verdad bien difícil la que se echaba a cuestras la prensa republicana ya que no era simplemente sostener la llama de la nacionalidad, sino crearla. A ese propósito debemos comprender las dificultades que habían de vencerse, para lo que basta evaluar en su justo precio la gran verdad que asienta Martín Quirarte, en su introducción a las

Revistas históricas de José María Iglesias. En una frase resume este amargo concepto: "Frente al peligro que amagaba a México, su pueblo carecía aún de un concepto preciso y claro de nacionalidad. Esto no lo podía decir Juárez, ni Lerdo de Tejada ni José María Iglesias. Tampoco podían decirlo Ignacio Zaragoza, Porfirio Díaz, Mariano Escobedo, Jesús González Ortega y los demás campeones de la futura resistencia contra la intervención francesa. El deber de aquellos hombres era exaltar el sentimiento patriótico donde éste existiera ya, y crear en las multitudes la noción de patria al compás mismo de la lucha armada."¹

Esto equivale, tal y como lo dice, a inculcarlo en el soldado que es a quien tiene a su alcance, pero crearlo en las multitudes era mucho más difícil y el propio historiador nos da la razón cuando agrega:

"Pero es preciso que no se olvide que multitud de aquellos vencedores de la Batalla del Cinco de Mayo y de los soldados que hicieron frente en Puebla al ejército del General Forey, lo mismo les daba luchar a favor de la República que al lado del Imperio. Debe reconocerse que también entre los defensores de Querétaro hubo muchos combatientes honrados que identificaban la patria con el Imperio, caudillos y soldados de valor innegable que a la hora de la prueba suprema supieron vivir por una fe y morir por un ideal."²

Es decir, que si ya era durísima labor para los jefes militares, cuando de sus propios soldados se trataba, mucho más debía ser cuando se trataba de multitudes. Para tal fin no eran suficientes ni las victorias, si éstas no llegaban al pueblo mismo.

La difusión de los hechos y de la verdad era la tarea principal de la prensa patriota, de sus periodistas, de sus héroes anónimos muchos de ellos, que fueron encarcelados y vejados, pero que hicieron perenne en el pueblo la llama de nacionalidad, el concepto de patria y de la República que habría de triunfar al fin.

La prensa, pues, debía luchar contra esa falta de precisión en los conceptos; contra el Imperio y contra la prensa enemiga, única que tenía pleno poder y garantía y contra un enemigo quizás más poderoso o más nocivo para la causa: el engaño. La labor en este sentido estaba perfectamente definida. La propaganda imperial, valiéndose de su prensa adicta engañaba en todo, y los objetivos principales eran: hacerle creer en las buenas relaciones del Imperio con el Vaticano; en la bondad y cariño del Emperador para el pueblo de México; en la buena administración pública.

Otro de los objetivos que no descuidaron un solo momento fue el de atemorizar al pueblo impresionándolo con hacerle conocer, uno a uno, los países europeos que habían dado ya su reconocimiento al Em-

¹ José María Iglesias, *Revistas históricas sobre la Intervención Francesa en México*. México, Porrúa Hnos., 1966, p. xiii.

² José María Iglesias, *Revistas históricas sobre la Intervención Francesa en México*. México, Porrúa Hnos., 1966, p. xv.

perador, y asimismo se hacía propaganda insistente para hacer creer en el reconocimiento del Imperio por parte de los Estados Unidos o, por lo menos, la simpatía manifiesta de este poderoso país hacia Maximiliano, con lo que pretendían que el pueblo perdiera las últimas esperanzas en el restablecimiento de la República.

Para que este temor no disminuyera, se insistía hasta la exageración sobre el apoyo de Napoleón III y de Bélgica, aprovechando magníficamente como prueba, la presencia de las tropas de esos países en México, hablándose cada vez más de que seguirían llegando en mayor cantidad contingentes extranjeros de apoyo.

Al unisono de esta desmedida propaganda, la prensa incondicional difundía con énfasis los triunfos de las armas imperiales y naturalmente exageraba las derrotas de los republicanos, con lo que lograrían, ése era el objetivo, que el pueblo aceptara como ya consumada la caída y destrucción total de la República.

Era menester entonces que el periodismo patriota se superara, era menester deshacer los infundios, y era menester, asimismo, difundir para conocimiento del pueblo los triunfos republicanos; la rebeldía y la inconformidad de los patriotas subyugados y en fin, crear en el pueblo la mística de la libertad y hacerle sentir que la República aún estaba viva... que el gobierno legal habría de regresar y que para ello eran necesarios los mayores sacrificios y una fe inquebrantable en el México no imperial.

Todo esto sólo era posible por medio de la prensa, pero para desgracia nuestra, para aumentar los problemas materiales del periodismo de la época, los grandes diarios *El Monitor Republicano* y *El Siglo XIX*, o sea los más poderosos baluartes del liberalismo, habían desaparecido a raíz de la caída de Puebla, en 1863. *El Monitor Republicano* publica en su último número del 30 de mayo una patética despedida en la que Florencio M. del Castillo dice:

“Cuando se ha anunciado que el invasor nada adelantaría con ocupar Puebla, cuando se ha dicho que nada conseguiría tampoco con poner los pies en algunas de nuestras capitales, se ha asegurado apenas una verdad: la lucha comienza apenas entonces.

“La República Mexicana será digna y noble hasta el fin y luchará como luchan los pueblos dignos de ser libres... Nosotros los periodistas hemos tomado parte en esa lucha... Dondequiera que la suerte nos lleve, nuestra pluma y nuestra espada combatirán siempre en defensa de la patria y la libertad. Creemos que ha llegado el caso en que la pluma debe trocarse en espada y creemos que en las circunstancias en que se halla esta capital, el deber de los periodistas es ya otro que el que ha sido hasta aquí. Por ello y por las dificultades que son cada día mayores así como la falta de elementos y comunicaciones, suspendemos hoy la publicación de *El Monitor Republicano*, que ha sido siempre defensor de la libertad...”

Con estos conceptos se despedía uno de los grandes de la prensa liberal.³

A través de nuestra historia no nos queda duda hoy en día de la voluntad inquebrantable de Juárez, pero faltaba saber si por aquel entonces, arrinconado en Paso del Norte, último reducto hasta el que le había empujado el Imperio sostenido por Napoleón III, después de duros descalabros y en el peor año para la República, faltaba saber, repito, si esta voluntad seguía siendo la misma. Afortunadamente así fue. El indio glorioso, crecido ante el infortunio, lo demuestra en la carta que desde el asiento legal del gobierno, dirige el 29 de enero de 1865, a don Matías Romero, a Washington, carta en la que en unas cuantas frases demuestra su decisión de seguir hasta el fin. De ella son estos párrafos:

“La idea que tienen algunos según me dice usted, de que ofrezcamos parte del territorio nacional para obtener el auxilio indicado, es no sólo antinacional sino perjudicial a nuestra causa... Que el enemigo nos venza y nos robe si tal es nuestro destino; pero nosotros no debemos legalizar su atentado, entregándole voluntariamente lo que nos exige por la fuerza. Si la Francia, los Estados Unidos o cualquiera otra nación se apodera de algún punto de nuestro territorio y por nuestra debilidad no podemos arrojarlo de él, dejemos siquiera vivo nuestro derecho para que las generaciones que nos sucedan lo recobren. Malo sería dejarnos desarmar por una fuerza superior; pero sería pésimo desarmar a nuestros hijos privándolos de un buen derecho, que más valientes, más patriotas y sufridos que nosotros lo harían valer y sabrían reivindicarlo algún día.”⁴

Queda aquí patente con esta carta, al principiar 1865, la presencia de Juárez, su voluntad inquebrantable y en él estaba presente el caudillo. Tocaba entonces a la prensa hacer su parte, para lo que, afortunadamente, muchos de esos periodistas, como sugiere *El Monitor Republicano*, empuñaron de inmediato la espada, pero para mayor suerte de la República, la tomaron sin dejar de seguir escribiendo en los periódicos que fueron fundándose. Fieles a la causa, empuñaron la espada y fieles a su profesión siguieron empuñando la pluma, con lo que se obtuvo un doble beneficio, ya que muchos de ellos, empujados por el Imperio a la provincia, fundaron periódicos e hicieron prosélitos entre noveles entusiastas, que escribieron y escribieron sosteniendo la antorcha de la libertad.

Es por ello por lo que el Emperador, celebrando su primer aniversario en el poder, como gracia y para impresionar al pueblo subyugado, otorgó indultos para todos los prisioneros y entre ellos a los periodistas que se encontraban tras de rejas por haber criticado los excesos de las

³ *El Monitor Republicano*, año xvi, núm. 4,675, sábado 30 de mayo de 1863, p. 1.

⁴ Jorge L. Tamayo (Comp.) *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia*, tomo 9, Ed. Sría. del Patrimonio Nacional, México, 1966, p. 617.

cortes marciales, aunque posteriormente, con ese mismo motivo u otros, fueron detenidos nuevamente.

Como lógica consecuencia, la fuerza del periodismo estaba principalmente en la provincia y para la lucha era necesaria la creación de más periódicos. En septiembre de 1864, en Colima, fundado por Ireneo Paz, había nacido un periódico liberal y de combate intitulado: *La Independencia*, que se publicaba cada cuatro días.

En la primera plana de diversos números consecutivos, ocupando la columna preferente, aparece los días 7 y 9 de septiembre una inserción que en sus primeros tres incisos, de los ocho de que consta, dice así:

EXIGENCIAS DE LA SITUACIÓN

1º Que el C. Benito Juárez, como centro de unión y legalidad permanezca en la Presidencia de la República.

2º Que se haga una guerra continua al invasor, aunque no se adquieran triunfos positivos, y,

3º QUE SE PUBLIQUEN PERIÓDICOS REPUBLICANOS EN TODAS LAS POBLACIONES EN QUE SEA POSIBLE Y QUE SE HAGAN CIRCULAR CON PROFUSIÓN, AUN EN LOS PUNTOS OCUPADOS POR EL ENEMIGO.⁵

Ya sea por esta iniciativa, o por la propia de otros patriotas, la lucha periodística se entabló con mayor ahínco.

Cuánta razón tuvo Florencio M. del Castillo, en 1863, y cuánta tuvo también la prensa pequeña en 1864, para acelerar la iniciación de una campaña que habría de poner los cimientos del triunfo de la República.

El primer objetivo a destruir era el de la propaganda que se había hecho en torno de las relaciones entre el Imperio y el Vaticano. De esto el propio Emperador había facilitado el camino publicando en el *Diario del Imperio*, el 28 de diciembre, la carta a su Ministro en la que se declaraba partidario de las Leyes de Reforma, aunque con un disfraz que implica la palabra *revisión*.

En ella dice que: estuvo en Roma... abrió una negociación con el Santo Padre, como Jefe Universal de la Iglesia Católica... que se encuentra ya en México el Nuncio Apostólico, pero que éste carece de instrucciones... que la situación es violenta y no admite ya dilaciones, por lo que ordena [al Ministro] proponga, de toda preferencia, la *revisión* de las operaciones de desamortización y nacionalización de bienes eclesiásticos.

Con los comentarios sobre estos hechos, la lucha periodística aumenta. Aunque los periódicos grandes del liberalismo han desaparecido, y como si se hubieran acogido a la idea del periódico *La Independencia*, se crean nuevas publicaciones pequeñas, que entran de inmediato a la lid con muchos bríos. Es así como aparece en México, el día 3 de enero

⁵ *La Independencia*, t. 1, núms. 7 y 9, Colima, 3 y 10 de septiembre de 1864, p. 1.

de 1865, el periódico *La Sombra*, que llega oportunamente para reforzar la lucha desesperada que sostiene *La Orquesta*, que era en la capital el último baluarte de los liberales contra el Imperio.

La Orquesta había sido fundada en marzo de 1861 por Constantino Escalante y Carlos Casarín, quienes llamaban a su publicación omnisciente y de buen humor. Se presentaba en ocho páginas de tres columnas cada una y las caricaturas ocupaban plana entera con reverso blanco. El resto se componía de versos ligeros y artículos en prosa principalmente de política. Periódico irónico, al fin y al cabo, dice llamarse *La Orquesta* porque "espera suavizar al supremo gobierno que es insensible a toda tonada y a las peticiones que se le dirigen". La música, recuerda a sus lectores, "tiene incontestable influencia sobre los animales".⁶

•

"Durante el reinado de Maximiliano, además de atacar a sus enemigos políticos, los conservadores mexicanos, *La Orquesta* dirige sus críticas al gobierno mismo. En 1865, el día 8 de julio, se manifiesta abiertamente republicana en un virulento artículo que intitula «El duelo de la Patria», y por ello recibe la primera advertencia. Su redacción estaba a cargo, al principio, de Casarín y las caricaturas de Escalante. Los escritos de Casarín fueron siempre enérgicos, al grado de ser uno de ellos el motivo de su muerte, pues aceptó batirse en un duelo con un individuo de apellido Errazo, experto esgrimista, quien lo desafió por la crítica de que fue objeto por no haberse puesto de pie en el Teatro Nacional al escuchar nuestro Himno Patrio. De este lance Casarín salió herido y falleció poco después.

"La ironía de las caricaturas de Escalante le ocasionaron perjuicios graves, pues durante la época de la intervención francesa, por ese motivo, fue encarcelado dentro de una jaula y sufrió la vejación de que, así encerrado, se le condujera desde Pachuca a la ciudad de México."⁷

•

Bien, *La Sombra*, que se autonabraba periódico jocosero, ultraliberal y reformista, empezó la campaña con el año. Partidario acérrimo de la Reforma, es en su aparición una consecuencia de la caída de los grandes diarios liberales. Empieza su ataque de inmediato, y en el número 2 dice:

"El pabellón francés no combatiría en América los principios que son en Francia su orgullo. No daría sombra a la falange retrógrada ni en Roma, ni en América, ni en donde se ostenten esos tres colores. Los

⁶ Henry Lepidus, "Historia del periodismo mexicano". *Anales del Museo Nacional de Antropología, Historia y Etnografía*, época 4^a, tomo v, núm. 2, p. 428.

⁷ Henry Lepidus, *op. cit.*, p. 429.

partidarios de la Reforma habían perdido en los campos de batalla y se ostentaban triunfantes en el de la política. . .”

Este comentario lo hace refiriéndose a que el Emperador simpatiza con las Leyes de Reforma, como lo demuestra la carta que dirige a Escudero, y agrega que, mientras, “la *Novara* traía a nuestras playas a los futuros Emperadores y con ello una esperanza para los retrógrados que soñaban la imagen sombría de Felipe II. . .”

El Emperador —dice *La Sombra*— “salió del Tedeum a proclamar las Leyes de Reforma, y ésta con su calor vivificante le da vida al país y lo saca de su letargo, por lo que el Nuncio de la Sede Apostólica se ha espantado y retrocede ante la cuestión”.⁸

La Sombra hábilmente comenta y reproduce lo que otros periódicos amigos o enemigos publican, sacando siempre ventaja para su partido.

Los ataques que el Imperio recibe de la prensa en la capital y mucho más en la provincia, se hacen cada día más frecuentes, incisivos y perjudiciales, por lo que se ve forzado a defenderse, protegerse y buscar esta ayuda y protección en su propio poder. Estudia una ley que frene a la prensa. La gente de *La Sombra*, periodistas hábiles, se enteran de esto y largan un comentario previo diciendo lo que la Ley *debiera ser* y lo publican el 4 de abril de 1865.⁹

El 10 del mismo mes, cuatro días después, el *Diario del Imperio*, y con él otros periódicos, publican la Ley de Imprenta, cuyos puntos principales y que afectan al periodismo dicen: “Maximiliano, Emperador de México: Oído nuestro Consejo de Ministros, Decretamos: Artículo Primero: Ninguno puede ser molestado por sus opiniones, todos tienen derecho para imprimirlas y hacerlas circular sin necesidad de previa calificación o censura. No se exigirá fianza a los autores, editores o impresores, y sólo tendrán la obligación de pagar el timbre que señalan las leyes fiscales.”

Pero a continuación de este halagüeño proemio, su texto, en 53 artículos, desdice al primero con sus limitaciones excesivas, pues todo es delito y motivo de advertencias y supresión de periódicos y encarcelamiento por meses y multas de trescientos pesos. Imagínense ustedes: ¡trescientos pesos de entonces y de multa a un periodista! . . . o cárcel doble si no paga. . . Naturalmente, todo esto a discreción del juez.

La Ley fue elogiada sólo por los conservadores, aunque algunas veces tibiamente cambiaban de opinión, pues no entendiendo la situación real del Imperio respecto al Vaticano, demostraron inconformidad y lo peor es que, creyéndose impunes por no ser republicanos, criticaron también al Estatuto, lo que motivó que algunos fueran amonestados por la Prefectura, pero sin llegar a más.

La Sombra, respecto a la Ley, dice: “Los periodistas liberales, precisamente, somos de los que hemos guardado silencio manteniéndonos en abstención, porque desde luego vimos en la Ley *no consignado el prin-*

⁸ *La Sombra*, t. 1, núm. 2, México, viernes 6 de enero de 1865, p. 1.

⁹ *La Sombra*, t. 1, núm. 26, México, 4 de abril de 1865, p. 1.

*cipio de libertad de la prensa, sino un Reglamento para limitar su uso."*¹⁰

Ahora bien, con todo y la Ley y la eterna amenaza de advertencias, supresión de periódicos y encarcelamientos, la ofensiva periodística republicana arrecia y logra una considerable ventaja por la habilidad con que se desenvuelve.

Puede tomarse como ejemplo el nacimiento del *Boletín de Noticias*, en Guadalajara, el 7 de junio de 1865, siendo su fundador un ducho periodista inteligente y decidido, don José María Vigil. Este periódico publica en agosto, o sea recién fundado, una serie de traducciones en la columna de Noticias del Extranjero, y bajo la rúbrica de "La cuestión mexicana en el cuerpo legislativo francés". Estas inserciones hacen mucho daño al Imperio, ya que se trata de los debates en ese organismo, y en ellos se exhibe, sin tapujos, tal cual es, la situación de Maximiliano. Se publica en Guadalajara, es cierto, pero para entonces los periódicos liberales, los republicanos, circulan en forma franca o subrepticia por todo o casi todo el territorio patrio, haciéndose uso de los medios más diversos para lograrlo, incluyendo hasta los ancheteros, o sean los vendedores de baratijas, los Pito Pérez de don José Rubén Romero, quienes sirven de contacto entre los republicanos.

En esos debates el legislador Julio Favre habla ante el Cuerpo Legislativo, al discutirse el presupuesto de gastos por mantenimiento del ejército francés en México, y dice, entre otras cosas, que esa expedición ha sido emprendida para asegurar el recobro de un crédito arreglado en un millón de francos y por créditos eventuales que podrían variar entre cinco y doce millones y que, ellos, los franceses, le han consagrado ya más de cuatrocientos millones; que en 1862 se aseguró en el Congreso francés que cuando su bandera (la francesa) flotara sobre los muros de México, a todos, reaccionarios y liberales, se daría entera seguridad de voto, y si la tiranía de Juárez les convenía, los mexicanos serían libres de aceptarla. Después se refiere a los informes falsos sobre la llegada a México del Emperador y dice que "si éste no tenía más que tocar la tierra de México para que se le tendiesen los brazos; y puesto que está establecido; puesto que es aceptado por la mayoría de los mexicanos; puesto que se le corteja; puesto que es acogido por lluvias de flores, que nuestros soldados vuelvan: jellos son inútiles!"

Expone en los mismos debates haberse enterado por un diario de París, que a su vez tiene informes de *El Moniteur* [sic] de 19 de abril de 1865, que "la pacificación de México es más y más completa, que el general Castagny ha quemado una ciudad y que Romero y otros jefes han sido fusilados".

Agrega: "Pero pasemos a otro orden de estos no menos grave. Los rigores de que acabo de hablar [se refiere al incendio de un pueblo] causan una viva irritación en México. Esto ha hecho nacer pasiones

¹⁰ *La Sombra*, t. 1, núm. 31, México, 28 de abril de 1865, p. 1.

hostiles, esas pasiones se han traducido en escritos que han sido perseguidos y a la sombra de nuestra bandera los autores de esos escritos han sido llamados delante del consejo de guerra..." Y con mucho mayor énfasis se asienta: "¡Sí, señores, los periodistas han sido llevados delante de los consejos de guerra y condenados a diversas penas!"

Sin quererlo, el legislador francés se identifica con el comentario que años antes hiciera José María Iglesias cuando expresa: "Si el pueblo francés supiera el horrible abuso que se está haciendo en su nombre, pediría un severo castigo para los que así comprometen su fama y si encontrara sorda su voz al Gobierno Imperial que está desgarrando uno por uno los títulos de su existencia, haría añicos un trono convertido en emblema de despotismo y tiranía."¹¹

Por lo anterior puede juzgarse lo que en la mente del pueblo representaban artículos como éstos, y lo que la prensa republicana está logrando.

*

El *Boletín de Noticias* publica el día 19 de agosto las expresiones de Favre acerca del problema religioso y asienta: "El Partido que había sostenido a Maximiliano contra Juárez es el clerical. El Emperador ha hecho un viaje a Roma que los diarios han interpretado como un acuerdo entre Maximiliano y la Corte de Roma... El Emperador ha reconocido la imposibilidad de gobernar con el Partido Clerical que lo había llamado, y también que ese Partido compromete todo lo que toca, por lo que el sucesor, Maximiliano, debía realizar lo que su predecesor había preparado y es así como se ha vuelto a tomar la resolución de enajenar los bienes del clero."

*

Respecto al supuesto reconocimiento o simpatía de los Estados Unidos de Norteamérica para Maximiliano, el *Boletín* publica las expresiones del legislador Favre, que son: "El gobierno americano no ha reconocido al gobierno de México y muy recientemente Mr. Seward, escribiendo al representante de Juárez, hacía votos por el pronto restablecimiento de la República." En efecto, en el Congreso Americano, al aprobarse la ley en que se asignan los sueldos que han de disfrutar los ministros de los Estados Unidos en el extranjero y mencionarse nuestro país se usaba solamente la palabra "México", en donde existían dos gobiernos de hecho, aunque uno solo de derecho. En estas condiciones hizo moción en el senado Mr. Wade, para que se pusieran las palabras "República de", antes de la palabra "México", y la enmienda fue aprobada por unanimidad.¹²

¹¹ José M^a Iglesias, *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México*, México, Editorial Porrúa, 1966, p. 16.

¹² José M^a Iglesias, *op. cit.*, p. 565.

Antes, había publicado una inserción en la que el Gobierno de los Estados Unidos ordena que Francia sea informada de que la amistad de ambos países se encuentra en peligro por la insistencia de ésta de derribar al gobierno republicano de México, y agrega que esa nota enviada al representante americano en París, termina diciendo, aunque en forma extraoficial, que *Mr. Seward declara que los Estados Unidos no reconocerán a Maximiliano, ni aun si las tropas francesas se retiran de México.*¹³

*

En el mismo *Boletín* publica el 23 de agosto otra nota de terrible impacto, que dice: "El *Scaut* de Amberes de 14 de junio publica el extracto de un discurso sumamente enérgico pronunciado por el Sr. Vleeschower, en la última sesión de la Sociedad Democrática de Amberes, acerca de la cuestión mexicana, y hace la crítica más amarga del gobierno belga por sus condescendencias con el gobierno francés en la intervención de México, y censura fuertemente la expedición belgo-mexicana a la que considera un mal antecedente que se podrá invocar en lo sucesivo, para que Bélgica envíe ejércitos a sostener a las pequeñas princesas hijas del Conde de Flandes, el día que se intente convertirlas en reinas o emperatrices de las regiones de ultramar, hoy republicanas. Propone que se dirija una exposición a Juárez y «sus valientes mexicanos para que sepan que nosotros los belgas desaprobamos la conducta de nuestro gobierno y que atribuimos toda su responsabilidad a los extranjeros que nos oprimen.» La proposición del Sr. Vleeschower fue aprobada casi por unanimidad y los términos en que fue redactada la exposición al Sr. Juárez no son menos enérgicos que el discurso. En ella se dice que al ir a ser enviada, se supo la noticia del desastre de Tacámbaro y que, aunque participan del dolor general, se apresuran a mandarla para "convencerlos —asienta— a vos y a vuestros compatriotas de que el pueblo belga no toma parte alguna en actos contrarios al derecho y rechaza toda su responsabilidad." Que el gobierno belga apeló a un ardid para hacer posible la partida de 1,600 belgas, pues los reclutadores esparcieron la voz de que esos jóvenes iban simplemente a servir de guardia de honor a la Emperatriz; que el pueblo belga no es indigno de sus antepasados y que sus votos y su adhesión están en pro de la independencia de los pueblos."¹⁴

Con esta clase de notas, la prensa republicana está llevando a feliz término su cometido en periódicos chicos, ya sea con artículos serios, satíricos, humorísticos o con caricaturas, pero se está llegando al pueblo y se le está demostrando que el Imperio no está sólido ni tiene las

¹³ *Boletín de Noticias*, Alcance al núm. 107, Guadalajara, domingo 11 de febrero de 1865, p. 1.

¹⁴ *Boletín de Noticias*, núm. 35, Guadalajara, martes 22 de agosto de 1865, p. 2.

simpatías que se atribuye; que la República existe y que los triunfos de sus ejércitos son cada vez mayores.

•

Por esta época el contenido de los periódicos es muy peculiar, pues se han convertido prácticamente en compilaciones de noticias de unos y otros, aunque los republicanos comentan muy certeramente y toman de sus antagonistas todo aquello que a su causa puede servir. Esta situación trae pésimas consecuencias al Imperio, por lo que los palacios urden un medio más de defensa, que consiste en crear periódicos pequeños y pagados por el Gobierno, para oponerse a los republicanos. Así nacen muchos de ellos, cuya aparición algunos comentaristas consideran como beneficio emanado de la Ley de Imprenta. Ya se ve que la causa es muy otra, pero en cuanto a creación de periódicos los republicanos no se quedan atrás.

En Guadalajara nace el 2 de junio de 1865 el intitulado *El Payaso*, sin mayor trascendencia en su iniciación, pero que pronto toma auge porque es duro y certero en sus conceptos.

Don Juan B. Iguíniz, insigne bibliógrafo y hemerógrafo jalisciense, lo considera como "el más famoso de los órganos liberales de la época del Imperio, que llamó la atención tanto por sus artículos llenos de sátira y humorismo como por sus caricaturas litográficas con que apareció en su segunda época, debidas al lápiz del artista don José Monroy".

En seguida reproduce el comentario que sobre *El Payaso* hace el propio Ireneo Paz, su fundador, y cuyos puntos salientes son: que la nutrida prensa imperialista le auguró pronto final; que el Imperio se dio cuenta del grave perjuicio que este periódico causaba, cuando era demasiado tarde; que para contrarrestar su popularidad, el Imperio fundó en muchos pueblos de Jalisco periódicos pequeños y pagados, empleando a sus escritores de más nota.¹⁵

•

El Imperio a estas alturas está recibiendo las consecuencias de la ofensiva periodística. Muchos de los lugares que se habían dado como perfectamente pacificados, vuelven a la carga. Hay levantamientos en toda la República y los palacios, presas de justa alarma, llevan al Emperador a otro tremendo desacierto: su famoso y terrible decreto de 3 de octubre de 1865, que fue antecedido por un parte oficial en el que Maximiliano declara a Juárez liquidado en cuanto a derechos por haber abandonado el territorio patrio, escrito que termina con este párrafo que es el preludio de la terrible ley: "*El Gobierno, fuerte*

¹⁵ Juan B. Iguíniz, *El Periodismo en Guadalajara. 1809-1815*, Guadalajara, Imp. Universitaria, 1953, p. 105.

en su poder, será desde hoy inflexible para el castigo, puesto que así lo demandan los fueros de la civilización, los derechos de la humanidad y las exigencias de la moral. Firma: Maximiliano." El Decreto consta de 15 artículos, dentro de los que caben o pueden caber todos los republicanos, pero como en la famosa anécdota de que no se tocaban las campanas por tres causas, siendo la primera que no había campanas, así sucede con este Decreto, pues conociendo el primero y segundo artículos, casi salen sobrando los demás. El primero dice así:

"Artículo 1º Todos los que pertenecieren a bandas o reuniones armadas que no estén legalmente autorizadas, proclamen o no algún pretexto político cualquiera que sea el número de los que formen la banda, su organización y el carácter y denominación que ella se diere, serán juzgados militarmente por las cortes marciales, y, si se declarase que son culpables, aunque sea sólo *del hecho de pertenecer a la banda*, serán condenados a la pena capital, que se ejecutará dentro de las primeras 24 horas después de pronunciada la sentencia."¹⁶

El segundo artículo habla de quienes son aprehendidos en acción: Que serán juzgados por el jefe imperialista y cuya pena será *siempre la de muerte*; eso sí, recibirán los auxilios espirituales.

Y así toda una gama de causas para fusilar conforme al criminal decreto.

Lo más curioso de todo es que éste se vuelve contra el propio Maximiliano, pues tres meses después *El Pájaro Verde*, periódico ultraimperialista, da noticia que llega de Nueva York y que *La Sombra* reproduce muy oportuna y hábilmente, en la que dice que "diarios europeos que alcanzan al 24 de noviembre refieren un incidente ocurrido en la Cámara de Diputados de Bélgica, con motivo del alistamiento. Algunos militares pidieron licencia para servir en el Regimiento de la Emperatriz Carlota. Un diputado interpelló al Ministerio sobre *si los belgas que caen prisioneros son canjeados por los liberales mexicanos conforme a los usos de la guerra*. El Ministro de Negocios Extranjeros contestó que no se había hecho ese canje, pero que empeñosamente lo procuraba el representante belga. Entonces el señor Coomans, diputado de oposición, refutó los alistamientos, *añadió que no tenía esperanzas de canje, porque lo hacía imposible el Decreto Imperial que condena a muerte a los prisioneros juaristas*".¹⁷

Seis meses después pone broche de oro a esta información publicando notas en las que asienta que el Senado norteamericano pide al Presidente, por conducto del senador Chandler de Michigan, todos los documentos e informes sobre el *bárbaro decreto* (textual) por medio del cual se manda ejecutar sumariamente a los prisioneros juaristas.¹⁸

Reproduce además las notas enviadas por Mr. Seward al ministro norteamericano en París, en las que por orden del señor Presidente

¹⁶ *Diario del Imperio*, núm. 228, México, 3 de octubre de 1865.

¹⁷ *La Sombra*, tomo 1, núm. 101, México, viernes 29 de diciembre de 1865, p. 4.

¹⁸ *Boletín de Noticias*, núm. 94, Guadalajara, jueves 11 de enero de 1866, p. 2.

le suplica haga una llamada de seria atención al Gobierno francés sobre la *política sanguinaria*, como califica a la aplicación del decreto, con los prisioneros de Santa Ana Amatlán en donde apoyados en él fueron fusilados dos generales, siete coroneles, cinco tenientes, ocho comandantes y varios oficiales subalternos y que haga saber que el gobierno de los Estados Unidos espera que Francia "*no tolerará jamás actos que tanto repugnan a los sentimientos de la civilización moderna y a los instintos de la humanidad*".

Agrega que el diplomático siguió la recomendación, pero el resultado fue negativo ya que el personaje francés Drouyn de Lhuys contestó mitad despótico y mitad irónico: "¿Por qué no se dirigen a Juárez?"¹⁹

Al publicar esto la prensa republicana, es como se enteró el pueblo de que el Imperio ha perdido la simpatía de la diputación belga y ha conseguido el repudio del Senado norteamericano.

*

He citado en esta lucha a la capital y a Guadalajara, preferentemente, pero en toda la República pasaba lo mismo. La lista de publicaciones de la época resultaría larguísima tan sólo citándola con directores y algunos de sus colaboradores, por lo que me concretaré a mencionar algunos de aquellos que toman parte en las acciones que se narran; por ejemplo, en Tixtla, Gro., salta a la palestra Ignacio Manuel Altamirano, con su periodiquito *La Voz del Pueblo*, en el que escribe hasta el momento en que ha de dejarlo para tomar las armas en su lucha contra el Imperio. Pero afortunadamente, para entonces había ya dejado prosélitos que continuaron su obra.

La Voz del Pueblo fue un periódico pequeño, incisivo y bien presentado, con editoriales de fondo y de efecto, a la vez que artículos durísimos contra el Imperio. Entre otros aciertos reproduce un artículo que toma de *El Payaso*, de Guadalajara, y que lo había reproducido también *La Sombra*, en México. Es una controversia con *La Bandera Imperial*, de Morelia, cuando ésta asegura que el Imperio no tiene oposición. *La Voz del Pueblo* le publica esta curiosa lista, diciendo: "He aquí los órganos que defienden al Imperio: *La Nación*, periódico pagado; *La Esperanza*, de Jalapa, periódico pagado; *La Bandera Imperial*, periódico pagado y los órganos, también pagados, que no han de decir más que lo que se les prevenga que digan; los escritos por extranjeros, como *L'Stafette*, *Le Journal* y *L'Ere Nouvelle*, que no teniendo ni voz ni voto en nuestro asunto, no pueden formar opinión, y por eso se ocupan siempre que les viene en antojo en zurrarnos por mayor a todos los mexicanos, sin importarles un pito nuestras instituciones.

¹⁹ *Boletín de Noticias*, vol. II, núm. 103, Guadalajara, jueves 1º de febrero de 1866, p. 2.

"Quedan *La Sociedad*, *El Pájaro Verde* y *El Cronista*, que a veces se muestran imperialistas porque tienen necesidad de ser algo.

"Y he aquí los periódicos progresistas, todos son republicanos: En México, *La Sombra* y *La Orquesta*; en Puebla, *La Idea Liberal* y *La Realidad*; en Veracruz, *El Pensamiento*, *El Diablo Predicador* y *El Cornetín*; en San Luis Potosí, *El Eco Nacional*; en Zacatecas, *El Porvenir*; en Aguascalientes, *La Libertad de México*; en Atlixco, *El Eco del País* y en Guadalajara, *El Boletín* y *El Payaso*." ²⁰

La lucha periodística continúa cada vez con mayor fragor y es ya patente la ventaja para los republicanos. El pueblo se entera por ellos y después por los conservadores de que el Imperio se derrumba, aunque todavía tiene arrestos para que en uso de su autoridad haga la característica de 1866, que es, en lo principal, la supresión de los periódicos republicanos. En efecto, *El Payaso*, de Guadalajara, es suprimido el 17 de junio de 1866, después de la tercera advertencia; *La Orquesta*, el 16 de julio; el *Boletín de Noticias*, el 24 de julio; *La Sombra*, el 20 de noviembre; así sucesivamente caen muchos más, y aunque surgen nuevos, son de poca duración.



Llega 1867. Las tropas invasoras toman su camino y Maximiliano, engañado por quienes lo rodean, cree que puede continuar... Pronto se convence de lo contrario.

Respecto a la prensa imperialista, que antes estuvo en auge, impresionada lo que *El Pájaro Verde* publica el 15 de junio de 1867, al reproducir un artículo en el que *La Iberia* hace un recuento de los pocos periódicos que aún se publican en México en los últimos días del sitio de la capital, y después de la caída de Querétaro, que aún es desconocida por la mayor parte de la población. *La Iberia* dice: "Nos estamos quedando solos y casi tenemos miedo... Ya no quedan más periódicos que el *Diario del Imperio*, el *Boletín de la Campaña*, *El Pájaro Verde* y *Le Courrier du Mexique*... Si esta situación dura todavía mucho tiempo todos iremos a dar a la fosa, y que no se perderá mucho, a lo menos por lo que hace a *La Iberia*, que de los demás no nos atrevemos a decir otro tanto." ²¹



El Imperio estaba vencido y la República lograba una cara victoria, pero victoria al fin, no sólo en el campo de batalla sino que a su vez triunfaba asimismo la prensa republicana...

²⁰ *La Voz del Pueblo*, 1ª época, t. 1, año 1, núm. 14, C. Guerrero, jueves 24 de mayo de 1866.

²¹ *Boletín de El Pájaro Verde*, tomo v, núm. 141, México, martes 14 de junio de 1867, p. 2.

Para el triunfo quedaba demostrado que el periodismo fue tan eficaz como la estrategia militar.²²

*

El periodismo tiene en la década que nos ocupa tres etapas definidas: la lucha patriótica, cuyo triste epílogo se desarrolla en el Cerro de las Campanas; la política, que se inicia con el triunfo de la República y la convocatoria para elecciones presidenciales; y la de verdadera reconstrucción en el aspecto cultural, en la que es patente el progreso científico, artístico y literario, aunque a decir verdad las dos últimas pueden considerarse coexistentes, porque es al regreso del gobierno a la capital cuando reaparecen *El Siglo XIX*, *El Monitor Republicano* y otros que habían sido suprimidos, amén de que se crean muchos periódicos más.

Debemos anotar, sin embargo, que en ninguna de las tres etapas faltó el fondo literario, ni se abandonó tampoco, totalmente, el aspecto cultural.

Entre las causas de esta feliz circunstancia puede citarse que los periódicos de uno y otro bando tuvieron a su servicio excelentes escritores que hicieron gala de editoriales, artículos de fondo, ensayos y comentarios, informaciones y artículos literarios, históricos, etcétera; y no pocas veces se hizo derroche de ironía, de sátira y humorismo y la caricatura tomó un lugar preferente, al grado de que al transcurrir el tiempo se convirtió en una de las características esenciales.

La lucha política obedece a la elección presidencial, pues Juárez ocupaba el cargo en forma anómala, obligado por las circunstancias, pues su periodo había terminado desde el 30 de noviembre de 1865. Las condiciones que México vivía impidieron no digamos llevar a cabo elecciones sino ni siquiera convocarlas e intentarlas. Terminada la guerra, empieza la política en la que los periodistas que antes persiguieron el mismo ideal hubieron de separarse tomando los bandos juarista, lerdista o porfirista; en favor o contra la convocatoria que contenía reformas a la Constitución. Los conservadores, en su mayor parte, siguieron siendo antijuaristas, a cuya acción se sumaron no pocos liberales inconformes, y más aún cuando, en 1871, tuvieron por bandera el antirreeleccionismo.

Con Juárez en el poder y en un momento de gran efervescencia de esta contienda, sobreviene su muerte repentina, que significa una tregua y siembra desconcierto entre los elementos en pugna que por el momento parecen llegar a un acuerdo, aunque pronto reanudan su controversia con renovados bríos y nuevos candidatos y motivos.

*

²² Julio Jiménez Rueda, *Historia de la literatura mexicana*, 7ª ed., México, Botas, 1960, p. 509.

Pero la reconstrucción se palpa desde el momento en que los periodistas que fueron tenaces en la lucha anterior, ahora, sin abandonar su credo o criterio político, tienen la suficiente tranquilidad para dejarse llevar por sus propios impulsos, sobre todo literarios.

Ocurre en 1868 el verdadero renacimiento, entre cuyos iniciadores debe citarse a Ignacio Manuel Altamirano, quien establece el periódico liberal *El Correo de México*, en que figuran Ignacio Ramírez y Guillermo Prieto. Más adelante plantan su valía indiscutible José Rosas Moreno, Justo Sierra, Vicente Riva Palacio, Manuel Sánchez Mármol y muchos más.

José Flores Verdad y José T. de Cuéllar fundan en San Luis *La Ilustración Potosina*. En México se publica el periódico conservador *La Voz de México*, en donde figuran Aguilar y Marocho, Juan N. Tercero, el presbítero José García Gutiérrez y muchos otros más.

Altamirano es uno de los puntales de este desenvolvimiento literario, ya que también publica *El Federalista*, con Manuel Payno; *La Tribuna* y *La República*, todos de tendencia política, pero asimismo un semanario de literatura con Gonzalo Esteva, al que intitula, precisamente, *El Renacimiento*, cuya influencia en el movimiento artístico y literario es indiscutible, porque además, es quizá el primero que logra la maravillosa hazaña de reunir a verdaderos valores que antes fueron antagónicos, en una sola publicación.

No debemos olvidar que durante la lucha patriótica en las filas de los diversos bandos hubo elementos de enorme valía que luchaban por un credo o un ideal, que cierto o equivocado era su mística. Pues bien, Altamirano, el furibundo, el irreconciliable enemigo del imperialismo y de los conservadores, reúne en las columnas de su semanario *El Renacimiento*, al lado de Ignacio Ramírez y de Guillermo Prieto, a Ignacio Montes de Oca y a José María Roa Bárcena.

El mismo escribe en *El Siglo XIX*, en su séptima época, al lado de Pantaleón Tovar, Bossero, Chavero, el gran Zarco y otros, y también en *El Monitor Republicano*, en su reaparición, ahora con José María del Castillo Velasco, Bustamante, Prieto, Payno y otros, además de que, liberando a su propio impulso escribe en *El Renacimiento*, *El Domingo*, *El Artista* y *El Semanario Ilustrado*.

Es así, que sin detenerme a citar los grandes valores de esta época de oro del periodismo, que lo es sin duda la segunda mitad del siglo XIX, como esos mismos valores toman el camino y el sitio a que su inspiración los hace acreedores y ahora se separan por la diversidad de sus estilos y engalanan las columnas periodísticas, la apacibilidad melancólica de José Rosas Moreno, la poesía popular de Guillermo Prieto, usando como ariete su precioso costumbrismo; es así también como figuran en lugar prominente los versos románticos y poco cuidados de Antonio Plaza; el clasicismo puro de don Ignacio Montes de Oca, de Joaquín Arcadio Pagaza y de José María Vigil, y todos ellos, con su inapreciable labor, hacen, quieranlo o no, un bené-

fico proselitismo, ya que creada la Escuela Nacional Preparatoria por Decreto de Juárez del 2 de diciembre de 1867, para el tiempo que nos ocupa figuran ya como maestros, entre otros nombres, los de Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano, Justo Sierra, José María Vigil, Manuel Sánchez Mármol y muchos otros que hicieron posible ese renacimiento artístico y literario de México al que coadyuvó, sin duda, el hecho de que en 1871 se introdujera la primera máquina tipográfica.

También en otros aspectos resulta ejemplar esta época, ya que se fundan por primera vez en nuestra historia periódicos dedicados a las clases trabajadoras: en 1871, *El Amigo del Pueblo*, trisemanal; en 1875, otro con el mismo título, semanario; de 1872 a 73, *El Eco de las Artes, Tácito* y *La Huelga* fueron periódicos dedicados a la instrucción de las clases obreras y así *El Socialista*, *La Comuna* y *La Huelga* en las que ya figuran doctrinas sociológicas y de defensa clasista.

*

Damos la razón a Malcolm D. McLean, cuando dice en su *Contenido literario de El Siglo Diez y Nueve*, que emprendió esa obra por estar convencido de que la mayor parte de la literatura mexicana se encuentra en los periódicos, y de que cualquiera que la examine superficialmente se forma la idea errónea de que México no tiene literatura de importancia, pero que eso se debe a que la mayor parte de la obra de escritores mexicanos, aun de los mejores, se halla enterrada en los periódicos... (aunque a éstos les llama polvorosos). Y en efecto, hay tesoros de esa literatura que aún permanecen sin ser tocados.²³

*

Es ésta, a grandes rasgos, la labor del periodismo en el triunfo de la República.

Rindamos pues homenaje a todos aquellos periodistas que lucharon. A los que vencieron. A los vencidos. A aquellos que con la pluma sostuvieron su ideal. A todos aquellos que hicieron posible el renacimiento cultural de México.

Pero no omitamos rendirle, porque también lo merecen, a aquellos escritores modestos que en el periodismo ofrendaron cuanto tuvieron y cuyos nombres no alcanzaron celebridad, quedando como auténticos héroes, en el más injusto anonimato y en el más triste de los olvidos.

Nuestro reconocimiento y homenaje a todos ellos.

²³ Malcolm D. McLean, *Contenido literario de "El Siglo Diez y Nueve"*, Sobretiro del *Boletín Bibliográfico de la Sra. de Hda. y C. P.*, núm. 313, 15 de febrero de 1965, p. 9.

VIDA Y OBRA DE FRANCISCO ZARCO

María del Carmen Ruiz Castañeda

La vida del literato, del publicista, del representante del pueblo, del desterrado y del miembro de la reforma, puede llenar volúmenes enteros. Zarco ocupa un espacio más dilatado que ninguno en la vida intelectual de la República Mexicana.

IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

El primer aspecto notable en la biografía de Francisco Zarco es su temprana iniciación en la vida política y cultural de México, y la extraordinaria magnitud de las tareas que asumió; tareas que son, generalmente, carga y privilegio de la madurez.

Este hecho, que en su caso tiene relieves excepcionales, podría acaso caracterizar a toda la joven generación progresista que implantó la reforma y puso las bases del México moderno. Dicha generación recogía una larga tradición liberal, mucho más fructuosa en el campo de las teorías que en el de las realizaciones prácticas; se había modelado en un ambiente social anómalo, sujeto a constantes transformaciones políticas, y le tocaba presenciar, en plena adolescencia, la invasión y el desmembramiento del país por las tropas americanas.

Al concluir la desastrosa guerra con los Estados Unidos, la nación, deseosa de reformas fundamentales, tenía poco que esperar ya de la vieja guardia liberal, diezmada durante veinticinco años de luchas intestinas. Manuel Payno escribía por entonces que dicha empresa "no será acometida ni por la mayoría de los hombres que hoy se encuentran en el poder, ni por los que han tenido directa o indirectamente influjo desde que se hizo la independencia... Preciso es, pues [que llegue] gente nueva; que la juventud que, políticamente hablando, tiene tan poco que agradecer a sus padres, tome a su cargo el reformar la sociedad, el reivindicar a la nación, el colocarla en el punto en que debe encontrarse como nación libre, soberana e independiente; venga, pues, un partido nuevo, de vigor y progreso, que marche de acuerdo

con las exigencias y el espíritu del siglo en que vivimos; y entonces comenzará la verdadera regeneración de la República".¹

En este punto, Francisco Zarco, Florencio María del Castillo, José Tomás de Cuéllar, Juan de Dios Arias, José María Vigil, Manuel María de Zamacona, muy poco después Vicente Riva Palacio e Ignacio Manuel Altamirano, llegan a reforzar la generación acaudillada por Ignacio Ramírez y Guillermo Prieto, en la política y en las letras.

En la época de la invasión americana, Francisco Zarco era un joven y oscuro escribiente y traductor del ministerio de Relaciones. Había nacido el 4 de diciembre de 1829, en la ciudad de Durango, y era hijo de un antiguo insurgente y liberal exaltado que a la sazón ocupaba un cargo en la comandancia militar del Estado, el coronel Joaquín Zarco. A él debió el hijo la firmeza de las ideas avanzadas y el valor inquebrantable de las opiniones. A su madre, doña María Mateos, la formación del carácter y las inclinaciones literarias.

Cuando el gobierno mexicano se traslada a la ciudad de Querétaro, durante la ocupación de la capital por las tropas invasoras, Zarco lo sigue en cumplimiento de su deber. Don Luis de la Rosa, ministro universal del presidente Peña y Peña, descubre las dotes excepcionales del joven empleado y le confiere la oficialía mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores, que, en aquellos momentos, de hecho absorbía las funciones de los demás ministerios. Francisco Zarco tenía diez y ocho años. "La precoz inteligencia del adolescente había encontrado en sus primeros albores un funcionario perspicaz que supo comprenderla y utilizarla..."²

Los biógrafos de Zarco no proporcionan datos suficientes sobre la participación de éste en la elaboración de los tratados de paz. Él por su parte, solamente emite un juicio sobre la obra de sus compañeros de tareas: "Deplorables como son los resultados de la última guerra, dura como nos fue la paz, justo y preciso es confesar que los hombres que tuvieron valor para tomar sobre sí la carga que sus predecesores habían abandonado cobardes; los que se decidieron a firmar el tratado que nos libraba de la invasión o de la anexación, fueron los primeros que después de treinta años no engañaron a su país; fueron los que lo salvaron sin adularlo vilmente. A sus esfuerzos debemos gozar

¹ "Necesidad de las reformas. La juventud está llamada a ejecutarlas", en *El Eco del Comercio*, México, 24 de marzo de 1848, p. 1.

² José María Iglesias. "Oración fúnebre", en *El Siglo XIX*, 24 de diciembre de 1869, p. 2. El propio Zarco dice: "que el redactor de *El Siglo* fue empleado en sus primeros años y supo cumplir con su deber siguiendo al gobierno a Querétaro cuando la invasión americana, e hizo algo más de lo que exigía el estricto deber, pues sirvió el cargo de oficial mayor del ministerio de Relaciones sin cobrar más sueldo que el que correspondía a una de las plazas más subalternas de la oficina..." ("La Unión Federal", en *El Siglo XIX*, 14 de junio de 1861, p. 1.) En otro lugar añade que no reclamó el sueldo de oficial mayor, sino que siguió percibiendo 80 pesos mensuales de su sueldo de escribiente. ("Don Eustaquio Barrón" [Autodefensa de Zarco], en *El Siglo XIX*, 7 de octubre de 1856, p. 4.)

hoy de la existencia política, sin ellos nuestra nacionalidad habría sucumbido para siempre.”³

Vuelto el país a la normalidad, el gobierno retorna a la capital de la República y Zarco ocupa nuevamente su puesto de simple oficial de ministerio. Poco después se registra su ingreso en el periodismo y la literatura.

El 12 de marzo de 1850 funda *El Demócrata*, periódico político que representa los puntos de vista de la nueva promoción liberal y que se caracteriza por su actitud revisionista: la historia del país, la actuación de los partidos, los hechos de los gobernantes, son objeto de severo análisis. En “Situación actual de la República”, su primer editorial, resume las desgracias del país hasta su derrota por los Estados Unidos;⁴ y en “No es tiempo”, advierte que el momento de las modificaciones de fondo ha sonado, a despecho de los pusilánimes.⁵ Desde entonces también se define contra los regímenes dictatoriales:

“Si nos faltan hombres para ejercer una autoridad con trabas, con restricciones y sujeto a las leyes, ¿tendremos uno tan respetable, tan digno de confianza que podamos someternos a su voluntad como a suprema ley? Lo buscamos, y lo buscamos en vano... Se cree que la represión de toda libertad, que la abolición de todo derecho, que el despotismo, en fin, revestido de todos sus errores, sea un remedio fuerte, capaz de cauterizar las llagas de nuestra patria. Nosotros desconfiamos de la eficacia de ese fatal remedio, no lo creemos necesario en ningún caso, y sobre todo, además de ser enteramente contrario a nuestras más íntimas convicciones, no vemos el hombre capaz de ejercer ese poder omnímodo, de una manera ya no que produzca grandes bienes, sino que tienda sólo a conservar la existencia del país.”⁶

Por ello, al aproximarse las elecciones presidenciales, *El Demócrata* postula a un civil ilustrado, Luis de la Rosa, y se opone a la candidatura de un militar, el general Mariano Arista, Ministro de la Guerra. El 27 de julio acoge en sus columnas la “Protesta de la prensa independiente contra la postulación del Sr. D. Mariano Arista, para la futura presidencia de la República”, respaldada por periódicos de diferentes matices. La protesta motivó el arresto de Francisco Zarco y de Antonio Pérez Gallardo, únicos periodistas que se atrevieron a revelar su identidad. *El Demócrata* desaparece el 8 de agosto; la saña oficial alcanza aun al dueño de la imprenta y el novel periodista se encuentra sin periódico y sin editor; además, sufre represalias en su cargo burocrático.

Decepcionado, decide abandonar el periodismo y acogerse a la literatura, pues dice: “¿Qué había ya de escribir si no había quien

³ “Situación actual de la República”, en *El Demócrata*, México, 12 de marzo de 1850, p. 2.

⁴ *Ibidem*.

⁵ *El Demócrata*, 27 de abril de 1850, pp. 3-4.

⁶ “Dictadura”, en *El Demócrata*, 7 de junio de 1850, pp. 3-4.

quisiera imprimirme y si nadie me había de leer?... Por fortuna la libertad de la lengua no está aún garantizada, y por eso se puede ejercer...";⁷ y más tarde añade: "Porque decididamente cuanto he hecho desde que nací, no vale la pena, y cuanto he hecho desde que soy periodista, si me ha valido ciertas penas, no quiero que me valga más, y casi renunciaría al noble magisterio de redactor, si posible fuera que un hombre pudiera perder la fuerza de sus costumbres, esto es, de su segunda naturaleza como dicen algunos doctos moralistas..."⁸

En *El Demócrata*, al lado de sus artículos doctrinarios, había empezado a publicar otros satíricos y costumbristas, bajo el seudónimo de *Fortún*, deliciosos por su donaire. Gozaba ya de cierto renombre literario entre la joven generación romántica del Liceo Hidalgo, fundado en 1850. El 1º de julio de 1851, Zarco toma posesión de la presidencia del Liceo que revive las viejas glorias de la Academia de San Juan de Letrán y, como ésta, pretende poner las bases de la literatura nacional. "Zarco —dice Ignacio M. Altamirano— venía ya con ideas más modernas que las que habían animado a los académicos de Letrán, quienes, con excepción de Ignacio Ramírez, pertenecían, por el carácter de sus obras, a la escuela antigua. Las miras de Zarco abrazaban un vasto horizonte literario. En esta parte no hacía otra cosa que seguir a Ramírez. Con mayor fortuna ciertamente, porque encontró un auditorio entusiasta y auxiliares resueltos."⁹ Y añade que "Zarco, literato eminente, y de cuyos escritos tanto gustaba la sociedad mexicana, pudo, si hubiera querido, hacer de ellos la base de una fortuna regular... Zarco con su gran nombre, su extraordinaria instrucción, con su estilo elegante y gracioso, habría sentándose en el sitio de Carlos Nodier o de Julio Janin, siendo el centro de un grupo de jóvenes entusiastas... prefirió permanecer en el bufete del periodista político, sufriendo como se sufre diariamente en semejante tarea."¹⁰

Zarco además se encarga de la dirección de *La Ilustración Mexicana*, que editó Ignacio Cumplido de 1851 a 1854 y que fue órgano del Liceo. Los cinco volúmenes que forman la colección de este semanario de literatura, recogen gran parte de la producción literaria de su director, desde su jocosa "Resurrección de Fortún";¹¹ sus donosos artículos costumbristas, escritos bajo la influencia de Larra, su modelo indudable; sus críticas de arte, biografías, estudios de literatura, prosas poemáticas, alguna poesía lírica y aun artículos de modas, en los que introducía intencionados comentarios sobre la política o los usos del tiempo:

⁷ "Resurrección de Fortún", en *La Ilustración Mexicana*, t. I, 1851, pp. 33-36.

⁸ "Tramitología", en *La Ilustración mexicana*, t. II, 1851-52, p. 187.

⁹ "Poesía épica y poesía lírica" [1871], en *La literatura nacional...* México, Editorial Porrúa, S. A., 1949, t. I, pp. 268-69.

¹⁰ "Crónica semanal" de *El Renacimiento*, t. II, pp. 6-7, 1869, copiada en *El Siglo XIX*, 6 de septiembre de 1869, p. 3.

¹¹ *Loc. cit.*

"Continúa la moda de hablar de todo, sin entender de nada; la de ser muy patriota y muy desinteresado... La fe y la piedad van renaciendo de una manera tan portentosa, que pueden llegar a producir el renacimiento de la inquisición... El color dominante de la prensa continúa siendo el tornasol... La usura, el agio, la coquetería, la calumnia, la maledicencia, el fraude, la charlatanería, la presunción y otras ventajas sociales se han arraigado de tal modo, que son modas tan permanentes y constantes como la de usar zapatos y sombreros".¹²

Pero "Zarco literato, no dejaba ni un instante de ser el miembro activo del partido político".¹³ En su "Discurso sobre el objeto de la literatura", pronunciado al tomar posesión de la presidencia del Liceo Hidalgo, se contienen sus ideas sobre la función didáctica de las bellas letras y su utilidad en el cambio de las ideas sociales.¹⁴

Muy pronto vuelve al periodismo de combate, pues como afirmaba: "El que una vez fue periodista no tiene remedio, periodista será siempre que pueda y periodista morirá."

El 1º de enero de 1852 hace su presentación en *El Siglo XIX*, viejo campeón del liberalismo, primero como simple cronista y gacetillero, y después con funciones más serias.

El 5 de mayo del mismo año, sin abandonar su puesto en *El Siglo XIX*, y secundado por Félix María Escalante, Joaquín Téllez y suponemos que también por Luis G. Ortiz y José Tomás de Cuéllar, todos del Liceo Hidalgo, Zarco funda *Las Cosquillas*, bisemanario de sátira política que se dice "Periódico retozón, impolítico y de malas costumbres. Redactado por los últimos literatos del mundo. Bajo la protección de nadie", y que lleva la siguiente advertencia: "Esta redacción admite espías, jueces, alguaciles, requiebros, indirectas, duelos, palos, amoríos y quebrantamiento de huesos. No admite consejos". Menos trascendental que *El Demócrata*, su primer periódico, es mucho más revelador de actitudes. Sorprende el tono descomedido y ácido, y la sal un tanto gruesa de la sátira, tan ajenos al estilo habitual del director.

Los jóvenes redactores se rodean de absoluto secreto para eludir represalias y arremeten contra el presidente Arista y su gabinete de moderados, cuyos desmanes y claudicaciones ponen al desnudo. Las alusiones personales y las parodias del estilo de los ministros y consejeros hacen las veces de la caricatura. Por las páginas de *Las Cosquillas* desfilan Gómez Pedraza, Olaguíbel, Carpio, Lacunza, Lafragua. Es, según la frase de Guillermo Prieto, "la exposición fotográfica de los hombres de la época"; Prieto, además, nos proporciona la clave para

¹² "Modas. El hábito no hace al monje", en *La Ilustración Mexicana*, t. 1, pp. 115 y 120.

¹³ Felipe Sánchez Solís. "El Sr. D. Francisco Zarco...", en *El Siglo XIX*, 15 de abril de 1874, p. 1.

¹⁴ *La Ilustración Mexicana*, t. 1, pp. 161-168.

las identificaciones, innecesaria en su época, desde luego.¹⁵ Es la iconoclastia política llevada al extremo. Veamos cómo se caracteriza al partido moderado, entonces en el poder:

"El partido moderado son los liberales juiciosos, los que no quieren exageraciones. El partido moderado es el que hizo la paz de Querétaro... ¡Mentira! El partido moderado cuando Santa-Anna hacía la guerra, quería hacer la paz, y cuando Peña y Peña hacía la paz, quería la guerra... Los moderados todo lo quieren y no lo quieren; son por fuera *sans-culottes* y por dentro destineros y aristócratas... Todos fueron exaltados y cada empleo los ha ido moderando; pero no sirven para nada... ¿Qué han hecho?... [El partido moderado] nada ha hecho, ni puede, ni quiere, ni sabe hacer más que repartirse los puestos públicos, y predicar prudencia, y tolerar los abusos, y formar ministerios monstruosos, y espantarse, y asustarse, y reprimir la prensa, y transigir con las exigencias del clero, y..."¹⁶

En cuanto al partido puro, que se dispersó al llegar al poder don Mariano Arista: "...no hay tal partido puro...; porque la inquietud puritana es una enfermedad; porque no saben lo que quieren, ni entienden jota de nada; ...Los puros son el germen de todos los partidos; de entre ellos brotan y nacen sus enemigos... Al partido puro le gustan las palabras y se conforma con sonidos, y cuando puede, sabe oprimir, y sus imprudencias todo lo frustran, todo lo manchan y es el origen de todas las reacciones..."¹⁷

El partido conservador puede caracterizarse en unos cuantos renglones: "...hipocresía, fanatismo, robo, lujuria, lodo, crimen; oigo la zeta bien pronunciada, veo corbatas muy grandes, mayordomos de monjas, reliquias, ejercicios..."¹⁸

El editorial —"Artículo sin fondo"— del 2 de junio denominado "¿Qué sucede?" y firmado por *Fray Heráclito* —Zarco—, acusa a Arista de preparar un golpe de estado. Zarco es perseguido a despecho de su investidura parlamentaria —era entonces diputado suplente por Yucatán— y tiene que esconderse. El periódico deja de salir el 9 de junio, en el número 11 de la serie.¹⁹

El gobierno de Arista se desploma en enero de 1853 bajo los embates de una revolución, liberal en sus orígenes y hábilmente desvirtuada por las fuerzas reaccionarias. El general Santa-Anna consiente en volver una vez más a gobernar a los mexicanos.

El día de la entrada del dictador a la capital, *El Siglo XIX* le dedica un manifiesto firmado por "La Redacción", en el que brillan las cua-

¹⁵ Discurso en la Velada pública del Liceo Hidalgo para honrar la memoria de Zarco, recogido por "Japhet" en "Distracciones semanares", en *El Porvenir*, México, 19 de abril de 1874.

¹⁶ "Artículo sin fondo", en *Las Cosquillas*, 8 de mayo de 1852, pp. 1-2.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ Cf. "El negocio del Sr. Zarco", en *El Siglo XIX*, 17 y 27 de junio y 21 de julio de 1852.

lidades de carácter y estilo de Zarco: "Al General Santa-Anna, los redactores de *El Siglo XIX*:

"General: Habéis pasado por arcos triunfales como los que se erigían a los conquistadores romanos; vuestro arribo ha sido celebrado con regocijo público, como si por sí solo importara la salvación de México; habéis estado cercado de hombres que os apellidan *grande* y *héroe*, y que casi os divinizan, para obtener recompensas; el estruendo de la artillería y la voz de las campanas serán el anuncio de vuestro nombre en todas nuestras ciudades... Ese júbilo y ese regocijo son fingidos; son el extravío y el delirio del dolor, o cuando más la expresión de una vaga e incierta esperanza... Vuestro regreso al poder es el resultado de la última revolución. Se os dirá que os llama el pueblo, que os trae la opinión nacional, que la revolución no tuvo más mira que restauraros en el gobierno, y aún se añadirá que los partidos todos cansados y desengañados de sus teorías, anhelan unánimemente que volváis a empuñar la pesada vara del dictador. ¡General! Los que esto os digan os engañan. Entendedlo bien. Os trae el acaso, os trae la casualidad, os trae tal vez vuestra fortuna, tal vez la de la nación; pero vuestro llamamiento no es de la opinión, no es del pueblo, y así de vuestra conducta depende que ese llamamiento reciba una sanción nacional."²⁰

A continuación se le propone una serie de actos de gobierno orientados conforme a la ideología liberal, que Santa-Anna, por sus ligas con los conservadores que le habían entregado el poder, con el clero y con el ejército, ciertamente no estaba en condiciones de cumplir.

Una de las primeras medidas administrativas del nuevo gobierno fue la expedición de la Ley Lares sobre libertad de imprenta, del 25 de abril de 1853, una de las más opresivas que ha conocido el país. Era la respuesta de la dictadura.

En cumplimiento de uno de los preceptos de la nueva ley, el nombre de Francisco Zarco empieza a figurar como redactor responsable de *El Siglo XIX*. De hecho, lo era desde meses atrás. Después de varias denuncias, ante la imposibilidad de tratar asuntos políticos, y a raíz de una advertencia del gobierno del Distrito, *El Siglo* se transforma en periódico de noticias.

El efecto de la Ley Lares fue letal en todo el país. Sólo subsisten los periódicos oficiales. En medio del silencio obligado de la prensa, se consuman los más graves atentados de la última dictadura santanista; hasta su caída, en agosto de 1855, como resultado de la Revolución de Ayutla.

La obra de Francisco Zarco en los años posteriores al triunfo de la revolución, cuando el país se da instituciones más avanzadas, es quizá la más estudiada y divulgada de su vida. Se inicia entonces la madurez del hombre y del periodista, aun considerando que desde su inicia-

²⁰ *El Siglo XIX*, 4 de abril de 1853, pp. 1-3.

ción en la prensa, seis años atrás, se había presentado como un ideólogo cabal.

Con el auxilio de Juan Bautista Morales, representante de la vieja generación liberal, y de José María Iglesias, como correddactores, Zarco hace de *El Siglo XIX* el máximo expositor del pensamiento reformista. Solamente el catálogo de temas políticos, económicos y sociales desarrollados en sus páginas, formaría una lista interminable.

Cuando el Congreso Constituyente se instala el 17 de febrero de 1856, en cumplimiento de una de las promesas de la revolución, *El Siglo* asume el carácter de "segunda tribuna deliberante", según la feliz expresión de su redactor en jefe. Éste figura en la asamblea como diputado por Durango.

En una asamblea a la que concurren notables periodistas y oradores: Prieto, Ramírez, Arriaga, Zarco destaca por la feliz conjunción de las cualidades del escritor público y del tribuno, y al lado de grandes jurisconsultos, brilla por la solidez de su doctrina jurídica.

"Tenía —dice José María Iglesias— eminentes dotes de orador. Fácil fluidez, incisiva, contundente, su elocuencia dejaba siempre mal parado a su adversario... Con una habilidad admirable para el uso del sarcasmo, entregaba a su víctima escarnecida y descuartizada a la risa de su auditorio. Cuando era necesario abundaba en sublimidad; pero su mérito especial consistía en el chiste severo e inagotable, en la facundia portentosa con que estigmatizaba cuanto quería presentar vicioso y deforme. Era el Juvenal de la tribuna... Zarco brillaba en la prensa, por las mismas cualidades que tanto lo enaltecían en la tribuna. Sobre diversas materias escribía con profundidad admirable, cual si hubiera sido una especialidad para cada una de ellas... Terrible era Zarco para las polémicas periodísticas, en las que lucía su pluma tanto como su palabra en la tribuna. La sátira, la invectiva, el epigrama, eran dardos arrojados por él con tal pujanza, que no había armadura que le resistiera. Necesitaba armas magníficamente templadas el que osaba presentarse a la liza a luchar con tan formidable paladín".²¹

Prieto también se refiere a sus dotes oratorios: "voz sonora, decir facilísimo y apasionado. Se agarra a la tribuna cuando comienza a hablar, se anima su fisonomía y deja chispear la interrogación con destreza extraordinaria; rodea su argumento como un perdiguero buscándole el lado débil, y cuando lo halla lo sacude y clava en él el diente de la ironía y del sarcasmo de un modo implacable..."²²

Además de sus labores parlamentarias normales, se impuso la de historiador de los trabajos del Congreso; día a día redactaba una "Crónica parlamentaria", base de la *Historia del Congreso Extraordinario Constituyente* que él mismo formuló. Alterna esta ardua tarea con sus

²¹ "Oración fúnebre", *loc. cit.*, p. 18.

²² "Revista de la semana", en *El Semanario Ilustrado*, México, 9 de octubre de 1868, p. 378.

numerosas intervenciones en los debates. Entre ellas, las más memorables son sus dos discursos sobre libertad de prensa —“la primera de las libertades, sin la que son mentira la libertad política y civil”— y que constituyen el más contundente alegato en pro de la libre expresión de las ideas; y su defensa de la libertad de cultos, consagrado en el artículo 15 del proyecto de Constitución, sobre el cual la minoría avanzada del Congreso hacía gravitar todo el capítulo de las garantías individuales. Cuando el sector moderado de la asamblea retrocede ante el principio, su brillante defensor profetiza: “La simiente está ya echada, ha caído en buen terreno y ella fructificará más tarde o más temprano. Si los que la hemos arrojado en el campo de las ideas, si los que la hemos difundido en la inteligencia del pueblo tenemos algo que sufrir, no importa. ¡La simiente fructificará...!” (sesión del 4 de agosto de 1856).

En el capítulo de las instituciones políticas, se pronunció a favor de la elección directa, defendió la subsistencia del senado —único punto que dividió a la minoría avanzada—, propugnó el establecimiento del juicio por jurados, combatió la pena de muerte; capítulos todos consagrados más adelante por la legislación mexicana. Obra verdaderamente notable la de un hombre que se confesaba profano en la ciencia del derecho.

La designación unánime del Congreso para que Zarco redactase el manifiesto que debía preceder la Constitución, fue el reconocimiento de su relevante actuación parlamentaria.

Una vez promulgada la Carta Magna, Zarco advierte que el verdadero peligro de subversión no proviene del partido conservador, sino en el moderantismo y la indecisión del gobierno de Comonfort. Inopinadamente, un sector de la prensa liberal se declara por el aplazamiento del orden constitucional y proclama la necesidad de que el nuevo Congreso se declare reformante de la Constitución; la defecación de *El Monitor Republicano* y otros papeles públicos es hábilmente explotada por los conservadores, enemigos de la carta fundamental de 57. La polémica se extiende a lo largo de los meses de julio a octubre. Zarco es el paladín del orden constitucional, “el soldado de la ley”.²³ Su vehemencia lo arrastra otra vez al banquillo de los acusados.

Cuando los disidentes vuelven sobre sus pasos y el peligro parece conjurado, Comonfort se adhiere al plan reaccionario expedido por Félix Zuloaga en Tacubaya el 17 de diciembre de 1857, cuyo blanco era la Constitución.

“La bandería que tuvo miedo a la libertad de cultos fue lógica en todos sus temores: tembló ante el sufragio universal, ante la elección

²³ Ignacio M. Altamirano. “Oración fúnebre”, en *El Siglo XIX*, 24 de diciembre de 1869, p. 2.

los acusados.²⁴

²⁴ Cf. *El Siglo XIX*, 28 de octubre de 1857, p. 1.

directa, ante la libertad de imprenta, ante el juicio por jurados. Esa bandería tímida, incierta, sin plan, sin programa, que sólo sabe caminar a remolque, que suele conocer hoy lo que debió hacerse ayer... no supo seguir la corriente de la opinión, no supo aprovechar las oportunidades que ofrecía el deseo de la paz; no supo sacar ventajas de la victoria, y cuando llegó a verse en el caso de engrandecerse, de elevarse haciendo el bien al país, retrocedió espantada de la obra que debió consumir y se echó en brazos de la reacción... Tal fue la obra del golpe de Estado".²⁵

Comonfort entregó el país a la reacción, con todas sus consecuencias; despojado de la presidencia por sus mismos cómplices, parte al destierro. Benito Juárez, presidente interino de la República según el mandato constitucional, se dirige al interior a establecer su gobierno y a preparar la resistencia a los usurpadores. Se iniciaba la Guerra de Tres Años.

Zarco considera de más utilidad para su causa seguir en la capital al frente de su periódico, último bastión del liberalismo frente al gobierno conservador. La Ley Lares, dotada de inusitada amplitud, lo reduce al silencio; se niega aun el permiso para reproducir documentos oficiales y copiar noticias de otros periódicos. Al fin, *El Siglo XIX* desaparece el 31 de julio de 1858, al ser detenido su redactor.²⁶

Una vez en libertad, Zarco inicia su vida de conspirador. Logra permanecer oculto en México por más de dos años, verdadera hazaña en tales circunstancias; distribuye furtivamente un "Boletín clandestino" que él mismo redacta; busca contactos útiles para su partido; publica un candente folleto sobre "Las matanzas de Tacubaya" del 11 de abril de 1859, consumadas por el caudillo Leonardo Márquez en cincuenta y tres víctimas, civiles en su mayoría y ajenas a la contienda civil. De este folleto, que entonces circuló anónimamente en todo el país, dice Guillermo Prieto: "Aquél no es un opúsculo, es un alarido que estremece todas las fibras; es lo más santo, lo más sagrado de la civilización maldiciendo al verdugo en nombre de la humanidad y de la conciencia ultrajadas... Para la causa de la libertad, valió como una legión de opúsculos de Zarco, y ese papel-legión y el anatema, año por año deja percibir sus ecos entre los recuerdos sangrientos del 11 de abril. Márquez cometió un crimen horrible; Zarco, implacable, con su pluma de bronce, construyó un patíbulo eterno a su memoria".²⁷

Al establecerse el gobierno de Benito Juárez en Veracruz, Zarco se convierte en enlace entre éste y sus informantes de la capital, y reúne fondos destinados a las tropas liberales. Escribe incansablemente y remite correspondencia al extranjero.²⁸

²⁵ Francisco Zarco. "La reaparición de El Siglo XIX", en *El Siglo XIX*, 15 de enero de 1861, p. 1.

²⁶ Cf. "Suspensión del Siglo XIX", en *El Siglo XIX*, 31 de julio de 1858, p. 1.

²⁷ Guillermo Prieto. *Velada pública del Liceo Hidalgo...*, México, 1874, pp. 48-49.

²⁸ Ibid., p. 48. Prieto dice que Zarco "enviaba al extranjero apuntaciones que

Merced a varios disfraces y al cambio frecuente de escondites,²⁹ logra burlar la vigilancia de los espías. Por fin, tras varios incidentes, el 13 de mayo de 1860 es aprehendido en la casa de un humilde curtidor y encerrado en un calabozo de la ex Acordada. La batalla de Calpulalpan, que entregó la capital a los liberales el 25 de diciembre de ese año, pone fin a su cautiverio. Su salud había sufrido un serio quebranto.

Inmediatamente después funda con Pantaleón Tovar, José Rivera y Río y Manuel M. de Zamacona, el *Boletín de Noticias*, cuyo primer número es del 25 de diciembre. El *Boletín* publica documentos oficiales, reproduce las leyes de reforma, dictadas por Juárez en Veracruz; carece prácticamente de editorial, siendo su misión llenar el vacío mientras se reorganiza la prensa republicana.

El 15 de enero de 1861 está de nuevo al frente de *El Siglo XIX*, que inicia su 6ª época: "La tiranía nos arrebató la pluma de la mano —escribe— y hoy nos la devuelve la libertad."³⁰ En esta etapa lo auxilia Manuel María de Zamacona, amigo suyo "desde que se encontraron en los calabozos de la reacción".³¹

El 21 de enero debe abandonar la pluma para ocupar un puesto en el gabinete de Benito Juárez, como encargado del ministerio de Relaciones Exteriores; poco después asumirá también el de Gobernación. Queda, pues, en calidad de jefe del gabinete. Zamacona lo releva en la jefatura de *El Siglo XIX*.

Zarco se prestó a ser ministro venciendo su natural repugnancia por los puestos administrativos, cuando la Reforma recientemente legislada debía ponerse en planta entre mil tropiezos. "Zarco —dice José María Iglesias— no fue entonces inferior a su reputación. El ministerio

nos eran infinitamente benéficas". También Victoriano Salgado Alvarez, *De Santa-Anna a la Reforma*, t. III, México, Ballescá, 1903, p. 31.

²⁹ El biógrafo de Zarco que más se extiende en esta etapa es Antonio Albarrán. "Francisco Zarco, 1829-1869", en *Liberales ilustres mexicanos de la Reforma y la Intervención*. México. Editor, Daniel Cabrera. Imprenta de "El Hijo del Ahuizote", 1890. Victoriano Salgado Alvarez, *op. cit.*, t. III, pp. 429-435, da a estos datos un tratamiento novelesco. Pone en boca de Zarco un patético relato de sus sufrimientos, que sólo en parte podemos reproducir: "Sufrir, lo que es sufrir, creo que yo sólo sé lo que es, de entre las gentes de nuestro partido... Tan pronto como se sabía que había ganado en cualquier encuentro el bando liberal, yo tenía que sufrir una derrota en toda la línea; la batalla de Silao trajo como consecuencia que yo cargara con buena parte de los desechos de la prisión; Peñuelas, que me aplicaran a abrir una zanja para limpiar los albañales; la toma de Guadalajara, que se me disminuyeran los alimentos; ...esta última victoria que no sé cómo ni contra quién ha sido, iba a acarrearle la muerte. Ayer entró a mi celda el simpático Avilés, mi carcelero, y ordenó me pusieran en capilla. «Gordo debe haber sido el porrazo —pensé para mi camisa rota; pero no hay que dolerme de lo que pasa, si al fin se quitan de encima estos sacristanejos.»" Cf. también "Remitido". Carta de Juan García Brito a José María Esteva, en *El Siglo XIX*, 23 de abril de 1861, p. 2.

³⁰ "La reaparición del Siglo XIX", en *El Siglo XIX*, 15 de enero de 1861, p. 1.

³¹ Manuel M. de Zamacona. "El Constitucional y el Sr. Zarco", en *El Siglo XIX*, 15 de marzo de 1861, p. 1.

reformista que presidió, hizo grandes cosas, no bastante apreciadas todavía. Su corta duración de tres meses y medio, le bastó para dejar zanjadas, en términos altamente benéficos al país, cuestiones de vital importancia. . .”³²

Como ministro de Relaciones procuró restablecer la armonía entre la República y las potencias extranjeras, interrumpida por la ruptura constitucional y los atentados de la reacción. Logró deshacer las reclamaciones extranjeras en poco más de un mes.

Como secretario de Gobernación, expidió una ley de beneficencia, otra de matrícula de extranjeros y la del 2 de febrero de 1861 que lleva su nombre, sobre uso de la imprenta, la más liberal que había regido en México. Combatió prácticas abusivas y suprimió gastos innecesarios, entre otros, las partidas señaladas para sostener la policía secreta y para el fomento de periódicos. Se despojó así, voluntariamente, “de la facultad tradicional que han tenido siempre los ministros de comprar la alabanza y la defensa”.³³

Como jefe del gabinete, Zarco se convirtió en el blanco de la oposición, representada por un sector importante de la prensa liberal, ya que los conservadores, desdeñando el terreno de la discusión ideológica, se decidían por la subversión armada e intrigaban para implantar en el país una monarquía extranjera. Los antijuaristas lo acusaron de la debilidad del gobierno, de lenidad con los funcionarios del gobierno usurpador y de indecisión para reprimir a los sediciosos. La prensa pequeña de la época se ensañó en la figura y el carácter del ministro. Zarco, enemigo de las facultades discrecionales en manos del ejecutivo, deseaba que éste reprimiera y castigara a sus enemigos políticos con estricto apego a la Constitución.

Cuando se abren las sesiones del Congreso en mayo de 1861, Zarco renuncia a la cartera para dejar a Juárez en libertad de formar un gabinete parlamentario y el 1º de junio reasume la dirección de su periódico, conservando a Zamacona como corredactor. Se niega repetidas veces a volver al gabinete, pese a las instancias presidenciales. “Rehusó —afirma— porque desconfía de sus propias fuerzas y no quiere llevar al gobierno las dificultades que suscita su nombre, ni mucho menos servir de pretexto para nuevas divisiones del partido liberal. . .”, pues —añade— “no pretendemos ejercer en los negocios más influencia que la escasa que nos da nuestra voz en la prensa”.³⁴ Se niega incluso a aceptar un puesto como periodista oficial, a fin de conservar la independencia absoluta de sus opiniones: “No, no cabe en nuestro carácter ni en nuestros antecedentes recibir consigna de ningún gobier-

³² “Oración fúnebre. . .”, cit.

³³ Manuel Mª de Zamacona, *loc. cit.*

³⁴ “La Estafette y el nuevo Ministro de Relaciones”, en *El Siglo XIX*, 21 de julio de 1861, p. 1.

no, cuando ni siquiera nos prestamos jamás a seguir servilmente la opinión de nuestro mismo partido..."³⁵

Su primer editorial de esta época resume el programa del escritor público y la justificación del funcionario: "Sostener el orden constitucional, combinarlo con la reforma, procurar fortalecerlo, afirmarlo por medio de modificaciones oportunas y de leyes que lo completen, será uno de los objetos preferentes a que consagraremos nuestra pluma siempre independiente... Siempre nuestra voz se alzaré en contra de toda tendencia desorganizadora, ya tome el antifaz de exageración del principio del orden, ya se presente con la máscara de abusar de la libertad. Tan enemigos somos del despotismo como de la demagogia, que no es sino el despotismo de unos cuantos que usurpan el nombre de la sociedad... Nuestra misma personalidad desaparece ante la majestad de los principios que defendemos, y no venimos a este diario a convertirlo en broquel de nuestro individuo, ni en fortaleza desde donde podamos volver golpe por golpe. Acabamos de pasar con sacrificio y con rapidez por las regiones del poder... Hemos sido blanco de todo género de ataques. No venimos ahora a defendernos, ni tal defensa importaría nada al público. Hemos tenido la fortuna de que tales ataques no engendren en nuestra alma ni ira ni resentimiento, y de haber sido, no sólo en la prensa, sino también en el poder los más celosos defensores de la libertad de prensa. El mantenimiento de esta preciosa libertad, era toda nuestra respuesta a nuestros detractores más o menos injustos, más o menos apasionados. Ahora, lo repetimos, venimos a servir a la causa pública en toda su grandeza, y no a nuestra causa personal en toda su miserable pequeñez..."³⁶

Su compañero de redacción, Zamacona, lo sucede en la Secretaría de Relaciones, lo cual da pie a los inconformes para referirse a Zarco como a una especie de "madrina" del nuevo ministro y atribuirle todos sus aciertos o desaciertos. Burlonamente, Zarco alude a ciertos periodistas que intrigan porque dos redactores de *El Siglo* han llegado al gabinete, "percance" que no les ha ocurrido a ellos.³⁷

En los meses que precedieron a la invasión extranjera, Zarco intentó arrancar a los hombres públicos de la esfera de las teorías e inducirlos a la práctica, los incitó a consumir la reforma, hizo esfuerzos para zanjar las divisiones internas del partido liberal. No escapan a su penetración las derivaciones peligrosas del choque de dos grandes fuerzas que desgarran a los liberales: por un lado el constitucionalismo, enfervorizado por los años de lucha, y por el otro la reciente reforma que encarna el espíritu de la revolución. Un sector importante del partido liberal profesa una especie de fanatismo constitu-

³⁵ "Las crisis ministeriales y *El Movimiento*", en *El Siglo XIX*, 23 de julio de 1861, p. 1.

³⁶ "Editorial", en *El Siglo XIX*, 1º de junio de 1861, p. 1.

³⁷ "Las crisis ministeriales y *El Movimiento*", en *El Siglo XIX*, 23 de julio de 1861, p. 1.

cional que en cierta forma amenaza ahogar el espíritu revolucionario bajo la capa de la legalidad. El otro quiere seguir el camino de las reformas y olvidar la Constitución de 57. Zarco propone una fórmula que concilia el señorío constitucional con las reformas, con leyes secundarias que aseguren su vigencia.

Sordo a sus advertencias, el partido progresista se escindía cada vez más y la pugna amenazaba lanzar al ejecutivo y al Congreso por sendas opuestas, mientras la reacción hacía progresos e incendiaba al país. Los asesinatos de Ocampo, Degollado y Valle lo llevan a preconizar la guerra sin cuartel al enemigo interior. Pero ya otro, más formidable, amagaba la existencia misma de la República.

La suspensión de pagos de la deuda extranjera, decretada por el gobierno de Juárez el 17 de julio de 1861, en virtud de la aflictiva situación económica del país, abre la etapa de la intervención extranjera.

Los fines imperialistas ocultos tras las reclamaciones de las potencias europeas y sus ligas con los proyectos monárquicos de los conservadores, son puestos al descubierto por Zarco desde los primeros editoriales que dedica a la cuestión extranjera.³⁸

Zarco no desea una paz negociada a toda costa, pero está porque no se omita esfuerzo decoroso alguno para librar al país de las calamidades de la guerra.³⁹ Examina separadamente las reclamaciones de Inglaterra, España y Francia, y no encuentra ninguna cuestión de dignidad que justifique la intervención armada. Deslinda con tino las pretensiones justas, que México debe satisfacer, de aquellas otras que son ilegítimas y que está en su derecho de desechar, procediendo en todo conforme a las normas del derecho internacional y los usos diplomáticos, que tanto obligan a los países fuertes como a las naciones débiles. Su postura tiende a salvar el decoro de México. Repudia abiertamente la decantada "intervención pacífica" de Europa en los negocios del país, sostenida por los diplomáticos extranjeros y por un periódico francés de la capital.⁴⁰

Zarco, el internacionalista, no es inferior al tribuno que en 1856 contribuyó a configurar el derecho público de México. Sus teorías anticipan las doctrinas internacionales que México y el resto de Hispanoamérica han esgrimido tradicionalmente en defensa de sus derechos. La teoría de la no intervención recibe en sus manos un impulso definitivo y "llegó a exponer con toda claridad los mismos principios que muchos años después han de conformar la llamada *Doctrina Estrada*".⁴¹

³⁸ Cf. "Trabajos reaccionarios", en *El Siglo XIX*, 1º de noviembre de 1861, pp. 1-2.

³⁹ "¿Es posible el arreglo de las dificultades extranjeras?", en *El Siglo XIX*, 7 de noviembre de 1861, p. 1.

⁴⁰ "Intervención amistosa y no hostil, benéfica y no opresiva", en *El Siglo XIX*, 9 de noviembre de 1861, p. 1; "La intervención amistosa y el *Trait d'Union*", id., 13 de noviembre de 1861, p. 1.

⁴¹ Oscar Castañeda Batres. "Prólogo" a *Francisco Zarco ante la Intervención y el Imperio (1863-1864)*. México, Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores,

Pero no era el camino de la diplomacia el que habían elegido las potencias europeas. El 31 de octubre de 1861 se firmó en Londres la convención elaborada por los plenipotenciarios de los países coligados para efectuar la expedición de tropas a México. Zarco examina la Convención de Londres y ve ante todo la disparidad de intereses de las tres potencias firmantes, y la injusticia que implica el crear un derecho de gentes particular para los países débiles. ¿Dónde quedó el principio de no intervención tan esgrimido por los países europeos en su trato mutuo? Detrás del ataque a México se oculta algo más grave: "nadie puede calcular hasta qué punto sea cierta la opinión de que México es sólo el pretexto de ese tratado, que envuelve siniestros y secretos designios contra todo el continente americano".⁴²

Mientras se desarrollan las pláticas entre los comisionados mexicanos y los representantes de los países invasores, Zarco conserva su ecuanimidad. Cuando Francia decide romper los preliminares de la Soledad y actuar con independencia de Inglaterra y España, Zarco modifica su actitud. No queda otro camino que la guerra. "En estos momentos supremos, México no debe contar el número, ni medir la fuerza de sus enemigos. En la lucha a que se le provoca, no debe tampoco preocuparse del resultado; debe sólo prepararse a derramar hasta la última gota de su sangre..."⁴³

Los editoriales de Zarco sobre el curso de la guerra —necesidades de la campaña, organización del ejército y de las guerrillas, colaboración de los estados de la República a la causa común— alternan con otros sobre temas en que habitualmente ha ensayado su pluma: administración pública, programa del gabinete, trabajos del Congreso. Insta al gobierno a sostener la marcha de las instituciones para dar un mentís a quienes pintan a México sumido en la desorganización y la barbarie. Trabaja constantemente en desmentir las calumnias que se propalan en el extranjero sobre la situación del país y de sus habitantes. A la vez, frena los extravíos de la opinión. Hacia septiembre de 1862, un grupo de extremistas presiona al gobierno para que expulse del país a los franceses pacíficos, en su mayoría comerciantes, en vía de

1958 ("Archivo Histórico Diplomático Mexicano", Segunda serie, núm. 10), p. 24. Este autor dice también: "De los editoriales dedicados por Zarco a la intervención francesa en 1861 y 1862 resalta una serie de principios que no dudo en calificar como verdaderos antecedentes, cuando no la expresión misma, de posteriores doctrinas del derecho internacional americano... Hay también en las ideas de don Francisco Zarco gérmenes de los grandes principios que constituyen las llamadas doctrinas Calvo y Drago", (*Ibid.*, pp. 23 y 25.) Cf. también Antonio de la Peña y Reyes. "Prólogo" a *Comentarios de Francisco Zarco sobre la Intervención Francesa, 1861-1863*. Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1929 ("Archivo Histórico Diplomático Mexicano", núm. 30).

⁴² "La Convención de Londres sobre los asuntos de México", en *El Siglo XIX*, 6 de enero de 1862, p. 1.

⁴³ "Guerra con Francia", en *El Siglo XIX*, 12 de abril 1862, p. 1.

represalia. Zarco se opone rotundamente.⁴⁴ "Honra y magnanimidad" resumen el patrón de conducta que el pueblo debe observar durante la guerra. Las represalias deben ejercitarse exclusivamente en el terreno de las armas.

"La prensa —dice a este respecto— no sólo debe ser eco de la opinión, tiene un deber más alto y más difícil, advertir a la misma opinión cuando se extravía, y declararse en contra del torrente del entusiasmo y de la pasión, si su desbordamiento puede causar daños al país... Vale más adquirir un fusil, vale más ministrar alimentos a nuestros soldados, o medicinas a nuestros heridos, que expulsar a veinte franceses."⁴⁵

Esta actitud ponderada le concita la inquina de los partidarios de la expulsión. A principios de octubre, una noche el periodista es obsequiado con una cerradura debajo de los balcones de su casa, por un grupo de individuos "que al son de cacerolas y demás instrumentos de costumbre, gritaron durante un cuarto de hora: ¡Viva Zarco, viva el defensor de los franceses!"⁴⁶

El 30 de mayo de 1863 aparece el último número de la 6ª época de *El Siglo XIX*. Zarco sigue esta vez en su éxodo a Juárez que se dirige a establecer su gobierno a San Luis Potosí, adonde llegaron el 9 de junio. Zarco fue electo presidente de la diputación permanente.

En San Luis funda *La Independencia Mexicana*, diario político que ha de aparecer del 15 de junio al 19 de diciembre del mismo año. En cuanto el periódico puede sostenerse, muy precariamente por la extrema pobreza de su editor, éste renuncia a la corta subvención del presidente Juárez: "El periodismo, hoy que en ningún punto ocupado por el invasor se permite la circulación de escritos a favor de la independencia, no puede tener el carácter de especulación comercial, es sólo un trabajo patriótico en que lo que sirve de móvil es el deseo de generalizar ciertas ideas y de no dejar abandonada la causa pública a los incesantes ataques que le dirige la prensa intervencionista de la antigua capital y la multitud de órganos asalariados que tiene en el extranjero la política francesa. La prensa es una de las armas de la República... No es del caso, en verdad, demostrar en nuestra época, en nuestro país y bajo nuestras instituciones, la utilidad de los servicios que a la causa de la libertad, de la justicia y de la civilización puede prestar el periodismo, ni cuánto puede contribuir para que el pueblo no pueda ser sorprendido por la perfidia de un astuto enemigo..."⁴⁷

⁴⁴ Cf. "La expulsión de los franceses", "Algo más sobre la expulsión de los franceses" y "La cuestión de derecho en la expulsión de los franceses", en *El Siglo XIX*, 20, 26 y 28 de septiembre de 1861, p. 1.

⁴⁵ "La expulsión de los franceses", *cit. supra*.

⁴⁶ "Cercerrada", en *El Siglo XIX*, 5 de octubre de 1862, p. 3.

⁴⁷ "Correos", en *La Independencia Mexicana*, San Luis Potosí, 17 de diciembre de 1863 (en *Francisco Zarco ante la Intervención Francesa y el Imperio [1863-1864]*, *cit. supra*, p. 141).

No fue Zarco el único patriota que en aquellos momentos sostuvo, de su propio peculio, un periódico de combate; muchos otros lo hicieron en el interior y algunos aun en la capital de la República. Pero la mayoría de los críticos están acordes en que Zarco es el mejor cronista de la Intervención y el Imperio y uno de sus críticos más perspicaces. Acaso sólo José María Iglesias pueda equipararsele.⁴⁸

Zarco era infatigable. Guillermo Prieto pondera su actividad en una carta dirigida a Ignacio Ramírez, *El Nigromante*: Zarco "escribe hasta dormido, y en el ala de una mosca confecciona un periódico." Lo pinta pergeñando editoriales "en medio del bullicio, en la esquina de la mesa de comer, sin dar tregua a aquella *sin hueso* de Fortún, a la que no le falta, sino que le sobra su sal y su pimienta".⁴⁹

Los juicios más severos sobre la conducta de los invasores y el análisis más lúcido de los verdaderos móviles de la intervención —ocultos tras la sofistería de sus propagandistas—, matizados con rasgos de extraordinario ingenio y genial clarividencia, pueden leerse en los artículos de *La Independencia Mexicana*. Léanse sus comentarios de la proclama del mariscal Forey a su llegada a la capital: "*Tened paciencia*. . . He aquí el primero y saludable consejo que se ha servido darnos el general Forey en el momento de su entrada a la ciudad de México, cuando experimentaba el mayor reconocimiento por la brillante acogida que le hacían unos cuantos traidores, cuando no hallaba expresiones con qué significar la efusión de su corazón, y cuando guardaba en el fondo de su alma el recuerdo de aquel día. *Tened paciencia*. Para recomendar el ejercicio de esta virtud cristiana, no valía la pena de emprender una expedición tan ruinosa para la Francia, tan infame contra México, tan injustificable ante el mundo. Para decirnos que tengamos paciencia habría bastado un misionero. . . Pero al lado de este consejo hay grandes promesas: el jefe de los invasores va a trabajar sin descanso a fin de darnos lo que más deseamos, la paz, el orden, la justicia y la verdadera libertad, porque él es de la escuela que distingue entre la libertad falsa y la verdadera. Pero todas estas cosas no son tan fáciles, ni tan rápidas de hacer como una proclama. Para que dé paz quien trae la guerra más bárbara y más injusta, para que dé orden quien ha venido a fomentar la guerra civil y a reanimar a la más abominable de las facciones, para que dé justicia quien ha atropellado todos los principios del derecho, y ha escandalizado al mundo con su deslealtad, para que dé libertad el representante del despotismo, de la tiranía y de la usurpación, para todo se necesita

⁴⁸ José María Iglesias. *Revistas históricas sobre la Intervención Francesa en México*. Introducción e índice de temas de Martín Quirarte. México, Editorial Porrúa, S. A., 1966 ("Sepan cuantos. . .", núm. 47).

⁴⁹ "Correspondencia de *Fidel* y del *Nigromante*", febrero 6 de 1864, en *El Semanario Ilustrado*, t. 1, núm. 5. México, 29 de mayo de 1868, p. 67. Joaquín Baranda, por su parte, dice: "Donde encontraba una imprenta, allí establecía un periódico" ("Oración fúnebre", en *El Siglo XIX*, 24 de diciembre de 1869).

tiempo, debe haber un trabajo lento, el general no puede improvisar en materias tan arduas. Los milagros en estos tiempos no son instantáneos. Tiene, pues, razón en su consejo: tengamos paciencia para esperar maravillas, y la necesitamos en efecto de tan buena pasta como la que se requiere para aguardar peras del olivo... Forey termina con una figura retórica sacada de la albañilería, que da a su estilo un carácter pintoresco de mucho efecto: «Cuando un edificio, dice, ha sido destruido, no se puede reconstruir poco a poco, si es que se quiere que sea realmente sólido.» Indudable, y si Pero Grullo no fuera un personaje desprendido y generoso en materia de propiedad intelectual, podría reclamar el plagio de este apotegma del noble arte de la arquitectura. Pero, ¿qué necesidad había de destruir un edificio para darse la pena de reconstruirlo? ¿Quién da derecho a la Francia para andar derrocando instituciones de pueblos libres para regalarles otras nuevas?... Forey sigue haciéndose ilusiones: el pueblo mexicano aspira al orden, al progreso, a la libertad, pero se siente dueño de sus propios destinos, y está decidido a afianzar estos bienes sin el humillante concurso de los extranjeros. Para tal degradación le falta paciencia, y no pueden inspirársela las ridículas proclamas del parlero senador, general de división, comandante en jefe del cuerpo expedicionario de México.”⁵⁰

“La ley marcial de Bazaine”⁵¹ es uno de sus editoriales más vibrantes. Bazaine, el sucesor de Forey, promulga una ley mortuoria para imponer a los mexicanos el trono de Maximiliano, y tiene el cínico descaro de llamar rebelde a un pueblo invadido y trata de engañar al mundo acerca de la naturaleza de la guerra que Francia hace a un país libre.

Con evidente acierto, Zarco vincula la defensa de la nacionalidad en el pueblo, el gobierno es un simple coordinador de movimientos; la campaña debe tomar un carácter mixto: la táctica y la estrategia alternen con la emboscada y el golpe de mano. Las guerrillas, dice, son recurso “muy propio de los pueblos invadidos y que caracteriza las guerras nacionales”.⁵² “Ejércitos regulares, guerrillas, poblaciones sublevadas, todos los medios son buenos para generalizar la guerra contra el invasor. El papel del gobierno consiste en acaudillar, impulsar y dirigir este levantamiento nacional... Lejos de nosotros la imprudencia de designar las operaciones que pueden emprenderse. Los detalles no tocan a la prensa; la prensa, órgano de la opinión pública, sólo debe expresar en términos generales su exigencia.”⁵³

En cuanto a la ayuda del exterior, procede en términos de absoluta independencia y decoro. “Jamás, ni en medio de los mayores infor-

⁵⁰ “Tened paciencia...”, en *La Independencia Nacional*, op. cit., pp. 51-54.

⁵¹ *Ibid.*, pp. 142-146.

⁵² “Guerrillas” y “La primera necesidad de la situación”, *ibid.*, pp. 130-133 y p. 64.

⁵³ “La primera necesidad de la situación”, *cit.*

tunios y de los mayores desastres, aprobaríamos que nuestra diplomacia implorara el auxilio armado de ninguna potencia europea ni americana. Tal empeño sería una confesión de debilidad y de impotencia, que no existen..." Desea, sí, una inteligente y activa acción diplomática, que en Hispanoamérica tiene un vastísimo campo.⁵⁴ Ya se ha señalado, con justicia, que Zarco es un inteligente promotor de los ideales unionistas entre los pueblos latinoamericanos;⁵⁵ "pero la fraternidad de la América —reconocía— será una conquista del porvenir..."⁵⁶

Al principiar el año de 1864, los franceses han ocupado una parte considerable del interior del país; Juárez se retira a Saltillo y allá va Zarco a fundar otro periódico, sólo conocido en parte, *La Acción*.⁵⁷ Lo que de tal periódico se conoce, son seis editoriales en que su autor examina la Convención de Miramar, firmada por Maximiliano y Napoleón III, fautor del llamado imperio mexicano, el 12 de marzo de 1864, elevado a Tratado el 10 de abril.⁵⁸

En una serie de seis artículos sobre "La Convención franco-austriaca de Miramar", como él la denomina, Zarco desnuda la intriga napoleónica y reduce el pacto de los soberanos a "una carta de vasallaje, que [es] la creación de un miserable feudo tributario del imperio francés". "En este mercado indigno, en este tráfico de dos extranjeros que se reparten los despojos de todo un pueblo, no se sabe qué admirar más, si el candor columbino y la pueril docilidad del austriaco, o la refinada hipocresía y la insaciable voracidad del francés. El mancebo de Miramar da a manos llenas, tiene prisa de ser emperador y de ceñir corona y para satisfacer este capricho, no cuida de averiguar si puede cumplir lo que promete, ni se le da un ardite tener que vejar y sacrificar a un pueblo para que el fruto de su trabajo se convierta en tributo de la Francia. El hombre funesto del 2 de diciembre aparenta no emplear la violencia contra México, no abusar del derecho de la fuerza; improvisa un juguete a quien llama emperador de México, y trata con él de igual a igual, le presta su apoyo, y recibe no la presa del pirata o del salteador, sino el homenaje de gratitud de un soberano a quien generosamente va a ayudar en su hermosa y difícil tarea. La convención de Londres, las explicaciones tan reiteradas a España, a Inglaterra y a los Estados Unidos sobre no tener la Francia intención de mezclarse en los negocios de México, y

⁵⁴ "La acción diplomática", *ibid.*, p. 125.

⁵⁵ Óscar Castañeda Batres, *op. cit.*, pp. 27-29.

⁵⁶ "La guerra. Ilusiones y realidades", en *El Siglo XIX*, 21 de agosto de 1861, p. 1.

⁵⁷ Francisco Zarco. *Comentarios del Tratado de Miramar y dificultades prácticas para la transformación monárquica de México*. Colima, Imprenta de Benito García, 1864. (Publicados originalmente en *La Acción*, de Saltillo.)

⁵⁸ "Para estimar la enorme importancia de estos editoriales, baste considerar que, en 1866, el Ministro mexicano en Washington los entregó al Departamento de Estado para que por ellos el Congreso norteamericano conociera la verdadera situación del imperio en México" (Óscar Castañeda Batres, *op. cit.*, p. 34).

sí la de respetar la voluntad de los mexicanos, son cosas olvidadas que deben hacer sonreír a Napoleón. ¿Habrà en el mundo quien crea en toda esa comedia?"⁵⁹ Maximiliano se somete a un vergonzoso pupilaje, impone a su imperio un gravamen de más de 126 millones para pagar a Francia su pirática intervención.

En los siguientes cinco artículos, el periodista mexicano analiza el nuevo imperio desde el punto de vista de la cuestión hacendaria, la cuestión diplomática, la cuestión militar, la cuestión religiosa y la cuestión política, y con admirable penetración plantea todos y cada uno de los escollos que habrá de encontrar en su marcha, sin equivocarse en ninguna de sus predicciones; y todo esto, sin mencionar apenas el principal obstáculo: la resistencia de la República. El imperio mexicano, empresa quimérica, absurda, carente de vida propia y de todo elemento nacional, llevaba en sí mismo gérmenes suficientes de destrucción.⁶⁰ "Es tal la fuera y la certeza del juicio del periodista, que parecen ser los editoriales obra *a posteriori*."⁶¹

Al abandonar el gobierno la ciudad de Saltillo y habiendo concluido Zarco su misión al frente de la comisión permanente del Congreso, "prefirió lanzarse al camino con su familia y en medio de graves peligros, rumbo a Matamoros, sin más recursos que los insignificantes que le facilitó un amigo, antes que someterse al dominio de las armas extranjeras, que venían a ocupar la población".⁶² Voluntariamente se destierra a los Estados Unidos y se radica en Nueva York, adonde arriba el 16 de octubre de 1864. Inmediatamente formó un club republicano con otros desterrados, para ayudar al gobierno de México. Fue consejero legal y traductor de la representación mexicana. No pudo conseguir una imprenta por falta de fondos, pero escribió constantemente en los principales periódicos de habla española. "Enviaba también correspondencias políticas y literarias a los principales diarios de la América del Sur y editoriales y correspondencias para algunos periódicos que se publicaban en México."⁶³

"Si algún viaje forzoso en virtud de las circunstancias, ha sido útil al país, eslo sin duda el del C. Francisco Zarco —dice su amigo Pantaleón Tovar—, quien entre el pueblo extranjero, donde tuvo que vivir, ha trabajado constantemente en dar a conocer las causas de nuestras revoluciones, y nuestra historia, completamente ignoradas de nuestros poderosos vecinos. Y no sólo se limitaba a este trabajo en los Estados Unidos, sino que, relacionándose con los periodistas y personas notables de la América del Sur, escribió artículos para aquellos pue-

⁵⁹ En "Artículos sobre el Imperio" (*La Acción*, Saltillo, 1864), en *Francisco Zarco ante la Intervención francesa y el imperio (1863-1864)*, cit. *supra*, p. 172.

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 171-216.

⁶¹ Óscar Castañeda Batres, *op. cit.*, p. 34.

⁶² Nota publicada en *La Voz del Pueblo*, de Saltillo, y copiada en *El Siglo XIX*, 18 de octubre de 1867, p. 2.

⁶³ Felipe Sánchez Solís. "Apuntes biográficos de Francisco Zarco", en *El Siglo XIX*, 22 de diciembre de 1869, p. 1.

blos, contando con su reconocida ilustración en la cuestión mexicana, que en aquellas regiones se ha amado más bien por intuición que por el conocimiento... No exageramos al decir que con su talento y su constancia ha contribuido a rectificar los mil errores en que tanto los pueblos del Mediodía, como los del norte de nuestro Continente, estaban imbuidos respecto de los acontecimientos que se sucedían en la República; ni tampoco exageramos diciendo que su permanencia en los Estados Unidos, cuyas instituciones ha estudiado, serán de mucho provecho para la aplicación práctica de los principios democráticos de nuestra patria.”⁶⁴

Tovar afirma que Zarco trabajó catorce horas diarias durante tres años para subvenir a las apremiantes necesidades de su familia.⁶⁵ Con razón afirma Altamirano que Zarco en el destierro “sufrió todos los tormentos de la miseria y pudo alimentar a su familia merced a trabajos ímprobos que hubieran acabado con la salud de otro hombre más robusto que él. Y así trabajando sin fatigarse, no cesó de consagrar su pensamiento y su pluma a los intereses de México. En todas partes donde se habla español se escucha todavía la voz potente del ilustre demócrata en favor de los intereses de su patria”.⁶⁶

Francisco Sosa afirma que escribió para *El Mercurio* de Valparaíso, *El Correo* de Santiago de Chile, *La Nación* y *El Pueblo* de Buenos Aires,⁶⁷ y un investigador contemporáneo afirma haber visto sus “Revistas políticas” en *El Comercio* y *El Nacional* de Lima, *La Nación Argentina* de Buenos Aires, *El Federalista* de Caracas y *El Mercurio* de Valparaíso.⁶⁸ Esta obra dispersa de Zarco sigue siendo desconocida para la generalidad de los mexicanos.⁶⁹

En una de estas “Revistas”, fechada en Nueva York el 1º de octubre de 1866 y publicada en *El Nacional* de Lima, el patriota mexicano rebatió con energía el rumor propalado por la prensa europea de que si el imperio fracasaba en México, ello debía atribuirse, especialmente, al apoyo de los Estados Unidos a Benito Juárez. “Nada más falso, aseveraba Zarco, pues lo único que han hecho los Estados Unidos es no reconocer al imperio; pero en esto han seguido la conducta de todas las repúblicas americanas, inclusive la reaccionaria Guatemala. ¿No podían haber hecho algo más? Seguir reconociendo a Juárez era simplemente un deber de americanismo. Colombia ha declarado a ese

⁶⁴ “El C. Francisco Zarco”, en *El Siglo XIX*, 19 de septiembre de 1867, p. 1.

⁶⁵ *Ibid.*

⁶⁶ “Oración fúnebre”, cit.

⁶⁷ *Biografías de mexicanos distinguidos*. México, Ediciones de la Secretaría de Fomento, 1884, pp. 1197-1201.

⁶⁸ Ernesto Lemoine V. “México e Hispanoamérica en 1867. Juárez, la intervención y el imperio vistos por Irisarri”, en *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda...*, núm. 368, 1º de junio de 1967, p. 4.

⁶⁹ El mismo historiador dice que todos estos artículos son dignos “de ser recogidos en un volumen que, en este año y como mexicanos, nuestro decoro debe obligarnos a emprender” (*Ibid.*).

patricio eminente benemérito de América, y el nuevo presidente, general Mosquera, le ha notificado oficialmente su elevación al poder. Evidentemente, si las repúblicas hispanoamericanas fueran más fuertes y poderosas, hubieran seguido una política más activa, más generosa que la de los Estados Unidos.”⁷⁰ Zarco pone de relieve el peso moral de la opinión hispanoamericana, factor que generalmente se olvida para subrayar el peso material de la oposición de los Estados Unidos al imperio en México.

Su fe en la causa de la República no era ilusoria.

Coincidiendo con la entrada triunfal de Benito Juárez en la capital del país, el 15 de julio de 1867 reaparece *El Siglo XIX*, decano de la prensa mexicana, sin la presencia de su antiguo redactor en jefe, retenido en Nueva York por motivos de salud.

El periodismo republicano de esta etapa se caracterizará por su extraordinaria combatividad y su actitud vigilante y suspicaz ante los actos del gobierno. El consenso general es que deben hacerse sentir de inmediato los efectos de una Constitución y unas Leyes de Reforma por las cuales el pueblo se ha desangrado por espacio de diez años.

Algunos actos del ejecutivo, entre ellos la Convocatoria para las elecciones expedida el 17 de agosto de ese año, que intentó reformar la Constitución en forma anómala, provocan un peligroso cisma liberal. La prensa de oposición prolifera en todos los ámbitos del país.

En este ambiente caldeado, Francisco Zarco toma el timón de *El Siglo XIX*, el 1º de diciembre de 1867.

Zarco volvía a su patria rodeado de un inmenso prestigio. A los 38 años era un hombre prematuramente envejecido y enfermo. En una carta a González Ortega, había expresado que “las luchas civiles gastan y envejecen rápidamente a los que en ellas toman parte”.⁷¹ Sin embargo, obediente al voto popular, habrá de ocupar un escaño en el Congreso durante tres periodos consecutivos y hasta el fin de sus días ejercerá el magisterio de la prensa.

“Cuando Zarco, encorvado y vacilante, se dirigía a la tribuna... —expresa un contemporáneo— admirábamos aquel esqueleto transfigurado por el patriotismo... No era posible que viviera más, cuando empezó a vivir demasiado pronto.”⁷²

⁷⁰ *Ibid.*

⁷¹ Matías Romero, ed. *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera... 1860-1868*. México, Imprenta del Gobierno, 1871, t. vii, p. 264. Guillermo Prieto lo vio de esta manera: “Pancho Zarco no tiene aún cuarenta años, y parece un viejo de sesenta, flaco, encogido como una almeja... jorobado como un número 3...” (“Retratos de oradores”, *loc. cit.*, p. 4); y después de la muerte de Zarco, añade: “Tan llena está mi mente de los recuerdos del amigo [que] creo escuchar sus pasos infirmos y el ruido de su bastoncillo, y que vuelvo la cabeza y le percibo en el quicio de esa puerta, débil y encorvado, con sus cabellos castaños y sedosos, su elevada frente, sus pequeños y vivaces ojos, su sonrisa burlona e incisiva, sarcástica e incrédula desde los primeros días de su juventud” (Discurso en la Velada Pública del Liceo Hidalgo, *cit.*, p. 1).

⁷² Joaquín Baranda. “Oración fúnebre”, en *El Siglo XIX*, 25 de diciembre de 1869, p. 2.

Se niega, en cambio, tenazmente, a figurar en el gabinete. Desea conservar su independencia tanto del poder público como de la oposición. "Nuestra ausencia del país —dice en su primer editorial de esta época—, ha hecho que seamos enteramente extraños a recientes y apasionadas discusiones y que no hayamos tomado la menor parte en la lucha electoral; lucha en cuyas agitaciones nos parece descubrir grandes síntomas de vitalidad y no preludios de nuevas convulsiones. Estas circunstancias nos hacen enteramente imparciales en controversias en que con pesar hemos visto divididos a nuestros amigos políticos, a patriotas que han servido al país y que unidos pueden servirlo todavía. Nuestro deber es inclinarnos ante la expresión de la voluntad pública en la cuestión de las reformas constitucionales, más bien dicho, en el modo de hacer esas reformas. Es también nuestro deber aceptar y reconocer el resultado de las elecciones como expresión de la voluntad del pueblo y como única fuente de legitimidad."⁷³

De esta manera, discretamente reprueba la Convocatoria de agosto anterior en lo conducente a la manera de introducir reformas a la Constitución, capítulo en el que "por ningún motivo debe prescindir de los prudentes trámites que la misma Constitución establece".⁷⁴ A la vez, reconoce la legitimidad del gobierno constitucional de Benito Juárez, como resultado de la voluntad popular libremente expresada en las últimas elecciones.

A pesar de su reconocida adhesión a Juárez, Zarco no combate la oposición sino sus exageraciones; ni le asusta la agitación política, antes quisiera verla extenderse a círculos más amplios: "Libertad, discusión, examen, lucha, agitación, todo sea en hora buena, pero entremos de una vez en el terreno legal, aceptemos el fallo de la mayoría, y contra ese fallo no haya reservas mentales."⁷⁵ "Es preciso no incurrir en exageraciones para descubrir la verdad. Ni la mayoría es una turba envidiosa movida por los halagos y los favores del poder, ni la minoría es una facción turbulenta, guiada por intereses bastardos y dispuesta a provocar los horrores de la guerra civil. Reconózcase que puede haber sinceridad y buena fe en todas las opiniones; respétense las diferencias que suelen dividir a los patriotas más sinceros, y no se cometa la injusticia de ver un criminal en cada adversario, ni la de hacer infundadas recriminaciones."⁷⁶

La oposición lo acusa de afectada imparcialidad y de tener ligas secretas con el ejecutivo. Era evidente, sin embargo, que Zarco desaprobaba las transgresiones a la ley, que ponía ésta por encima del poder y que actuaba con absoluta independencia. Así, negaba en la tribuna

⁷³ "Programa político", en *El Siglo XIX*, 1º de diciembre de 1867, p. 1.

⁷⁴ *Ibid.*

⁷⁵ "Círculos políticos", en *El Siglo XIX*, 19 de enero de 1868, p. 1.

⁷⁶ "El Cuarto Congreso Constitucional", en *El Siglo XIX*, 6 de junio de 1869, p. 1.

y en la prensa, con reiteración obsesiva, la concesión de facultades extraordinarias al presidente.⁷⁷

“Convenimos —decía— en que el sistema representativo es complicado, es difícil y ofrece algunos embarazos a los gobiernos. Con todo esto es preferible a la admirable sencillez del régimen absoluto y a la facilidad con que marchan las dictaduras. El pueblo mexicano ha pronunciado de una manera inequívoca su elección entre estos dos sistemas. Si no quisiera el sistema representativo, ...no se hubiera impuesto tan tremendos sacrificios para sacudir todas las tiranías para darse instituciones liberales y para restaurarlas cuando las han derribado los enemigos del parlamentarismo...”⁷⁸

Como digno coronamiento de una vida consagrada al servicio del liberalismo, sus últimos esfuerzos, mal comprendidos por sus correligionarios, se encaminaron a lograr la concordia del partido liberal y la completa pacificación del país. En un artículo sumamente festejado por la prensa imparcial de la capital y de la provincia, el ilustre demócrata decía: “Las divisiones del partido liberal no son tales que deban llevarnos a la guerra civil... Estas divisiones del partido liberal que siempre hemos deplorado y siempre hemos procurado extinguir o al menos debilitar, no son de aquéllas que deban resolverse por medio de las armas. Tienen por terreno propio el vasto campo de la discusión, de la prensa, de la tribuna parlamentaria y de las elecciones. Ningún grupo, ninguna fracción del partido liberal puede salirse de ese terreno sin degenerar en facción criminal y despreciable, en verdadero enemigo de las libertades públicas, por cuya restauración ha hecho tantos sacrificios el pueblo mexicano... No triunfa un presidente, no vence un ministerio, no se eleva una bandería más o menos numerosa: lo que viene triunfando es la legalidad, es el orden constitucional, es la opinión pública, es la voluntad nacional firmemente resuelta a mantener las instituciones de 1857.”⁷⁹

Uno de sus últimos artículos, que no vacilamos en considerar su testamento político, expresa su concepto de la paz nacional: “La paz ha de ser la combinación del orden y de la libertad. Sólo así han de satisfacerse las aspiraciones de la opinión pública. Mucho importa que así lo comprendan gobernantes y gobernados, cuyo primer deber consiste en el cumplimiento de la ley y en seguir los preceptos de la voluntad del pueblo... Subsiste y seguirá subsistiendo el orden legal gracias al deseo unánime del pueblo mexicano de disfrutar los beneficios del orden, de la paz y de la libertad. No lo olviden los administradores de la cosa pública, no lo olviden los legisladores: sus comitentes quieren el orden legal, es decir, la observación estricta de la

⁷⁷ Cf. “Las garantías individuales” y “La seguridad pública y las garantías individuales”, en *El Siglo XIX*, 4 de abril de 1868, p. 1, y 16 de enero de 1869, p. 1.

⁷⁸ “Ataques al Congreso”, en *El Siglo XIX*, 12 de enero de 1868, p. 1.

⁷⁹ “El triunfo del orden”, en *El Siglo XIX*, 28 de febrero de 1869, p. 1.

constitución, garantías para todos los intereses, libertad en todo y para todo, y moralidad en la administración.”⁸⁰

Muy enfermo, abandona la jefatura de *El Siglo XIX* el 1º de septiembre de 1869. Seguía asistiendo a la Cámara, la cual presidió durante el mes de noviembre de ese año. “Su voz era únicamente más débil, pero su inteligencia aparecía como en los mejores días de su juventud y en el goce de su salud.”⁸¹ En sus últimos días, dictaba desde su lecho algunos editoriales que remitía al periódico tan indisolublemente unido a su existencia.⁸²

Muere el 22 de diciembre de 1869, dejando una esposa muy joven y tres niños de corta edad que fueron adoptados por el Estado. La Cámara de Diputados acordó inscribir su nombre en el salón de sesiones que había sido escenario de sus glorias parlamentarias.⁸³

Termina así una vida excepcional. La obra, plena de proyecciones luminosas, cuenta entre las más válidas, perennes y fecundas de la cultura de México.

⁸⁰ “El orden legal y la guerra civil”, en *El Siglo XIX*, 20 de septiembre de 1869, p. 1. Cf. también “Arriba y abajo”, artículo de antología, en *El Siglo XIX*, 22 de septiembre de 1869, p. 1.

⁸¹ “El Sr. D. Francisco Zarco”, en *El Siglo XIX*, 22 de diciembre de 1869, p. 1.

⁸² *Ibid.*

⁸³ “El Congreso y el Sr. Zarco”, en *El Siglo XIX*, 22 de diciembre de 1869, p. 3.

VIDA Y OBRA DE VICENTE RIVA PALACIO

Clementina Díaz y de Ovando

Vicente Riva Palacio (1832-1896), “bardo y guerrero”, es una de las personalidades más interesantes y atractivas de nuestra historia política y literaria.

Del general Riva Palacio, a la vez abogado, poeta, crítico, político, periodista de variados matices, novelista, cuentista, historiador y diplomático, he tenido el honor de dictar aquí en esta Sala Ponce, dos conferencias. La primera me referí a la importancia de su novela histórica: *Monja, Casada, Virgen y Mártir, Martín Garatuza*, y en la segunda, a su relato *Cuentos de un loco*, publicado en 1874 que, a mi parecer, es en su conjunto una de las más hermosas, inteligentes y novedosas defensas literarias del principio de no intervención —hoy tan traído y llevado— y de la causa republicana frente a la Intervención y el Imperio. Y también, es una poderosa defensa del descrédito que Europa había forjado en torno a México, a América, entre otras causas, además del pecado capital de la soberbia, por el desconocimiento de nuestra realidad histórica.

Este descrédito que alcanzó su clímax después de la derrota del Imperio y de la muerte del emperador Maximiliano, fue perdiendo poco a poco su vigencia.

A mediados del año de 1886 el general Riva Palacio fue nombrado por el general Porfirio Díaz, presidente de la República, Ministro Plenipotenciario de México en los reinos de España y Portugal.

Los periódicos todos dieron la noticia de ese nombramiento mercedísimo. El 6 de agosto *El Partido Liberal* en su gacetilla hace mención del honor que a México ha hecho el distinguido escritor portugués don Cándido de Figueiredo, al publicar en *El Correo de Europa*, periódico de Lisboa, un artículo dedicado al general Riva Palacio, dignísimo representante de México que pronto llegará a Portugal. Este artículo da una idea de lo que se pensaba de nuestro país por aquellos años, cómo las calumnias contra México se iban desvaneciendo y se le consideraba en plena ascensión progresista y también nos dice la opinión que se tenía en el extranjero del general Riva Palacio. Creo

que vale la pena citar algunos párrafos de esta casi desconocida semblanza, que bien perfila a Riva Palacio, y al través de las citas, juzga con bastante justicia la obra histórica y literaria del general.

"Sábese vagamente en Portugal que hay en la América del Norte un país, conquistado por Hernán Cortés en tiempo de Carlos V: que ese país, México, hízose independiente de España; que luchó con valor por su vida política contra la Intervención de Napoleón III; pero poco o nada se sabe aquí de su brillante actual situación política y social. De los hombres que más honran a México en el campo de las ciencias, de las artes y de la política rara vez oímos pronunciar el nombre, y eso cuando por casualidad tendemos la vista de nuestro escaso movimiento político y social hacia las naciones que más avanzan en el camino de la civilización.

"Para comprobar este aserto bastará decir que es seguramente novedad el que afirmemos que uno de los primeros de la América moderna, el hombre público que más simpatías se ha granjeado en la República Mexicana, la más caracterizada individualidad literaria y política del México contemporáneo es D. Vicente Riva Palacio. Su nombre pertenece ya a la historia general, y de él encontramos amplias noticias entre los más autorizados biógrafos del viejo y nuevo mundo. Para no multiplicarlas sólo consignaremos que en 1876, cuando aún no habían aparecido sus más importantes trabajos literarios e históricos, ya decía de él, el *Diccionario Biográfico Americano*, publicado en París, lo siguiente:

"Como general del ejército es generoso; como magistrado ha sido de los más íntegros; como periodista es un extremado defensor de la ley; como literato es novelista fecundo y poeta inspirado."

"El general Riva Palacio —continúa Figueiredo— nació en la ciudad de México el 16 de octubre de 1832. Su padre don Mariano Riva Palacio fue un distinguido jurisconsulto, diputado, senador y presidente del Supremo Tribunal de Justicia, y su madre doña Dolores Guerrero era hija del valiente general Vicente Guerrero, uno de los héroes de la primera Independencia de México."

Figueiredo hace mención de los estudios de Riva Palacio realizados en el Colegio de San Gregorio donde se recibió de abogado, habla de los primeros puestos que ocupó, y de sus hechos como militar durante la Intervención dice:

"Él fue quien en 1866 dio la célebre batalla de la Magdalena que en aquella guerra fue gloriosísima para los patriotas mexicanos... Después de repelida la intervención el general Riva Palacio renunció bizarramente al mando de sus tropas y el gobierno de un Estado de la Unión y volvió con modestia a la vida privada. Fue candidato a la presidencia de la República... En 1876 fue nombrado ministro de Fomento y en el desempeño de tan elevado puesto correspondió superabundantemente a su justo renombre. La monumental *Historia de los Guerreros*, que se está publicando en Ginebra, afirma que nadie antes de él dio tamaño impulso al Ministerio de su cargo, ni consagró más celo al lustre y propiedad de México. *La Ilustración Española y Americana*, consigna entre los servicios de Riva Palacio como Ministro de Fomento, la creación de un Observatorio Meteorológico Central en el Palacio Nacional, de un Observatorio Astronómico en el de Chapultepec; la construcción de muchos caminos de hierro; la apertura de canales para la navegación fluvial, la fundación de las secciones de cartografía y estadística, etc. El gran desarrollo material verificado en México, desde 1877, sobre todo en vías públicas, ha sido debido ciertamente a los méritos y esfuerzos de Riva Palacio."

Haciendo un paréntesis podemos añadir a estos datos otros más, que muestran la inteligencia y actividad de Riva Palacio como Ministro de Fomento. Por ejemplo, su formidable proyecto de la Exposición Universal con la que México enseñaría ante el mundo entero su cultura y su progreso. Proyecto que lanzado en vísperas de una elección presidencial fue visto por Porfirio Díaz como un riesgo político: Riva Palacio podía llegar a la presidencia de la República, y bajo cuerda lo hizo fracasar. Riva Palacio no esperó un minuto para presentar su renuncia.

La ciudad de México se enorgullece de dos monumentos que se hicieron durante la gestión ministerial de Riva Palacio: el Hipsográfico dedicado a Enrico Martínez y el consagrado a Cuauhtémoc, ambas estatuas esculpidas por Miguel Noreña; del valor artístico de ellas, en otra conferencia de este mismo ciclo nos habló con su habitual conocimiento el doctor Justino Fernández.

Riva Palacio, como el perico de su delicioso cuento "El buen ejemplo" que se adelantó a su siglo, también se adelantó a su época y mandó pavimentar el Zócalo en 1878 con cemento Portland, llamado por el vulgo "mármol artificial".

El periódico *La Libertad* (12 de febrero de 1878) en su sección "Ecos" se burlaba de esta pavimentación:

"¡Llorad! paseantes pedestres, que habíais cambiado gratas esperanzas de espaciarnos cómodamente, dando vueltas en torno del kiosco del zócalo y pisando con orgullo el *indestructible* (?) pavimento Portland. El objeto de vuestras ansias se desmorona."

Parece ser que el afamado cemento Portland tenía la misma resistencia que el pavimento de las calles de hoy día según se desprende de las lamentaciones de *La Libertad*:

"¡Llorad, llorad! En el anillo central de ese *enfant gaté* de la ciudad que se llama zócalo, se encuentra el desolado viandante toda suerte de zanja, hoyos, agujeros, hoquedades, aberturas, grietas, desportillados, precipicios, pozos, abismos y barrancos cavados todos ¡qué desgracia! en el flamante, en el nuevecito, en el cuidadosamente construido pavimento Portland!"

A pesar de las críticas que se hicieron a Riva Palacio como titular de la Secretaría de Fomento merece el elogio que le dedican *La Historia de los Guerreros* y *La Ilustración Española y Americana*.

Volviendo a la semblanza de Figueiredo, de la obra literaria e histórica de Riva Palacio opina:

"Las cualidades de escritor, igualan si no exceden a sus cualidades políticas y militares.

"Sus versos son de una delicadeza y sensibilidad extraordinarias, se han hecho popularísimos en México, y se han reproducido con gran entusiasmo por la prensa de todos los pueblos de raza española.

"Son de él las siguientes novelas: *Monja y Casada*, episodios de la época inquisitorial de México; *Calvario y Tabor*, que es un brillante cuadro histórico del profundo patriotismo y del valor heroico de los mexicanos en el tiempo de la Intervención francesa; *Los piratas del Golfo de México*; *Leyendas de México*, y otras muchas. Hace poco tiempo aun (1882) publicó también *Los Ceros*, una curiosa y espléndida galería de perfiles y esbozos literarios de los más notables escritores mexicanos, llena de erudición, de urbanidad y de humorismo.

"Pero la que ciertamente va a universalizar el nombre de Riva Palacio, es la monumental obra *in gran folio*, *México a través de los siglos*, que bajo su dirección se está publicando en Barcelona, en cinco volúmenes lujosamente impresos y enriquecidos con multitud de preciosos grabados.

"Esos volúmenes se han presentado ya a la Real Academia de Ciencias de Lisboa, como título de la candidatura de socio correspondiente. Riva Palacio, que forma parte ya de las más doctas corporaciones de América, recibirá sin duda en Portugal, y en el seno de la Academia de Ciencias, una nueva consagración de sus elevados méritos. La inscripción de su nombre entre los miembros de la Academia Lusitana, es una honra para ella y un homenaje merecidísimo al primer literato de la República Mexicana."

Toda la razón asiste a Figueiredo al juzgar de esta manera tan elogiadora la obra *México a través de los siglos*, obra de cuya novedad e importancia se ha ocupado en un espléndido estudio el historiador de nuestros días Edmundo O'Gorman.

Riva Palacio, nuestro magnífico Ministro, honró como diplomático y como literato a México. Fue miembro de muchas sociedades científicas y literarias, entre otras, del Ateneo de Madrid en donde dio a conocer nuestra literatura, nuestra historia, hasta el día de su muerte ocurrida en Madrid el 22 de noviembre de 1896. Un poco después apareció su celebrado libro: *Cuentos del general*.

Como puede advertirse por el retrato que el escritor portugués hizo de Riva Palacio hay todavía mucho que decir de la vida y obra de este general ilustrado: sus actividades políticas, su carácter festivo, su gusto por despistar con sus seudónimos a la opinión pública, su espíritu combativo en el que más de una vez se le pasó un poco la mano, encontrando, desde luego, pronta respuesta:

"General, donde las dan las toman"

y sus contrincantes lo pusieron pinto.

Dada la ocasión que se celebra este año de 1967: el primer centenario del triunfo de la República, quisiera sólo concretarme a señalar algunos pormenores de sus andanzas como batallador de la causa republicana contra la Intervención y el Imperio, andanzas en las que siempre tuvo a mano la pluma y en las que nunca dejó de ser literato.

*

Uno de los periódicos que más se distinguió en la lucha contra el invasor francés y el Imperio fue *La Orquesta*, periódico omniscio, de

buen humor y con caricaturas, en cuyas páginas sus redactores se morfaron con mucha gracia y bastante veneno, de la Intervención y de sus principales actores: el Embajador de Francia Dubois de Saligny, los generales Laurencez, Forey y los corifeos José Hidalgo, Haro y Tamariz, Juan Nepomuceno Almonte a quien se le llamaba "Pamuceno". No dejó *La Orquesta* de comentar con chistosa agresión o con mucha iracundia los sucesos del Imperio, poniendo en su lugar a los simpatizadores del Emperador Maximiliano.

De la importantísima labor que la prensa liberal desempeñó durante la Intervención y el Imperio nos informó en su reciente y documentada conferencia el doctor Gustavo Pérez Trejo.

Desde la fundación de *La Orquesta* (1861) Vicente Riva Palacio fue colaborador de este periódico.

El 10 de mayo de 1862, *La Orquesta* en su sección "Pitos" se quejaba de que el ciudadano Vicente Riva Palacio se había marchado a Puebla al frente de su guerrilla llevándose las llaves. Pero lo felicitaba por haberse ido a combatir en favor de la patria. "Si maneja la espada como la pluma, afirmaba *La Orquesta*, ya los franceses tienen que sufrir algo a cuenta de lo mucho que nos deben". (22 de noviembre de 1862.)

Riva Palacio era por ese año de 1862, un joven de presente afortunado: rico, con un padre influyente, con un despacho próspero, diputado, y ser diputado, al decir de Juan Díaz Covarrubias en su deliciosa novela *El diablo en México* (1858), era una de las metas que conducía directamente a la felicidad. Y todavía sigue siendo. No hacía mucho que Riva Palacio se había casado con Josefina Bros, joven de muy buena familia y, además, bastante rica, virtud ésta en la que don Alfonso X el Sabio, en sus *Siete Partidas*, ponía especial atención.

Como literato era ya muy conocido por sus versos y por los sainetes, comedias y dramas escritos en colaboración con Juan Antonio Mateos: *Borrascas de un sobretodo*, *El incendio del Portal de Mercaderes*, *La ley del uno por ciento*, *El odio hereditario* y *El abrazo de Acatempan o el primer día de la bandera nacional*. En 1862 Mateos y Riva Palacio estrenaron en el Teatro Iturbide la comedia en un acto *El tirano doméstico* para burlarse de Juan Nepomuceno Almonte, que había propiciado la Intervención:

Pamuceno cuatro orejas
tocando la chinfonía
pensaba en la monarquía
con aplausos de las viejas.
Era tan grande su empeño
que se encontró en un piñón
en su trono a Napoleón,
pero a Napoleón pequeño.
Para testa coronada
hizo a Luisito un envite
mas como habló en otomite
el otro no entendió nada.

Al iniciarse la lucha contra el invasor, Riva Palacio abandonó su cómoda posición, se despidió de su familia y con sus propios recursos armó la guerrilla y se fue a combatir a Puebla bajo las órdenes del general Ignacio Zaragoza y más tarde, a las del general González Ortega.

La derrota del 5 de mayo de 1863 en Puebla, no amilanó a Riva Palacio y en 1864 se encuentra en plena campaña en los Estados de México y Michoacán. Zitácuaro será su centro de operaciones. Y de su entusiasmo bélico, supieron muchas poblaciones y ciudades: Toluca, Tacámbaro, Maravatío, Morelia, Mineral del Oro y sobre todo Pátzcuaro, ciudad que se distinguió por su inclinación a la "conserva". La musa popular recuerda el grito de Riva Palacio al entrar a Pátzcuaro.

¡No se hinquen,
no soy el viático!
Gritaba Riva Palacio
cuando entraba vencedor
a ese Pátzcuaro mentado.

Y también esa misma musa que consagra a los héroes, que es el juicio del pueblo, exalta a Riva Palacio, aludiendo a su prosapia, digno nieto de Vicente Guerrero:

Aquí está Riva Palacio,
no lo había yo conocido;
¡bien haya lo bien parido!
¡viva el nieto del Estado!

Junto con los chinacos, los muchos pintos que militaban bajo su bandera, Riva Palacio sufrió la fatiga, el hambre, "el sol de fuego del Sur del Estado de Michoacán" y toda clase de penalidades. A su lado militó el célebre guerrillero Nicolás Romero, terror de los franceses, fusilado el 18 de marzo de 1865 en la plaza de Mixcalco. La lírica popular no olvidó a Romero y cantó su valentía y amor patrio, virtudes tan señaladas que, en celebración como ésta, no puedo dejar de repetir las líneas que le destinó un corrido:

Viene Nicolás Romero, como valiente y osado,
con Aureliano Rivera que al *Mocho* ya ha derrotado.

Es impetuoso y ardiente y combate con valor
al francés y al mexicano que se ha unido al traidor.

El francés retrocedía, cuando miraba al valiente,
que con grandiosa osadía, con su guerrilla combate.

Michoacán fue la guarida, fue el sitio de sus hazañas;
y como buen guerrillero tuvo siempre buenas mañas.

Riva Palacio decía: —Ahora sí que venceremos,
viene Nicolás Romero y a franceses coparemos...

El año sesenta y cinco, miren lo que sucedió;
un valiente entre los bravos, por valiente se murió.

Vuela, vuela palomita, llévale la despedida
a ese que murió luchando por la Patria tan querida.

Años después Riva Palacio en 1868 dejará testimonio del heroísmo de Romero y de los chinacos en su novela *Calvario y Tabor* en donde exaltará, como decía la poetisa Esther Tapia de Castellanos en los versos dedicados al general Vicente Riva Palacio,¹ las hazañas del "héroe infortunado":

"de quien se ignora hasta el humilde nombre,
de ese mártir anónimo y querido
que sin gloria y renombre
se pierde entre las sombras del olvido."

De este anónimo y valeroso soldado, el de la roja blusa, amante de la libertad, diestro en el manejo de la lanza y el caballo, Riva Palacio dejará su pintura en el romance "El chinaco", romance considerado como una preciosa muestra de la poesía nacional mexicana.

De las campañas de Riva Palacio en los estados de México y Michoacán, Eduardo Ruiz en su libro *Historia de la Intervención en Michoacán* (1896) da pormenorizadas noticias, y asimismo, se ocupan de los pasos del general Riva Palacio por estas tierras, los periódicos conservadores e imperialistas: *El Cronista de México*, *La Sociedad*, *El Pájaro Verde*, *La Razón de México*, *El Diario del Imperio*, *L'Estafette*, *L'Ere Nouvelle*. Más de alguna vez estos periódicos anunciaron jubilosos que el general Riva Palacio había sido hecho prisionero, pero como se decía en la época, siempre la noticia resultó "borrego".

Algunos de sus hechos aunque muy conocidos no está por demás recordarlos esta noche.

L'Estafette en junio de 1864 dice que Riva Palacio ha dejado la literatura y el vaudeville para venir a ser general, gobernador y jefe de banda, y comenta agriamente la circular de represalias que, como contestación a la del general Bazaine, había expedido en Zitácuaro. Bazaine había ordenado pasar por las armas

"a cuantos se entreguen al vandalismo, so pretexto de defender la independencia y la causa juarista",

y Riva Palacio responde a esta circular diciendo:

"Si el general francés quiere traer a la civilización a este país, debía comenzar por reprimir los desórdenes de las tropas que tiene a sus órdenes, y que

¹ Estos versos "Soldado y Poeta" fueron recitados por su autora en la velada literaria que el Liceo Hidalgo dedicó al general Riva Palacio, con motivo de su designación como Ministro Plenipotenciario de México en los reinos de España y Portugal. (*El Diario del Hogar*, 8 de julio de 1886.)

han atravesado el Océano para mostrarnos que no tenían *del soldado más que el uniforme y las armas*, pero que en moralidad y disciplina son inferiores no solamente a nuestros cuerpos organizados, sino aun a los guerrilleros de la peor especie conocidos hasta nuestros días en la República.

"Los franceses quieren nadar en la sangre de nuestro patriotismo, y autorizan a todo jefe expedicionario a asesinar. Ellos quieren convencer al mundo de la justicia de su causa y cambian sus calumnias en leyes, y en fin, cuando la nación entera rechaza su protección, piensan en *consumar la obra de su conquista*, construyendo patíbulos para los hombres libres que no quieren estar sometidos a su yugo vergonzoso.

"Las fuerzas del primer distrito no presentan en la historia de sus operaciones militares, ningún acto que pueda ser calificado de robo y depredación, todo lo contrario, su conducta forma un contraste con la de las tropas francesas que han ocupado el Oro, Nopala y Zitácuaro. Entretanto, como la circular del general francés es un desafío de guerra sin cuartel y sin misericordia, nosotros no titubeamos en aceptarlo, porque al lanzarnos en la lucha para sostener la independencia y la autonomía de México, no hemos contado jamás con la clemencia de los franceses.

"En consecuencia, aplicará usted a los prisioneros franceses que en lo sucesivo cayeren en su poder, los artículos de la circular del general en jefe del cuerpo expedicionario, [Bazaine] y después de haber hecho constatar su identidad, todo empleado civil o militar al servicio de la Regencia o del ejército francés, cualquiera que sea su nacionalidad, será pasado por las armas."

L'Estafette consideró esta circular como una inofensiva gasconada, y negaba la crueldad de las tropas francesas:

"La conducta de las tropas francesas en la batalla de Matehuala, donde dos mil disidentes fueron recibidos en el cuartel y perdonados, le hará comprender a Riva Palacio lo que nuestros generales entienden por derecho de la guerra. A los que combaten lealmente, consideración y miramiento después del combate; a los que hacen la guerra de pillaje, suplicio e infamia.

"No tiene Riva Palacio más que colocarse definitivamente en la primera o segunda categoría." (*El Cronista de México*, 8 de junio de 1864.)

Bien sabía Riva Palacio, que a pesar de las afirmaciones de *L'Estafette* los patriotas eran encasillados por los franceses en la segunda categoría: bandidos y sabía que como a tal lo tenían. Años atrás, en el drama *El abrazo de Acatempan*, había escrito sobre los patriotas mexicanos estos versos, que en las circunstancias actuales podían aplicarse a los chinacos:

"Desnudos y con hambre, pero erguidos
sólo ante Dios doblegan la rodilla;
si es bandido, señor, quien no se humilla,
pertenezco desde hoy a los bandidos."

Considerado Riva Palacio por los franceses y su prensa como bandido, nunca se doblegó ante el invasor. Su orgullo de patriota se revela en la carta que desde su cuartel michoacano escribió a su esposa publicada por *El Ilustrador del Pueblo* y reproducida y comentada por *El Cronista de México* el 20 de enero de 1865, cuando todo era desfavorable a la causa de México:

"Yo estoy resuelto, nunca transigiré, si la fortuna me es adversa iré a comer el pan de la proscripción; pero no tendrás nunca el sonrojo de pasearte por las calles de México asida al brazo de un marido que ha vendido la patria de su hijo. Vicente debe crecer solo, antes que a la sombra de un árbol envenenado. Tú tienes corazón grande y sufrirás como yo sufro, y educarás por ahora a nuestro hijo, digno del nombre que debe llevar y del que tú ni él tendrán por qué avergonzarse."

En esta misma carta Riva Palacio condena a los que han transigido con el Imperio:

"Estoy muy disgustado, porque veo que los esfuerzos que unos pocos hacemos por la independencia de nuestro país, se estrellan ante la poca fe y la falta de patriotismo de tantos, que habiéndose enriquecido con el partido liberal se conforman con todo y besan contentos la mano que les deja sin patria."

El Cronista comenta este último párrafo a su sabor:

"Recordamos que este joven es nieto del general don Vicente Guerrero, uno de los héroes de la Independencia... Creemos que si hubiera una persona capaz de hacer entender a Riva Palacio que la Independencia está a salvo, otra sería su opinión."

Riva Palacio entendía las cosas de otra manera que *El Cronista de México* y siguió defendiendo la integridad nacional.

En el mes de enero de 1865 Riva Palacio reapareció por Zitácuaro, plaza que había caído en poder de los imperialistas el mes de noviembre de 1864. El mes de marzo recupera esa plaza.

El 3 de octubre de 1865 el emperador Maximiliano dictó el decreto que puso fuera de la ley a todas las fuerzas de la resistencia, lo mismo regulares que guerrilleros o gavillas de bandidos, e impuso la última pena sin apelación y en el plazo de veinticuatro horas a todo mexicano que fuese hecho prisionero con las armas en la mano.

La medida extrema y bárbara no arredró a los chinacos y el 13 de octubre una parte de las fuerzas al mando de Riva Palacio entró a la ciudad de Morelia defendida por quinientos belgas y dotada de una magnífica artillería. Había que hacer sentir al extranjero el valor mexicano, su amor a la patria y el desprecio a la muerte que anunciaba el famoso decreto de 3 de octubre.

"Y Morelia comprendió —dice *La Restauración de Morelia*— que la vida de la República era ingente y llena de virilidad; comprendió que el alma de los republicanos no se abate ni por los sufrimientos, ni por los reveses, ni por el cadalso. La víspera de ese glorioso día se publicó en esta ciudad la ley de 3 de octubre, cuyos ejemplares habían sido ya leídos por los republicanos: uno de sus gritos dentro de la ciudad, era también un ¡viva! irónico al decreto de la muerte."²

² Párrafos reproducidos por *El Correo de México* de 22 de octubre de 1867.

Al decreto del mes de octubre, Riva Palacio va a contestar con la generosidad y va a demostrar ante el mundo que somos un país civilizado y más generoso que los invasores. Ya el año de 1864 el capitán ruso Waldemaro Becker, ayudante de Leonardo Márquez, se había encontrado, pese a la propaganda que calificaba de bandidos a los patriotas, con un culto general que sabía perdonar: lo dejó en libertad.

La generosidad mexicana ante el enemigo se había mostrado desde los primeros días de la Intervención. *La Orquesta* (10 de mayo de 1862) en "Carta de Pamuceno al emperador de los franceses", hacía hincapié en la actitud de los mexicanos para con los vencidos en Puebla, por lo que habíamos obtenido el Cinco de Mayo con este comportamiento un doble triunfo militar y moral. Almonte escribe a Napoleón III:

"En fin, Luisito querido,
han ganado dos batallas
esos indios mexicanos
hijos espurios de España;
una batalla en el campo
dándole brillo a sus armas,
otra batalla en el campo
de la cultura y la fama.
Que si supieron triunfar
de los cañones y balas,
después del triunfo han curado
del enemigo la llaga."

Y otra vez, esa humana actitud se pondrá de manifiesto. Riva Palacio se apoderó de una guarnición belga que ocupaba la plaza de Tacámbaro y en lugar de fusilar a los prisioneros propuso al mariscal Bazaine un canje, de este modo salvaría también a los prisioneros republicanos que estaban en poder de los imperialistas. Bazaine aceptó el canje, y trató no con el guerrillero, sino con el general Riva Palacio, pues le reconoció esta jerarquía militar en su comunicación de 16 de noviembre de 1865.

"Cuerpo expedicionario de México.—Gabinete del general en jefe.—México, 16 de noviembre de 1865.—Señor general: He recibido la carta que me habéis dirigido por medio del capitán Miñón. Con placer he visto los sentimientos de humanidad que profesáis, y que dictan vuestros actos en estas circunstancias. Muy deseoso yo de ayudaros en esta vía, estoy dispuesto a hacer todo cuanto me sea posible para llegar a ponernos de acuerdo. Tengo, pues, el honor de informaros de que he expedido las órdenes oportunas, para que el canje de prisioneros tenga efecto en la villa de Acuícho el 2 de diciembre de 8 a 10 de la mañana...

"Deseo, señor general, que estéis muy convencido de la buena voluntad que me asiste en esta ocasión. No quiero terminar esta carta sin daros gracias por las excelentes disposiciones y por los sentimientos de benevolencia que habéis siempre mostrado para todos vuestros prisioneros.

"Aceptad, señor general, la seguridad de mi consideración muy distinguida.—El mariscal de Francia, *Bazaine*."

Maximiliano, por su parte, al enterarse de la magnanimidad de Riva Palacio dio una orden secreta a Bazaine ordenándole que, si el general Riva Palacio caía prisionero, se le condujera a México, y no se le fusilase.

•

Uno de los trucos que Riva Palacio utilizó en *Cuentos de un loco* es el de la linterna mágica que le permitía quitar y poner a discreción cuadros históricos a manera de proyecciones, gracias a este recurso puede mostrar los hechos pasados. A imitación suya utilicemos ese truco y cambiemos la placa para ver cómo se recordó años más tarde la generosidad de Riva Palacio para con los prisioneros belgas.

El Nacional de 4 de noviembre de 1881 decía a sus lectores:

"El sábado 6 del corriente celebrará la Escuela Nacional de Bellas Artes que antes llevaba el nombre de Academia de San Carlos, el primer centenario de su fundación.

"El general presidente don Manuel González correspondiendo a las reiteradas invitaciones de la escuela y porque comprende que se trata de una solemnidad a que debe dar realce la presidencia del primer magistrado, presidirá la función que nos ocupa."

El Monitor Republicano de 6 de noviembre anunciaba el programa en el que figuraría de manera principal el discurso del director don Ramón S. de Lascurain, a seguidas el presidente don Manuel González inauguraría la exposición de pinturas que presentaba la Academia en su edificio adornado exterior e interiormente para esa solemne ocasión.

Enrique Chávarri bajo su pseudónimo de "Juvenal" en *El Monitor Republicano*, en su interesantísima columna "Charlas de los domingos" se refería a la apertura de la vigésima exposición de la Academia que coincidió con el centenario de la fundación de la Escuela. "Juvenal" se dolía del poco interés que por las exposiciones de Bellas Artes había en la República:

"Todo eso de Bellas Artes pasa desapercibido, alguno que otro curioso o curiosa va a la Academia, recorre los salones en media hora y sale de ahí como quien fue a los titeres, después de haberse divertido un rato.

"Hasta ahora, al menos, la exposición de San Carlos no está de lo más animada, y no obstante, no deja de haber algunas novedades.

"Se habla con aplauso, por ejemplo, de un cuadro de Mendoza que representa el canje de prisioneros celebrado en Acuitzeo en el estado de Michoacán entre un comisionado de Bazaine y el general Vicente Riva Palacio."

El parecido de los personajes, señalaba "Juvenal", es notable y el lienzo revela el pincel de uno de los más adelantados discípulos de la Academia.

El escritor que se firmaba *Américo* en la sección "Actualidades" que publicaba *La República* (8 de noviembre), se detenía en una de las obras de la exposición que más lo había impresionado,

"la que representa el canje de prisioneros celebrado en Acuitzeo, Estado de Michoacán, en la época de la guerra de intervención, entre el general Vicente Riva Palacio y el comisionado del general Bazaine, es obra del hábil retratista don Vicente Mendoza, y atrajo ese día las miradas de los más interesantes episodios de aquella grandiosa guerra y llevar al lienzo el retrato de uno de los más inteligentes y patriotas caudillos del pueblo en aquella terrible lucha, y el único con quien quiso tratar de igual a igual el general francés, siendo de notar que a su vez el jefe mexicano puso, para celebrar el canje, la ineludible condición de que no se abrirían más que con el ejército francés, que se consideraba como beligerante."

El general Riva Palacio, gran señor gustador del arte y de la buena vida, lo que menos podía hacer era comprar el cuadro y colgarlo en la sala de su palacio en la calle de la Mariscala número 2.

El 31 de diciembre de 1885 *El Tiempo* en su gacetilla anunciaba que el conocido literato don Vicente Riva Palacio daría una "velada literaria" en su casa el 1º de enero de 1886 a las ocho de la noche a la cual han sido invitadas numerosas personas que cultivan las bellas letras en nuestro país".

El Partido Liberal el 10 de enero de 1886 publicaba con el título "Una velada literaria" firmada por el "Duque Job" la reseña de esta espléndida velada a la que asistieron todas las notabilidades de la política, de la ciencia, del periodismo y de la literatura y en la que, naturalmente, hubo música, y se recitaron muchas poesías.

Gutiérrez Nájera después de solazarse describiendo el lujo del palacio de la Mariscala nos lleva al salón destinado a la pintura histórica donde al parecer estaba el cuadro de Mendoza, que inspiró a Juan de Dios Peza:

"Allí en primer término figura —dice el Duque Job— «El canje de los prisioneros belgas»; pertenece esta pieza al romancero de la guerra de intervención que está escribiendo Juan Peza, y que será sin duda, cuando esté concluido, uno de nuestros grandes monumentos literarios. «El canje de los prisioneros belgas» es una pintura admirable. ¡Qué movimiento, qué precisión en todos los detalles y qué riqueza de colorido!

"¿Quién dijera que el poeta de los niños, el que sabe dibujar tan bien los taloncitos color de rosa y las cabezas rubias, puede a la vez pintar en un gran lienzo el tumulto de los ejércitos y las peripecias de las batallas? El héroe del romance a que me refiero es el general Riva Palacio. Dignos del soldado y dignos del poeta son los versos de Peza.

"Juan de Dios Peza a quien el general Riva Palacio llamaba según la costumbre del tiempo ahijado, publicó en *La Lira de la Patria* (1893) el romance «El canje de prisioneros a la memoria del inmaculado caudillo de la Independencia general Vicente Guerrero»."

En la segunda parte del romance canta así la hazaña de Riva Palacio:

"¡Que viva Riva Palacio!
repiten todas las bocas;
¡Que viva México! gritan
con entusiasmo las tropas,
y belgas y mexicanos

en la expansión más hermosa
 se abrazan y se confunden
 y hermanos son en tal hora,
 sobre aquellos mismos campos
 que baña el sol de la gloria.
 ...La gloria que tiene sangre
 queda con sangre manchada
 y no así la que redime,
 la que perdona y que salva.
 Para el noble combatiente
 en la tierra michoacana
 hermosos y verdes lauros
 la posteridad le guarda:
 ¡Lauros que arrancó a la gloria
 con la pluma y con la espada!
 En el cielo de su vida
 todas las nubes son blancas,
 su amor en la paz fue el cetro,
 en la guerra la montaña,
 en el poder la justicia,
 la honra en su hogar la calma
 y en todos sus pensamientos
 la grandeza de la patria!"

De esta humanitaria acción de Riva Palacio, muy al estilo siglo xix, queda una pintura, una crónica y un romance.

*

Y ahora, con el truco de la linterna mágica retrocedamos a mediados del año 1866.

El 8 de julio de 1866 la emperatriz Carlota, acompañada del conde Bombelles y del chambelán Del Barrio y de su esposa, partía para Europa. Los periódicos conservadores, entre otros *La Sociedad* y *El Cronista de México*, comentaban el viaje de la emperatriz.

"Su Majestad va a Europa a arreglar varios asuntos internacionales. Esta misión aceptada por Nuestra Soberana, con verdadero patriotismo, es la mejor prueba de la abnegación que ha podido dar el Emperador a su nueva patria, tanto cuenta que la Emperatriz va a arrostrar el peligro del vómito en la Costa de Veracruz, tan peligrosa en la estación de lluvias.

"Damos esta noticia para que el público conozca el verdadero objeto de este viaje."

El público a quien es difícil hacer comulgar con ruedas de molino, interpretó —como era la verdad— este viaje como un desesperado recurso para salvar al Imperio cuyo fin se veía acercarse.

Los imperialistas en su afán de sostener al emperador tomaron diversas medidas, entre otras, las represalias contra la prensa periódica.

El 14 de julio los periódicos *La Sociedad* —a la que siempre se acusó de ser eco de los periódicos franceses— y *L'Ere Nouvelle* son suspen-

didos por un mes por haber violado el artículo tercero de la ley del 10 de abril de 1865 que reglamentaba el uso de la prensa.

Violaciones a esta ley las cometían con plena conciencia los redactores de la prensa de oposición, cuyos artículos y sátiras contra el Imperio tanto escocían. Y la prensa liberal fue reprimida. Poco a poco habían ido desapareciendo los periódicos opositores: *La Sombra*, *Don Folias*, *Don Pancracio*, *La Bandurria*, etcétera. Para ese mes de julio sólo quedaba en pie de lucha *La Orquesta*, que es suprimida el 16 de julio.

La Orquesta, a punto de morir, representada por el primer violín, hace testamento dejando como herederos a sus colegas ya liberales, ya conservadores. Y eso sí, como "El Pensador Mexicano", muere en sus trece:

"Digo: Que en nombre de la democracia y de la ilustración, creo y siempre he creído, en la trinidad de mi culto, Independencia, Libertad y Reforma.

"Que estando en momentos de que se me revienten para siempre las cuerdas, quiero morir en mis creencias, ya que por fortuna no tengo ningún reverendo a mi cabecera que me exija retractación.

"Que no tengo más bienes de fortuna que mis instrumentos, de los cuales dejo:

"El chinesco y los pitos a *La Sombra*, para que sus cerraduras sean más ruidosas.

"A *La Estafette* la trompa y los bolillos del tambor, para que haga duo al *Pájaro Verde*, a quien le dejo las cuerdas del arco del violoncello para que pueda agrandar su nido.

"El triangulito es para *El Cronista*, que no entiende de obligados ni de fantasías.

"Al *Mexican Times* los pergaminos de los timbales, ya que no puedo dejarle otros para que eternice en ellos sus impresiones de viaje.

"Le dejo al *Mexicano* el facistol, para que en él toque toda la música que se le venga a las manos, ya sean variaciones o ya óperas de metamorfosis con sus correspondientes rubros o encabezados.

"Al *Diario del Imperio* le dejo el fagot o el tololoche, para que mejore sus acompañamientos y lleve siempre las notas graves.

"El resto de mis instrumentos quiero que se queden colgados en mi aposento para que, si Dios me presta vida, recuerde que me quedó lo que a los músicos viejos.

"—¿Es decir, querido violín, que no tiene usted herederos legítimos?

"—No, por cierto, pues aunque he sido siempre amigo de la legitimidad, confieso que tengo parientes lejanos, los más de ellos son bastardos. Y así, pues, y dados los puntos para el testamento, sólo me resta hacer oración y despedirme del mundo diciéndole:

Quédate con Dios, ingrato,
ya que me cabe la suerte
que no sientas mi muerte
ni te aflija mi maltrato."

La Orquesta bien popular, que no sinfónica, apremiada por las circunstancias para hacer testamento, olvidó que a más de sus instrumentos bien podía dejar a sus herederos las canciones que había consignado en sus páginas. Otras las habían propalado sus colegas como

La Cuchara, El Cucharón, La Tos de mi Mamá, La Madre Celestina, canciones que tan mal parados dejaron a los simpatizadores del Imperio.

Famosa era ya para entonces la canción de *Los Cangrejos*, y la marcha de Guillermo Prieto dedicada a Juan Nepomuceno Almonte, con música del Chochopishua, que *La Orquesta* publicó el 16 de abril de 1862:

“Amoquenequi, Juan Pamuceno,
no te lo plantas el Majestá,
que no es el propio manto y corona
que to guarache, que to huacal.

El tata Cura que te dio vida
murió enseñando la libertad
que era insorgente moy decedida
y que fue el coco del Majestá.

Corriendo el tiempo creció el «piltoncle»,
se puso fraque, comió bestec,
indio ladino, vende a to patria
y guri, guri con el francés.”

Otra canción dedicada a Almonte fue el *Telele*, remedo de la muy conocida el *Señor don Gato*. Gozaron de mucha popularidad: *El palomo*, *La ponchada* en su nueva variante firmada por García Verdolaga (*La Madre Celestina*, periódico jovial y franco, decidor y zandunguero, manso y humilde de corazón, 26 de abril de 1862). Volvieron a cantarse los versos: “¿Qué deveras Miramón? — Como te lo digo Concha”, ahora adjudicados a Almonte “¿Qué deveras Napoleón? — Como te lo digo Almonte” (*La Orquesta*, 10 de mayo de 1862).

El jarabe muy sabido, aquel que empieza:

“Ya los enanos
ya se enojaron
porque a su nana
la pellizcaron.
Sale la linda,
sale la fea,
sale la enana
con su zalea”

lo cantaban burlándose del general Forey y del embajador francés Dubois de Saligny, tan aficionado al viejo cognac, las molenderas de las atolerías de la ciudad de México (*El Cucharón*, 23 de enero de 1863), de esta manera:

“Estos franchutes
ya se enojaron
porque a su nana
la pellizcaron.
Padece insomnios
monsieur Forey

porque en su triunfo
no tiene fe...

Y mientras tanto,
¿qué es lo que hará
monsieur Botella?

¿toma cognac?

Y Pamuceno
¿qué les dirá?
que ya no quiere
ser Majestá.

Que aunque le pese
vuelve a cargar
con sus guaraches
y su huacal...

Estos franchutes
ya se enojaron
porque a su nana
la pellizcaron.

Se hacen chiquitos,
se hacen grandotes,
y nunca pasan de monigotes."

Guillermo Prieto volvió a recrear este jarabe en su *Cura de Tama-
jón* (3 de julio de 1864):

"Ay qué bonitos
son los enanos
cuando los baila
Maximiliano.

Sale una vieja
como lamprea
viendo a la Austriaca
por la azotea.

Ay qué bonitos
son los enanos
cuando los baila
Maximiliano."

Los trovadores del pueblo cantaban *La china, el sombrero ancho, El chinaco*, y aquella canción que Sofía Calderón, hija del autor dramático don Fernando Calderón, vestida de china, hizo popular:

"Pésele a quien le pesare.
más me gusta, voto a Baco,
una blusa de chinaco
que un vestido *melitar*."

Las canciones, seguidillas, jarabes, marchas, mañanitas y danzas contribuyeron de manera muy eficaz al desprestigio del invasor y del Imperio. El canto ha sido siempre compañero fiel de los ejércitos, su animador: celebra las victorias, o restaña las heridas de una derrota.

El canto es, además, un medio poderoso para divulgar las noticias. Recordemos que el rey Enrique IV al saber la buena nueva de la entrada feliz que a tierras de Granada hiciera el condestable Miguel

de Lucas, el año de 1462, ni tardo ni perezoso mandó a sus ministriles asonar un romance para propalar este triunfo.

El olvido de *La Orquesta* al no mencionar en su testamento a ese material bélico que es el canto, antes de un mes sería remediado.

La herencia de *La Orquesta* la recogió un pariente legítimo y muy cercano, su colaborador Vicente Riva Palacio, que en tierras de Michoacán, en Huetamo, había fundado un periódico: *El Pito Real*. Título muy sugerente, tomado de una danza muy gustada en esos días. ¿Serán de dicha danza estos versos que el pueblo de Huetamo canta todavía? Seguramente sí:

“Este Pito Real,
yo me lo jallé
arriba de un palo
colgado de un pie.
Quién me diera medio,
quién me diera un real,
quién me diera medio
por mi pito real.”

Y acaso también Riva Palacio para nombrar su periodiquito recordó aquella sección de *La Orquesta*, los agresivos “Pitos”, que *La Orquesta* dejara en herencia a *La Sombra*, el periódico de Juan de Dios Arias y Juan Antonio Mateos, que lo redactaban bajo los seudónimos de “Asmodeo” y “Mefistófeles”.

Eduardo Ruiz en su artículo “Mamá Carlota”, aparecido el 1º de abril de 1894 en el periódico *El Partido Liberal*, afirma que Riva Palacio al no poder pelear contra el invasor con las armas, pues carecía de éstas y de soldados —en marzo de 1866 había entregado el mando de las tropas al general Régules obedeciendo una orden del presidente Juárez— tomó la pluma que en sus manos a las veces tenía el filo de una espada y se puso a redactar el periódico *El Pito Real*, que no dejó imperialista ni conservador con cabeza. Al decir de Eduardo Ruiz fue tal la popularidad del *Pito Real* que por todos lados llevaban los *barilleros* y *ancheteros*, que los ejemplares, arrebatados por amigos y enemigos, llegaron a costar un peso.

Y una tarde del mes de julio mientras el general, su secretario y Eduardo Ruiz saboreaban el exquisito café de Uruapan, llegó un correo que entregó al general Riva Palacio “un microscópico papel enrollado” que le enviaba su ayudante José María Alzati. Afuera esperaba el impresor del *Pito Real* el original que había de tirarse aquel día.

Y cuenta Eduardo Ruiz que el general Riva Palacio, levantándose de la mesa, llamó a su secretario y le dictó de corrido la siguiente improvisación:

ADIÓS MAMÁ CARLOTA

I

"Alegre el marinero
Con voz pausada canta,
Y el ancla ya levanta
Con extraño rumor.
La nave va en los mares
Botando cual pelota,
Adiós, mamá Carlota,
Adiós, mi tierno amor.

II

"De la remota playa
Te mira con tristeza
La estúpida nobleza
Del mocho y del traidor.
En lo hondo de su pecho
Ya sienten su derrota;
Adiós, mamá Carlota,
Adiós, mi tierno amor.

III

"Acábanse en Palacio
Tertulias, juegos, bailes,
Agítanse los frailes
En fuerza del dolor.
La chusma de las cruces
Gritando se alborota,
Adiós, mamá Carlota,
Adiós, mi tierno amor.

IV

"Murmuran sordamente
Los tristes chambelanes,
Lloran los capellanes,
Y las damas de honor.
El triste Chucho Hermosa
Canta con lira rota:
Adiós, mamá Carlota,
Adiós, mi tierno amor.

V

"Y en tanto los chinacos
Que ya cantan victoria,
Guardando tu memoria
Sin miedo ni rencor,
Dicen mientras el viento
Tu embarcación azota:
Adiós, mamá Carlota,
Adiós, mi tierno amor."

Riva Palacio como el rey Enrique IV, de Castilla, supo utilizar el canto para dar a conocer la feliz nueva: el desastre y el fin del Imperio, que era lo que Alzati le mandaba decir:

"Mi general. Ya no hay Imperio en la frontera. Escobedo vencedor. Los franceses se preparan a embarcarse y la *Emperatriz* se ha ido a Europa a pedir socorros. Clíchant abandona a Zitácuaro. Mientras ud. llega, reuniré a los amigos.—José María Alzati."

En este año de 1967, naturalmente, es de actualidad hablar de la génesis de "Mamá Carlota". Joaquín Fernández de Córdoba y Andrés Henestrosa en sendos artículos han estudiado esta célebre canción y proporcionado las diferentes variantes de "Mamá Carlota". Tanto Fernández de Córdoba como Henestrosa en su amistosa polémica olvidaron la sabia máxima del Arcipreste de Hita, juglar erudito, que rimaba en su *Libro de buen amor*: "el que sepa bien trovar, puede agregar al escrito cuanto quisiere." Y ésto ha pasado con la "Mamá Carlota" de Riva Palacio; el pueblo, que entusiastamente se apoderó de la composición de Riva Palacio, al través de sus trovadores la ha modificado. Me viene a la memoria la copla de Manuel Machado:

"Hasta que el pueblo las canta,
las coplas, coplas no son,
y cuando las canta el pueblo
ya nadie sabe el autor."

Y aunque de "Mamá Carlota" sabemos quién es el autor, el pueblo, que la considera suya, se siente en su derecho de quitarle o de ponerle. Tiene toda la razón María del Carmen Ruiz Castañeda, quien en su artículo "Adiós Mamá Carlota" (*Diorama de la Cultura*, suplemento dominical del periódico *Excelsior*, 9 de junio de 1967) al aludir a la polémica Fernández de Córdoba-Henestrosa, y comentar la versión satírica basada sobre la "Mamá Carlota", aparecida en hoja clandestina en el año de 1867, con el nombre de "Mamá Cartera", sostiene que las variantes de canciones como "Mamá Carlota" de Riva Palacio revelan la cabal compenetración del pueblo con ciertas producciones de los poetas cultos cuando aciertan a interpretar los anhelos y las alegrías del alma popular y asevera:

"Del carácter verdaderamente *popular* de este tipo de composiciones, y de su apoderamiento por el pueblo resulta un gran número de variantes generalmente anónimas, que enriquecen la obra original, tal como ocurre con el romance español o el corrido mexicano."

"Adiós Mamá Carlota", convertida en aire nacional, se cantó por todos los ámbitos de la patria y las tropas liberales la entonaron a su entrada triunfal a la ciudad de México.

En los primeros días de agosto de 1867 era anunciada así por *La Orquesta*:

"Mamá Carlota", canción popular para piano. Letra de Vicente Riva Palacio. Se vende en la Litografía de H. Iriarte y Cía. Calle de Santa Clara número 23".

*

Riva Palacio, vuelto al mando de sus tropas, siguió combatiendo al invasor. Para el 2 de enero de 1867 andaba por Tenancingo, el 14 de ese mes llegó a Toluca y su primera declaración fue que no perseguiría a nadie, pues la tolerancia constituyó la base de su programa administrativo como gobernador constitucional del Estado de México. Y su lema: "Ni rencores para el pasado, ni temores para el porvenir", al que invariablemente fue fiel, no le permitió la venganza. Hermoso lema al que siempre ajustó sus actos. Y la tolerancia en su más amplio sentido fue uno de los temas que ocupó en todo momento su obra de escritor.

Quiero terminar con la pequeña alocución que en los primeros días de marzo de 1867, antes de partir para el asedio a la ciudad de Querétaro, pronunció el general Riva Palacio, alumno que había sido del Instituto Literario de Toluca, al inaugurar todavía con el eco de los cañones, los cursos de este establecimiento, alocución que es orgullo de la milicia liberal, y que nos revela cómo el general Riva Palacio pretendía ganar una batalla más duradera y fructífera: la de la instrucción del pueblo, pues en ésta vio siempre la salvación de México. Y a la lucha por la cultura dedicó su vida y su obra.

"La instrucción pública es en las sociedades modernas la primera de las necesidades, y es para las naciones la base de la felicidad. La literatura es una teoría sin ella, y es para los pueblos la linterna del filósofo griego que buscaba su hombre, porque la ilustración de las masas es el único medio de formar buenos ciudadanos, de encontrar buenos gobernantes. Fuera de ahí la República sería lo que en Esparta, la tiranía de la multitud, la opresión de la minoría.

"Vosotros, señores, debéis, pues, estar satisfechos, porque comprendiendo estos principios no vaciláis en poner los medios para procurar el adelanto de la instrucción pública; pero aún se escucha el rumor del último combate, aún las montañas que rodean este valle repiten los últimos ecos del cañón, y os miro reunidos y dispuestos para comenzar vuestros honrosos y útiles trabajos. El Instituto Literario vuelve a abrir sus cátedras, ese plantel que tantos dignos ciudadanos ha dado a la República, y los padres de familia miran tranquilos el porvenir, porque no se ha segado ésta, para ellos, inagotable fuente de esperanza y de saber, y la bendición de los hombres honrados y la gratitud de los pueblos acompañará siempre vuestra memoria."

LA MÚSICA EN LA ÉPOCA

María del Carmen Sordo Sodi

CAMPANAS

Con el alegre coqueteo de las campanas que llaman a misa de 5, se inicia un nuevo día. A las voces de las campanas de Catedral, el "Ave María" fundida en 1573, la "San Antonio" y "El Carmen" fundidas en 1700, responden la "San José" de la parroquia de la Santa Veracruz fundida en 1780, y la "María Dolores", apenas entrenada en estos menesteres pues fue colocada en el campanario en 1823. Sólo una campana permanece muda, es la campana mayor de la Catedral, la "Santa María de Guadalupe", que para hacerse oír espera ansiosa el "toque de queda", toque que anuncia el cierre de los zaguanes de las casas de vecindad y del comercio.

PREGONES

Los habitantes de la ciudad de México despiertan todos los días con música. Las mil doscientas campanadas de la "San Antonio" de Catedral que llaman a los canónigos al Coro, se confunden poco a poco con el ruido del trote de los caballos, del paso de los muleros, de las ruedas de los carruajes que rozan los adoquines, y con las voces de los vendedores ambulantes que pasan pregonando su mercancía: Cabezas de horno, Chichicuilotitos vivos, Tierra d'ioja y tierra negra, tierra pa'las macetas, Mercarán pats, Carbón, carbón de encina pa'la tina, carbón de encina, pa'la cocina, Ante colimoteru, Azucarillos, Camote asadu.

MÚSICA SACRA

Desde el amanecer, los coros de religiosos y de monjas de los 21 conventos sobrevivientes a la exclaustación, entonan los "maitines" y

"laudes" haciendo caso omiso del tiempo y de los acontecimientos que en él se suceden. Como parte integrante de la liturgia católica se repiten día a día los mismos salmos, las mismas letanías y los mismos responsorios.

Por la tarde los feligreses se congregan en el recinto de las iglesias para "rezar el rosario" y cantar los "motetes" llamados "misterios", melodías de corte profano con cariz religioso.

Para el Viernes de Dolores las familias instalan en su casa un altar, el "altar de Dolores" en el que se tiene la costumbre de cantar los "misterios", y es privilegio de la clase acomodada cantarlos con "música de orquesta".

Con mucha anticipación se prepara una gran función para la fiesta del Jueves de Corpus. Llegado el día, el repique de las campanas y el toque de los clarines anuncia la salida de la procesión de Catedral, que recorre las calles de Tacuba, de Santa Clara, de Vergara, de la Profesa y regresa a la Catedral por la calle de Plateros. En estas calles se levantan grandes "posas" en las que hace parada la procesión, para que al toque de los clarines los músicos y cantores entonen himnos y cánticos religiosos.

ESTUDIANTADAS

Por la noche pequeños grupos de estudiantes del Colegio de San Juan de Letrán recorren las calles cantando las coplas de moda y se llegan al balcón de quienes les quita el sueño, para darle serenata.

TERTULIAS

A la hora de la merienda, mientras se saborea el chocolate y el pan de huevo, se organiza la tertulia familiar, en la que no faltan los juegos de prendas, las loterías, y desde luego la música. A petición de la familia y de los invitados la señorita o la señora de la casa se sienta al piano para ejecutar alguna composición de moda, escrita generalmente por su maestro de piano, que en esta forma se va haciendo popular.

Manuel Payno es la figura central de las tertulias elegantes. "Paynito" es muy solicitado para pregonar los cartones de la lotería, pues tiene para ello una gracia especial cuando se le oye cantar aquello de... "Los anteojos de Pilatos, el 8"... "El viejo, el que llegó a los 90, el 90"...

En las tertulias, llamadas también "asambleas decentes", se baila: la chacona, el paso de dos, la contradanza, la alemanda, el bolero, el vals, la polka, el schottis, la varsoviana, la cracoviana, las boleras y el baile inglés.

BAILES

En los grandes salones, el baile de “las cuadrillas” está en todo su apogeo. Según Guillermo Prieto, este baile fue traído de Europa por Juan Gamboa, conocido hombre de la alta sociedad. Las cuadrillas se popularizaron rápidamente. En un principio únicamente se bailaban cuadrillas francesas y lanceros, pero poco a poco fue variando la coreografía y se transformaron en “cuadrillas persas”, “cuadrillas griegas” y “cuadrillas mexicanas”.

En el interior de las casas de vecindad tiene lugar el “baile casero”, que se organiza con motivo de un bautizo, de un onomástico o de una cantamisa, y es muy común entre la clase media.

La gente de escasos recursos se las ingenia para llevar a cabo el llamado “baile a escote”.

PULQUERÍAS Y FIGONES

El centro de reunión de la flor y nata del pueblo lo constituyen las pulquerías y figones. Allí se confunden el “payo”, la “china”, el “chinaco”, el “aguador” y el “mulero”. En la calle de San Pablo lleva fama la pulquería de “Los Pelos”, y en el Paseo de la Viga, la “Nana Rosa”. En cuanto a las fondas o figones, son muy concurridos los de “Las Colas” de la calle de Cordobanes y los del “Callejón de los Agachados”. No falta en ellos, en un rincón de la estancia, un músico dispuesto siempre a tocar en el arpa los sonecitos y coplas de moda. Se cantan canciones obscenas y se hace campo a las bailadoras para el “Son del dormido”; el “Sonecito del malcriado”; el “Telele” (baile inventado por la plebe para imitar las contorsiones y las muecas de los atacados por el cólera en la epidemia de 1833, y cuyo uso se prolongó hasta 1880); el “Jorobado” (sonecito que se baila colocándose unas jorobas postizas); “La pasadita” (baile compuesto en los figones para satirizar los bailes públicos de “Las Margaritas”, nombre con que se conocía a las mujeres de vida alegre hacia 1847); y el famoso sonecito de “El Espinado”, que es coreado y bailado.

El triunfo de la República que había dado al país la libertad, trajo consigo la alegría, y ésta en la necesidad de expanderse hace surgir en los figones el *jarabe mexicano*. El jarabe es un sonecito zapateado, acompañado de coplas. La gran prueba para los bailadores de jarabe consistía en conservar rígida la parte superior del cuerpo y en marcar bien con los pies los “pespuntos” y “rasgueos”, el “escobeteo” y la “cuchillada”.

Con el objeto de anunciar las sabrosas viandas que tiene preparadas en el interior, la dueña se coloca en la puerta de entrada al figón y entona las coplas de sus viandas, como las del “atole”:

Vengan a tomar atole
todos los que van pasando
que si el atole está bueno
la atolera se está agriando.

De este atolito de leche
y tamales de manteca
todo el mundo se aprovecha
que por esto no se peca.

Una bailadora que generalmente se ha puesto de acuerdo con la dueña, anima la copla con baile, obligando así a los transeúntes a detenerse y a entrar al figón para apurar uno o dos jarros de atole mientras termina el baile.

TEATRO

El teatro ha ejercido sin lugar a dudas una gran influencia en el movimiento musical y en el ánimo de nuestros compositores. Las compañías de zarzuela española y de ópera italiana recorren los teatros capitalinos pasando del uno al otro. En los entreactos se ejecutan obras de compositores nacionales: valses de Tomás León, polkas de Eduardo Gavira, canciones de Melesio Morales, y se anuncian en los programas como número especial al que se le presta gran atención.

Los teatros capitalinos han sido: el "Oriente"; el de "La Fama", llamado después "Esmeralda" y posteriormente "Hidalgo"; el "Relox"; el de "Iturbide"; el "Imperial"; el de "Los Gallos" y el de "Santa Anna", después "Principal". Y al hablar de este Teatro es necesario hacer mención de las famosas "Tandas del Principal" que se prolongarían hasta 1931 y en las que el "Can-Can" era el baile obligado de fin de fiesta. Se han llevado también a cabo funciones con obras de carácter musical en la "Quinta del Carmen", en la "Alameda Central" con los títeres de don Chole Aycardo representando zarzuelas y en el Circo Teatro Chiarini.

PERIÓDICOS

Se ocupan de anunciar las representaciones teatrales y de hacer las crónicas de las mismas: *La Sociedad*, *El Diario de Avisos*, *El Aguila Mexicana*, *La Orquesta*, *El Siglo XIX*, *El Pájaro Rojo*, *La República*, *La Iberia*, *El Semanario Ilustrado* y *El Correo de México*.

Para despertar el interés del público, los empresarios se valen de arides publicitarios muy especiales; por ejemplo, en diciembre de 1858, la empresa del Teatro Nacional puso el siguiente anuncio en el *Diario de Avisos*:

"ÓPERA ITALIANA. Extraordinario espectáculo para el domingo 12 de diciembre de 1858. Paseo a la Villa de Guadalupe con el mismo boleto

que servirá para la función de la noche, que será el segundo y último concierto *Promenade a la Parisiense*. La empresa... ha hecho arreglo para que por un mismo precio... puedan los concurrentes tener su boleto de ida y vuelta a la Villa de Guadalupe, con el aumento de que a la vuelta del paseo también tendrán ómnibus que los conducirá a la puerta del Teatro para que gocen de la grande distracción que tienen preparada para la noche...

Con fenómenos como éste y con las guerras que agitan al país, es imposible imaginar que se pueda tener una vida musical a la altura de la europea, y todavía más imposible sería el pretender que nuestros modestos compositores que escriben sin haber tenido la oportunidad de asistir a ningún Conservatorio o Escuela de Música, den a luz obras de la misma calidad de las que en Europa producen Schubert, Schumann, Chopin, Liszt, Verdi o Wagner.

CRONISTAS MUSICALES

De vez en cuando se ocupan de hacer una crítica musical en los diarios capitalinos: Francisco González Bocanegra, Vicente Segura, Roa Bárcena, José González de la Torre, Manuel de Zamacona, Zarco, Francisco Elorriaga, Ignacio M. Altamirano, Manuel Peredo, Luis G. Ortiz que escribe con el seudónimo de "Heberto", Bulnes, Gustavo Baz, Alfredo Bablot, José Tomás de Cuéllar que usa el seudónimo de "Facundo", Joaquín Trejo conocido por "Almaviva" y Guillermo Prieto por "Fidel".

COMPAÑÍAS DE ZARZUELA

De 1867 a 1872, ocho han sido las principales: la de Villalonga y Reig, la de José Albisu, la del Teatro Principal, la de Joaquín Gaztambide, la del Teatro de Iturbide, la de Manuel Areu, la de González y la de Enrique Guasp y Peris.

COMPAÑÍAS DE ÓPERA

Las compañías extranjeras que presentan sus temporadas en los teatros capitalinos son seis: la de Adelaide Cortesi, la de Max Maretzek, la de Annibale Biachi, la de Juan Zanini, la de Daniel Antoniette y la de Roncari.

El empresario Manuel Moreno contrata artistas italianos y mexicanos para presentar temporadas de ópera en el Gran Teatro Nacional.

Bruno Flores, mexicano, maestro de canto y piano, forma una compañía de ópera con sus discípulos para presentar la ópera *Norma* de Bellini en honor de Maximiliano, por lo que obtiene una subvención del imperio.

Octaviano Valle, compositor mexicano, organiza en 1863 una compañía de ópera y pone en escena en el Teatro Nacional su ópera *Cloilde de Coscenza* con tan mal resultado que se disuelve la compañía, pero se reintegra en 1869 para presentar el 28 de marzo en el mismo teatro *Lucia de Lamermoor*.

El Conservatorio de Música de la Sociedad Filarmónica integra una pequeña compañía con sus alumnos y presenta en noviembre de 1868 la *Norma* de Bellini. Casi dos años después, el 31 de agosto de 1870, tiene lugar la segunda representación con la *Sonámbula* de Bellini.

El 18 de julio de 1860, Agustín Balderas presenta en el Gran Teatro Nacional con un grupo de aficionados *El trovador* de Verdi, en el que hace su aparición la mujer que habría de marcar toda una época en la historia de nuestro teatro: Angela Peralta.

ÁNGELA PERALTA

Nació el 6 de julio de 1845 en la ciudad de México, y murió en Mazatlán el 30 de agosto de 1883 por haber contraído la fiebre amarilla.

En aquella memorable función del Teatro Nacional en la que hizo su aparición, no faltaron, como era costumbre, los sonetos, quintillas y décimas con que los asistentes obsequiaron a los intérpretes, en especial a Ángela Peralta. Las composiciones fueron leídas por Zorrilla, quien subió al escenario para darles lectura:

*A la señorita Ángela Peralta
en la representación de "El Trovador"*

Bondadoso quiso prodigarte el cielo
dones que raros en la tierra existen,
ciñó en tu frente la piedad su velo,
y el genio hermoso y el amor te asisten.

Virtud y caridad en dulce anhelo,
con sus galas lindísimas te visten,
y te ciñe la fama, y lo pregonan
de gloria y de virtud doble corona.

LUIS G. ORTIZ

En febrero de 1861 parte a Italia para continuar sus estudios con Lampertti. El 13 de mayo de 1862 debuta en el Teatro Scala de Milán; de allí se seguirán sus éxitos en Roma, Lisboa, El Cairo, San Petersburgo, Barcelona, La Habana, Boston y Nueva York.

En noviembre de 1865 el emperador Maximiliano la retiene en el país y la nombra "Cantarina Imperial".

Organiza su propia compañía de ópera, con la que debuta el 28 de julio de 1872 en el Teatro Nacional. Juventino Rosas formaba parte de la orquesta de la compañía en calidad de segundo violín, y Carlos J. Meneses fungía como director de coros.

Ángela Peralta cultiva también el género de la composición y se complace en cantar sus obras en los círculos aristocráticos, o darlas como reprís al final apoteósico de las representaciones operísticas, en las que, como es la costumbre, se la corona de rosas o de laureles.

ORQUESTAS

Tres han sido las principales: la Orquesta de la Sociedad de Santa Cecilia, la Orquesta de la Ópera y la Orquesta de la Sociedad Filarmónica Mexicana.

BANDAS

La banda militar fue creada al triunfo de la República con el objeto de dotar a cada cuerpo del ejército de una "música militar", a imitación de las bandas militares traídas por el ejército francés del mariscal Bazaine y de las bandas de la Guardia Imperial de Maximiliano de Austria.

La formación de las bandas militares hizo desaparecer a las bandas civiles que estaban organizadas en la capital con distribución de una para cada cuartel de la ciudad.

Al triunfo de la República las principales bandas eran: la "Banda de la Gendarmería Montada" (antes de la ex Acordada), dirigida por Eduardo Gavira; la "Banda de los Supremos Poderes", dirigida por Agustín Cázares y la "Banda de Zapadores" dirigida por Miguel Ríos Toledano.

CONJUNTOS CORALES

Únicamente cuatro merecen mención: el Orfeón del Aguila Mexicana; el Coro de Orfeonismo Progreso y Unión; el Orfeo Alemán dirigido por Germán Laus y las Masas Corales del Primer Gran Festival Mexicano que hacen su aparición el 29 de diciembre de 1870, integradas en su mayor parte por alumnos del Conservatorio de Música y Drama de la Sociedad Filarmónica Mexicana.

ESCUELAS DE MÚSICA

Hasta 1866 no se contaba con ninguna escuela o Conservatorio de Música. Existían algunas academias particulares, siendo las más prestigiadas la de canto de Agustín Balderas y la de música en general, del presbítero Agustín Caballero.

Tomás León, pianista y compositor nacido en México en 1828, tuvo la buena idea de formar con un grupo de músicos, filósofos y literatos

que se reunían en su casa, un Club denominado "Club Filarmónico", que tenía por objeto lograr la representación de la ópera *Ildegonda*, de Melesio Morales, por una compañía italiana. El fin fue logrado, y al poco tiempo, el 14 de enero de 1866, el "Club Filarmónico Mexicano" se transforma en la "Sociedad Filarmónica Mexicana", que se instala en un departamento del ex convento de San Francisco con un total de 74 socios entre los que estaban no sólo músicos como Melesio Morales, Aniceto Ortega, Agustín Balderas, Ángela Peralta y Julio Ituarte, sino críticos musicales y cronistas destacados como Bulnes; Alfredo Bablot, que escribía en el semanario *El Domingo*; Manuel Peredo, cronista de *El Semanario Ilustrado*; Ignacio M. Altamirano. Gustavo Baz y Justo Sierra, cronistas de *El Siglo XIX*. La Sociedad abrigaba el deseo de establecer una escuela de música, y el 1º de julio de 1866 se abrieron por primera vez las puertas de esta escuela que tomó el nombre de "Conservatorio de Música de la Sociedad Filarmónica Mexicana". El 1º de octubre de 1867 la Sociedad otorga un diploma de "Miembro Honorífico" al presidente Benito Juárez. El 30 de octubre del mismo año, el presidente Benito Juárez cede a la Sociedad el edificio de la ex Universidad para su Conservatorio de Música. Al Conservatorio de la Sociedad Filarmónica se incorporó la Academia de don Agustín Caballero. El programa de enseñanza del Conservatorio de Música de la Sociedad Filarmónica Mexicana se sujeta al programa de la Ley de Enseñanza expedida por el presidente Juárez el 2 de diciembre de 1867.

ESCUELAS DE DANZA

Ninguna de verdadera importancia. Se registran tan sólo dos academias particulares: la de Espino y la de Marchena.

PUBLICACIONES MUSICALES

La Sociedad Filarmónica Mexicana publica la gaceta *Armonía* y las obras de compositores nacionales.

El Semanario Ilustrado, composiciones de carácter popular.

La Litografía de Salazar, de la calle del Refugio número 12, edita la colección para piano denominada "Biblioteca Musical", e imprime el *Semanario Musical*, cuyo primer director fue Jaime Nunó y al que le siguió Vicente María Riego.

La Litografía de M. Murguía situada en el Portal del Aguila de Oro ofrece la primera serie de *Jarabes mexicanos* para guitarra.

J. Rivera, Hijo y Cía. publica la colección "Repertorio musical, Semanario de las Señoritas", con obras de compositores extranjeros y mexicanos.

En 1868 la "Imprenta de Luis Inclán", calle de San José el Real

número 7, imprime la primera edición americana de la *Gramática musical o sea la Teoría general de la música*.

COMPOSITORES MEXICANOS

Los más sobresalientes, aunque ninguno de ellos escribió ninguna obra de verdadera importancia musical: Luis Arche, Luis Baca, Agustín Balderas, Eduardo Canales, José María Careaga, Francisco Contreras, Sabás Contla, José Jacinto Cuevas, María Garfías, Eduardo Gavira, José Antonio Gómez, Alejo Infante, Julio Ituarte, Rafael Mena, Miguel Meneses, Melesio Morales, Aniceto Ortega, Tomás León, Cenobio Paniagua, Ángela Peralta, Miguel Planas, Narciso Seradell y Octaviano Valle.

ÓPERAS ESCRITAS POR COMPOSITORES MEXICANOS

El 29 de septiembre de 1859 se estrena en el Gran Teatro Nacional la primera ópera de autor mexicano: *Catalina de Guisa*, de Cenobio Paniagua, y obtiene un clamoroso éxito. Como era costumbre, desde las galerías se arrojaron papelillos de colores con versos dedicados al autor, en tal cantidad que apagaron dos de las arañas del patio. El 5 de mayo de 1863, en el primer aniversario de la batalla de Puebla, se estrena la segunda ópera de Paniagua: *Pietro d'Avano. Los dos Foscari*, de Mateo Torres Serratos, se estrena también en 1863.

El 27 de enero de 1863 se representa en el Teatro Nacional la primera ópera de Melesio Morales: *Romeo y Julieta*. La compañía de ópera italiana de Zanini estrena en el Gran Teatro Nacional el 27 de enero de 1866 la ópera *Ildegonda*, de Melesio Morales, teniendo como primeros protagonistas a Ángela Peralta y al famoso tenor Enrique Tamberlick.

El 9 de febrero de 1871 tiene lugar la primera representación de la ópera *Don Quijote en la Venta Encantada*, de Miguel Planas, con letra de A. García.

La ópera *Guatimotzin*, de Aniceto Ortega, la estrena Ángela Peralta el 13 de septiembre de 1871 en el Teatro Nacional.

OBRAS DE AUTORES MEXICANOS QUE SE EJECUTARON CON FRECUENCIA

"Canto al 5 de Mayo", de José Jacinto Cuevas; "Marcha Republicana" y "Marcha Zaragoza", de Aniceto Ortega; "La locomotiva", de Melesio Morales, estrenada el 17 de marzo de 1870, ha sido la obra predilecta de las bandas militares; en los entreactos teatrales las obras más gustadas: el Vals-Jarabe de Aniceto Ortega y el Adagio en Do menor de Melesio Morales.

Para despedir el tiempo que ahora nos ocupa y guardar en nuestra memoria el romanticismo de ayer, recordemos una melodía que más de una vez nos ha hecho brotar una lágrima: "La golondrina", de Narciso Serradell escrita en 1862, más conocida como "Las golondrinas", y con ella dejemos que la imaginación vaya hasta donde fue la de aquellos hombres que en una o en otra forma contribuyeron al triunfo de la República.

INDICE

SALVADOR NOVO

La ciudad de México en junio y julio de 1867 . . . 7

ANDRÉS HENESTROSA

Zorrilla en México 27

JUSTINO FERNÁNDEZ

El arte en México en torno a 1867 37

VICENTE MAGDALENO

Cuéllar y la novela del XIX 45

MARÍA DEL CARMEN MILLÁN

Vida y obra de Ignacio M. Altamirano 57

ANDRÉS HENESTROSA

La poesía en la época 69

HUBERTO BATIS

La revista literaria "El Renacimiento" (1869) . . . 79

ALICIA PERALES DE MERCADO

Asociaciones literarias en la época 105

SALVADOR NOVO

Vida y obra de Luis G. Inclán 171

GUSTAVO PÉREZ TREJO

El periodismo en la época 183

MARÍA DEL CARMEN RUIZ CASTAÑEDA

Vida y obra de Francisco Zarco 201

CLEMENTINA DÍAZ Y DE OVANDO

Vida y obra de Vicente Riva Palacio 227

MARÍA DEL CARMEN SORDO SODI

La música en la época 247

70 232 40 AA A 30 111-111

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
CRIMINAL JUSTICE

